

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Historia de los grandes
viajes y de los grandes
viajeros.

Parte 1

Julio Verne
(1828-1905)

ÍNDICE

CAPÍTULO I: VIAJEROS CÉLEBRES ANTERIORES A LA ERA CRISTIANA. 6
—Hannón (505). —Herodoto (484). —Piteas (340). —Nearco (326). —
Eudoxio (146). —César (100). —Estrabón (50). —Hannón el Cartaginés.
*Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el
golfo del Río de Oro. —Herodoto visita el Egipto, la Libia, la Etiopía, la
Fenicia, la Arabia, Babilonia, Persia, la India, la Media, la Cólquida, el
mar Caspio, la Escitia, la Tracia y Grecia. —Piteas explora las costas de
la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albión, las Oreadas, la
tierra de Thule. —Nearco recorre la costa asiática desde el Indo hasta
el golfo Pérsico. —Eudoxio, reconoce la costa occidental del África. —
César conquista la Galia y la Gran Bretaña. —Estrabón recorre el Asia
interior, el Egipto, Grecia e Italia. 6*

CAPÍTULO II: VIAJEROS CÉLEBRES DE LOS SIGLOS I ALIX 24
—Pausanias (174). —Fa-Hian (399). —Cosmas Indiclopeustes (5...) —
Arculfo (700). —Willibald (725). —Solimán (851). —Plinio, Hippalus,
Arriano y Ptolomeo. —Pausanias visita la Ática, la Corintia, la Laconia,
la Mesina, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. —Fa-
Hian explora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Penyang
Ceilán y Java. —Cosmas Indiclopeustes y la topografía cristiana del
universo. —Arculfo describo a Jerusalén, el valle de Josafat, el Monte
de los Olivos, Belén, Jericó, el Jordán, el Líbano, el Mar Muerto,
Cafarnaúm, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco, Tiro, Alejandría,
Constantinopla. —Willibald y los Santos Lugares. —Solimán recorre el
mar de Omán, Ceilán, Sumatra, el golfo de Siam y el mar de la China. 24

CAPÍTULO III: VIAJEROS CÉLEBRES DE LOS SIGLOS XALXIII 41
—Benjamín de Tudela (1159-1173). —Plan de Carpin (1245-1247). —
Rubruquis (1253-1254). —Los escandinavos en el Norte, la Irlanda y la
Groenlandia. —Benjamín de Tudela, visita Marsella, Roma, la Valaquia,



<i>Constantinopla, el Archipiélago, la Palestina, Jerusalén, Belén, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schiraz, Samarcanda, el Tibet, Malabar, Ceylán, el mar Rojo, el Egipto, Sicilia, Italia, Alemania y Francia. —Plan de Carpin explora el país de Coman y del Khangita, el Turkeistán moderno. —Usos y costumbres de los tártaros. —Rubruquis y el mar de Azof. —El Volga, el país de los Baskhires, Caracorum, Astrakán, Derbend.....</i>	<i>41</i>
CAPÍTULO IV: MARCO POLO (1253-1324).	69
<i>I. —Interés de los mercaderes genoveses y venecianos en provocar exploraciones en el centro de Asia. —La familia Polo y su posición en Venecia. —Los dos hermanos Nicolás y Mateo Polo. —Su viaje desde Constantinopla a la corte del emperador de la China. —Su recepción en la corte de Kublai-Khan. —El emperador los nombra sus embajadores cerca del Papa. —Su regreso a Venecia. —Marco Polo parte con su padre Nicolás y su tío Mateo a la residencia del rey tártaro. —El nuevo pontífice Gregorio X. —La relación de Marco Polo escrita en francés, dictándosela él mismo, por Rusticiano de Pisa.</i>	<i>69</i>
<i>II. —La Pequeña Armenia. —La Gran Armenia. —El monte Ararat. —La Georgia. —Mosul, Bagdad, Bassora, Tauris. —La Persia. —La provincia de Kirmán. —Comadi. —Ormuz. —El Viejo de la montaña. —Cheburgan. —Balk. —El Balaciam. —Cachemira. —Caschgar. —Samarcanda. —Cotán. —El Desierto. —Tangut. —Caracorum. —Signan-fu. —Tendue. —La gran muralla. —Ciandu, la actual ciudad de Changtu. —La residencia de Kublai-Kan. —Cambaluc, actualmente Pekín. —Las fiestas del emperador. —Sus cacerías. —Descripción de Pekín. —La casa de la moneda y los billetes de banco chinos. —Los correos del imperio.....</i>	<i>74</i>
<i>III. —Tso-cheu. —Tai-yen-fu, Pin-yang-fu. —El río amarillo. —Si-gnan-fu. — El Sze-tchuan. — Ching-tu-fu. —El Tibet. —Li-Kiang-fu. —El Caraján. —Yung-chang. —Mien. —Bengala. —Anam. —Tai-ping. —Cintingui. —Sindi-fu. —Te-cheu. —Tsi-nan-fu. —Lin-tsin-cheu. —Lin-</i>	



cing. —El Mangi. —Yang-tcheu-fu. —Ciudades del litoral. —Quin-say o Hang-tcheu-fu. —El Fo-kien.	93
IV. —El Japón. —Partida de los tres Polo con la hija del emperador y los embajadores persas. —Saigón. —Java. —Cóndor. —Bintang, —Sumatra.— Las islas Nicobar.—Ceylán.— La costa de Coromandel.—La costa de Malabar. —El mar de Omán. —La isla de Socotora. —Madagascar. —Zanzibar y la costa africana. —La Abisinia. —El Yemen, el Hadramán y el Omán.—Ormuz.—Regreso a Venecia.—Una fiesta en casa de los Polo. —Marco Polo prisionero de los genoveses. —Muerte de Marco Polo hacia 1323.....	105
CAPÍTULO V: IBN BATUTAH (1324-1353).	119
—Ibn-Batutah. —El Nilo. —Gaza, Tyro, Tiberias, el Líbano, Balbek, Damasco, Meshed, Basora, Bagdad, Tébriz, Medina, La Meca. —El Yemen. —La Abisinia. —El país de los Bereberes. —El Zangue-bar. —Ormuz. —La Siria. —La Anatolia. —El Asia menor—Astrakán. —Constantinopla. —El Turkeistán. —Herat. —El Indo. —Delhl. —Malabar. —Las Maldivas. —Ceylán. —Coromandel. —Bengala. —Las islas Nicobar. —Sumatra. —La China. —El África. —El Níger. —Tombuctu.....	119
CAPÍTULO VI: JUAN DE BETHENCOURT (1339-1425)	129
I.—El caballero normando.—Sus ideas de conquista.—Lo que se sabía de Canarias. —Cádiz. —El archipiélago de las Canarias.—La Graciosa.—Lanzarote. —Fuerteventura. — Lobos. — Juan de Bethencourt regresa a España.—Rebelión de Berneval.—Entrevista de Juan de Bethencourt con el rey Enrique III.—Gadifer visita el archipiélago canario. —La Gran Canaria.—La isla de Hierro.—La isla de la Palma.....	129
II: —Vuelta de Juan de Bethencourt. —Envidia de Gadifer. —Juan de Bethencourt visita el archipiélago. —Gadifer marcha a conquistar la Gran Canaria. —Contienda de los señores. —Regresan ambos a España. —El rey vitupera a Gadifer. —Regreso del caballero normando. —Los indígenas de Fuerteventura se hacen bautizar. —Juan de Bethencourt regresa al país de Caux. —Vuelta a Lanzarote. —Desembarco en la costa africana. —Conquista de la Gran Canaria, de la isla de Hierro y de la	



Palma. —Maciot es nombrado gobernador del archipiélago. —Juan de Bethencourt obtiene del Papa la creación de un obispo canario. —Su regreso a su patria y su muerte. 141

CAPÍTULO VII: CRISTÓBAL COLÓN (1436-1506). 155

I. —Descubrimiento de la isla Madera, de las islas de cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y del Congo. —Cabot y el Labrador. —Tendencias geográficas y comerciales de la Edad Media. —Error admitido generalmente sobre la distancia que separaba la Europa del Asia. —Nacimiento de Cristóbal Colón. —Sus primeros viajes. —Son rechazados sus proyectos. —Su permanencia en el convento de Franciscanos. —Es recibido al fin por Fernando e Isabel. —Su tratado de 17 de abril de 1492. —Los hermanos Pinzón. —Armamento de tres carabelas en el Puerto de Palos. —Partida del 3 de agosto de 1492. 155

II. —Segundo viaje: Flotilla de diecisiete naves. —Isla de Hierro. —La Dominica. —Marigalante. —La Guadalupe. —Los canibales. Montserrat. —Santa María de la Rotonda. —San Martín y Santa Cruz. —Archipiélago de las Once mil Vírgenes. —Isla de San Juan Bautista. —Puerto Rico. —Isla Española. —Asesinato de los primeros colonos. Fundación de la ciudad Isabela. —Envío a España de dos buques cargados de riquezas. —Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao. —Don Diego, hermano de Colón, es nombrado gobernador de la isla.—La Jamaica.—La costa de Cuba—La rémora.—Regreso a la Isabela.—Es hecho prisionero el cacique.—Rebelión de los indígenas.—Carestía.—Colón calumniado en España.—Envío de Juan Aguado, comisario de la Isabela.—Las minas de oro.—Partida de Colón.—Su llegada a Cádiz. 198

III. —Tercer viaje: Madera. —Santiago del archipiélago del Cabo Verde. —La Trinidad. —Se ve por vez primera la costa americana de Venezuela, más allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumaná. —Golfo de Pavía. —Los jardines. —Tobago. —Granada —Margarita. —Cubaga. —La isla Española durante la ausencia de Colón. —Fundación de la ciudad de Santo Domingo. —Llegada de Colón. —Insubordinación de la colonia.



—Quejas en España. —Envía el rey a Bobadilla para averiguar la conducta de Colón. —Prenden a Colón y le envían encadenado, con sus dos hermanos. —Su llegada a presencia de Fernando e Isabel. —Recobra el favor real.....	215
IV: —Cuarto viaje: una flotilla de cuatro buques. —La Gran Canaria. —La Martinica. —La Dominicana. —Santa Cruz. —Puerto Rico. —La isla Española. —La Jamaica. —La isla de los Caimanes. —Isla de los Pinos. —Isla de Guanaja. —Cabo Honduras. —La costa americana de Trujillo en el golfo de Darién. —Islas Limoares. —Isla Huerta. —Costa de Veragua. —Terrenos auríferos. —Rebelión de los indígenas. —El sueño de Colón. —Porto Bello. —Las Mulatas. —Detención en la Jamaica. —Miseria. —Sublevación de los españoles contra Colón. —El eclipse de luna. —Llegada de Colón a la isla Española. —Regreso de Colón a España. —Su muerte el 20 de marzo de 1506.....	225
CAPÍTULO VIII: LA CONQUISTA DE LA INDIA Y DEL PAÍS DE LAS ESPECIAS.....	243
I. —Covllham y Paiva. —Vasco de Gama dobla el cabo de Buena Esperanza. —Escalas en San Braz, Mozambique, Mombaz y Meliñda. —Llegada a Calicut. —Traiciones del zamorín. —Batallas. —Regreso a Europa. —El escorbuto. —Muerte de Pablo de Gama. —Llegada a Lisboa.....	243
»II: —Álvarez Cabral. —Descubrimiento del Brasil. —La costa de África. —Llegada a Calieut, Cochín, Cananor. —Juan de la Nova. —Segunda expedición de Gama. —El rey de Cochín. —Los comienzos de Albuquerque. —Da Cunha. —Primer sitio de Ormuz. —Almeida, sus victorias, sus altercados con Albuquerque. —Toma de Goa. —Sitio y toma de Malaca. —Segunda expedición contra Ormuz. —Ceilán. —Las Molucas. —Muerte de Albuquerque. —Destinos del imperio portugués en las Indias.....	268



Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros.

Julio Verne

Primera Parte

Capítulo I: Viajeros célebres anteriores a la Era Cristiana.

– Hannón (505). – Herodoto (484). – Piteas (340). – Nearco (326). – Eudoxio (146). – César (100). – Estrabón (50). – Hannón el Cartaginés. Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el golfo del Río de Oro. – Herodoto visita el Egipto, la Libia, la Etiopía, la Fenicia, la Arabia, Babilonia, Persia, la India, la Media, la Cólquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y Grecia. – Piteas explora las costas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albión, las Oreadas, la tierra de Thule. – Nearco recorre la costa asiática desde el Indo hasta el golfo Pérsico. – Eudoxio, reconoce la costa occidental del África. – César conquista la Galia y la Gran Bretaña. – Estrabón recorre el Asia interior, el Egipto, Grecia e Italia.

El primer viajero que nos presenta la historia en el orden cronológico es Hannón, a quien el Senado de Cartago envió a



colonizar varios territorios de las costas occidentales del África. El relato de esta expedición fue escrito en lengua púnica, traducido al griego y conocido con el título *Periplo de Hannón*. ¿En qué época vivió este explorador? Los historiadores no están acordados acerca de este extremo, pero la versión más probable fija es, en el año 505 antes de J. C. su exploración de las costas africanas.

Hannón zarpó de Cartago con una flota de sesenta bajeles de cincuenta remos cada uno, conduciendo treinta mil personas y los víveres necesarios para un largo viaje. Aquellos emigrantes, que así se les puede llamar, debían poblar las nuevas ciudades que los cartagineses se proponían fundar en las costas occidentales de la Libia, es decir, del África.

La flota cruzó felizmente por entre las columnas de Hércules, esas montañas de Gibraltar y Ceuta que dominan el Estrecho, y desembocó en el Atlántico, dirigiéndose hacia el Sur. Dos días después de haber pasado el estrecho, fondeó a la vista de tierra y fundó la ciudad de Thymaterion; después se hizo a la mar, dobló el cabo de Solois, creó nuevas factorías y avanzó hasta la desembocadura de un gran río africano en cuyas riberas acampaba una tribu de pastores nómadas.

Después de haber hecho un tratado de alianza con aquellos pastores, el navegante cartaginés continuó sus exploraciones hacia el Sur, llegando hasta cerca de la isla de Cerne, situada al fondo de una bahía cuya circunferencia medía cinco estadios, o sea novecientos veinticinco metros. Según aparece en el diario de Hannón, esta isla debía encontrarse con relación a las



columnas de Hércules a una distancia igual a la que separa a éstas de Cartago. ¿Qué isla era? Sin duda un islote perteneciente al grupo de las Afortunadas.

Emprendióse de nuevo la navegación y llegó Hannón a la desembocadura del río Cretes, que formaba una especie de bahía interior. Los cartagineses remontaron este río y fueron recibidos a pedradas por los naturales, que eran de raza negra. En aquellos parajes abundaban los cocodrilos y los hipopótamos.

Efectuada esta exploración, regresó la flota a Cerne, y doce días después llegó a la vista de una comarca montañosa, en la cual abundaban los árboles odoríferos y las plantas balsámicas y penetró en un gran golfo cerrado por una llanura. Esta región apacible durante el día, por la noche se iluminaba con torrentes de llamas, producidas por hogueras que encendían los salvajes, o por la combustión espontánea de las hierbas secas después de la estación de las lluvias.

Cinco días después dobló Hannón el cabo llamado Cuerno de la Tarde, y allí, según su propia expresión, oyó todavía el sonido de los pitos, de los címbalos, de los tamboriles y de los clamores de un pueblo innumerable. Los adivinos que acompañaban la expedición, le aconsejaron que huyese de aquella espantosa tierra, y obedeciendo este consejo, siguió la flota su rumbo hacia latitudes más bajas. Llegó a un cabo que formaba un golfo llamado Cuerno del Mediodía. Según d'Avezac, debía ser la desembocadura misma del río de Oro, que desagua en el Atlántico, cerca del trópico de Cáncer. En el fondo del golfo se veía una isla habitada por gran número de gorilas, que los



cartagineses tomaron por salvajes velludos; se apoderaron de tres hembras y tuvieron que matarlas. ¡Tan indomable era el furor de aquellos animales!

El Cuerno del Mediodía fue ciertamente el límite que alcanzó la expedición púnica. Algunos comentadores suponen que no pasó del cabo Bojador, que se extiende dos grados más abajo del Trópico, más parece que ha prevalecido la opinión contraria. Como al llegar a dicho punto, Hannón empezaba a encontrarse escaso de víveres, hizo rumbo hacia el Norte y regresó a Cartago, donde mandó grabar la relación de este viaje en el templo de Baal Moloch.

Después del explorador cartaginés, el más ilustre de los viajeros de la antigüedad durante los tiempos históricos fue Herodoto, llamado el padre de la Historia, sobrino del poeta Panyasis, cuyas poesías rivalizaban a la sazón con las de Homero y Hesiodo. Por nuestra parte, haciendo caso omiso del historiador, seguiremos al viajero a través de las comarcas que recorrió.

Herodoto nació en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor, el año 484 antes de J. C. Su familia era rica y pudo, por medio de sus muchas relaciones comerciales, favorecer los instintos de explorador que en él se revelaban. En aquella época se hallaban muy divididas las opiniones respecto a la forma de la tierra; no obstante, la escuela pitagórica empezaba a sostener que debía ser redonda; pero Herodoto no tomó ninguna parte en la discusión que apasionaba a los sabios de su época, y joven todavía se alejó de su patria con el objeto de explorar con el mayor cuidado las



comarcas conocidas en su tiempo y acerca de las cuales sólo se tenían datos inseguros.

Salió de Halicarnaso en 464, a la edad de veinte años, y, según toda probabilidad, se dirigió desde luego hacia el Egipto, donde visitó Menfis, Heliópolis y Tebas. Hizo en este viaje útiles estudios acerca de los desbordamientos del Nilo, y resolvió las diversas opiniones de la época, respecto de las fuentes de este río, al que adoraban los egipcios como un dios. Cuando el Nilo se ha desbordado, dice, no se ven más que las ciudades sobresaliendo de las aguas, semejantes a las islas del mar Egeo.

Refieren las ceremonias religiosas de los egipcios, sus piadosos sacrificios, su diligencia en asistir a las fiestas de la diosa Isis, principalmente en Busiris, cuyas ruinas se ven aún cerca de Busyr, y su veneración por los animales salvajes y domésticos que consideraban como sagrados y a los que tributaban honras fúnebres. Describe con la exactitud de un naturalista el cocodrilo del Nilo, su estructura, sus costumbres, y la manera de cazarlo; después el hipopótamo, el tupinambo, el fénix, el ibis y las serpientes consagradas a Júpiter. Nadie ha sido tan exacto al describir los usos egipcios, las costumbres domésticas, los juegos, y los embalsamamientos en que tanto sobresalían los químicos de aquel tiempo. Después relata la historia del país, desde Menes, su primer rey; describe las pirámides y cómo fueron construidas en tiempo, el laberinto situado un poco más arriba del lago Moeris, cuyos restos se descubrieron en 1799; el lago Moeris, que, a su juicio, fue hecho por mano del hombre, y las dos pirámides que se elevaban sobre sus aguas; admira mucho el templo de Minerva en Sais, los de Vulcano e Isis en Menfis, y el



colosal monolito, para cuyo transporte desde Elefantina a Sais emplearon tres años dos mil hombres, todos marineros.

Después de haber visitado escrupulosamente el Egipto, pasó Herodoto a la Libia, es decir, al África propiamente dicha, pero no creía el joven viajero que esta región se extendiera más allá del trópico de Cáncer, suponiendo que los fenicios dieron la vuelta a dicho continente y regresaron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Herodoto enumera después los pueblos de la Libia, los cuales no eran más que simples tribus nómadas que habitaban las costas; más adelante, en el interior de las tierras infestadas por fieras, cita los amonienses, que poseían el célebre templo de Júpiter Amón, cuyas ruinas se han descubierto al nordeste del desierto de la Libia, a quinientos kilómetros del Cairo. Da también interesantes pormenores acerca de las costumbres de los libios, y describe sus usos; habla de los animales que pueblan su suelo, tales como serpientes de prodigioso tamaño, leones, elefantes, osos, asnos con cuernos (probablemente rinocerontes), monos cinocéfalos (animales sin cabeza con ojos en el pecho), zorras, hienas, puercos espines, carneros salvajes, panteras, etc., y termina diciendo que toda la comarca está habitada solamente por dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes.

Según Herodoto, estos últimos se encuentran ya al Norte de Elefantina, pero, ¿viajó realmente el sabio explorador por aquella comarca? Sus comentadores lo dudan, y lo probable es que adquiriese por conducto de los egipcios los detalles que da, acerca de la longevidad de los habitantes. Lo que no admite duda, porque lo dice terminantemente, es que visitó Tiro, en



Fenicia, en donde admiró los dos magníficos templos de Hércules.

Después hizo un viaje a Tasos y utilizó los informes tomados sobre el terreno para hacer una abreviada reseña histórica de la Fenicia, de Siria y de Palestina.

Desde aquellas comarcas pasó Herodoto al Sur hacia la Arabia a Cifyo país da el nombre de Etiopía de Asia, es decir, la parte meridional de Arabia que suponía era el último país habitado. Considera a los árabes como el pueblo que guarda más religiosamente su juramento; sus únicos dioses son Urania y Baco; el suelo produce abundantemente incienso, mirra, canela, cinamomo y ledón, y termina el viajero dando interesantes detalles sobre la recolección de esas substancias odoríferas.

Después encontramos a Herodoto en aquellas célebres comarcas que él llama indistintamente Asiria o Babilonia. Describe minuciosamente la gran ciudad de Babilonia que los reyes del país habitaban después de la destrucción de Nínive y cuyas ruinas no son hoy más que montículos esparcidos a ambas orillas del Éufrates a setenta y ocho kilómetros sudoeste de Bagdad. El Éufrates, caudaloso, profundo y rápido, dividía la ciudad en dos partes; a un lado se elevaba el palacio fortificado del rey, y al otro el templo de Júpiter Belus, que quizá fue edificado sobre los cimientos de la torre de Babel.

Herodoto habla después de las reinas Semíramis y Nitocris, y refiere todo lo que hizo la segunda para afirmar el bienestar y la seguridad de su capital. Pasa después a describir los productos de la comarca, del cultivo del trigo, la cebada, el mijo, el sésamo,



la vid, la higuera y la palma; y termina hablando de las costumbres de los habitantes, particularmente las concernientes a los matrimonios, los cuales efectuaban por medio de pregón público.

Después de haber explorado la Babilonia, se trasladó Herodoto a Persia; y como el objeto de su viaje era recoger sobre el terreno los documentos relativos a las prolongadas guerras de Persia y de Grecia, debía visitar el teatro de los combates cuya historia quería escribir. Principia citando las costumbres de los persas, que no reconocían en los dioses forma humana, por lo cual ni les erigían templos ni altares, contentándose con adorarles desde la cúspide de las montañas. Cita después sus costumbres domésticas, su desprecio por la carne, su afición a las golosinas, su pasión por el vino, el hábito de tratar los asuntos serios después de haber bebido con exceso, su curiosidad por conocer los usos extranjeros, su afán de placeres, sus virtudes bélicas, su bien entendida severidad para la educación de los niños, su respeto a la vida del hombre y hasta la del esclavo, su horror a la mentira y a las deudas y su repugnancia hacia los leprosos, cuya enfermedad probaba, según ellos, que el infeliz enfermo había pecado contra el Sol.

La India de Herodoto, según Vivien de Saint-Martin, no comprendía más que la comarca bañada por los cinco afluentes del Penjab actual, junto con el Afganistán. Allí se dirigió el joven viajero al abandonar el reino de Persia; para él, los indios eran los pueblos más numerosos de todos los conocidos. Unos tenían morada fija, otros eran nómadas; los del Este, llamados



padeos, mataban a los ancianos y a los enfermos y se los comían; los del Norte, que eran los más valientes e industriosos, recogían las arenas auríferas. La India era para Herodoto la última comarca habitada al Este, y advierte que en los confines de la tierra se encuentra la parte más deliciosa de toda ella, así como Grecia tiene la temperatura más agradable.

Viajero infatigable, Herodoto pasó en seguida a la Media, y hace la historia de estos pueblos que fueron los primeros en sacudir el yugo de los asirios. Los medos fundaron la inmensa ciudad de Ecbatana, rodeada de siete murallas concéntricas, y quedaron reunidos en un sólo pueblo bajo el reinado de Dejoces. Después de atravesar las montañas que separan la Media de la Cólquida, penetró el viajero griego en el país que ilustró Jason con sus proezas, y estudió con mucha exactitud sus usos y costumbres.

Parece que Herodoto llegó a conocer perfectamente la posición topográfica del mar Caspio, puesto que dice que es un sólo mar, y que no tiene comunicación alguna con otro. El Caspio, a su juicio, está limitado al Oeste por el Cáucaso, y al Este por una gran llanura que habitaban los masagetas, los cuales podían ser muy bien escitas, según la opinión admitida por Arriano y Diodoro de Sicilia. Estos masagetas adoraban únicamente al Sol, y sacrificaban caballos en honor suyo. Herodoto habla en este punto de dos grandes ríos, uno de los cuales, el Araxes, debe ser el Volga, y el otro, Ister, el Danubio.

Después el viajero pasó a Escitia; según él, los escitas eran las diversas tribus que poblaban el territorio comprendido entre el Danubio y el Don, es decir, una considerable porción de la Rusia



europaea. Los escitas tenían la costumbre de arrancar los ojos a los prisioneros. No se dedicaban al cultivo porque eran nómadas. Herodoto refiere las diversas leyendas que obscurecen el origen de la nación escita y en el cual desempeña Hércules un papel principal.

Cita después los distintos pueblos o tribus que componían la nación, más no parece que visitó las comarcas situadas al norte del Ponto Euxino; hace una descripción minuciosa de las costumbres de estos pueblos, y muestra una sincera admiración hacia el Ponto Euxino, el inhospitalario mar. Consigna con bastante exactitud las dimensiones del Mar Negro, del Bosforo, de la Propóntide, del Palus-Meótides y del mar Egeo. Enumera los grandes ríos que vierten sus aguas en dichos mares, como el Ister o Danubio, el Boristenes o Dniéper, el Tanais o Don, y concluye refiriendo la manera cómo se realizó la alianza y por consiguiente la unión de los escitas y de las amazonas, lo cual explica por qué no podían casarse las jóvenes del país hasta haber matado a un enemigo.

Después de una corta permanencia en Tracia, durante la cual reconoció que los getas eran los más valientes de esta raza, llegó Herodoto a Grecia, término final de sus viajes, el país en donde se proponía recoger los últimos documentos necesarios para la historia. Visitó los lugares que hicieron memorables los principales combates entre griegos y persas, tales como el paso de las Termopilas, del que hace una escrupulosa descripción; recorrió también la llanura de Maratón, el campo de batalla de Platea, y de allí volvió a pasar al Asia Menor, visitando el litoral, en donde los griegos habían fundado numerosas colonias.



Al regresar a Caria, en el Halicarnaso, no contaba aún veintiocho años el célebre viajero, pues al cumplir esa edad, el año de la primera olimpiada, o sea 456 antes de J. C, fue cuando leyó su historia en los juegos olímpicos. Su patria estaba entonces oprimida por Lygdamis y tuvo que retirarse a Samos; poco tiempo después consiguió derribar al tirano, más la ingratitud de sus conciudadanos le obligó a tomar otra vez el camino del destierro. En el año 444 asistió a las fiestas panateneas, donde leyó su obra completamente terminada, provocando un entusiasmo universal, y hacia el fin de sus días se retiró a Italia, a Turín, donde murió en el año 406 antes de la era cristiana, dejando la reputación de ser el más ilustre viajero e historiador de la antigüedad.

Después de Herodoto, saltando siglo y medio, citaremos al médico Ctesias, contemporáneo de Jenofonte, que publicó la relación de su viaje por la India, que, según parece, no verificó, y llegaremos al marsellés Piteas, el cual era a la vez viajero, geógrafo y astrónomo y una de las celebridades de la época. Hacia el año 340 Piteas se aventuró con un solo bajel a ir más allá de las columnas de Hércules, pero en vez de dirigirse hacia el Sur siguiendo la costa africana, como habían hecho sus antecesores los cartagineses, se remontó hacia el Norte, corriéndose por las costas de la Iberia y de la Céltica hasta los puntos avanzados que forman actualmente el cabo Finisterre; después embocó el canal de la Mancha llegando a Inglaterra, a la isla de Albión, cuyo primer explorador fue él. En efecto, desembarcó en distintos puntos de la costa y entró en relaciones



con sus habitantes, gentes sencillas, honradas, sobrias, dóciles e industriosas que hacían un gran comercio en estaño.

El navegante galo se aventuró más hacia el Norte; traspuso las islas Oreadas situadas al extremo de Escocia, y se remontó a una latitud tan alta que durante el verano las noches eran de dos horas. Después de seis días de navegación, llegó a una tierra llamada Tule, probablemente la Jutlandia o la Noruega, de la cual no pudo pasar. Más allá —dice—, no había ni mar ni tierra ni aire. Regresó, pues, por el mismo camino, pero, modificando su primera dirección, llegó a la desembocadura del Rhin, donde habitaban los ostiones y más lejos los germanos. Desde allí llegó a las bocas del Tanais, que se supone fuese el Elba o el Oder, y regresó a Marsella, un año después de haber zarpado de ella.

No sólo era Piteas un atrevido navegante, sino también un sabio notable; fue el primero que conoció la influencia de la Luna en las mareas, y que la estrella Polar no ocupa exactamente el punto por donde se supone que pasa el eje del globo.

Algunos años después de Piteas, hacia el 326 antes de J. C, ilustróse entre los exploradores un viajero macedonio, Nearco, natural de Creta, almirante de Alejandro, quien le dio el encargo de explorar toda la costa meridional del Asia, desde la desembocadura del Indo hasta el Eufrates.

Cuando concibió el conquistador la idea de hacer un reconocimiento que debía asegurar las comunicaciones de la India con el Egipto, se hallaba con su ejército a ochocientas millas de la costa, cerca del nacimiento del Indo. Confió a Nearco el mando de una flota que se supone estaba compuesta de



treinta y tres galeras, de navíos de dos puentes y muchos buques de transportes, tripulados por dos mil hombres, y reuniendo en su totalidad unas ochocientas velas. Nearco tardó cuatro meses en bajar por el Indo, siendo escoltado desde ambas riberas por los ejércitos de Alejandro. Llegado el conquistador a las bocas del gran río, empleó siete meses en la exploración del Delta; Nearco se hizo más tarde a la vela y siguió la costa que forma en el día el límite sur del reino de Baluchistán.

Nearco emprendió su viaje el 2 de octubre, es decir, un mes antes de lo que le convenía para que el monzón de invierno imprimiese una dirección favorable a su viaje y a sus proyectos. No obstante, el principio de su viaje fue muy lento, pues en los primeros cuarenta días apenas logró avanzar ochenta millas al Oeste. Arribó primeramente a Stura y Coreestis, nombres que no corresponden a ninguna de las poblaciones que existen actualmente en aquella costa; después llegó a la isla de Crocala, que forma la bahía de Caranthey. Azotada la flota por los vientos a poco de haber doblado el cabo de Monza, se refugió en un puerto natural, que el almirante tuvo que fortificar para defenderse de los ataques de los bárbaros, los sanguinarios actuales, que forman todavía una tribu de piratas.

Veinticuatro días después, el 3 de noviembre, se hizo Nearco nuevamente a la vela, pero los golpes de viento le obligaron con frecuencia a recalar en diversos puntos de la costa, teniendo siempre que defenderse de los ataques de los arabitas, esos feroces baludíes modernos a quienes presentan los historiadores orientales como gentes bárbaras que llevan sus largos cabellos



enmarañados, que se dejan crecer la barba y se asemejan a los faunos y a los osos. Hasta entonces no había sobrevenido ningún accidente grave a la flota macedónica, pues el 10 de noviembre, el viento sopló con tal violencia que hizo naufragar dos galeras y un navío. Nearco fondeó entonces en Crocala y se abasteció con un convoy de granos que le había enviado Alejandro, con lo cual cada embarcación recibió víveres para diez días.

Después de diversos incidentes de navegación, y de sostener una corta lucha con los bárbaros de la costa, llegó Nearco al confín del territorio de los oritas, que señala con el nombre de cabo Moran la geografía moderna. Al llegar a este pasaje de su narración, consigna Nearco que cuando se hallaba el sol a la mitad de su carrera hería verticalmente los objetos, y no proyectaban sombra alguna, pero es evidente que estaba en un error, porque en dicha época el astro del día se hallaba en el hemisferio Sur, en el trópico de Capricornio, y además los buques de Nearco estuvieron siempre alejados algunos grados del trópico de Cáncer; de consiguiente, ni en pleno verano se habría podido producir semejante fenómeno.

Continuó la navegación en mejores condiciones cuando se regularizó el monzón del Este. Nearco recorrió la costa de los ictiófagos, los *comedores de pescado*, tribus miserables que por falta de pastos en su país tienen que alimentar sus rebaños con los productos del mar.

La flota volvió otra vez a sufrir por falta de víveres y dobló el cabo de Posmi; allí tomó Nearco un piloto indígena, y empujadas las naves por algunas brisas de tierra pudieron



avanzar con rapidez. La costa era menos árida y se veían esparcidos por ella algunos árboles. Nearco llegó a un pueblecillo de ictiófagos, que no nombra, y, como carecía de víveres, se apoderó por sorpresa de los que encontró, con perjuicio de los habitantes, quienes tuvieron que ceder a la fuerza.

La flota llegó a Canasida, que es el actual pueblo de Churbar, cuyas ruinas se ven aún en la bahía de este nombre, pero empezaba a faltar nuevamente el trigo; Nearco recaló sucesivamente en Canata, Trois y Dagasira, sin poder proveerse de víveres en aquellas miserables poblaciones; los navegantes carecían de carne y de trigo y no podían decidirse a comer tortugas que tanto abundan en aquellos parajes.

No bien llegó la flota a la entrada del golfo Pérsico, se encontraron ante un enorme grupo de ballenas. Los marineros se asustaron y querían huir, pero Nearco los animó con su palabra, y les hizo acometer aquellos enemigos que fueron dispersados fácilmente.

Al llegar a la altura de la Caramania, volvió un poco el rumbo hacia el Oeste, y se mantuvo entre el Occidente y el Norte. La costa era fértil y se veían en ella abundantes campos de trigo, pastos y toda clase de árboles frutales, menos olivos. Nearco hizo escala en Badis, el Jask actual, y después de doblar el promontorio de Maceta o Musendam, los navegantes descubrieron la entrada del golfo Pérsico, al que, igual que los geógrafos árabes, da el nombre de mar Rojo.



Penetró en el golfo, y llegó al punto llamado Harmozia, que más tarde ha dado su nombre a la isleta de Ormuz. Allí supo que el ejército de Alejandro se encontraba a cinco jornadas de distancia, y se apresuró a desembarcar para reunirse al conquistador, el cual hacía veintiuna semanas que no tenía noticias de la flota y no esperaba ya volver a verla.

Fácil es imaginar su alegría al ver al inesperado almirante, a quien habían enflaquecido y demudado las fatigas. Para festejar su regreso, Alejandro hizo celebrar juegos gimnásticos y ofreció grandes sacrificios a los dioses, en acción de gracias. Después quiso Nearco volver a tomar el mando de la flota para conducirla a Susa, volvió a Harmozia, y se hizo a la mar, invocando antes a Júpiter Salvador.

Visitó varias islas, probablemente las de Arek y Kismis; poco tiempo después, encallaron los bajeles, si bien la marea alta los puso a flote; doblaron el promontorio de Bestión y tocaron en Keish, isla consagrada a Mercurio y Venus, límite extremo de la Caramania, pues allí comenzaba Persia. La flota siguió la costa pérsica visitando diversos puntos: Gillam, Inderabia, Shevu, Konkun y Sita-Regchio, donde Nearco pudo recoger un convoy de trigo que le envió Alejandro.

Después de muchos días de navegación, llegó la escuadra a la desembocadura del río Endian, que separa la Persia de la Susiana, y desde allí descubrió la entrada de un gran lago abundante en pesca llamado Cataderbis, que está situado en la comarca que lleva hoy el nombre de Dorghestan. Por fin, fondeó delante de Déjela, ciudad babilónica, en las mismas fuentes del



Eufrates, después de haber reconocido toda la costa comprendida entre este punto y el Indo. Nearco se reunió por segunda vez con Alejandro, que le recompensó magníficamente y le confirmó en el mando de la flota, pues el conquistador se proponía emprender el reconocimiento de toda la costa árabe hasta el mar Rojo, pero le sorprendió la muerte sin haber podido realizar sus proyectos.

Créese que posteriormente fue Nearco gobernador de la Libia y de la Panfilia; durante sus horas de ocio escribió la relación de sus viajes, trabajo que se había perdido, pero del cual afortunadamente había hecho Arriano un análisis completo en su *Historia Índica*. Es probable que Nearco fuera muerto en la batalla de Ipsus, logrando la reputación de hábil navegante, pues su viaje es un hecho memorable en la historia de la navegación.

Ahora debemos citar una audaz tentativa realizada en aquella época por Eudoxio de Cícico, geógrafo que floreció en el año 146 antes de J. C, en la corte de Evergetes II. Después de haber visitado el Egipto y las costas de la India, concibió este atrevido aventurero la idea de dar la vuelta al África, pensamiento que no debía verse realizado hasta mil seiscientos años después por Vasco de Gama. Eudoxio fletó un gran navío y dos barcasas, y se lanzó en las desconocidas olas del Atlántico, pero es difícil determinar hasta dónde condujo sus embarcaciones. Sea lo que fuese, volvió a la Mauritania después de haber aprendido la lengua de los naturales, a quienes consideró como etiopes; desde allí pasó a Iberia e hizo los preparativos de un nuevo viaje de



circumnavegación alrededor del África. ¿Llegó a efectuarlo? No puede asegurarse, y hasta es preciso añadir que este Eudoxio, más valeroso que probó, ha sido calificado de impostor por muchos sabios.

Sólo nos falta mencionar dos nombres entre los viajeros que se ilustraron antes de la era cristiana; César y Estrabón. César, que nació cien años antes de J. C, fue más que todo un conquistador, en cuyos planes no entraba la exploración de países nuevos. Recordaremos únicamente que el año 58 emprendió la conquista de la Galia, y durante los diez años que duró tan grande empresa, condujo sus victoriosas legiones hasta las costas de la Gran Bretaña cuyas provincias estaban habitadas por pueblos de origen germánico.

Estrabón, que nació en Capadocia, 50 años antes de J. C, se distinguió más bien como geógrafo que como viajero; sin embargo, recorrió el interior del Asia, el Egipto, Grecia e Italia, y vivió largo tiempo en Roma, donde murió en los últimos tiempos de reinado de Tiberio. Estrabón dejó una geografía dividida en diecisiete libros, de los que se conservan la mayor parte; esta obra forma, con la de Ptolomeo, el monumento más importante que la antigüedad ha legado a los geógrafos modernos.



Capítulo II: Viajeros célebres de los siglos I al IX

– Pausanias (174). – Fa-Hian (399). – Cosmas Indiclopeustes (5...) – Arculfo (700). – Willibald (725). – Solimán (851). – Plinio, Hippalus, Arriano y Ptolomeo. – Pausanias visita la Ática, la Corintia, la Laconia, la Mesina, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. – Fa-Hian explora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Penyab Ceilán y Java. – Cosmas Indiclopeustes y la topografía cristiana del universo. – Arculfo describo a Jerusalén, el valle de Josafat, el Monte de los Olivos, Belén, Jericó, el Jordán, el Líbano, el Mar Muerto, Cafarnaúm, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco, Tiro, Alejandría, Constantinopla. – Willibald y los Santos Lugares. – Solimán recorre el mar de Omán, Ceilán, Sumatra, el golfo de Siam y el mar de la China.

Durante los primeros siglos de la era cristiana, el movimiento geográfico fue muy notable desde el punto de vista puramente científico, pero los viajeros propiamente dichos, es decir, los exploradores y descubridores de países nuevos, fueron ciertamente muy contados.

Plinio, en el año 23 de nuestra era, consagró los libros 3.º, 4.º, 5.º y 6.º de su Historia Natural a la geografía. En el año 50, Hippalus, hábil navegante, encontraba la ley de los monzones del Océano Índico y enseñó a los navegantes a entrar en alta mar, para efectuar, favorecidos por estos vientos constantes, su



viaje de ida y vuelta a las Indias en el intervalo de un solo año. Arriano, un historiador griego, nacido en el año 105, compuso su *Periplo del Ponto-Euxino*, y procuró fijar con gran precisión las comarcas que se habían descubierto en las exploraciones precedentes. Por último, el egipcio Claudio Ptolomeo, hacia el año 175, coordinando los trabajos de sus antecesores, publicó una geografía célebre, a pesar de sus graves errores, en la cual se establece por primera vez sobre una base matemática la situación de las poblaciones, su longitud y latitud.

El primer viajero de la era cristiana, cuyo nombre haya sobrevivido, es Pausanias, escritor griego que habitó en Roma en el segundo siglo, y del que se conserva una relación que compuso hacia el año 175. Este Pausanias precedió a nuestro contemporáneo Joanne, en la redacción de las *Guías del viajero*, efectuando, respecto de la Grecia antigua, lo que el ingenioso y laborioso francés, relativamente a las diversas comarcas de Europa. Su reseña es un manual exacto, escrito con sobriedad, preciso en sus pormenores, y en el cual los viajeros del segundo siglo podían recorrer con fruto las diversas provincias de Grecia.

Pausanias describe minuciosamente Arica, y con especialidad Atenas y sus monumentos, sus sepulcros, sus arcos, sus templos, su ciudadela, su areópago, su academia y sus columnas. Del Ática pasa a la Corintia, y explora las islas de Egina y de Eacea. Después de la Corintia, estudia con cuidado la Laconia y Esparta, la isla de Citeres, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. En esta narración se mencionan los caminos de las provincias, y las calles de las



ciudades, sin olvidar el aspecto general de las diversas comarcas de Grecia. Pero, no obstante, Pausanias no añadió ningún descubrimiento nuevo a los que habían mencionado sus predecesores. Pausanias fue un viajero que se limitó a explorar con exactitud la Grecia, pero no un descubridor. Sin embargo, su relato ha sido aprovechado por todos los geógrafos y comentadores que han tratado de la Hélade y del Peloponeso, habiendo podido llamarle con razón un sabio del siglo XVI, un tesoro de la más antigua y rara erudición.

Cerca de ciento treinta años después del historiador griego, un viajero chino, un monje, emprendió, a fines del siglo IV, una exploración de los países situados al Occidente de la China. Se ha conservado hasta el día la relación de su viaje, y es preciso asociarse al parecer de Charton, que considera este relato, como un monumento tanto más precioso, cuanto que nos aparta de nuestro punto de vista exclusivo de la civilización oriental.

Fa-Hian, acompañado de varios monjes, queriendo salir de la China por la parte de Occidente, atravesó algunas cordilleras, y llegó al país que forma en el día el Kan-tcheu, situado no lejos de la gran muralla. Allí se le agregaron algunos samaneos.

Cruzaron el río Cha-ho y un desierto que Marco Polo debía explorar ochocientos años después, y pudieron llegar, al cabo de diecisiete días de marcha, al lago del Lobo, que se encuentra en el Turkeistán chino actual. Todos los reinos que visitaron posteriormente estos religiosos, se parecían en sus usos y costumbres; sólo se diferenciaban en lengua.



Poco satisfechos de la acogida que les dispensaron en la comarca de los uigueros, cuyos habitantes no tienen nada de hospitalarios, se aventuraron hacia el Sudeste, en un país desierto, cuyos ríos vadearon con suma dificultad. Después de treinta y cinco días de *matcha*, la pequeña caravana llegó al reino de Khotan, en Tartaria, que contaba muchas veces diez mil religiosos». Fa-Hian y sus compañeros fueron recibidos en monasterios especiales, y después de una detención de tres meses, pudieron asistir a la *procesión de las imágenes*, gran fiesta común a los budistas y brahmanes, en la cual pasean a las imágenes de los dioses en un carro magníficamente adornado, por las calles sembradas de flores, y entre nubes de perfumes.

Terminada la fiesta, los religiosos salieron de Khotan y se dirigieron al reino que forma en el día el cantón de Kuke-yar. Después de un descanso de quince días, vuelve a encontrárseles más hacia el Sur, en un país que forma el Balistam moderno, país frío y montañoso donde no madura otro grano que el trigo. Allí, los religiosos hicieron uso de sus cilindros, en que están arrolladas las oraciones, los cuales hacen girar los fieles con suma rapidez. Desde este reino pasó Fa-Hian a la parte oriental del Afganistán, y no necesitó menos de un mes para atravesar unas montañas cubiertas de nieves perpetuas, y en las cuales afirma que existen dragones venenosos.

Al otro lado de esta cordillera, los viajeros se encontraron en la India del Norte, en el país que riegan las primeras aguas que forman el Sin o el Indo. Luego, después de haber atravesado los reinos de U-tchang, Su-ho-to, y Kian-tho-wei, llegaron a Fo-lu-



cha, que debe ser la ciudad de Peichaver, situada entre el Kabul y el Indo; y veinticuatro leguas más al Oeste, a la ciudad de Hilo, construida en la orilla de un afluente del río Kabul. En todas estas ciudades, Fa-Hian hablaba especialmente de las fiestas y costumbres relativas al culto de Foe, que no es otro que Budha.

Los religiosos, al dejar a Hilo, tuvieron que atravesar los montes Hindus-Kusch, que se elevan entre Tokharestan y el Gandara. Allí, era tan intenso el frío, que uno de los compañeros de Fa-Hian cayó para no volver a levantarse. Después de mil fatigas, la caravana pudo llegar a la ciudad de Banú, que todavía existe; y volviendo a pasar el Indo por la parte media de su curso, entró en el Penyab. Desde allí, bajando hasta el Sudoeste, con intención de atravesar la parte septentrional de la península índica, llegó a Mahtura, ciudad de la provincia actual de Agrá, y atravesando el gran desierto salado que se halla al este del Indo, recorrió un país que Fa-Hian llama el reino central, cuyos habitantes buenos y piadosos, sin magistrados ni leyes, ni suplicios, sin alimentarse de ser alguno viviente, sin carnicerías ni tabernas, viven felices en la abundancia y la alegría, bajo un clima en que el frío y el calor se templan mutuamente». Este reino es la India.

Descendiendo hacia el Sudeste, Fa-Hian visitó el distrito actual de Ferukh-abad, en el que, según la leyenda, puso el pie Budha al descender del cielo por una triple escalera de preciosos peldaños. El religioso viajero se extiende largamente acerca de las creencias del budismo. Desde allí partió a visitar la ciudad de



Kanudja, situada en la orilla derecha del Ganges, al cual da el nombre de Heng. Esta es la tierra de Budha por excelencia.

Dondequiera que se sentó el dios, han levantado sus fieles altas torres, y los piadosos peregrinos no dejan de acudir al templo de Tchiuan, donde Foe se entregó durante veinticuatro años a mortificaciones voluntarias. contemplando el lugar sagrado donde Foe devolvió la vista a quinientos ciegos, los religiosos sintieron un vivo dolor en el corazón.

Reanudando su camino, visitaron a Kapila, a Gorakhpur, en la frontera del Nepol, a Kin-i-na-kie, parajes célebres por los milagros de Foe, y llegaron al delta del Ganges, a la célebre ciudad de Palian-fu, en el reino de Magadha, país muy rico, habitado por gente compasiva y justa, que gustaba de discusiones filosóficas. Después de haber subido el pico del Buitre, que se eleva sobre el nacimiento de los ríos Dahder y Banurha, Fa-Hian siguió la corriente del Ganges, visitó el templo de Isis-Patenea muy frecuentado en otro tiempo por los magos *voladores*, llegó a Benarés en el reino resplandeciente, y más allá todavía, a la ciudad de To-mo-liti, situada en la embocadura del río, a poca distancia del sitio que ocupa actualmente Calcuta.

Como a la sazón una caravana de mercaderes se disponía a hacerse a la mar, con la intención de ir a la isla de Ceylán, Fa-Hian se embarcó con ellos, y al cabo de catorce días de navegación, desembarcó en las riberas de la antigua Taprobana, sobre la cual el mercader griego Jambólo había dado algunos siglos antes pormenores muy curiosos. El religioso chino volvió a encontrar en este reino todas las tradiciones legendarias que se



refieren al dios Foe, y permaneció dos años ocupándose en investigaciones bibliográficas. Dejó a Ceylán para marchar a Java, a donde llegó después de una malísima travesía, durante la cual cuando se obscurecía el cielo, no se veían más que grandes olas que chocaban entre sí, relámpagos de color de fuego, tortugas, cocodrilos, monstruos marinos y otros prodigios.

Después de cinco años de permanencia en Java, Fa-Hian se embarcó para Cantón; pero los vientos le contrariaron todavía, y después de haber soportado mil fatigas, tuvo que desembarcar en el actual Chantung; y después de haber permanecido algún tiempo en Nanking, volvió a entrar en Siantu, su ciudad natal, después de dieciocho años de ausencia.

Tal es la relación de este viaje, del cual ha hecho Abel Nemusat una excelente versión francesa, y que suministra pormenores muy interesantes sobre las costumbres de los tártaros y de los indios, particularmente en lo relativo a sus ceremonias religiosas. Al monje chino, sucede, siguiendo el orden cronológico, en el siglo VI, un viajero egipcio llamado Cosmas Indicopleustes, nombre que Charton traduce de este modo: Viajero cosmográfico en la India. Era éste un mercader de Alejandría, que después de haber visitado la Etiopía y parte del Asia, se hizo monje a su regreso.

Su narración lleva el título de *Topografía cristiana del universo*. No se halla, en ella detalle alguno sobre los viajes de su autor, pero el principio de la obra se compone de discusiones cosmográficas para probar que la tierra es cuadrada, y que está encerrada con los demás astros en un gran cofre oblongo; siguen después varias



disertaciones sobre las funciones de los ángeles, y una descripción del traje de los sacerdotes hebreos. Cosmas describe también la historia natural de los animales de la India y de Ceylán y cita el rinoceronte, el toro-ciervo, que puede utilizarse para los usos domésticos, la jirafa, el toro salvaje, la cabra almizclada, cuya caza tiene por objeto recoger «su sangre perfumada», el unicornio, al que no considera como un animal quimérico, el jabalí, al que llama puerco-ciervo, el hipopótamo, la foca, el delfín y la tortuga. Después de los animales. Cosmas describe el pimientero, arbusto tan quebradizo y delicado como los sarmientos más delgados de la vid, y el cocotero, cuyo fruto tiene un sabor dulce como el de las nueces verdes.

Desde los primeros tiempos de la era cristiana, se apresuraban los fieles a visitar los Santos Lugares, cuna de la nueva religión. Estas peregrinaciones llegaron a ser cada día más frecuentes, y la historia ha conservado los nombres de los principales personajes que acudían a Palestina durante las primeras edades del cristianismo.

Uno de estos peregrinos, el obispo francés Arculfo, que vivía a fines del siglo VII, nos ha dejado la narración circunstanciada de su viaje.

Principiaba por exponer la situación topográfica de Jerusalén, y describe la muralla que rodea la ciudad santa. Visita luego la iglesia en forma de rotonda, construida sobre el Santo Sepulcro la tumba de Jesucristo y la piedra que la cierra, la iglesia de Santa María, la construida en el Calvario y la basílica de Constantino, edificada en el sitio donde se encontró la Vera Cruz.



Estas diferentes iglesias se hallaban agrupadas en un edificio único que encierra también el sepulcro de Cristo y el Calvario en cuya cumbre fue crucificado.

Arculfo baja en seguida al valle de Josafat, situado al este de la ciudad donde se elevan la iglesia que encierra el sepulcro de la Virgen y la tumba de Absalón, que él llama torre de Josafat. Después sube al monte de los Olivos, situado frente a la ciudad, más allá del valle, y reza en la gruta en donde oró Jesús. Se dirige entonces al monte Sión, situado fuera de la ciudad, hacia el Sur; contempla al pasar la higuera gigantesca en la cual, según la tradición se ahorcó Judas Iscariote, y por último, visita la iglesia del Cenáculo, actualmente destruida.

Dando vuelta a la ciudad por el valle de Siloé, y volviendo a subir el torrente Cedrón, retorna el obispo al Monte de los Olivos, cubierto de ricas mieses de trigo y cebada, de hierbas y de flores, y describe desde la cumbre de la Montaña Santa el sitio en que Jesucristo se elevó a los cielos. Allí han levantado los fieles una gran iglesia circular, con tres pórticos abovedados, la cual no tiene techo ni bóveda, quedando a cielo raso. No se ha cubierto el interior de la Iglesia —dice la relación del obispo— a fin de que este lugar, donde se fijaron por última vez las divinas plantas, cuando el Señor se elevó al cielo sobre una nube, sea un camino siempre abierto hasta el cielo, a donde conduzcan las oraciones de los fieles. Cuando se construyó esta iglesia de que hablamos, no se pudo embaldosar como el resto del edificio el sitio donde descansaron los pies del Señor, pues a medida que se iban aplicando las losas de mármol, la tierra, como si rehusara soportar cosa alguna humana las arrojaba a la cara de los



obreros. Además, todavía conserva el polvo, como enseñanza eterna, la huella de los pasos divinos, y aunque diariamente la fe de los que visitan estos lugares recoge este polvo, y con él la huella, vuelve ésta a aparecer sin cesar, y la tierra la conserva eternamente.

Después de haber explorado el campo de Bethania, en medio del gran bosque de los Olivos donde se halla el sepulcro de Lázaro, y la iglesia situada a la derecha, en el sitio mismo donde Cristo acostumbraba reunirse con sus discípulos, Arculfo fue a Belén, pueblo que se halla situado a dos horas de la ciudad santa, al sur del valle de Zefrahim. Describe el lugar del nacimiento del Señor, que no es más que una semi-gruta natural abierta al extremo del ángulo oriental del pueblo, encima de la cual se halla la iglesia construida por Santa Elena; después describe los sepulcros de los tres pastores que al nacer el Señor fueron circundados de una claridad celestial; el sepulcro de Raquel, las tumbas de los cuatro patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Adán, el primer hombre. En seguida fue a ver la montaña y la encina Mambré, a cuya sombra dio Abraham en otro tiempo hospitalidad a los ángeles.

Después visitó Arculfo a Jericó, o más bien el sitio que ocupaba esta ciudad, cuyas murallas se desplomaron al sonido de las trompetas de Josué. Exploró el lugar en que los hijos de Israel, después de haber pasado el Jordán, hicieron su primer descanso en la tierra de Canaán; contempló en la iglesia de Gálgala las doce piedras que los israelitas sacaron, por orden del Señor, del torrente sin agua y seco. Siguió las riberas del Jordán, y reconoció



a la derecha, en un remanso del río, y a una hora de camino del Mar Muerto, en medio de un sitio pintoresco plantado de magníficos árboles, el lugar donde el Señor fue bautizado por San Juan, en cuyo sitio mismo se ha colocado una cruz que cubren por completo las aguas blancuzcas del río cuando están crecidas.

Después de haber recorrido las riberas del Mar Muerto cuyas aguas salobres gustó; después de haber buscado en Fenicia la falda del Líbano, donde se hallaban las fuentes del Jordán; después de haber explorado la mayor parte del lago Tiberíades, y visitado el pozo de Samaria, donde dio de beber a Jesucristo la Samaritana, la fuente del desierto donde bebía San Juan Bautista, la vasta llanura de Gazán, «ya nunca más cultivada», en la que multiplicó Jesús cinco panes y dos peces, Arculfo bajó después hacia Cafarnaum, cuyos restos no existen ya, se trasladó a Nazaret, donde pasó su infancia Jesucristo, y a Galilea, terminando en el monte Tabor su viaje propiamente dicho a los Santos Lugares.

La relación del obispo contiene también pormenores geográficos e históricos sobre otras ciudades que visitó, tales como la ciudad real de Damasco, que cruzan cuatro grandes ríos para su recreo. Tiro, metrópoli de la provincia de Fenicia, que, estando separada en otro tiempo del continente, fue unida a él por los muelles que mandó construir Nabucodonosor;

Aleandría, en otro tiempo capital de Egipto, a donde llegó el viajero cuarenta días después de haber salido de Jaffa, y por último Constantinopla, en donde visitó con frecuencia la vasta



iglesia en que se conserva el «madero sagrado de la cruz donde el Salvador murió crucificado por la salvación del género humano.

Finalmente, la relación de este viaje, que fue dictada por el obispo al abad de San Columbano, termina recomendando a los lectores que imploren la clemencia divina a favor del santo prelado Arculfo, y que rueguen también a Jesucristo, juez de todos los siglos, por el pobre pecador que sirvió de amanuense.

Algunos años después que el obispo francés, emprendió el mismo viaje un peregrino inglés con un objeto piadoso, y lo cual realizó casi con las mismas condiciones.

Este peregrino se llamaba Willibald, y pertenecía a una rica familia que, según todas las probabilidades, habitaba el condado de Southampton. A consecuencia de una larga enfermedad, sus padres le consagraron a Dios, y pasó su juventud en ejercicios piadosos en el monasterio de Waltheim. No bien llegó a la adolescencia, Willibald resolvió ir a Roma, con el objeto de rezar a Dios en la iglesia consagrada al apóstol San Pedro, y sus vivas instancias determinaron a su padre Ricardo, a su hermano Wimebaldo y a su joven hermana Walpurge a acompañarle.

La piadosa familia se embarcó en Hamble-Haven, en la primavera del año 721, y remontando el Sena, fue a desembarcar cerca de la ciudad de Ruán. Willibald da pocos pormenores sobre su viaje hasta Roma. Después de pasar por Cortona, ciudad de la Liguria, y por Lucca, en Toscana, donde Ricardo sucumbió de resultas de las fatigas del viaje, el 7 de febrero de 722, después de haber pasado los Apeninos durante el invierno,



los dos hermanos y la hermana entraron en Roma, donde pasaron el resto del invierno habiendo sufrido violentas fiebres.

No bien recobró la salud Willibald, formó el proyecto de proseguir su peregrinación hasta los Santos Lugares. Envió, pues, a sus hermanos a Inglaterra, y partió en compañía de algunos religiosos. Fueron a Nápoles por Terracina y Gaeta, donde se hicieron a la vela para Reggio en Calabria, y para Catania y Siracusa, en Sicilia; luego, tomando definitivamente la vía del mar, después de haber tocado en Cos y en Samos, desembarcaron en Efeso, en el Asia Menor, donde se encuentran los sepulcros de San Juan Evangelista, de María Magdalena y de los Siete Durmientes, que son siete cristianos martirizados en el reinado del emperador Decio.

Después de haber permanecido algún tiempo en Strobolo, Patara, y por último en Mitilene, capital de la isla de Lesbos, se trasladaron los peregrinos a Chipre, visitaron igualmente a Pafos y Constanza, y por fin se les encuentra, en número de siete, en la ciudad fenicia de Edissa, donde existe el sepulcro del apóstol Santo Tomás.

Al llegar a este punto, Willibald y sus compañeros fueron tomados por espías y hechos prisioneros por los sarracenos; pero el rey, por recomendación de un español, les hizo poner en libertad. Los peregrinos salieron inmediatamente de la ciudad, y desde aquel momento su itinerario es casi igual al del obispo Arculfo. Visitaron a Damasco, en Siria; a Nazaret, en Galilea; Cana, donde se puede ver una de las ánforas milagrosas; el monte Tabor, en que se efectuó el milagro de la Transfiguración;



Tiberíades, situada en el mismo punto donde el Señor y Pedro anduvieron sobre las olas; Magdala, donde vivían Lázaro y sus hermanas; Cafarnaum, donde resucitó Jesús a la hija del príncipe; Betsaida de Galilea, patria de Pedro y de Andrés; Corosain, donde curó el Señor a los endemoniados; Cesárea, donde le fue entregada a Pedro la llave del cielo; el lugar donde fue bautizado Nuestro Señor Jesucristo; Gálgala, Jericó y Jerusalén.

La Ciudad Santa, el valle de Josafat, el monte de los Olivos, Belén, Thema, donde Herodes hizo degollar a los inocentes, el valle de Laura y Gaza, fueron visitados por los piadosos peregrinos. En esta ciudad, mientras se celebraban los divinos oficios en la iglesia de San Matías, refiere Willibald que perdió de improviso la vista, la cual no volvió a recobrar hasta que llegó a Jerusalén, dos meses después, al entrar en la iglesia de Santa Cruz. En seguida recorrió el valle de Diospolis, a diez millas de Jerusalén; de allí pasó a las orillas del mar Sirio, visitando a Tiro, Sidón y Trípoli, de Siria; y por el Líbano, Damasco y Cesárea, fue Willibald a Emaús, pueblo de la Palestina, donde brota la fuente en que Jesucristo se lavó los pies, y finalmente a Jerusalén, en donde los viajeros permanecieron durante toda la estación de invierno.

Los infatigables peregrinos no limitaron a esto su exploración. Vuelve a encontrárseles sucesivamente en Ptolemaida, llamada actualmente San Juan de Acre, en Emessa, en Jerusalén, en Damasco, en Samaria, donde están los sepulcros de San Juan Bautista, de Abdias, y de Eliseo; en Tiro, donde, preciso es confesarlo, el piadoso Willibald defraudó a la aduana pasando



de matute el bálsamo de Palestina, muy apreciado entonces, y que debía pagar ciertos derechos. En Tiro, después de una larga permanencia, pudo embarcarse para Constantinopla, donde él y sus compañeros vivieron dos años, y finalmente regresaron todos por Sicilia, Calabria, Nápoles y Capua. El peregrino inglés llegó al monasterio de Monte Casino, al cabo de diez años de ausencia. Sin embargo, aún no había llegado para él la hora del reposo. El pontífice Gregorio II le confió un obispado creado nuevamente en Francia; a la sazón tenía cuarenta y un años, y ocupó no obstante esta silla episcopal por espacio de cuarenta y cinco años, pues falleció en el 745. En el año 938 fue canonizado Willibald por el papa León VII.

Terminaremos la lista de los viajeros en los nueve primeros siglos de la Iglesia, citando a un tal Solimán, mercader de Basora, que, habiendo partido del golfo Pérsico, llegó a los confines del Asia y desembarcó en las costas chinas. Esta narración contiene dos partes distintas: la una, redactada en el año 851 por el mismo Solimán, que fue quien realmente hizo este viaje; la otra escrita en 878 por un geógrafo llamado Abu-Zeid-Hassán, con el objeto de completar la primera. Según la opinión del orientalista Reinaud, esta narración suministra nueva luz sobre las relaciones comerciales que existían en el siglo IX entre las costas de Egipto, de la Arabia y de los países ribereños del golfo Pérsico, por una parte, y por otra de las vastas provincias de la India y de la China.

Solimán salió del golfo Pérsico, se surtió de agua dulce en Mascara y visitó primeramente el segundo mar, es decir, el mar Larevy de los árabes, o mar de Omán, según la geografía



moderna. Vio un pez en una masa enorme, probablemente un cachalote, a quien los prudentes navegantes procuraron espantar tocando la campana; después un tiburón, en cuyo vientre se encontró otro más pequeño, que también encerraba otro menor todavía, «ambos vivos», dice el viajero, con manifiesta exageración. Después de haber descrito la rémora, el dactilóptero y la marsopa, recorre el mar de Herkend, comprendido entre las Maldivas y las islas de la Sonda, en donde contó por lo menos mil novecientas islas, cuyas riberas estaban llenas de grandes trozos de ámbar gris.

Entre estas islas, gobernadas por una mujer, cita principalmente con su nombre árabe a Cylán y su pesquería de perlas; a Sumatra, rica en minas de oro, y habitada en parte por antropófagos; las de Nicobar y las de Andaman, cuyas tribus se componen aún hoy día de caníbales. El mar de Herkend – dice – se levanta a veces en trombas furiosas que destrozan las naves y arrojan a la costa una inmensa cantidad de peces muertos, y aun peñascos y trozos de montaña. Cuando se encrespan las olas de este mar, presenta el agua el aspecto de fuego. Solimán la cree frecuentada por una especie de monstruos que devoran a los hombres, y en el cual han creído reconocer los comentadores al voraz pez llamado perro de mar, del género escualo.

No bien llegó a Nicobar, Solimán, después de haber cambiado con sus habitantes hierro por cocos, cañas de azúcar, bananas y vino de coco, atravesó el mar de Kalah-Bar, que baña la costa de Malaca; luego, al cabo de diez días de navegación por el mar



Schelaheth, se dirigió para proveerse de agua hacia un lugar que podía ser Singapur; después volvió a subir al Norte por la mar de Kedrenj, que debe ser el golfo de Siam, para llegar a la vista de Pulo-Oby, situado al sur de la punta de Camboya.

Entonces se abrió ante los navíos del mercader de Basora el mar de Senf, extensión de agua comprendida entre las Molucas y la Indochina. Solimán fue a avituallarse a la isla de Sander-Foulat, situada hacia el cabo Varela, y de allí se lanzó a la mar de Sandjy o de China, y un mes después entró en Khan-fu, puerto chino de la actual ciudad de Tche-kiang, donde tenían costumbre de atracar las embarcaciones en aquella época.

El resto de la relación de Solimán, completada por Abu-Zeid-Hassan, sólo contiene noticias minuciosas sobre las costumbres de los indios, de los chinos y de los habitantes del Zendj, comarca situada en la costa oriental de África, pero no es ya el viajero quien habla, y los detalles que da volvemos a encontrarlos más interesantes y más exactos en las relaciones de sus sucesores.

Para resumir los trabajos de los exploradores que recorrieron la tierra dieciséis siglos antes de la era cristiana y nueve siglos después, debemos decir que, desde Noruega hasta los confines del imperio chino, pasando por el Atlántico, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Océano Indico y el mar de la China, esta inmensa extensión de costas fue en gran parte conocida y visitada por los antiguos. Habíanse intentado atrevidas exploraciones tierra adentro en Egipto hasta la Etiopía, en Asia Menor hasta el Cáucaso, en la India y la China hasta la Tartaria, y si bien faltaba



todavía la exactitud matemática para determinar los diversos puntos descubiertos por los viajeros, por lo menos los usos, las costumbres de los habitantes, la-s producciones de los diversos países, los modos de efectuar los cambios, y las costumbres religiosas eran suficientemente conocidos; las naves aprovechándose de los vientos, podían arriesgarse con más confianza por los mares, las caravanas sabían dirigirse con más seguridad al interior del continente, y gracias a este conjunto de conocimientos, difundidos por los escritos de los sabios, el comercio tomó un impulso considerable en el último período de la Edad Media.

Capítulo III: Viajeros célebres de los siglos X al XIII

– Benjamín de Tudela (1159-1173). – Plan de Carpin (1245-1247). – Rubruquis (1253-1254). – Los escandinavos en el Norte, la Irlanda y la Groenlandia. – Benjamín de Tudela, visita Marsella, Roma, la Valaquia, Constantinopla, el Archipiélago, la Palestina, Jerusalén, Belén, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schiraz, Samarcanda, el Tibet, Malabar, Ceylán, el mar Rojo, el Egipto, Sicilia, Italia, Alemania y Francia. – Plan de Carpin explora el país de Coman y del Khangita, el Turkestán moderno. – Usos y costumbres de los tártaros. – Rubruquis y el mar de Azof. – El Volga, el país de los Baskhires, Caracorum, Astrakán, Derbend.



Durante el siglo X y principios del XI se inició un movimiento geográfico bastante considerable en el Norte de Europa. Audaces noruegos y galos se aventuraron en los mares septentrionales, y si ha de darse crédito a algunas relaciones más o menos auténticas, llegaron hasta el mar Blanco y visitaron las comarcas que hoy día poseen los samoyedos. Algunos documentos llegan a suponer que el príncipe Madoc exploró el continente americano.

No obstante, puede afirmarse que Irlanda fue descubierta hacia el año 861 por unos aventureros escandinavos y que no tardaron los normandos en colonizarla.

Por esta época un noruego se refugió en una tierra nueva situada en el extremo Oeste de Europa, y maravillado de su verde aspecto le dio el nombre de tierra verde o Groenlandia. Pero las comunicaciones con esta porción del continente americano eran muy difíciles, tanto que, según el geógrafo Cooley, «una nave empleaba cinco años para ir y volver de Noruega a Groenlandia.» Algunas veces, durante los inviernos rigurosos, se helaba el Océano septentrional en toda su extensión, y un tal Hollur-Geit pudo ir a pie conducido por una cabra, desde Noruega a Groenlandia. Pero no olvidemos que hablamos de tiempos legendarios y que en aquellas regiones hiperbóreas abundan las tradiciones maravillosas. Volvamos, pues, a los hechos reales, demostrados, incontrovertibles, y relatemos el viaje de un judío español, cuya veracidad está confirmada por sabios comentadores.



Este judío era hijo de un rabino de Tudela, ciudad del antiguo reino de Navarra, llamado Benjamín de Tudela. Es de creer que el objeto de su viaje era conocer el número de sus correligionarios esparcidos por la superficie de la tierra; pero cualquiera que fuese su objeto, lo cierto es que exploró en catorce años, desde 1160 al 1173, casi todo el mundo conocido, siendo su relato un documento detallado y hasta minucioso que gozó de gran autoridad en el siglo XVI.

Benjamín de Tudela salió de Barcelona, y por Gerona, Narbona, Beziers, Montpellier, Lunel, Pousquiers, Saint-Gillés y Arles, llegó a Marsella. Después de visitar dos sinagogas y a los judíos notables de esta ciudad, se embarcó para Genova, adonde arribó cuatro días después. Los genoveses eran a la sazón dueños del mar y hacían la guerra a los pisanos, hombres valerosos, que, lo mismo que aquéllos, dice el viajero, «no tienen reyes ni príncipes, sino únicamente jueces que designan según su voluntad.

Después visitó a Luca y en seis días llegó a la gran Roma. Era Papa a la sazón Alejandro III, y según refiere Benjamín de Tudela, contaba algunos judíos entre sus ministros. Entre los monumentos de la eterna ciudad, cita especialmente San Pedro y San Juan de Letrán, pero sus descripciones adolecen de cierta aridez. Desde Roma fue a Capua, y Pozzuoli, y a Nápoles donde no vio otra cosa sino los quinientos judíos que habitaban esta ciudad. De aquí pasó a Salerno, Amalfi, Benevento, Ascoli, Trani, San Nicolás de Bari, Tarento y Bríndisi, llegando al golfo



de Otranto después de haber atravesado la Italia sin recoger nada interesante en una comarca tan curiosa.

Por pesada que sea la nomenclatura de los pueblos visitados o citados por Benjamín de Tudela, no debemos omitir uno solo, porque es muy preciso el itinerario del viajero judío, y hasta útil el seguirlo sobre el mapa que Lelewel trazó expresamente para él.

Desde Otranto a Zeitún, en Valaquia, sus etapas fueron Corfú, el golfo de Arta, Aquelous, antigua ciudad de Etolia, Anatolia, en Grecia; en el golfo de Patrás, Patrás, Leparrto, Crisa, construida al pie de Parnaso, Corinto, Tebas, cuyos dos mil judíos son los mejores obreros de Grecia en el arte de fabricar la seda y la púrpura; y después Negroponto y Zeitún.

Allí empieza la Valaquia, según el viajero español. Los valacos corren como cabras y bajan las montañas para entregarse al pillaje en el territorio de los griegos. Desde aquel punto, pasó por Gardicki, pequeña aldea del golfo de Volo; por Armiros, puerto frecuentado por los venecianos, los genoveses y los pisanos; por Bissina, ciudad actualmente destruida; por Salónica, la antigua Tesalónica; y por Dimitritzi, Darma, Christopolo y Abidos, llegó a Constantinopla.

El viajero da algunos detalles de esta gran capital de todo el país griego, donde reinaba a la sazón el emperador Manuel Comneno, que habitaba un palacio construido a orillas del mar. Allí se elevaban columnas de plata y oro puros y «un trono de oro y de piedras preciosas sobre el cual pende una corona de oro sostenida por una cadena del mismo metal, la cual cae



precisamente en la cabeza del rey, cuando éste se sienta. Tiene esta corona piedras de tan alto precio, que nadie puede estimarlas, y son tan brillantes, que por la noche no hay necesidad de luz porque se ve perfectamente a favor del brillo que despiden las piedras». Añade el viajero que la ciudad está muy poblada, que a ella acuden mercaderes de todas partes, y que desde este punto de vista, sólo puede compararse con Bagdad. Sus habitantes visten trajes de seda cubiertos de bordados, y parecen hijos de los reyes; pero no tienen corazón ni valor para la guerra y mantienen a sueldo mercenarios de todos los países para que se batan por ellos.

Benjamín de Tudela se lamenta de que no haya judíos en la ciudad, porque están relegados más allá de la torre de Galata, cerca de la entrada del puerto. Allí se contaban cerca de dos mil quinientos de dos sectas, los rabinitas y los caraítas, entre los cuales hay muchos obreros en seda y algunos ricos mercaderes, y todos ellos son sumamente odiados por los griegos, que los tratan con dureza. Ninguno de aquellos opulentos judíos tiene el derecho de montar a caballo, excepto uno tan sólo, el egipcio Salomón, el médico del rey. En cuanto a los monumentos de Constantinopla, cita Benjamín el templo de Santa Sofía, que posee, tantos altares como días tiene el año, e innumerables columnas y candelabros de oro y plata; cita después el hipódromo, convertido hoy en mercado de caballos, en el cual, para divertir al pueblo, se hacían luchar leones, osos, tigres, ocas salvajes y hasta pájaros.



Cuando salió de Constantinopla, Benjamín de Tudela visitó la antigua Bizancio, Gallípoli y Kilia, puerto de la costa oriental; y después se embarcó para recorrer las islas del archipiélago, Mitilene, Chio, que hace el comercio del jugo del alfóncigo; Samos, Rodas y Chipre. Más tarde se hizo a la vela hacia la tierra de Aram, pasó por Messís, por Antioquía, donde admiró la distribución de las aguas y por Lataquia, para llegar a Trípoli, que acababa de sufrir un temblor de tierra que se dejó sentir en todo el país de Israel.

Desde Trípoli pasó a Beirut, a Sidón, a Tiro, célebre por su púrpura y por sus fábricas de vidrio; a Acre, a Khaifa, cerca del monte Carmelo, donde se encuentra la gruta de Elías; a Cafarnaum, a Cesárea, ciudad magnífica; a Kakon, a Samaría, edificada en medio de una campiña cruzada de arroyuelos y rica en jardines, vergeles, viñedos y olivares; a Naplusa, a Gabaón, y llegó a Jerusalén.

En la ciudad santa no podía ver el judío español nada de lo que un cristiano hubiera admirado sin duda. Para él, Jerusalén no era más que una pequeña ciudad defendida por tres murallas y muy poblada de jacobitas, de sirios, griegos, georgianos y francos, que hablaban distintos idiomas. Posee dos hospitales, en uno de los cuales hay siempre cuatrocientos caballeros, apercebidos constantemente para ir a la guerra; un gran templo, que es el sepulcro de aquel hombre, calificación que da el Talmud a Jesucristo, y una casa en la cual los judíos, mediante cierto canon, tienen el privilegio de hacer tintes. Además, los correligionarios de Benjamín de Tudela no eran numerosos en



Jerusalén; apenas llegaban a doscientos que habitaban en la torre de David, en un rincón de la ciudad.

Fuera de Jerusalén, cita el viajero la tumba de Absalón, el sepulcro de Osías, la fuente de Siloé, cerca del torrente Cedrón; el valle de Josafat y el monte de los Olivos, desde cuya cima se divisa el mar de Sodomá. A un par de leguas de allí se levanta la indestructible estatua de la mujer de Lot, y el viajero afirma que, «aun cuando los rebaños que pasan junto a ella lamen continuamente esta estatua de sal, crece y se repone, volviendo a quedar como estaba anteriormente».

Desde Jerusalén, Benjamín de Tudela, después de haber escrito su nombre en el sepulcro de Raquel, según la costumbre de los judíos que pasan por aquel sitio, se trasladó a Belén, donde encontró doce tintorerías israelitas; y luego se dirigió a Hebrón, ciudad actualmente desierta y arruinada.

Después de haber visitado, en la llanura de Makhfela, las tumbas de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Lía, se dirigió a Damasco pasando por Beith-Jaberin, Scilo, el monte Morija, Beith-Nubi, Rama, Jaffa, Jabneh, Azotos, Ascalón, edificada por Esdras el sacrificador; Lud, Serain, Sufurieh, Tiberíades donde se encuentran los baños calientes que salen del fondo de la tierra, Gish, Meirún, que todavía es lugar de peregrinación para los judíos; Alma, Kadis, Belinas, cerca de la caverna en donde nace el Jordán, y saliendo por fin de la tierra de Israel llegó a Damasco.



He aquí la descripción que hace Benjamín de Tudela, de la ciudad de Damasco, donde comienza el país de Nureddín, rey de los turcos.

La ciudad es muy grande y muy hermosa; está rodeada de murallas; el terreno abunda en jardines y vergeles a quince millas a la redonda, no habiendo en toda la tierra un país tan fértil como éste. La ciudad se halla situada al pie del monte Hermón, donde nacen los ríos Amana y Farfar, el primero de los cuales pasa por en medio de la ciudad, cuyas aguas, conducidas por medio de acueductos, llegan a las casas de los grandes, y a las plazas y a los mercados. Este país comercia con el resto del mundo. El Farfar riega los jardines y los vergeles que hay fuera de la ciudad. Los israelitas tienen en Damasco una mezquita llamada Goman-Daminesec, es decir, sinagoga de Damasco. No existe en la tierra un edificio semejante, y hay quien dice que fue en otro tiempo un palacio de Benhadad. Hay en ella una muralla de vidrio, construida por arte mágico, con tantas troneras o agujeros como días tiene el año solar; el sol, descendiendo doce grados, según el número de las horas del día, entra cada día por uno de estos agujeros, pudiendo saber cada cual la hora que es, según el agujero por donde entra el sol. En el interior del palacio hay construidos casillas de oro y plata, del tamaño de tinajas, que pueden contener tres personas, que quieran lavarse o bañarse.

Después de Galaad y Salkah, situada a dos jornadas de Damasco, llegó Benjamín de Tudela a Balbek, la Heliópolis de los griegos y de los romanos, construida por Salomón en el valle del Líbano; luego a Tadmor, edificada como Palmira, con grandes piedras.



Siguió luego a Cariatín y se detuvo en Hama, destruida en parte por el terremoto que en 1157 destrozó muchas ciudades de la Siria.

Sigue en la relación del viaje una árida nomenclatura de poblaciones cuyos nombres se limita solamente a citar, tales como Halab, Beles, Kalatdajbar, Racca, Harran, la principal ciudad de los sábeos; Nisibe, Djeziret, cuyo nombre turco es Kora; Mosul, sobre el Tigris, donde comienza la Persia; Nínive, punto de partida del cual vuelve el viajero hacia el Eufrates; Rahaba, Karkesia, Juba, Abkera, y, en fin, Bagdad, residencia del califa.

Bagdad agrada mucho al viajero israelita; es una gran ciudad de tres millas de circunferencia, con hospital para los enfermos ordinarios y para los judíos. De todas partes acuden a ella los sabios, filósofos, conocedores de todas las ciencias y magos expertos en toda clase de encantamientos. Es residencia y capital de un califa, que según ciertos comentadores debe ser Mostaidjed, que reinaba en la Persia occidental en las riberas del Tigris. Este califa poseía un gran palacio en medio de un parque regado por un afluente del Tigris y poblado de animales salvajes. Este soberano puede ser propuesto, bajo cierto concepto, como ejemplo a todos los potentados de la tierra. Es un hombre amante de la verdad, afable y atento con cuantos se acercan a él. Vive solamente del trabajo de sus manos, fabrica cobertores marcados con su sello, que hace vender en el mercado por los príncipes de su corte, a fin de proveer a los gastos de su manutención. No sale de su palacio más que una vez al año en la fiesta de Ramadán, para dirigirse a la mezquita que está en la puerta de Basora, y



desempeña las funciones de imán, explicando la ley a su pueblo. Después vuelve a su palacio por un camino diferente, y la ruta que ha seguido se vigila todo el año, a fin de que ningún transeúnte profane las huellas de sus pasos. Los hermanos del califa habitan su mismo palacio; son tratados con toda clase de honores y tienen bajo su mando algunas villas y ciudades cuyas rentas les permiten pasar una vida agradable; pero, como en una ocasión se rebelaron contra su hermano, están atados con cadenas de hierro y tienen guardias delante de sus habitaciones.

Después de haber anotado estas particularidades, Benjamín de Tudela bajó por el ángulo de la Turquía Asiática bañada por el Tigris y el Eufrates y pasó por Ghiagin y Babilonia, ciudad arruinada, cuyas calles se extienden a treinta millas de circuito. Vio de paso el horno en que fueron arrojados Ananías, Misad y Azarías, así como Hillah y la torre de Babel, que describe así: Allí está la torre que edificaron los dispersos. Era de ladrillo; sus cimientos ocupaban cerca de dos millas de extensión: la anchura de la torre era de doscientos cuarenta codos y su elevación era de cien canas. A cada diez codos había rampas que conducían a una escalera de caracol por donde se subía hasta, arriba. Desde la torre se descubría el espacio de veinte millas, porque el país es llano; pero el fuego del cielo que cayó sobre la torre la destruyó hasta sus cimientos.

Desde Babel se dirigió el viajero a la sinagoga de Ezequiel, situada sobre el Eufrates, verdadero santuario al que afluyen los creyentes para leer, el gran libro escrito por la mano del profeta. Después pasó por Alkotzonath, Ain-Japhata, Lefras, Kefar, Kuffa,



Sura, donde hubo una célebre universidad judía; Shafjathib, cuya sinagoga está construida con piedra de Jerusalén, y atravesando el desierto de Yemen pasó por Tema, Tilimas, Caibar, en la que había cincuenta mil israelitas; Waseth, y por fin, llegó a Basora, que se halla sobre el Tigris, casi en la extremidad del golfo Pérsico. El viajero no suministra ningún detalle acerca de esta importante y comercial ciudad, pero desde allí se dirigió probablemente a Karna para visitar la tumba del profeta Esdras; después entró en Persia deteniéndose en Chuzestan, gran ciudad, en parte arruinada, que divide el Tigris en dos mitades, la una rica, y la otra pobre, unidas ambas por un puente, sobre el cual y por motivo de equidad está suspendido el féretro de Daniel.

Benjamín de Tudela continúa su viaje por la Persia, pasando por Rudbar, Holwan, Mulehet y Amaría, donde comienza la Media; en este punto cuenta que apareció David el Rey, hacedor de milagros el cual no es otro que el Jesús de los judíos. Después llegó por Hamadan, donde se encuentran las tumbas de Mardoqueo y de Ester, y por Dabrestan llegó a Ispahan, capital del reino, que mide doce millas de circuito.

Al llegar a este punto, la relación del viajero se hace un tanto oscura. Siguiendo sus notas se le vuelve a encontrar en Shiras, probablemente el reino de Herat en el Afganistán, después en Samarcanda, y por último al pie del Tíbet. Desde este punto extremo situado al Nordeste, debió volver a Nisapur y a Chuzestan en las orillas del Tigris, donde seguramente se embarcó, y después de navegar dos días bajaría a El-Cachiff, ciudad de la Arabia, situada en el golfo Pérsico, donde se



explotan las pesquerías de perlas. Tras siete días más de navegación y después de atravesar el mar de Omán, debió llegar a Chulan, hoy día Quilón, en la costa de Malabar.

Benjamín de Tudela estuvo, finalmente, en las Indias, en el reino de los que, adoran al Sol, hijos de Cush, contempladores de los astros. En este país se produce la pimienta, la canela y el jengibre. A los veinte días de su salida de Chulan, llegaba el viajero a las islas de Cinrag, es decir, a Ceylán, cuyos habitantes son fanáticos adoradores del fuego.

¿Desde Ceylán fue Benjamín de Tudela a la China? No puede afirmarse, pues considera muy peligroso el viaje por mar, en el que naufragan muchas embarcaciones. Así, pues, propone nuestro viajero el siguiente medio singular para librarse del peligro. Se toman, dice, muchas pieles de buey, si llega el viento a amenazar el buque; el que quiere librarse se mete en una de estas pieles; la cose por dentro para que no penetre el agua en ella y después se arroja al mar; entonces, algunas de esas águilas grandes, llamadas grifos, al verle, cree que es un animal, baja, lo toma, y se lo lleva a tierra, transportándolo a alguna montaña o a algún valle para devorarlo, y entonces el hombre que se ha ocultado en la piel mata al águila con su cuchillo, y saliendo después de su piel se marcha a buscar algún lugar habitado. Son muchas las personas que se han salvado de esta manera.

Vuélvese a encontrar Benjamín de Tudela en Ceylán; después, probablemente en la isla de Socotora a la entrada del golfo Pérsico y en seguida en Sebid; atraviesa el mar Rojo y llega a Abisinia, que él llama la India de tierra firme. Desde allí;



siguiendo la corriente del Nilo, atravesando la comarca de Assuan, llega a la aldea de Holvan, y por el desierto de Sahara, donde el viento, sepulta a las caravanas bajo una capa de arena, llega a Zavila, Kous, Faim y Misraim, es decir, el Cairo.

Misraim es una gran ciudad adornada de plazas y de tiendas. Allí no llueve nunca, pero el Nilo se desborda una vez al año y riega el país «en una extensión de quince jornadas», comunicando a las tierras una extraordinaria fertilidad.

Al dejar Benjamín de Tudela a Misraim fue a Gizeh sin mirar sus pirámides, a Ain- Schams, a Boutig, a Zifita, a Damira, deteniéndose en Alejandría, edificada por Alejandro el Grande. La ciudad, dice, es muy comercial y acuden a ella gentes de todas las partes del mundo; sus plazas y sus calles están muy concurridas, y son tan largas que no se les ve el fin. Extiéndese un dique una milla mar adentro, el cual sostiene una torre que levantó el conquistador, y en cuyo remate había dispuesto un mirador de cristal, «desde donde se podía ver a cincuenta jornadas de distancia todos los buques que acudieran de la Grecia o del Occidente a hacer la guerra o perjudicar de otra suerte la ciudad». Esta torre, si ha de creerse al viajero, servía también «de señal para todos los buques que navegan hacia Alejandría, porque se la descubre desde cien millas, bien sea de día o de noche, por medio de una gran antorcha que se enciende.» ¿Qué son, comparados con esta torre, nuestros faros cuya luz alcanza a lo más, a treinta millas aunque sea luz eléctrica?



Damieta, Sunbat, Ailah, Refidim y la aldea de Thor al pie del monte Sinaí fueron visitadas por el viajero judío, y al regresar al primero de los expresados puntos se embarcó, llegando a Messina veinte días después. Deseando proseguir haciendo el censo de sus correligionarios, subió por Roma y Luca a la Mauriena, al monte de San Bernardo, y cita gran número de ciudades de Alemania y Francia donde se habían refugiado los judíos, los cuales, según el cálculo que hizo Chateaubriand, en vista del itinerario de Benjamín de Tudela, ascenderían a 768.165.

Finalmente, para terminar, habla el viajero de París, que sin duda visitó, esa gran ciudad que pertenecía al rey Luis y que se halla situada en las orillas del Sena. «Encierra, dice, discípulos de sabios que no tienen iguales en el día en toda la tierra, los cuales se aplican día y noche al estudio de la ley, son muy hospitalarios para con todos los extranjeros, y demuestran su amistad y fraternidad con todos sus hermanos judíos.

Tal es el viaje de Benjamín de Tudela, el cual forma un importante monumento de la ciencia geográfica de la mitad del siglo XII; con el empleo del nombre actual de todas las ciudades citadas en el relato, no es difícil seguir su curso, consultando los mapas modernos.

Al nombre de Benjamín de Tudela, sucede en el orden cronológico el de Juan de Plan de Carpin, a quienes algunos autores llaman simplemente Carpini. Era éste un franciscano, que nació hacia el año 1182, en una aldea del distrito de Perusa, en Italia. Conocidos son los progresos que hicieron las hordas



mongolas bajo el mando del ambicioso Gengis-Kan. En 1206 el hábil jefe había hecho de Caracorum, antigua ciudad turca situada en la Tartaria, al norte de la China, la capital de su imperio. Bajo su sucesor Ogadai, se extendió la dominación de los mongoles hasta la China central, y este soberano bárbaro, armando un ejército de seis mil hombres, invadió la Europa. Rusia, Georgia, Polonia, Moravia, Silesia y Hungría, fueron teatro de luchas sangrientas que terminaban siempre en favor de Ogadai. Considerábase a estos mongoles como demonios lanzados por un poder infernal, y el Occidente se vio seriamente amenazado por su invasión.

El papa Inocencio IV envió una embajada al kan de los tártaros, la cual sólo obtuvo una respuesta arrogante y poco satisfactoria. Al propio tiempo se enviaron otros embajadores a los tártaros del Nordeste a fin de contener la irrupción mongola, y se eligió para jefe de esta embajada al franciscano Carpini, considerado a la sazón como un diplomático inteligente y hábil.

Carpini, acompañado de Esteban de Bohemia, se puso en camino el día 6 de abril de 1245. Dirigióse desde luego a Bohemia; el rey de este país le dio carta de recomendación para los parientes que tenía en Polonia y cuya influencia debía facilitar a los embajadores su entrada en Rusia. Carpini y sus compañeros llegaron sin dificultad hasta los Estados del duque de Rusia, donde por consejo de éste se compraron pieles de castor y de otros animales para regalárselas a los jefes tártaros. Provisto de esta suerte se dirigió Carpini hacia el Nordeste y llegó a Kiev, entonces capital de la Rusia, y actualmente residencia del



gobierno de este nombre; pero no sin haber tenido que temerlo todo de los lituanos, que eran enemigos de la Cruz y recorrían entonces la comarca.

El gobernador de Kiev indujo a los embajadores del Papa a cambiar los caballos que llevaban por otros tártaros acostumbrados a descubrir la hierba debajo de la nieve, y así montados llegaron los embajadores a la ciudad de Danilón, donde cayeron gravemente enfermos, pero no bien se restablecieron compraron un carro, y a pesar del frío y de la nieve continuaron su camino. Al llegar a Kaniev, sobre el Dniéper, se encontraron en la primera aldea del imperio mongol; desde aquí los hizo acompañar al campamento de los tártaros un jefe bastante brutal a quien fue necesario ablandar con regalos.

Aquellos bárbaros, después de haberles recibido bastante mal, los dirigieron al duque de Corrensa,, que mandaba un ejército de vanguardia de sesenta mil hombres. Este general, ante el que tuvieron que arrodillarse, los envió, custodiados por tres tártaros, al príncipe Bathy, que era el jefe más poderoso después del emperador.

En el camino había preparados relevos de caballos de suerte que el viaje se hizo a grandes jornadas, siempre al trote, de día y de noche. El franciscano atravesó de esta manera el país de los comanes, comprendido entre el Dniéper, el Tañáis, el Volga y el Jaek, subiendo con frecuencia por ríos helados, y por fin llegó a la corte del príncipe Bathy, en las fronteras del país de los comanes. «Al conducirnos a la presencia de aquel príncipe, dice



Carpini, se nos advirtió que debíamos pasar por entre dos fuegos a fin de que si acaso nos impulsara algún siniestro designio contra su señor y dueño, o lleváramos cualquier veneno, pudiera deshacer nuestros planes el fuego, a lo que accedimos para desvanecer toda sospecha.»

El príncipe ocupaba un trono en medio de su corte y de sus oficiales, dentro de una magnífica tienda de finísimo lino. Tenía fama de ser muy afable para con los suyos, pero muy cruel, en la guerra. Carpini y Esteban se colocaron a su izquierda.

Era viernes santo. Los enviados pontificios presentaron al príncipe las cartas del Papa, traducidas en lengua esclavona, árabe y tártara; aquél las leyó con mucha atención y envió a los embajadores a su tienda, donde por toda cena se les sirvió una escudillita de mijo.

Al siguiente día les llamó Bathy y les ordenó que se presentaran al emperador; con cuyo objeto partieron el día de Pascua con dos guías; pero como se alimentaban solamente con mijo, agua y sal, los infelices viajeros no tenían muchos ánimos; sin embargo, se les obligó a marchar muy rápidamente, cambiando de caballos cinco o seis veces al día. La parte de la Comania que atravesaban estaba casi desierta, a causa de haber sido exterminados la mayor parte de sus habitantes por los tártaros. Los viajeros penetraron en el país de los kangitas, al este de la Comania, en muchos de cuyos puntos escasea el agua.

En esta provincia, las pocas tribus que encontraban, se ocupaban únicamente en ganadería, sufriendo la dura servidumbre de los mongoles. Hubo de emplear Carpini todo el tiempo que media



desde la octava de Pascua a la de la Ascensión para atravesar el país de los kangitas, y penetró después en la comarca de los bisermínos, es decir, de los musulmanes, que corresponden al Turkeistán moderno. Por todas partes se veían ciudades, aldeas y castillos derruidos; y emplearon en atravesar la montañosa región desde la Ascensión hasta la octava de San Juan, es decir, hasta el 1º de julio, en cuya fecha entraron los enviados del papa en Kara-Kitay. El gobernador de la provincia los acogió bien, y para honrarles hizo bailar en su presencia a sus dos hijas con los principales personajes de su corte.

Al salir de Kara-Kitay cabalgaron los viajeros por algunos días a lo largo de un lago situado al norte de la ciudad de Yeman, que según opina Remusat, debía ser el lago Kesil Basch. Allí residía Ordu, el capitán más antiguo de los tártaros.

Carpini y Esteban descansaron todo un día en aquel punto donde no les faltó la hospitalidad. Después, volvieron a partir a través del país frío y montañoso de los nemans, pueblos nómadas que vivían bajo tiendas, y, al cabo de algunos días de camino, cruzaron el país de los mongoles, en lo cual perdieron tres semanas, a pesar de la rapidez de su marcha. Finalmente, el día de la Magdalena, es decir, el 22 de julio, llegaron al punto donde se hallaba el emperador, o más bien, el que iba a ser emperador, porque todavía no se había hecho su elección. El futuro soberano, que se llamaba Cuyné, reintegró generosamente a los enviados del Papa, los gastos que habían hecho, pero no pudo recibirlos, porque no intervenía aún en los negocios de Estado. No obstante, una carta del príncipe Bathy le



había enterado de las razones que determinaron al Papa Inocencio IV, a enviarle una embajada.

Después de la muerte de Ogadai, desempeñaba la regencia del Imperio mongol la emperatriz viuda, madre del príncipe Cuyné. Esta princesa fue, pues, la que recibió al franciscano y a su compañero en audiencia solemne, en una tienda de púrpura, que podía contener dos mil personas.

Estando allí, dice Carpini, vimos una gran asamblea de duques y príncipes que habían acudido de todas partes con sus gentes, y que montados a caballo se hallaban esparcidos por los campos y colinas. El primer día se vistieron de blanco, el segundo de rojo, y entonces fue cuando Cuyné se presentó en la tienda; el tercer día vistieron de color violeta y el cuarto de escarlata muy fina o carmesí. En una empalizada próxima a la tienda, había dos grandes puertas, por una de las cuales debía entrar solamente el emperador; en esta puerta no había ningún centinela, aun cuando permanecía de par en par abierta, y todos entraban y salían por la otra, en la cual había centinelas con espada, arco y flecha, de manera que si alguien se aproximaba a la tienda más de lo que permitían los límites señalados y podían apoderarse de él, lo apaleaban, o le hacían huir a flechazos. Había allí muchos señores que en los arneses de sus caballos llevaban, a nuestro juicio, más de veinte marcos en plata.

Transcurrió un mes completo antes que Cuyné fuera proclamado emperador, y los enviados del Papa tuvieron que esperar hasta su elección, para poder ser recibidos por él. Carpini aprovechó estos días para estudiar las costumbres de aquellas curiosas



hordas, de suerte que se hallan en relación de su viaje pormenores interesantes sobre este particular.

El país le pareció en general montañoso y arenisco con muy poca tierra de cultivo. Apenas se encuentra en él leña, de modo que el emperador y los príncipes no se calentaban sino quemando el estiércol de los animales. Aunque la comarca sea estéril, se mantienen fácilmente en ella los ganados. El clima es desigual; en verano son frecuentes las tempestades, causando los rayos numerosas víctimas; el viento es tan fuerte que derriba a menudo los jinetes; no hay lluvias durante el invierno, y las de verano son tan escasas, que apenas humedecen el polvo; las granizadas son terribles, y durante la permanencia de Carpini se produjo este fenómeno con tal intensidad que se ahogaron 140 personas al producirse el deshielo. En resumen, era un país extenso, pero más pobre y miserable de lo que puede imaginarse.

Carpini hace al propio tiempo un retrato muy exacto de los tártaros, retrato que demuestra en él notables cualidades de observador. «Tiene, dice, muy separados los ojos de las mejillas, cuyos pómulos son muy salientes; su nariz es achatada y chica; sus ojos muy pequeños y sus párpados se elevan hasta las cejas. Son muy delgados, de cintura estrecha, de estatura generalmente mediana, y escasa barba; pero muchos tienen algunos pelos en el labio superior y en la barbilla, que dejan crecer sin cortarlos nunca. En la cabeza llevan coronas como las de nuestros sacerdotes, y desde una oreja se afeitan unos tres dedos de ancho, dejando crecer hasta las cejas los cabellos que quedan entre su cojona y lo afeitado. A un lado y otro de la



frente, llevan el cabello medio cortado; en lo restante lo dejan crecer tan largo como las mujeres, formando con él dos trenzas que se atan detrás de las orejas. Tienen los pies bastante pequeños. Es muy difícil distinguir los hombres de las mujeres, porque sus trajes no se diferencian en nada; van vestidos con túnicas forradas de pieles, abiertas de arriba abajo, y gorras de bucarán o de púrpura que se ensanchan por la parte superior. Viven en casas en forma de tiendas, hechas con ramas y palos que pueden desmontarse y transportarse sobre acémilas. Otras hay más grandes que no se desmontan y las transportan en carros, siguiendo a sus dueños y a través del país. Los tártaros creen en un Dios creador de todas las cosas, así visibles como invisibles, que premia o castiga, según los méritos; pero adoran también el Sol y la Luna, el fuego, la tierra y el agua, y se postran ante ídolos rellenos de barro hechos a semejanza del hombre. Son poco tolerantes y han martirizado a Miguel de Turnigow y Feodor, a quienes ha colocado la Iglesia griega en el número de los santos, porque se negaron a prosternarse hacia el mediodía, a semejanza de los tártaros, como les ordenaba el príncipe Bathy. Estos pueblos son supersticiosos; creen en los encantamientos y hechicerías y admiten que el fuego lo purifica todo. Cuando muere uno de sus señores se le entierra con una mesa, un plato de carne, una taza de leche de yegua, una yegua con su potro y un caballo ensillado y embridado.

Los tártaros son muy obedientes a sus jefes; evitan la mentira, huyen de las discusiones; son entre ellos raros los homicidios y las vías de hecho; cometen pocos robos y jamás encierran los objetos preciosos. Soportan sin quejarse el ayuno y la fatiga, el



calor y el frío, jugando, cantando y bailando en toda ocasión, pero son propensos a la embriaguez; su principal defecto consiste en ser orgullosos, despreciar a los extranjeros y en no estimar en nada la vida humana.

Para concluir de pintarlos, —añade Carpini— que aquellos bárbaros comen toda clase de carne, como la de perro, lobo, zorra, caballo y hasta la humana si así lo exige la necesidad. Su bebida consiste en leche de yegua, de cabra, de vaca y de camella; no conocen el vino, ni la cerveza ni el hidromel, sino únicamente licores embriagadores. Por otra parte, son muy sucios, y a falta de otros comestibles se alimentan de ratones y sabandijas; no lavan jamás los platos en que comen, y a lo sumo lo hacen con los guisos mismos; ni se limpian sus vestidos, ni permiten a los demás que lo hagan; sobre todo cuando truena. Los hombres no se sujetan a ningún trabajo; cazar, tirar el arco, cuidar de los ganados y montar a caballo son todas sus ocupaciones. Las jóvenes y las mujeres no desdeñan estos ejercicios, en los cuales son muy diestras y muy audaces; además curten pieles y hacen los vestidos, guían los carros y los camellos, y desempeñan estos diversos trabajos, tanto mejor cuanto que son numerosas en las familias, pues aquellos bárbaros polígamos compran a buenos precios cuantas mujeres pueden mantener.

Tal es el resumen de las observaciones hechas por Carpini durante el mes que permaneció en Sira-Orda, esperando la elección del emperador. En breve indicaron ciertos síntomas hallarse ésta próxima. En efecto, cantábase delante de Cuyné cuando, salía de su tienda, se le saludaba con lindas varillas que



tenían en su extremo un copo de lana escarlata. A cuatro leguas de Sira-Orda, en una llanura, y en la margen de un arroyuelo habíase preparado una tienda, destinada a la coronación, tapizada de púrpura por dentro y sostenida por dos columnas incrustadas de láminas de oro. Por fin, el día de San Bartolomé se reunió una numerosa asamblea en que todos los concurrentes oraban de continuo con el rostro vuelto hacia el Mediodía, prosternación idólatra a que el franciscano y su compañero rehusaron asociarse. Después, colocado Cuyné en la silla imperial doblaron ante él la rodilla los duques y el pueblo. Estaba consagrado.

Acto continuo Carpini y Esteban fueron admitidos a la presencia del emperador, no sin registrarlos antes que penetraran en la tienda al mismo tiempo que otros embajadores portadores de ricos presentes. En cuanto a ellos, pobres enviados del Papa, no podían ofrecer nada. ¿Influyó esto en la acogida que se les hizo? No lo sabemos; lo cierto es que transcurrió largo tiempo antes de que Carpini y Esteban pudieran enterar a Su Majestad tártara de la misión que allí les llevaba. Los días pasaban, siendo muy maltratados y muriéndose de hambre y de sed, cuando el día de San Martín les hicieron comparecer a la presencia del intendente y de los secretarios del emperador para entregarles unas cartas dirigidas al Papa que terminaban con las soberbias palabras, fórmula final de los soberanos asiáticos: Adoramos a Dios, y con su ayuda destruiremos toda la tierra desde el Oriente al Occidente.



Hacia el día de Santa Brígida, partieron los embajadores, y durante todo el invierno, caminaron por desiertos helados. Por la Asunción, llegaban a la corte del príncipe Bathy, quien les dio pasaportes, y no volvieron a entrar en Kiew hasta quince días antes de San Juan del año 1247. El 9 de octubre nombraba el Papa a Carpini arzobispo de Antivari, en Dalmacia. Este célebre viajero murió en Roma por el año 1521.

La misión de Carpini no produjo ningún resultado, y los tártaros continuaron siendo lo que eran, hordas feroces y salvajes. Sin embargo, seis años después del regreso del franciscano, fue enviado otro monje menor, llamado Guillermo de Rubruquis, de origen belga, a visitar a aquellos bárbaros que habitaban el territorio situado entre el Don y el Volga. Diremos el objeto de la misión.

En aquella época, San Luis guerreaba con los sarracenos del Siria, y mientras él hostigaba a los infieles, un príncipe mogol, Erkaltay, les atacaba por la parte de la Persia, haciendo una diversión favorable al rey de Francia. Circuló, pues, el rumor de que este príncipe se había convertido al cristianismo, y, deseando San Luis asegurarse del hecho, encargó al monje Rubruquis que observara a Erkaltay en su propio país.

En el mes de junio de 1253, se embarcaron Rubruquis y sus compañeros para Constantinopla, y desde allí marcharon a la desembocadura del Don, en el mar de Azof, donde encontraron muchos godos descendientes de las tribus germánicas. Al llegar a Tartaria, los enviados del rey de Francia fueron bastante mal recibidos, pero al presentar sus cartas al gobernador Zagathal,



pariente del kan, aquél les facilitó carros, caballos y bueyes para su viaje. Partieron, pues, y al día siguiente encontraron un pueblo ambulante; eran unos carros cargados de casas que pertenecían al gobernador. Los viajeros vivieron por espacio de diez días con esa tribu, que no se distinguía verdaderamente por su generosidad, y a no ser por sus provisiones de galleta, Rubruquis y sus compañeros se hubieran muerto de hambre sin duda alguna. Al llegar al extremo del mar Azof, se dirigieron hacia el Este, a través de un árido desierto, sin un árbol y sin una piedra. Era el país de los comanes, que había atravesado más al Norte Carpini. Rubruquis, dejando al Sur las montañas habitadas por las poblaciones circasianas, llegó después de un viaje fatigoso de dos meses, al campo del príncipe Sartach, establecido en las orillas del Volga.

Allí estaba la corte del príncipe, hijo de Baatu-Kan, el cual tenía seis esposas, y cada una de ellas poseía un palacio, casas y doscientas carretas, algunas de veinte pies de longitud, que eran arrastradas por veintidós bueyes, formando once yuntas.

Sartach recibió a los enviados del rey de Francia con suma afabilidad, y viéndoles pobres, les suministró cuanto necesitaban; pero Rubruquis y sus compañeros tuvieron que presentarse ante el príncipe revestidos con sus hábitos sacerdotales. Pusieron, pues, sobre un cojín una magnífica Biblia, regalo del rey de Francia; un Salterio, regalo de la reina; un misal, un crucifijo y Un incensario, y entraron en la estancia del príncipe, teniendo mucho cuidado de no tocar el umbral de la puerta, lo cual hubiera sido una profanación inexcusable. Una vez en presencia de Sartach, estos piadosos embajadores



entonaron el *Salve Regina*. El príncipe y una de las princesas que asistían a la ceremonia, examinaron atentamente los ornamentos de los religiosos y les permitieron retirarse. En cuanto a si Sartach era cristiano, Rubruquis no se atrevió a averiguarlo.

Empero no estaba terminada la misión de los enviados del rey San Luis, así es que el príncipe les encargó que fuesen a la corte de su padre. Obedeció Rubruquis, y atravesando por tribus mahometanas que habitaban en la comarca comprendida entre el Don y el Volga, llegó al campo del rey, situado a orillas del río.

Allí se verificó la misma ceremonia que en la corte del príncipe Sartach. Los religiosos se revistieron de sus ornamentos de iglesia, y se presentaron así delante del kan, que ocupaba un sitio dorado tan ancho como una cama. Pero Baatu creyó que no debía tratar por sí mismo con los embajadores del rey de Francia, y les envió a Caracorum, corte de Mangu-Kan.

Atravesó Rubruquis el país de los baskhirs, estuvo en Kenchat y Talach, pasó el Axiartes y llegó a Equius, ciudad cuya posición no han podido determinar los comentadores; después, por la tierra de Organum, donde se ve el extenso lago de Balka, y por el territorio de los uigurs, llegó a Caracorum, capital ante la cual se había detenido Carpini, sin entrar en ella.

Esta ciudad, según Rubruquis, estaba rodeada de murallas de tierra, con cuatro puertas. Dos mezquitas y una iglesia cristiana formaban sus principales monumentos. El monje recogió en esta ciudad algunas noticias acerca de los pueblos vecinos, principalmente de los tanguros, cuyos bueyes, de una raza especial, no son otros que los yacks, tan renombrados en el



Tibet, y acerca de los tibetanos, cuya más extraña costumbre consiste en comerse los cadáveres de sus padres, con el objeto de procurarles una honrosa sepultura.

Sin embargo, el gran kan no se encontraba a la sazón en Caracorum. Rubruquis y sus compañeros hubieron de trasladarse a su residencia, situada al otro lado de las montañas que se elevan en la parte septentrional de la comarca. Al siguiente día se presentaron en la corte descalzos, conforme la regla franciscana, a consecuencia de lo cual se les helaron los dedos de los pies. Introducidos a la presencia de Mangu-Kan, vieron «un hombre de nariz aguileña, de mediana estatura, tendido en un diván y vestido con una brillante piel manchada como la de una vaca marina». Hallábase rodeado de muchos halcones y otras aves. Ofrecieron a los enviados del rey de Francia toda clase de licores, un ponche de arrack, leche de yegua fermentada, y una especie de hidromiel; pero ellos se abstuvieron de beber; aun cuando no hizo lo mismo el kan, el cual perdió al poco rato el conocimiento bajo la influencia de aquellas bebidas excitantes, teniendo que levantarse la audiencia sin que los embajadores llenaran su misión.

Rubruquis pasó muchos días en la corte de Mangu-Kan. En ella encontró gran número de prisioneros alemanes y franceses, empleados principalmente en la fabricación de armas y en la explotación de las minas de Bocol. Estos prisioneros eran bien tratados por los tártaros, por lo que no se quejaban de su situación. Después de haber recibido el kan varias veces en audiencia a Rubruquis, obtuvo éste el permiso de partir, y volvió a Caracorum.



Cerca de esta ciudad se eleva un magnífico palacio de la pertenencia del kan, semejante a una inmensa iglesia con su nave. Allí es donde el soberano se sentaba en un estrado alzado al extremo septentrional; los hombres se colocaban a su derecha y las mujeres a su izquierda. En el mismo palacio se celebraban cada año dos espléndidas fiestas en las que todos los señores del país se reúnen alrededor de su soberano.

Durante su permanencia en Caracorum, Rubruquis recogió interesantes documentos referentes a los chinos, a sus costumbres, su escritura, etc. Después, dejando la capital de los mongoles, volvió a emprender el camino que había ya recorrido; pero no bien llegó a Astrakán, en la embocadura del gran río, descendió hacia el Sur, entró en Siria, y custodiado por una escolta de tártaros, lo cual era necesario a causa de que existían varias tribus que se entregaban al pillaje, llegó a Derben, la ciudad de las Puertas de Hierro.

Desde este punto, por Nakshivan, Erzerum, Sivas, Cesárea e Iconium, llegó al puerto de Curch, donde se embarcó para regresar a su patria.

Según puede observarse, su viaje se parece bastante al de Carpini, pero es menos interesante su relación, y de ella se desprende que el fraile belga no estaba dotado del espíritu observador que caracteriza al franciscano italiano.

Con Carpini y Rubruquis concluye la lista de los exploradores que se hicieron célebres en el siglo XIII; pero su renombre debía ser superado con mucho, por el del veneciano Marco Polo, el viajero más ilustre de toda aquella época.



Capítulo IV: Marco Polo (1253-1324).

I. – Interés de los mercaderes genoveses y venecianos en provocar exploraciones en el centro de Asia. – La familia Polo y su posición en Venecia. – Los dos hermanos Nicolás y Mateo Polo. – Su viaje desde Constantinopla a la corte del emperador de la China. – Su recepción en la corte de Kublai-Khan. – El emperador los nombra sus embajadores cerca del Papa. – Su regreso a Venecia. – Marco Polo parte con su padre Nicolás y su tío Mateo a la residencia del rey tártaro. – El nuevo pontífice Gregorio X. – La relación de Marco Polo escrita en francés, dictándosela él mismo, por Rusticiano de Pisa.

Los mercaderes genoveses y venecianos no podían permanecer indiferentes a las exploraciones que emprendían audaces viajeros en el Asia Central, la India y la China, comprendiendo que aquellas comarcas ofrecían nuevos mercados donde podrían expender sus productos y realizar al mismo tiempo inmensos beneficios en Occidente con las mercaderías de la industria oriental. Los intereses comerciales debieron impulsar a algunos nuevos viajeros por la vía de descubrimientos. Tales fueron las razones que decidieron a dos nobles venecianos a abandonar su patria y arrostrar cuantas fatigas y peligros se encuentran en tan arriesgados viajes con el objeto de extender sus relaciones comerciales.



Estos dos viajeros pertenecían a la familia Polo, originaria de Dalmacia, a quienes sus riquezas adquiridas en el comercio, habían colocado en la categoría de las familias patricias de Venecia. En 1260, los hermanos Nicolás y Mateo, que se encontraban desde hacía muchos años en Constantinopla, donde habían establecido una sucursal, se dirigieron con una considerable colección de alhajas a la factoría de Crimea, que dirigió su hermano mayor Andrés Polo. Desde este punto, subiendo hacia el Nordeste y atravesando el país de Comania, llegaron al campo de Barkai-Kan, situado a orillas del Volga. Este príncipe mongol recibió muy bien a los dos mercaderes venecianos, y les compró todas las alhajas que le ofrecían, por doble precio de su valor.

Nicolás y Mateo permanecieron allí un año; pero en aquella época (1262), estalló una guerra entre Barkai y el príncipe Hulagú, conquistador de Persia. Los dos hermanos no quisieron quedarse expuestos en medio de unas comarcas atacadas por los tártaros, y prefirieron ir a Bolghara o Bokhara, que era la principal residencia de Barkai, donde permanecieron durante tres años. Vencido Barkai y tomada su capital, los partidarios de Hulagú indujeron a los venecianos a que les siguiesen a la residencia del gran kan de Tartaria, cuyo príncipe seguramente les acogería bien. Era éste Kublai-Kan, cuarto hijo de Gengis-Kan, y emperador de la China, que a la sazón se encontraba en su residencia de verano en Mongolia, en la frontera del imperio chino.

Los mercaderes venecianos emprendieron su marcha y emplearon un año entero en cruzar esta inmensa extensión de



terreno que separa a Bolghara de los límites septentrionales de la China. Kublai-Kan recibió con sumo gusto a estos viajeros extranjeros procedentes de los países occidentales; les obsequió, mucho y les interrogó con solicitud acerca de los acontecimientos que ocurrían entonces en Europa, pidiendo amplios pormenores sobre los emperadores y reyes, su administración y su modo de hacer la guerra; y después les habló largamente del Papa y de los asuntos de la Iglesia latina.

Mateo y Nicolás hablaban correctamente el tártaro y contestaron con franqueza a todas las preguntas del emperador. Entonces concibió éste la idea de enviar mensajeros al Papa, y rogó a los dos hermanos que fueran sus embajadores cerca de Su Santidad. Los mercaderes aceptaron con gratitud semejante distinción, porque revestidos de aquel carácter podrían efectuar el regreso a su patria en condiciones ventajosas. El emperador mandó extender cartas en lengua turca, pidiendo al Papa que le enviara cien hombres de luces para convertir los idólatras al cristianismo, y dispuso también que acompañara a los dos venecianos uno de los señores de su corte llamado Cogatal, encargándoles que le trajesen aceite de la lámpara sagrada que ardía continuamente sobre la tumba de Jesucristo en Jerusalén.

Los dos hermanos, provistos de pasaportes que ponían a su disposición hombres y caballos en toda la extensión del imperio, se despidieron del kan y se pusieron en camino en 1266. Pero en breve el barón de Cogatal cayó enfermo, y los viajeros se vieron obligados a separarse de él y continuaron su camino. Mas a pesar de todo auxilio que recibieron, tardaron tres años en llegar a Layas, puerto de la Armenia, conocido actualmente con el



nombre de Issus, y situado en el golfo Isico. Dejaron a Layas y llegaron a Acre en 1269; allí supieron la muerte del Papa Clemente IV, a quien iban enviados; pero el legado Tebaldo, que residía en esta población, recibió a los venecianos, y al saber la misión de que les había encargado el gran kan, les dijo que esperasen la elección del nuevo pontífice.

Mateo y Nicolás, que estaban ausentes de su patria hacía quince años, resolvieron volver a Venecia. Marcharon, pues, a Negroponto, y se embarcaron en un buque que los condujo directamente a su ciudad natal.

Al desembarcar, supo Nicolás la muerte de su esposa y el nacimiento de un hijo que había visto la luz algunos meses después de la marcha de su padre y que se llamaba Marco. Los dos hermanos tenían empeño en cumplir su misión y esperaron dos años en Venecia la elección del nuevo Papa; pero como ésta no se verificaba, creyeron que no podían diferir por más tiempo su regreso al imperio mongol, y así partieron para Acre, llevando consigo al joven Marco, que a la sazón contaba sólo diecisiete años. En Acre volvieron a encontrar al legado Tebaldo, el cual les autorizó para ir a buscar a Jerusalén aceite de la lámpara del Santo Sepulcro. Cumplida esta misión volvieron a Acre, y a falta de Papa, pidieron al Legado cartas para Kublai-Kan, en las cuales debía hacerse mención de la muerte del pontífice Clemente IV. Tebaldo les dio las cartas que deseaban, y ambos hermanos volvieron a Layas, donde supieron con alegría que Tebaldo acababa de ser elegido Papa con el nombre de Gregorio X, el 1º de septiembre de 1271. El nuevo Papa les llamó



inmediatamente, y el rey de Armenia puso una galera a su disposición para trasladarse más rápidamente a Acre. El Papa los recibió con gran satisfacción, les entregó cartas para el emperador de la China, hizo que se agregasen a él los dos hermanos predicadores, Nicolás de Viena y Guillermo de Trípoli, y les dio su bendición.

Los embajadores se despidieron entonces de Su Santidad, y volvieron a Layas; pero apenas llegaron a esta ciudad, estuvieron a punto de ser hechos prisioneros por las partidas del sultán mameluco Bibars, que asolaba entonces la Armenia.

Los dos padres dominicos, poco satisfechos de este comienzo, renunciaron a su viaje a la China, dejando a los dos venecianos y a Marco Polo el cuidado de entregar al emperador mongol las cartas del Papa.

Aquí es donde comienza el viaje propiamente dicho de Marco Polo ¿Visitó realmente todos los países y las poblaciones que describe? No, sin duda alguna; y en la narración escrita en francés y que dictó a Rusticiano de Pisa, se dice rotundamente, que «Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, vio todo esto con sus propios ojos, y lo que no vio lo oyó de boca de personas veraces». No obstante, debemos decir que la mayor parte de las ciudades y países citados por Marco Polo han sido realmente recorridos por él.

Seguiremos, pues, el itinerario tal como existe en su relato, indicando solamente lo que el célebre viajero supo de oídas durante las importantes misiones que le confió el emperador Kublai-Kan. Durante su segundo viaje, no siguieron exactamente



los venecianos el mismo camino que tomaron cuando se dirigieron por primera vez al celeste imperio. Entonces pasaron por el Norte los montes celestes, que son los Thian-chap-pe-lu, lo cual alargó su camino. En el viaje rodearon por el Sur los mismos montes, y no obstante, aunque este camino fuese más corto que el anterior, emplearon tres años y medio en recorrerlo, a causa de las lluvias y del desbordamiento de los grandes ríos. Fácil será seguir el itinerario en un mapa de Asia, pues hemos substituido a los antiguos nombres del relato de Marco Polo la nomenclatura de los mapas modernos.

II. – La Pequeña Armenia. – La Gran Armenia. – El monte Ararat. – La Georgia. – Mosul, Bagdad, Bassora, Tauris. – La Persia. – La provincia de Kirmán. – Comadi. – Ormuz. – El Viejo de la montaña. – Cheburgan. – Balk. – El Balaciam. – Cachemira. – Caschgar. – Samarcanda. – Cotán. – El Desierto. – Tangut. – Caracorum. – Signan-fu. – Tendue. – La gran muralla. – Ciandu, la actual ciudad de Changtu. – La residencia de Kublai-Kan. – Cambaluc, actualmente Pekín. – Las fiestas del emperador. – Sus cacerías. – Descripción de Pekín. – La casa de la moneda y los billetes de banco chinos. – Los correos del imperio.

Al dejar la ciudad de Isus, habla Marco Polo de la pequeña Armenia como de una tierra muy insalubre y cuyos habitantes, si fueron valientes en otro tiempo, se han vuelto después viles y miserables, sin tener otra habilidad que la de embriagarse.



Referente al puerto de Isus, consigna que era la factoría de las más preciosas mercancías del Asia y el punto de reunión de los mercaderes de todos los países. Desde la pequeña Armenia pasó Marco Polo a la Tucumania, cuyas tribus, sencillas y algo salvajes, utilizaban buenos pastos para la cría de afamados caballos y mulos; los obreros de las ciudades descollaban en la fabricación de tapices y tela de seda.

La Gran Armenia, que Marco Polo visitó en seguida, ofrecía al ejército tártaro un buen campamento de verano, y allí visitó el viajero al monte Ararat, donde se detuvo el arca de Noé después del diluvio, y en las tierras que confinan con el mar Caspio encontró abundantes fuentes de nafta, que son objeto de gran explotación.

Marco Polo, dejando entonces, la Gran Armenia, se dirigió por el Nordeste hacia la Georgia, reino que se extiende por la vertiente meridional del Cáucaso, y cuyos antiguos reyes tenían al nacer, según la tradición, un águila dibujada en el hombro derecho. Los georgianos, según él, son buenos arqueros y aptos para la guerra. Los obreros del país fabrican admirables telas de seda y de oro. Allí está el célebre desfiladero de cuatro leguas de largo, situado entre el Cáucaso y el mar Caspio, que llaman los turcos la Puerta de Hierro, y los europeos el paso de Derbent, y el maravilloso lago del que se cuenta que sólo produce pescado durante la cuaresma.

Después descendieron los viajeros hacia el reino de Mosul y llegaron a la ciudad de su nombre, situada en la orilla derecha del Tigris, pasando después a Bagdad, donde vivía el califa de



todos los sarracenos del mundo. Refiere Marco Polo en este pasaje la toma de Bagdad por los tártaros en 1255, y cita una historia maravillosa en apoyo de la máxima cristiana de que la fe levanta montañas; después indica a los mercaderes la ruta que conduce desde esta ciudad al golfo Pérsico, viaje que puede hacerse en dieciocho días, atravesando el río y el país de los dátiles.

El itinerario de Marco Polo aparece interrumpido desde este punto hasta Tauris, ciudad persa de la provincia de Adzerbaidjan. Como quiera que sea, vuelve a encontrarse en Tauris, grande y mercantil ciudad, edificada en medio de hermosos jardines y que hace el tráfico de piedras preciosas y de otras mercancías de alto precio; pero cuyos habitantes sarracenos son malos y desleales. Allí hace la división geográfica de la Persia en ocho provincias. Los indígenas de la Persia son, según él, terribles para los mercaderes que no pueden viajar sin ir armados de arcos y flechas. El principal comercio del país consiste en caballos y asnos que se envían a Kis o a Ormuz, y de allí a las Indias. En cuanto a los productos agrícolas, consiste en trigo, cebada, mijo y uvas en abundancia.

Marco Polo descendió hacia el Sur hasta Yezd, la ciudad más oriental de la Persia propiamente dicha, excelente población, noble e industrial; al dejarla los viajeros hubieron de cabalgar durante siete días a través de magníficos bosques abundantes en caza, para llegar a la provincia de Kirman, en la cual algunos mineros explotaban con provecho minas de turquesas, de hierro y de antimonio; ocupábanse también gran número de habitantes



en hacer bordados a mano, en la fabricación de arneses y de armas, y en amaestrar halcones para la caza.

Al dejar la ciudad de Kirman, Marco Polo y sus dos compañeros emplearon nueve días en atravesar una comarca rica y populosa pare, llegar a Comadi, que se supone que sea la Memaun moderna que a la sazón ya estaba en decadencia. La campiña era soberbia; veíanse en todas partes rebaños de hermosos y gordos carneros, bueyes blancos como la nieve, de cuernos cortos y fuertes, y por millares ortegas y otras clases de caza; además magníficos árboles, principalmente palmeras, naranjos y alfóncigos.

Al cabo de cinco días de viaje hacia el Mediodía, entraron los tres viajeros en la magnífica llanura de Formosa, hoy día Ormuz, regada por caudalosos ríos. Después de otros dos días más de marcha se encontró Marco Polo en las playas del golfo Pérsico, en la ciudad de Ormuz, que es el puerto marítimo del reino de Kirman. Le pareció el país muy cálido y malsano, pero rico en palmeras y árboles de especias; la ciudad contenía almacenes de productos agrícolas, piedras preciosas, telas de seda y oro, dientes de elefante, vino extraído de los dátiles y otras mercancías; allí acudían numerosas embarcaciones de un solo palo aseguradas con pernos en vez de clavos, muchas de las cuales perecían al atravesar el mar de las Indias.

Desde Ormuz, volvió Marco Polo al Kirman tomando la dirección del Nordeste, y se lanzó por caminos peligrosos a través de un árido desierto, en el cual no se encontraba más que un agua salobre, desierto que 1500 años antes atravesó Alejandro



con su ejército, después de haberse reunido con el almirante Nearco en las bocas del Indo; y siete días después entraba el veneciano en la ciudad de Khabis, fronteriza del reino de Kirman. Al dejar esta ciudad, atravesó en ocho días otro desierto y llegó a Tonocain, que debe ser la capital actual de la provincia de Kumis, o sea Damaghan. Aquí Marco Polo suministra algunos antecedentes acerca del Viejo de la montaña, el jefe de los asesinos, secta mahometana que se distinguía por su fanatismo religioso y sus espantosas crueldades.

Después de seis días de marcha llegó a la ciudad corasana de Cheburgan, la ciudad por excelencia, donde son los melones más dulces que la miel, y se trasladó después a la noble ciudad de Balck, situada cerca del Oxus. Atravesó más tarde una comarca donde se encuentran algunos leones, y llegó a Taikan, gran mercado de sal que atrae numerosos traficantes y a Scasem, que algunos comentadores opinan sea la moderna Goundoz, en cuya comarca se encuentran muchos puercos espines, y según dice Marco Polo, cuando se trata de cazar a estos animales, se reúnen en compacto grupo y se defienden de los perros presentando las espinas de que están provistos. En la actualidad es sabido a qué podemos atenernos respecto de la facultad defensiva que atribuye el viajero al puerco espín.

Entonces entraron los viajeros en el territorio montañoso, de Balacian, comarca fría que produce buenos caballos muy corredores, halcones muy voladores y toda especie de caza; allí hay minas de rubíes orientales, que explota el rey en provecho propio en una montaña llamada Sighinan, en la que nadie



puede poner el pie, bajo pena de muerte; recógense también en otros lugares minerales de plata y muchas piedras con que se hace «el azul más fino del mundo», es decir, el lapislázuli. A diez jornadas de Balancian, se encuentra una provincia que debe ser la Paishora moderna, cuyos habitantes idólatras tienen la tez muy oscura; luego, a siete leguas de camino, hacia el Mediodía, está el reino de Cachemira, país templado, con numerosas ciudades y aldeas, y cuyo terreno, lleno de quebradas y desfiladeros, facilita la defensa. Si Marco Polo hubiera seguido desde este punto más adelante en igual dirección, hubiera entrado en el territorio de la India, pero subió hacia el Norte, y al cabo de doce días se encontró en el territorio de Vaccan, regado por la corriente superior del Oxus, y en medio de aquellos magníficos pastos donde pacen inmensos rebaños de carneros salvajes que se llaman verracos. Desde allí, por las comarcas del Pamer y de Belor, territorios montañosos situados entre los sistemas orográficos del Altai y del Himalaya, para atravesar los cuales necesitaron los viajeros cuarenta días de una marcha penosa, llegaron a la provincia de Caschgar. Aquí fue donde Marco Polo tomó el itinerario de Mateo y Nicolás Polo en su primer viaje, donde fueron llevados desde Bolghara a la residencia del gran kan. De Caschgar, Marco Polo se encaminó al Oeste para llegar hasta Samarcanda; gran ciudad habitada por cristianos y sarracenos; después, volviendo a pasar por Caschgar, se dirigió a Yarkund, ciudad frecuentada por las caravanas que hacen el comercio entre la India y el Asia septentrional; entonces, pasando por Cotan, capital de la provincia de este nombre, y Pein, ciudad incierta, situada en una



comarca abundante en jaspes y calcedonias, llegó al reino de Circacia, tal vez Kharachar, que debía extenderse sobre las fronteras del desierto de Gobi; al cabo de cinco días a través de las llanuras arenosas, faltas de agua potable, descansó ocho días en la ciudad de Lob, que está destruida actualmente, en la que hizo todos sus preparativos para atravesar el desierto que se extiende al Este, «desierto tan largo, dice, que sería necesario un año para atravesarlo en toda su longitud; desierto habitado por los espíritus, y en medio del cual resuenan tambores invisibles y otros instrumentos».

Emplearon los tres viajeros un mes en cruzar aquel desierto, y llegaron a la provincia de Tangut, tocando a Cha-tcheu, ciudad construida en el límite occidental del imperio chino. Pocos comerciantes hay en esta provincia, pero en cambio cuenta numerosos labradores que viven del producto del trigo. Entre las costumbres del Tangut que llamaron la atención de Marco Polo, debe citarse la de no quemar los cadáveres hasta el día que fijan los astrólogos, y «mientras tienen el difunto en casa, sus parientes le ponen cubierto en la mesa y le sirven de comer y beber como si estuviera vivo.»

Al salir del desierto por la parte del Oeste, Marco Polo y sus compañeros hicieron una excursión hacia el Nordeste, saliendo del desierto, a la ciudad de Amil, y llegaron hasta Ginchintalas, pueblo sobre cuya situación no se hallan acordes los geógrafos y que se hallaba habitado entonces por idólatras, mahometanos y cristianos nestorianos.



Desde Ginchintalas, volvieron a Cha-tcheu para tomar de nuevo la ruta hacia el Este, a través del Tangut, por la ciudad de So-ceu, terreno propio para el cultivo del ruibarbo, y por Canpicion, el Khan-tcheu de los chinos, entonces capital de todo el Tangut. Canpicion era una ciudad importante, poblada de ricos jefes idólatras, polígamos que preferían para casarse a sus primas o «a la mujer de su padre». Todo un año vivieron los tres venecianos en aquella ciudad, y en vista de sus detenciones y de que se desviaban sin cesar de su camino, se comprende cómo emplearon tres años para realizar su viaje a través del Asia central.

No bien salió de Khan-tcheu, después de haber caminado durante doce días, Marco Polo llegó a la ciudad de Etzina, situada en el límite de un desierto de arena. Esto era un nuevo rodeo, pues volvía a subir directamente al Norte; pero el viajero trataba de visitar la célebre ciudad de Caracorum, capital tártara en que Ru-bruquis había habitado en 1254.

Marco Polo tenía todo el instinto de un explorador y no reparaba en las fatigas cuando trataba de completar sus estudios geográficos. En esta circunstancia hubo de andar durante cuarenta días a través de un desierto sin albergues y sin pastos, para visitar la ciudad tártara.

Llegó, por fin, a Caracorum, ciudad que tenía tres millas de circuito, y que después de haber sido por largo tiempo la capital del Mogol, fue conquistada por Gengis-Kan, abuelo del actual emperador. Marco Polo hace sobre esto una digresión histórica



en la que refiere las guerras del héroe tártaro contra el famoso preste Juan, soberano que tenía todo el país bajo su dominio.

Volvió Marco Polo a Khan-tcheu; anduvo cinco jornadas hacia el Este, y llegó a la ciudad de Erginul, probablemente la ciudad de Liang-sheu de nuestros días; torció un poco hacia el Sur para visitar a Si-gnan-fu a través de un territorio donde pastaban bueyes salvajes, grandes como elefantes, y los preciosos cervatillos tan celebrados de aquel país. Habiendo vuelto a Liang-sheu, al cabo de ocho días de andar en dirección Este, llegaron a Cialis, donde se fabrican los camelotes más hermosos del mundo, de piel de camello, y de allí pasaron a la ciudad de Tenduc, provincia del mismo nombre, y donde reinaba un descendiente del preste Juan, tributario del kan. Tenduc era una ciudad industrial y mercantil. Dando un rodeo hacia el Norte, subieron los venecianos por Sindacheu más allá de la gran muralla de la China, hasta Ciagannor, que debe ser Tsaan-Balgasa, linda ciudad donde el emperador suele residir para entregarse al placer de cazar con gerifalte, pues en aquel terreno abundan las grullas, las cigüeñas, los faisanes y las perdices.

Finalmente, Marco Polo, su padre y su tío, llegaron tres días después de haber salido de Ciagannor, a la ciudad de Ciandu, el Chang-tu actual, que en la relación de Marco Polo se llama Clemen-fu. Allí fue donde los enviados del Papa fueron recibidos por Kublai-kan, que habitaba entonces en su residencia de verano, situada más allá de la gran muralla al norte de Cambaluc, en la actualidad Pekín, y que era la capital del imperio. El viajero habla poco de la acogida que se le hizo, pero describe con particular cuidado el palacio del kan, «gran edificio



de piedra y de mármol, cuyas habitaciones están todas doradas». Este palacio está edificado en un parque rodeado de muros donde hay corrales para aves y fieras, hermosas fuentes y hasta un edificio construido con cañas tan perfectamente entrelazadas, que no puede penetrarlas la lluvia; es una especie de kiosco que podía desarmarse, y que habitaba el gran kan durante los meses de junio, julio y agosto, es decir durante el verano. Dicha estación no podía menos de ser agradable, porque al decir de Marco Polo, estaban encargados de disipar las lluvias, nieblas y el mal tiempo por medio de sortilegios los astrólogos que tenía el kan. El viajero veneciano pone en duda el poder de tales magos. «Estos sabios – dice – son de dos razas, idólatras; saben más que todos los hombres respecto de artes diabólicas y encantamientos, y aquello que hacen lo efectúan con auxilio del diablo, si bien persuaden a las gentes que lo verifican por su santidad y por obra de Dios. Estos magos tienen la costumbre siguiente: cuando ha sido ejecutado un reo condenado a muerte, se apoderan de él, le hacen cocer y se lo comen, pero no se lo comerían si hubiese fallecido de muerte natural. Y sépase que estas gentes de que he hablado, que saben tanto de encantamientos, hacen el prodigio que voy a referir: Cuando el gran kan está en su salón principal sentado a la mesa, que tiene a lo menos ocho codos de altura, las copas de que se sirve están colocadas en el suelo a unos diez pasos de distancia y llenas de leche y de otras bebidas; aquellos sabios hechiceros, tanto por su arte como por sus encantamientos, hacen que las copas llenas se levanten por sí mismas y vayan a colocarse delante del gran kan, sin que nadie las toque. Esto lo verifican delante de diez mil



personas; y es la pura verdad sin engaño ni exageración alguna; además de que los inteligentes en nigromancia aseguran que esto puede verificarse.

Marco Polo refiere después la historia del emperador Kublai, que es el más poderoso de los hombres y el que desde nuestro padre Adán posee más tierras y tesoros. Relata asimismo la manera cómo el gran kan, de edad entonces de ochenta y cinco años, hombre de mediana estatura, bastante grueso, pero de miembros proporcionados, de rostro blanco y encendido, de hermosos ojos negros, subió al trono en el año 1256 del nacimiento de Jesucristo. Era un buen capitán en la guerra, habiéndolo probado bien cuando su tío Naia se rebeló contra él, para disputarle el poder, al frente de cuatrocientos mil jinetes. Pero Kublai-kan, reuniendo «en secreto» trescientos sesenta mil caballos y cien mil infantes, marchó contra su tío. «La batalla fue terrible, pues murieron tantos hombres de una y otra parte que fue una maravilla.» Pero Kublai-Kan quedó vencedor, y Naia, como príncipe de sangre real, fue cosido vivo dentro de un tapiz, muriendo de esta suerte, en medio de atroces sufrimientos.

Después de esta victoria entró triunfante el emperador en su capital de Catay, llamada Cambaluc, que ha llegado a ser poco a poco la actual ciudad de Pekín. Marco Polo tuvo que permanecer en esta ciudad algún tiempo, hasta el momento en que se le confiaron algunas misiones para el interior del imperio. En Cambaluc se encuentra el magnífico palacio, de los soberanos mongoles, del que hace el viajero veneciano la siguiente descripción:



Rodea el palacio un muro cuadrangular, cada uno de cuyos lados tiene una milla, formando todos juntos cuatro millas de circuito; este muro es muy grueso, de diez pasos de alto, todo blanco y almenado. En cada ángulo de este muro hay un palacio muy bello y rico, en el cual se conservan los arneses del gran kan, sus arcos, sus aljabas, sus sillas, los frenos de sus caballos, sus cuerdas de arco y todo lo necesario para la guerra; en medio de cada lienzo; del muro hay también un palacio semejante al de los ángulos, de suerte, que son ocho en su totalidad, los que están llenos de arneses del gran señor; de manera que en cada uno de ellos hay una especie diferente; en el uno los arcos, en el otro las sillas, y así de los demás. En este muro hay cinco puertas en el lado del Mediodía. La del centro es muy grande y no se abre sino para que entre o salga el gran kan; a cada lado hay otras dos más pequeñas para las demás personas. En el interior del cuadrado hay otro muro más grueso que alto, y allí se ven otros ocho palacios dispuestos como los anteriores, donde se conservan también los arneses del gran señor.

Según se cree por esta descripción, todos los mencionados palacios constituyen los guadarneses y la armería del emperador. Pero no parecerá extraño que haya tantos arneses cuando se sepa que el gran kan poseía una raza de caballos blancos como la nieve, y entre otras, diez mil yeguas, cuya leche estaba reservada exclusivamente para los príncipes de sangre real.

Marco Polo continúa diciendo: «El segundo muro tiene cinco puertas al Mediodía lo mismo que el exterior, y en los demás



costados una sola; en el centro está el palacio del gran señor, hecho del modo que voy a explicar. Es el mayor que he visto. No tiene segundo piso, pero la planta baja está a diez palmos sobre el nivel del suelo. El techo es muy alto; las paredes de los salones y de los aposentos están cubiertas de oro y de plata, representando dragones, fieras, aves, caballos y otros animales con tal profusión, que allí no se ve más que oro y pinturas. El comedor es tan grande y espacioso, que pueden sentarse a la mesa más de seis mil personas. Tiene tantas habitaciones que causa maravilla el verlas. Todo es grande, magnífico y tan bien dispuesto, que no hay en el mundo hombre capaz de hacer una cosa mejor por más dinero que tuviese para ello. La parte superior del techo es roja, verde, azul, amarilla y de todos los colores, y está tan bien barnizada, que resplandece como el cristal y se divisa desde muy lejos. Además, es tal su solidez, que dura muchísimos años. Entre las dos praderas y muros hay praderas con hermosos árboles y diversas especies de animales, ciervos blancos, cabras, cervatillos, gamos y numerosas clases de bonitos animales que pueblan todo el terreno, excepto los caminos destinados para personas. En un lado, hacia el Noroeste, hay un lago muy grande con toda clase de peces, pues el gran señor ha mandado poner en él muchas variedades a fin de hacérselos servir a medida de su gusto. Dentro del palacio hace un gran río, pero está rodo arreglado con redes de hierro y de bronce de manera que no puedan escaparse los peces. Hacia el Norte, a un fro de flecha del palacio, ha hecho construir el gran kan un montecillo a cien pasos de elevación y de más de una milla de circunferencia. Hallábase cubierto de árboles que



jamás pierden « follaje y siempre están lozanos. Es de saber que el gran señor en el momento que se hablaba de algún árbol notable, por grande que fuese, lo hacía arrancar con todas sus raíces y con la tierra que lo rodeaba, y lo trasladaba por dondequiera que fuese a la montaña, cargado en sus elefantes. De esta suerte reunió los árboles más hermosos del mundo. El gran señor hizo cubrir todo el suelo de la montaña con herrumbres de azur, que es muy verde, de modo que, estando los árboles siempre verdes y lo mismo el monte, no se ve por todas partes más que verde, hasta el punto de habersele llamado el monte Verde. En la cumbre de la montaña hay un hermoso y gran palacio, también verde. Ofrecen tan bello golpe de vista la montaña y los árboles del palacio, que todos cuantos los ven experimentan un gran placer; y el gran señor hizo todo esto para gozar de tan hermosa vista y de este placer.

Después del palacio del kan, cita Marco Polo el de su hijo el príncipe heredero; luego describe la ciudad de Cambaluc, antigua población que está separada de la moderna Taidu por un canal que divide a Pekín en ciudad china y en ciudad tártara. El viajero, observador minucioso, nos refiere el modo de vivir y hasta las acciones del emperador; según dice, tenía Kublai Kan una guardia de honor de dos mil jinetes, «pero no la sostiene porque tenga miedo». Las comidas eran verdaderas ceremonias sujetas a una severa etiqueta. «Su mesa está más elevada que las otras, toman siempre dirección al Norte, teniendo a la izquierda su primera mujer, y a la derecha y más abajo sus hijos, sus sobrinos y parientes. Les sirven elevados personajes, que se tapan la boca y la nariz con ricas telas de oro, a fin de que ni su



hálito, ni su olor lleguen a los manjares y bebidas del gran señor. Cuando va a beber el emperador, se oye un gran concierto de instrumentos, y al tomar una copa en la mano, los nobles y los espectadores se arrodillan humildemente.

El gran kan celebra dos fiestas principales: una en el aniversario de su nacimiento, y la otra a principio de cada año. En la primera, colócanse alrededor del trono doce mil barones a quienes ofrece el emperador anualmente ciento cincuenta mil trajes de seda y oro, adornados con perlas, mientras que los súbditos idólatras o cristianos, hacen rogativas públicas. En la segunda fiesta, al principio de cada año, el pueblo entero, hombres y mujeres, se visten de blanco, porque es tradicional que el color blanco augura prosperidad futura, y cada cual lleva al soberano regalos de gran valor. Cien mil caballos ricamente enjaezados, cinco mil elefantes cubiertos de ricas telas y cargados con la vajilla imperial, y un considerable número de camellos desfilan por delante del emperador.

Durante los tres meses de diciembre, enero y febrero, que habita el emperador en la ciudad de invierno, todos los señores, en un radio de sesenta jornadas de camino, están obligados a surtirle de jabalíes, ciervos, gamos, cervatillos y osos. Por otra parte, el mismo Kublai-Kan es un gran cazador, y su montería está muy bien provista y conservada. Tiene leopardos, lobos cervales y grandes leones amaestrados para la caza de fieras; águilas bastante fuertes para cazar lobos, zorras, gamos, cervatillos, y «que con frecuencia hacen presas», y por fin, perros que se cuentan a millares. Hacia el mes de marzo es cuando el



emperador comienza sus grandes cacerías, dirigiéndose hacia el mar, acompañado por lo menos de diez mil halconeros, de quinientos gerifaltes y de numerosos azores, de halcones peregrinos y sagrados. Durante esta excursión le acompaña siempre un palacio portátil armado sobre cuatro elefantes pareados, cubierto por fuera con pieles de león y tapizado por dentro con tejidos de oro.

El rey tártaro se complace en desplegar todo ese lujo propio de la pompa oriental, y de esta manera avanza hasta el campo de Chachiri-Mondu, situado junto a un río tributario del Amor, y allí levanta su tienda que puede contener hasta diez mil caballeros o barones.

Este es un salón de recepción donde da las audiencias. Cuando quiere retirarse a descansar, penetra en otra tienda, que es un salón maravilloso tapizado de pieles de armiño y de cibelina, cada una de las cuales vale unos dos mil besantes de oro, o sea unos diecinueve mil francos de nuestra moneda. El emperador permanece allí hasta la Pascua, cazando grullas, cigüeñas, liebres, gamos, cervatillos, y luego regresa a su capital de Cambaluc.

Marco Polo completa este pasaje con la descripción de esta magnífica ciudad. Enumera los doce barrios que la componen, en los cuales han hecho levantar magníficos palacios los mercaderes ricos. Esta ciudad es el emporio mercantil, y a ella se llevan más preciosas mercancías que a ninguna otra del mundo. Mil carros cargados de seda entran en ella diariamente, porque es el depósito y el mercado de los productos más ricos de la



India, tales como perlas y piedras preciosas, y a ella acuden a comprarlos desde más de doscientas leguas a la redonda. Así es, que para atender a lo que reclama este comercio, ha establecido el gran kan una casa de moneda, que es para él una fuente inagotable de riquezas. Es verdad que esta moneda, verdadero billete de Banco que lleva el sello del soberano, es hecha de una especie de cartón fabricado con las cortezas de las moreras. El cartón preparado de esta suerte, está cortado de diversas maneras, según el valor fiduciario que le impone el soberano. Naturalmente, el curso de esta moneda es forzoso. El emperador se sirve de ella para todos sus pagos, la hace circular por los países sometidos a su dominación, y nadie puede rehusarla bajo pena de la vida. Por otra parte, los poseedores de piedras preciosas, de perlas, de oro o de plata, estaban obligados a llevar varias veces al año sus riquezas a casa de la moneda, y recibían en cambio aquellas piezas de cartón, de manera que el emperador posee de esta suerte todas las riquezas de su imperio.

Según Marco Polo, el sistema del gobierno imperial se apoya en una excesiva centralización. Dividido el reino en treinta y cuatro provincias, es administrada por doce grandes barones, que residen en la misma ciudad de Cambaluc; y en los respectivos palacios de estos barones habitan los intendentes y empleados que entienden en los asuntos de cada provincia. De la ciudad salen varios caminos bien conservados, que terminan en diversos puntos del reino; y a cada veintidós millas hay colocadas postas lujosamente montadas en las cuales hay dispuestos doscientos mil caballos para correr las órdenes del



emperador. Además de estas postas, hay cada tres millas aldeas compuestas de unas cuarenta casas, cada una habitada por los correos que conducen a pie las órdenes del gran kan, cuyos correos llevan una cinta atada a la cabeza, y la cintura rodeada de un cinturón lleno de campanillas que se oyen desde lejos; parten al galope, andan las tres millas señaladas y entregan el pliego a otro correo, de modo que en un día y una noche el monarca recibe noticias de puntos que distan diez jornadas. Pocos gastos, le acarrea este sistema de comunicaciones, porque exime de la contribución a los peatones como retribución de su servicio, y los caballos de las postas los suministran gratuitamente los habitantes de las provincias.

Pero si el rey tártaro hace uso de esta suerte de su omnipotencia, si oprime con pesadas cargas a sus súbditos, en cambio se cuida mucho de sus necesidades y acude con frecuencia en su auxilio. Así es, que cuando se pierden sus cosechas, no solamente no exige de ellos el tributo acostumbrado, sino que les envía trigo de sus graneros.

Igualmente, cuando ataca una epidemia a los ganados de una provincia, los reemplaza a su costa. En los años que hay buena cosecha, tiene cuidado de acopiar una cantidad considerable de trigo, de cebada, mijo, arroz y otros productos para mantener los granos a un precio medio en todo el imperio. Además, manifiesta un afecto especial a los pobres de su buena ciudad de Cambaluc. «Manda hacer un censo de todas las familias de la ciudad que carecen de recursos; una se compone de seis individuos, otra de ocho, otra de diez, más o menos, y hace que se les dé trigo y otros granos en la cantidad que necesitan, y a



nadie de cuantos van a pedir pan a la corte se les niega nunca. Así es que, cada día acuden más de treinta mil personas a buscarlo, pues la distribución se verifica todo el año, poniendo así de manifiesto la gran bondad del señor que se compadece de sus súbditos pobres. Por eso, todos le adoran como a un dios.» Además, el imperio está administrado con esmero; sus caminos están bien conservados, y plantados de árboles magníficos que sirven sobre todo para reconocerlos en las comarcas desiertas. De esta suerte, sin acudir a los bosques, no carecen de leña los habitantes del reino, y por otra parte, en el Catay, principalmente, se explotan numerosas minas que proveen de carbón en abundancia.

Marco Polo residió en Cambaluc bastante tiempo, y por su viva inteligencia, su talento y su facilidad en aprender los diversos idiomas del imperio, fue simpático al emperador.

Encargado de diferentes misiones, no sólo en la China, sino también en los mares de la India, en Ceylán, en las costas de Coromandel y de Malabar y en la parte de Cochinchina, inmediata a Camboya, fue nombrado, probablemente de 1277 a 1280, gobernador de la ciudad de Yang-techeu y de veintisiete ciudades más comprendidas en su jurisdicción.

Gracias a estas misiones, recorrió una gran parte del país recogiendo útiles documentos, tanto geográficos como etnológicos. Ahora vamos a seguirle cuidadosamente, con el mapa en la mano, en aquellos viajes de que ha reportado a la ciudad tanta utilidad.



III. – Tso-cheu. – Tai-yen-fu, Pin-yang-fu. – El río amarillo. – Si-gnan-fu. – El Sze-tchuan. – Ching-tu-fu. – El Tibet. – Li-Kiang-fu. – El Caraján. – Yung-chang. – Mien. – Bengala. – Anam. – Tai-ping. – Cintingui. – Sindi-fu. – Te-cheu. – Tsi-nan-fu. – Lin-tsin-cheu. – Lin-cing. – El Mangi. – Yang-tcheu-fu. – Ciudades del litoral. – Quin-say o Hang-tcheu-fu. – El Fo-kien.

Después de haber residido Marco Polo en Cambaluc, se le encargó una misión que le tuvo ausente de la capital durante cuatro meses. A diez millas de Cambaluc, descendiendo hacia el Sur, atravesó el magnífico río Pe-ho-nor, que él llama Pulisanghi, sobre el que había un hermoso puente de mármol con 24 arcos de 300 pasos de longitud, que no tiene igual en todo el mundo. Treinta millas más abajo, encontró la ciudad de Tso-cheu, donde se trabaja especialmente la madera de sándalo. A diez jornadas de Tso-cheu, llegó a la moderna ciudad de Tai-yen-fu, capital del Shan-si, que en otro tiempo fue la residencia de un gobierno independiente; toda la provincia le pareció rica en viñedos y moreras, siendo la principal industria del pueblo la fabricación de arneses por cuenta del emperador. A siete jornadas se hallaba la ciudad de Pianfu, hoy día Pin-yang-fu, dedicada principalmente al comercio y al arte de la seda. Marco Polo la



visitó, y después llegó a las célebres márgenes del río Amarillo, que él llama Caramoran o río Negro, probablemente a causa del color de sus aguas, obscurecidas por las plantas acuáticas, y dos jornadas más adelante encontró la ciudad de Cacion-fu, cuya posición moderna no han podido determinar con seguridad los comentadores.

Marco Polo, al salir de esta ciudad, donde no vio nada digno de notarse, cabalgó a través de una hermosa comarca, llena de quintas, de granjas y jardines, y muy abundante en caza. Al cabo de ocho días de camino, llegó a la noble ciudad de Quen-gianfu, la antigua capital de la dinastía de los Thang, esto es, la moderna ciudad de Si-gnan-fu, actualmente capital de Shen-si. Allí reinaba el hijo del emperador Mangalia, príncipe justo y amado de su pueblo, el cual ocupaba fuera de la población un magnífico palacio, construido en medio de un parque cuyas tapias almenadas no medían menos de cinco millas de circunferencia.

Desde Si-gnan-fu, se dirigió el viajero hacia el Tibet, a través de la moderna provincia de Szu-tchuan, comarca montañosa, surcada por grandes valles, donde pululan leones, osos, lobos cervales, gamos, cervatillos y ciervos, y al cabo de veintitrés días de marcha, se encontró en los límites de la gran llanura de Acmelec-Mangi. Este país es fértil, produce en abundancia toda clase de frutos y particularmente el jengibre, de cuya substancia surte a toda la provincia de Catay, y es tal la fertilidad del suelo, que, según refiere un viajero francés, E. Simón, el terreno se vende a 30.000 francos la hectárea, es decir, a razón de tres francos el metro. En el siglo XIII esta llanura estaba cubierta de



ciudades y de castillos, y los habitantes vivían de los frutos de la tierra, del producto de los ganados y la caza, que proporcionaban a los cazadores un botín fácil y abundante.

Marco Polo llegó entonces a la capital de la provincia de Szutchan, Sindafu, la moderna Ching-tu-fu, cuya población excede actualmente, de quinientos mil habitantes. Sindafu medía entonces veinte millas de circunferencia y se hallaba dividida en tres partes, rodeadas de un modo particular; cada una de dichas partes tenía un rey antes que se hubiese apoderado de ellas Kublai-Kan. Esta ciudad estaba atravesada por el gran río Kiang, muy abundante en pescado, ancho como un brazo de mar y cuyas aguas surcaban innumerables embarcaciones. Marco Polo, después de haber abandonado esta ciudad industrial y mercantil, y al cabo de cinco días de marcha a través de dilatados bosques, llegó a la provincia de Tibet, la cual, según él mismo dice, «está muy desolada, por haber sido destruida por la guerra.» Esta provincia está habitada por muchas fieras: leones, osos y animales feroces de los que se hubieran defendido difícilmente los viajeros, a no ser por esas cañas maravillosamente gruesas y grandes, llamadas bambúes. En efecto, los comerciantes y viajeros que recorren aquellas comarcas por la noche, encienden una gran hoguera con estas cañas, las cuales, al arder, hacen tal estrépito y crepitan de tal modo, que los leones, los osos y las demás fieras, huyen espantados; por nada del mundo se aproximarían al fuego. He aquí cómo se produce ese gran ruido: se toman cañas de esta clase, muy verdes, y se ponen muchas de ellas juntas en una hoguera hecha con leña; al cabo de cierto tiempo que están en el



fuego, se retuercen y abren por el medio, con tal estrépito, que por la noche se oye a diez millas de distancia, y quien no está acostumbrado a este ruido, siente un gran sobresalto, tan fuerte y espantoso es el estrépito; los caballos que no lo han oído nunca, se asustan tanto, que rompen las cuerdas y las riendas y huyen despavoridos, lo cual acontece con frecuencia; pero cuando se sabe que no están habituados a ese ruido, se les venda los ojos y se les traba de las cuatro patas, de suerte que al oír aquel estrépito no pueden huir. De esta manera es como se libran los hombres y los animales de los leones, osos y demás alimañas, que son muy numerosos en este país.» El procedimiento referido por Marco Polo, se emplea todavía en las comarcas que produce el bambú, y verdaderamente el estrépito de estas cañas devoradas por las llamas, puede compararse con el más violento estampido de los petardos de un fuego artificial.

Según la relación del viajero veneciano, el Tibet es una gran provincia que tiene su lengua particular y cuyos habitantes idólatras forman una raza de temibles ladrones; atraviesa aquella provincia un río importantísimo, el Khin-cha-kiang, cuyas arenas son auríferas, y se recoge el coral, con el que se engalanan las mujeres, y sirve también de adorno a los ídolos. El Tibet se hallaba entonces bajo el dominio del gran kan.

Marco Polo, al salir de Sindafu, tomó la dirección hacia el Oeste. Atravesó el reino de Gaindu y llegó probablemente a Li-kiang-fu, capital de esta comarca, que forma en el día el país de Simong. En esta provincia visitó un hermoso lago que produce las ostras perlíferas, cuya pesca está reservada al emperador. Es un



país en que se recogen abundantes cosechas de clavo, de jengibre, canela y otras especies.

Salió del reino de Gaiudu, y después de atravesar un río, tal vez el Irauadi, torció decididamente al Sudeste, y penetró en la provincia de Carajan, región que formaría probablemente la parte nordeste del Yunnan. Según dice el viajero, los habitantes de esta provincia, casi todos buenos jinetes, se alimentan con carne cruda de gallina, de carnero, de búfalo y de toro, sistema de alimentación que era general, y solamente las personas acomodadas aderezaban la carne cruda con una salsa de ajo y de buenas especias. El territorio abundaba en grandes culebras y monstruosas serpientes de horrible aspecto, reptiles que seguramente serían aligátors, de diez pasos de largo, provistos de dos patas armadas con uñas, y colocadas en la parte interior, cerca de la cabeza, la cual era tan grande, que podía, tragarse un hombre.

A cinco jornadas al oeste de Garajan, Marco Polo, haciendo nuevo rumbo hacia el Sur, entró en la provincia de Zardandan, cuya capital, Nocian, forma la ciudad moderna de Yung-chang. Todos los habitantes de esta ciudad tenían dientes de oro, es decir, que la moda era entonces cubrir sus dientes con pequeñas láminas de oro, las cuales se quitaban cuando quedaban comer. Los hombres eran todos jinetes y sólo se ocupaban en amaestrar halcones, cazar e ir a guerrear. De los trabajos penosos estaban encargados las mujeres o los esclavos. Los zardandienses no tenían ídolos ni templos, pero adoraban al mayor de la familia, es decir, al antepasado, al patriarca. El reparto de comestibles se hacía por medio de carruajes semejantes a los que usan los



panaderos en Francia. No tenían médicos, sino hechiceros que saltaban, bailaban y tocaban instrumentos al lado del enfermo hasta que se moría o se curaba.

Al dejar la provincia de los hombres de dientes de oro, Marco Polo, siguiendo por dos días el gran camino que sirve para el tráfico entre la India y la Indochina, pasó por Bamo, donde se celebraba tres veces a la semana un gran mercado que atraía a los comerciantes de los países más remotos. Cabalgó quince días seguidos por los bosques llenos de elefantes, unicornios y otros animales salvajes, y llegó a la gran ciudad de Mien, esto es, aquella parte del alto Birman, cuya actual capital, de reciente construcción, se llama Amapura. Esta ciudad de Mien, que fue tal vez la antigua ciudad de Ava, hoy arruinada, o la ciudad de Paghan, situada en el Irauadi, poseía una verdadera maravilla arquitectónica, consistente en dos torres, la una construida con hermosas piedras y cubierta enteramente con una lámina de oro, ambas destinadas a servir de sepulcro al rey de Mien, antes de que su reino cayese en poder del kan.

Después de visitar esta provincia, bajó hasta Bengala, la actual Bengala que, en aquella época, 1290, no pertenecía aún a Kublai-Kan. Los ejércitos del emperador se ocupaban entonces en conquistar este fértil país, rico en algodón, jengibre y en cañas de azúcar, y cuyos magníficos bueyes igualaban en magnitud a los elefantes. Desde allí se aventuró el viajero hasta Cancigú, en la provincia de este nombre, probablemente la actual ciudad de Kassay. Los habitantes de este reino se pinchaban el cuerpo, y por medio de agujas se dibujaban en el rostro, el cuello, el vientre, las manos y las piernas, figuras de leones, dragones y



pájaros, considerando como el ser humano más hermoso al que llevaba mayor número de esta clase de pinturas.

Cancigu es el punto más lejano a que llegó Marco Polo en este viaje; al salir de esta ciudad subió al Nordeste; y por el país de Amu, que es el Annam y el Tonquín actual, llegó, después de quince días, a la provincia de Toloman, hoy departamento de Tai-ping. Allí encontró aquellos hermosos hombres de piel morena, aquellos valientes guerreros que han coronado sus montañas con fuertes castillos y cuyo alimento habitual consiste en carne de animales, leche, arroz y especias. Dejando a Toloman, Marco Polo visitó la provincia de Guigui o Chintingui y su capital, que lleva el mismo nombre. Lo que más le llamó la atención en esta comarca, y hay motivos para creer que el explorador era un cazador resuelto, fue el gran número de leones que recorrían las llanuras y las montañas; pero los comentadores están de acuerdo en que los leones de Marco Polo debían ser tigres, puesto que no existen en China leones: He aquí, no obstante, lo que dice en su relación:

Hay tantos leones en este país, que no se puede dormir fuera de casa sin ser devorado por ellos. Lo mismo sucede cuando se va por un río y hay que detenerse en cualquier parte, pues es preciso dormir lejos de tierra, porque de lo contrario, llegan hasta las barcas los leones, que son muy grandes y peligrosos; pero lo maravilloso es que en esta comarca hay perros que tienen la audacia de asaltar a los leones, aunque es preciso que sean dos perros, porque dos perros y un hombre pueden más que un león.»



Desde esta provincia pasó directamente Marco Polo a Sindiu, capital de la Szu-tchuan, de donde había partido para efectuar su excursión al Tibet, y volviendo a emprender la ruta recorrida, regresó al lado de Kublai-Kan, terminando felizmente la misión que le llevara a Indochina.

Es de suponer que entonces encargase el emperador a Marco Polo otra misión en la parte sudeste de la China, «la más rica y comercial de este vasto imperio», dice Pauthier en su bella obra sobre el viajero veneciano, y la parte también sobre la cual se han obtenido más noticias en Europa desde el siglo XVI. Si hemos de guiarnos por el itinerario trazado en el mapa de Pauthier, al salir Marco Polo de Cambaluc, se dirigió al Mediodía, a la industriosa ciudad de Giangli, que sería probablemente Te-cheu, y, seis jornadas más allá a Condinfu, la actual ciudad de Tsi-nan-fu, capital de la provincia de Chan-tung, donde nació Confucio. Era ésta entonces una gran ciudad, la más notable de toda la comarca, muy frecuentada por los mercaderes de seda, y cuyos maravillosos jardines producían una gran cantidad de frutos. A tres jornadas de Condifu, fue a parar Marco Polo a la ciudad de Lin-tsin-cheu, situada al principio del gran canal de Yun-no, punto de escala de innumerables buques dedicados a transportes de mercaderías del Mangi y del Catay. Ocho días después, pasó por Ligui, que parece ser la actual ciudad de Ling-cing; después por Pi-ceu, población mercantil de la provincia de Tohiangsu; luego a la ciudad de Cingui, llegando a Cara-moran, o sea el río Amarillo, que ya había atravesado al dirigirse a la Indochina. En este punto, no distaba más que una legua de la embocadura de esta gran arteria china, y después de atravesarla, se encontró el



viajero en la provincia de Mangi, territorio designado con el nombre de imperio de los Song. Antes de pertenecer dicho reino a Kublai-Kan, estaba gobernado por un rey pacífico, que no gustaba de los crueles azares de la guerra, y que se mostraba compasivo con los desgraciados. He aquí los términos en que hablaba de él Marco Polo, pues lo hace tan bien, de un modo tan agradable, que nos impulsa a copiar aquí sus mismas palabras: «Este último emperador de la dinastía de los Song gastaba tanto, que era un prodigio. Voy a referir dos rasgos muy nobles de su munificencia. Cada año mantenía a su costa veinte mil criaturas, porque en esta provincia tienen la costumbre las mujeres pobres de abandonar sus hijos en cuanto nacen, cuando no pueden criarlos. El rey los mandaba recoger todos, los hacía inscribir bajo el signo y el planeta en que habían nacido, y los daba a criar en diversos lugares, porque allí abundaban las nodrizas. Cuando un rico no tenía hijos, acudía al rey, y éste mandaba que le dieran los que quería y los que más le agradaban. Después, el rey, cuando los niños y las niñas llegaban a la edad núbil, los casaba unos con otros y les daba con qué vivir; de esta suerte cada año educaba más de veinte mil, tanto varones como niñas. Cuando iba por algún camino y veía alguna casa pequeña en medio de dos grandes, preguntaba por qué aquella casa no era tan grande como las demás, y si se le contestaba que por ser de un pobre no podía ser mayor, mandaba que la edificaran por su cuenta, tan bella y alta como las otras. Este rey se hacía servir siempre por dos mil jóvenes de ambos sexos. Hacía tan severa justicia en su reino, que jamás se cometía en él crimen alguno; por la noche, permanecían abiertas



las casas de los comerciantes, y nadie quitaba cosa alguna de ellas, y se podía viajar lo mismo de día que de noche.

A la entrada de la provincia de Mangi, encontró Marco Polo la ciudad de Coigangui, actualmente Hoai-gnan-fu, situada en la orilla del río Amarillo, y cuya principal industria consiste en la elaboración de la sal que extrae de sus lagunas. A una jornada de esta ciudad, siguiendo una calzada construida con magníficas piedras, pasó el viajero por la ciudad de Pau-in-chen, célebre por sus tejidos de oro; por la ciudad de Caiu, actualmente Kao-yu, cuyos habitantes son pescadores y cazadores, y después por la de Tai-cheu, adonde afluyen numerosas embarcaciones, llegando por fin a la ciudad de Yangui.

Esta ciudad de Yangui es la moderna Yang-tcheu, de que fue gobernador Marco Polo durante tres años. Es una ciudad muy populosa y muy comercial, que no mide menos de dos leguas de circunferencia. De Yangui, partió Marco Polo a verificar diversas exploraciones que le permitieran estudiar minuciosamente las ciudades del litoral y del interior.

El viajero primeramente se dirigió hacia el Oeste y llegó a la ciudad de Nan-king, que no hay que confundirla con el Nankín actual. Su nombre moderno es Ngan-khing, y se halla situada en una provincia muy fértil. Marco Polo se internó todavía más en la misma dirección y llegó a Saian-fu, la moderna Siang-yang que está situada en la parte septentrional de la provincia de Hu-kuang, cuya ciudad fue la última del Mangi que resistió la dominación de Kublai-Kan. El emperador la sitió durante tres años, pero sus defensores se resistían tenazmente, y si se



apoderó al fin de ello, lo debió al concurso de los tres Polo que construyeron poderosas balistas que aplastaron a los sitiados bajo una lluvia de piedras, algunas de las cuales pesaban hasta trescientas libras.

De Saianfu, retrocedió Marco Polo, con el objeto de explorar las ciudades del litoral. Volvió, pues, a entrar en Yang-tcheu. Visitó a Singui (Kiu-kiang), situada sobre el Kiang, de una legua de anchura en aquel sitio, y que puede dar paso hasta a cinco mil buques a la vez; después fue a Kaingui, que surte de trigo a la mayor parte de la corte del emperador; a Cinghianfu (Chingiam), donde había dos iglesias cristianas nestorianas; a Cinguigui, actualmente Tchang-tcheu-fu, ciudad mercantil e industrial, y a Singui, actualmente Su-tcheu o Sucheu, gran ciudad cuya circunferencia es de seis leguas, y que según la exagerada relación del viajero veneciano, tenía a la sazón más de seis mil puentes.

Después de residir por algún tiempo en Vugui, probablemente la actual Hu-tcheu-fu, y en Ciangan, hoy día Kia-hin, entró Marco Polo, al cabo de tres jornadas, en la noble ciudad de Quinsay, cuyo nombre significa *Ciudad del Cielo*, y actualmente se llama Hang-tcheu-fu. Tiene seis leguas de circuito y la atraviesa el río Tsien-tang-kiang, el cual, ramificándose hasta lo infinito, hace de Quinsay otra Venecia. Esta capital de los Song tiene una población casi como Pekín; el pavimento de sus calles es de losas y ladrillos; cuenta, según dice Marco Polo, «seiscientos mil casas, cuatro mil establecimientos de baños y doce mil puentes de piedra». Allí viven los comerciantes más ricos del mundo, con sus mujeres, que son hermosas y angelicales criaturas. Es



residencia de un virrey, que gobierna en nombre del emperador más de cuarenta ciudades, viéndose todavía allí el palacio del antiguo soberano del Mangi, rodeado de hermosos jardines, lagos, y que encierra más de mil habitaciones. El gran kan saca de esta ciudad y su provincia inmensos recursos, y cuenta por millones de francos el producto de la sal, del azúcar, de las especias y de la seda, que forman los principales productos del país. A una jornada al Sur de Quinsay, después de haber recorrido un país encantador, Marco Polo visitó a Tampigui (Chao-hing-fu), a Vugui (Hu-tcheu), a Ghengui (Kui-tcheu), a Cianscian (Yen-tcheu-fu, según Charton, Sui-tchang-fu, según Pauthier), y Cugui (Kiutcheu), última ciudad del reino de Quinsay; después entró en el reino de Fugui, cuya principal ciudad, del mismo nombre, es en el día Fu-cheu-fu, capital de la provincia de Fo-kien. Según Marco Polo, los habitantes de este reino eran guerreros crueles, que jamás perdonaban a sus enemigos, se bebían su sangre y se comían su carne. Después de haber atravesado Quenlifu (Kien-ning-fu), y Un-guen, Marco Polo hizo su entrada en la capital de Fugui, probablemente la ciudad moderna de Huangcheu, que sostiene un gran comercio de perlas y piedras preciosas, y después de cinco jornadas de camino llegó al puerto de Zaitem, probablemente la ciudad de Tsuen-tcheu, punto extremo visitado por él en la exploración de la China Sudorienta.



IV. – El Japón. – Partida de los tres Polo con la hija del emperador y los embajadores persas. – Saigón. – Java. – Cónдор. – Bintang, – Sumatra. – Las islas Nicobar. – Ceylán. – La costa de Coromandel. – La costa de Malabar. – El mar de Omán. – La isla de Socotora. – Madagascar. – Zanzíbar y la costa africana. – La Abisinia. – El Yemen, el Hadramán y el Omán. – Ormuz. – Regreso a Venecia. – Una fiesta en casa de los Polo. – Marco Polo prisionero de los genoveses. – Muerte de Marco Polo hacia 1323.

Marco Polo, después de haber terminado felizmente la exploración de que hemos hablado, volvió sin duda a la corte de Kublai-Kan, donde se le confiaron diversas misiones que le eran fáciles por sus conocimientos de las lenguas mongola, turca, mantchua y china. Es probable que formase parte de una expedición a las islas de la India, haciendo a su regreso una circunstanciada relación acerca de la navegación de aquellos mares todavía poco conocidos, pues se tienen pocos pormenores de su vida desde esta época. Su relación da detalles minuciosos de la isla de Cipangu, nombre aplicado al grupo de islas que componen el Japón, pero no parece que visitara este reino. El Japón era entonces un país célebre por sus riquezas, y hacia 1264, algunos años antes de la llegada de Marco Polo a la corte tártara, Kublai-Kan había intentado conquistarlo. Su flota llegó felizmente a Cipangu y se apoderó de una ciudadela cuyos defensores fueron pasados a cuchillo, pero una tempestad dispersó los bajeles tártaros y no dio ningún resultado la expedición. Marco Polo refiere esta tentativa



circunstancialmente, citando varias particularidades relativas a las costumbres japonesas.

Hacia diecisiete años, sin contar los que habían empleado en el viaje de Europa a China, que Marco Polo, su tío Mateo y su padre Nicolás se hallaban al servicio del emperador. Tenían deseos de volver a su patria, pero Kublai-Kan, que los estimaba y apreciaba en extremo sus méritos, no podía decidirse a dejarlos partir; así es que hizo todo lo posible para revocar aquella resolución y les ofreció inmensas riquezas si consentían en quedarse a su lado.

Los tres venecianos persistieron en sus designios de regresar a Europa; pero el emperador se negó resueltamente a autorizar su partida. Marco Polo no sabía cómo burlar la vigilancia de que eran objeto, cuando un incidente hizo cambiar a Kublai-Kan de determinación.

Un príncipe mongol, llamado Arghun, que reinaba en Persia, había enviado una embajada al emperador para pedirle en matrimonio a una princesa de la sangre real. Concedió Kublai-Kan al príncipe Arghun la mano de su hija Cograta y la hizo partir con numerosa comitiva, pero las comarcas que debía atravesar la escolta para ir a Persia no ofrecían ninguna seguridad, y pronto quedó detenida la caravana en su camino por motines y rebeliones y tuvo que regresar al cabo de algunos meses a la residencia de Kublai-Kan. Entonces fue cuando los embajadores persas oyeron hablar de Marco Polo como de un navegante instruido, bastante práctico en el Océano Indico, y suplicaron al emperador que le confiase la princesa Cograta



para conducirla a su prometido, surcando aquellos mares menos peligrosos que el continente.

Kublai-Kan accedió, por fin, a esta demanda, no sin alguna dificultad, e hizo equipar una flota de catorce buques de cuatro mástiles, repostándola de provisiones para un viaje de dos años. Algunos de estos bajeles contaban con doscientos cincuenta hombres de tripulación; era, pues, una expedición importante y digna del opulento soberano del imperio chino.

Mateo, Nicolás y Marco Polo partieron con la princesa Cograta y los embajadores persas. ¿Fue acaso, durante esta travesía, que duró dieciocho meses, cuando Marco Polo visitó las islas de la Sonda y la India, de las que hace una completa descripción? Puede admitirse hasta cierto punto, sobre todo en lo relativo a Ceylán, y al litoral de la península india.

Vamos, pues, a seguirle durante todo el decurso de su navegación y a referir las descripciones que hace de estos países tan imperfectamente conocidos entonces.

Fue hacia el año 1291 o 1292 cuando la flota, mandada por Marco Polo, zarpó del puerto de Zaitem, que había ya visitado el viajero durante su viaje por las provincias meridionales de la China, y se dirigió a la vasta comarca de Ciamba, situada al sur de la Cochinchina que comprende la provincia de Saigón, perteneciente hoy a Francia. El viajero veneciano había visitado ya aquella provincia hacia el año 1280, para desempeñar una misión que le había confiado el emperador, y en esta época pagaba Ciamba a este soberano un tributo anual consistente en cierto número de elefantes. Cuando Marco Polo recorrió el país,



el rey que lo gobernaba tenía trescientos veintisiete hijos, ciento cincuenta de los cuales se hallaban en estado de tomar las armas. Al dejar la península camboyana, la flota se dirigió hacia la pequeña isla de Córdor; pero antes de describirla, cita Marco Polo la gran isla de Java, de la que nunca había podido apoderarse Kublai-Kan, isla que posee grandes riquezas, y que produce en abundancia la pimienta, la nuez moscada, la cubeba, el clavo y otras preciosas especias. Después de haber tocado en Córdor y en Sandur, extremo de la península Cochinchina, llegó Marco Polo a la isla de Pentam «(Bintang), situada cerca de la entrada oriental del estrecho de Malaca, y a la isla de Sumatra, a la cual llama la pequeña Java.» Esta isla se halla situada tan al Mediodía, dice Marco Polo,, que jamás se ve en ella la estrella polar»; lo cual es cierto respecto a los habitantes de su parte meridional. Es una fértil comarca donde crece el áloe y donde se encuentran elefantes salvajes, rinocerontes, llamados por Marco Polo unicornios, y monos que van en numerosas manadas. La flota tuvo que hacer en aquellas costas una estada de cinco meses a causa del mal tiempo, y el viajero se aprovechó de este incidente para visitar las provincias de la isla, tales como Sumatra, Dagrean, Labrin, que cuenta con gran número de hombres ron rabo (evidentemente monos), y Fandur, es decir, la isla de Panchor, donde crece el sagú, del cual se saca una harina para hacer un pan excelente. Por fin los vientos permitieron a las naves abandonar a la pequeña Java, y después de tocar en la isla de Necaran, que debe ser una de las de Nicobar, del grupo de las Andamán, cuyos naturales son aún en ei día antropófagos como en tiempo de Marco Polo, la flota tomó la dirección del Sudeste,



y arribó a las cosías de Ceylán. Esta isla, dice la relación, era mucho mayor en otro tiempo, porque tenía tres mil seiscientas millas, según se ve en las cartas de los pilotos de este mar; pero el viento del Norte sopla con tal fuerza en estos parajes, que ha hundido parte de esta isla en el agua, «tradición que todavía se conserva entre los habitantes de Ceylán». Allí es donde se recogen en abundancia los nobles y buenos rubíes; los zafiros, los topacios, las amatistas y otras piedras preciosas, tales como granates, ópalos, ágatas y sardónicas. El rey del país poseía en aquella época un rubí de un palmo de largo, y grueso como el brazo de un hombre, encendido como el fuego. El gran kan quiso comprarlo, pero no lo consiguió, a pesar de ofrecer a este soberano una ciudad.

A sesenta millas al oeste de Ceylán encontraron los navegantes la gran provincia de Maabar, que no debe confundirse con Malabar, situada en la costa occidental de la península india. El Maabar forma la parte sur de la costa de Coromandel, muy apreciada por sus pesquerías de perlas, donde viven algunos encantadores que hacen inofensivos los monstruos marinos para los pescadores, especie de astrólogos cuya raza se ha perpetuado hasta los tiempos modernos. Marco Polo da interesantes detalles acerca de las costumbres de los indígenas, de la muerte de sus reyes, en honor de los cuales se arrojan los señores al fuego, sobre los suicidios religiosos, que son frecuentes, sobre el sacrificio de las viudas, que entregan su cuello al hacha del verdugo al morir el marido, sobre las abluciones bicuotidianas a que obliga la religión, sobre la aptitud de los indígenas, para ser buenos fisonomistas, y sobre su confianza en las prácticas



astrológicas y en los adivinos. Después de haber permanecido en la costa de Coromandel, Marco Polo se dirigió al Norte hacia el reino de Muftili, cuya capital es actualmente la ciudad de Masulipatam, población principal del reino de Golconda. Este país estaba gobernado por una reina, viuda hacía cuarenta años, que quiso permanecer fiel a su esposo; allí se explotaban ricas minas de diamantes, situadas en montañas desgraciadamente infestadas de serpientes, pero para recoger las piedras preciosas sin peligro, han ideado los mineros un medio muy singular.

Toman varios pedazos de carne, dice el viajero, y los arrojan en aquellos precipicios escarpados adonde nadie puede bajar, y al caer la carne sobre los diamantes quedan éstos prendidos en ella. En las montañas viven águilas blancas que cazan, las serpientes; cuando estas águilas ven la carne en el fondo de los precipicios, caen sobre ella y la arrebatan; entonces los hombres que han seguido los movimientos del águila, no bien la ven ocupada en comerse la carne, lanzan grandes gritos, el águila espantada levanta el vuelo sin llevarse su presa, temiendo que la sorprendan los hombres, y llegando éstos, toman la carne y los diamantes que han quedado pegados a ella. A veces también, cuando se come el águila los pedazos de carne, arroja los diamantes en su excremento, del que se extraen aquéllos.

Después de visitar la ciudad de Santo Tomás, a algunas millas al sur de Madras, donde reposa el cuerpo del apóstol Santo Tomás, exploró Marco Polo el reino de Maabar y la provincia de Lar, de donde son oriundos los «abraimanes» del mundo, probablemente los brahmanes. Estas gentes, según dice el viajero, alcanzan una edad muy avanzada, gracias a su



sobriedad y abstinencia; y algunos monjes llegan a la de 150 o 200 años, no comiendo más que arroz y leche y bebiendo una mezcla de azufre y azogue. Estos abraimanes son mercaderes hábiles, aunque supersticiosos, pero de muy buena fe; no quitan nada a nadie, no matan a ningún ser viviente, cualquiera que sea, y adoran el buey, que es para ellos un animal sagrado.

Desde este punto de la costa volvió la flota a Ceylán a donde había enviado Kublai-Kan, en 1284, una embajada que le trajo unas supuestas reliquias de Adán, y entre ellas dos muelos; pues si ha de darse crédito a la tradición de los sarracenos, el sepulcro de nuestro primer padre debía estar situado en la cima de la escarpada montaña que forma el punto más elevado de la isla. Después de haber perdido de vista a Ceylán, pasó Polo a Cail, puerto que parece haber desaparecido de los mapas modernos, y en el cual tocaban entonces todos los buques procedentes de Ormuz, de Kis y de Aden y de las costas de Arabia. Desde allí, doblando el cabo de Comorín, punta de la península, llegaron los navegantes á la vista de Coilum, el Culam actual, que era, en el siglo XIII, una ciudad muy comercial. Allí es donde se recoge particularmente la madera de sándalo, y el añil, y adonde acuden a traficar en gran número los mercaderes de Levante y Poniente.

El país de Malabar, es muy fértil en arroz, no faltando animales salvajes, tales como los leopardos, que Marco Polo llama «leones negros», y también papagayos de diferentes especies, y pavos reales, que son más hermosos que sus congéneres de Europa.



Al dejar la flota a Coilum, corriéndose hacia la costa de Malabar, llegó a las riberas del reino de Eli, que toma su nombre de una montaña situada en el límite del Kanara y del Malabar; allí se recoge pimienta, jengibre, azafrán y otras especias. Al norte de este reino, se extiende la comarca llamada por el viajero veneciano Melibar, que se halla situada al norte del Malabar propiamente dicho, y frecuentada por los mercaderes del Mangi, que negocian con los indígenas de aquella parte de la India y cargan sus embarcaciones con excelentes especias, magníficas telas y otras mercaderías de precio; pero muchas veces caen los barcos en manos de los piratas de la costa, considerados como marinos muy temibles. Estos piratas habitan particularmente en la península de Gohurat, hoy Gudjarate, hacia la cual se dirigió la flotilla después de haber reconocido a Tanat, comarca donde se recoge el incienso pardo, y de Canbaot, actualmente Kambayet, ciudad que hace un importante tráfico de cueros. Después de haber visitado a Sumenat, ciudad de la península, cuyos habitantes son idólatras crueles y feroces, y a Kesmacoran, probablemente la actual ciudad de Kedge, capital de la comarca de Makran, situada al este del Indo, cerca del mar y a la altura de la India, entre el Occidente y el Norte, Marco Polo, en vez de subir hacia la Persia, donde le esperaba el prometido de la princesa tártara, se lanzó hacia el Oeste al través del vasto mar de Omán.

Su insaciable pasión de explorador le arrastró hasta quinientas millas de las playas de Arabia, y abordó a las islas Macho y Hembra, llamadas de esta manera porque en una habitan los hombres y en otra las mujeres, a quienes no visitan más que



durante los meses de marzo, abril y mayo. Al dejar estos islotes, la flota hizo vela al Sur hacia la isla de Socotora, situada a la entrada del golfo de Aden, de la cual reconoció Marco Polo algunos puntos. Este explorador habla de los habitantes de Socotora, hábiles hechiceros que obtienen con sus encantos lo que quieren y dominan los huracanes y las tempestades; después, descendiendo mil millas hacia el Sur, impulsó su flota hasta las riberas de Madagascar. Dice el viajero que esta isla es una de las mejores y más grandes del mundo. Sus habitantes se dedican al comercio, y en especial al tráfico de colmillos de elefante; se alimentan con carne de camello, que es mucho mejor y más sana que cualquiera otra. Los mercaderes que van a dicha isla desde las costas de la India, sólo emplean veinte días en atravesar el mar de Omán; pero al regresar necesitan al menos tres meses, a causa de las corrientes contrarias que propenden incesantemente a rechazar hacia el Sur. No obstante, frecuentan mucho la isla, porqué les suministra madera de sándalo, de cuyos árboles existen bosques enteros, a cambio de telas de oro y de seda, con lo cual obtienen grandes utilidades. No faltan en este reino animales salvajes ni caza, según Marco Polo, abundando los leopardos, osos, leones, ciervos, jabalíes, jirafas, asnos salvajes, cervatillos, gamos y otras clases de ganado; pero lo que más llamó la atención del veneciano fue ese supuesto grifo, esa ave monstruosa de que tanto se habla en las *Mil y una noches*, el cual no es, como se cree, un animal, mitad león y mitad ave, capaz de arrastrar un elefante entre sus garras. Este pájaro maravilloso, era probablemente el *epyornis máximus*, del que se encuentran algunos huevos todavía en Madagascar.



Desde esta isla subió Marco Polo hacia el Noroeste, pasó por Zanzíbar y la costa africana, cuyos habitantes le parecieron demasiado gruesos, pero fuertes, y capaces de llevar la carga de cuatro hombres, «lo cual no debe causar extrañeza, porque cada uno de ellos come como cinco». Estos indígenas eran negros e iban enteramente desnudos; tenían la boca enorme, la nariz remangada, los labios y los ojos grandes, descripción exacta que se aplica todavía a los naturales de dicha parte del África. Estos africanos viven de arroz, carne, leche y dátiles, y fabrican su vino con arroz, azúcar y especias. Son guerreros y valientes que no temen la muerte; combaten sobre camellos y elefantes, armados de un escudo negro de cuero, una espada y una lanza, y excitan a sus cabalgaduras, embriagándolas con un brebaje espirituoso.

En tiempo de Marco Polo, según hace observar Charton, se dividían en tres partes los países comprendidos bajo la denominación de la India: la India Mayor, es decir, el Indostán y todo el territorio situado entre el Ganges y el Indo; la India Menor, o sea el país situado allende el Ganges y comprendido entre la costa Oeste de la península y la Cochinchina, y por último, la India Media, es decir, la Abisinia y las costas arábicas hasta el golfo Pérsico.

Al abandonar a Zanzíbar, Marco Polo, subiendo hacia el Norte exploró el litoral, y primeramente la Abasia o Abisinia, país muy rico, donde se fabrican hermosas telas de algodón y de bocací. Después tocó la flota en Zeila, puerto situado casi a la entrada del estrecho de Bab-el-Mandeb, y por último, siguiendo las costas de Yemen y de Hadramaut, pasó a la vista de Aden, puerto



frecuentado por todos los buques que hacen el comercio con la China; de Escier, ciudad que exporta gran número de caballos; de Dafar, que produce un incienso de primera clase; de Calatu, en la actualidad Kalajate, situada en la costa de Omán, y finalmente de Cormos, o sea Ormuz, población que Marco Polo había visitado al ir desde Venecia a la corte del rey tártaro.

En este puerto del golfo Pérsico fue donde terminó su travesía la flota armada por el emperador mongol. La princesa había llegado, por fin, a los límites de la Persia, después de una navegación de dieciocho meses, pero su prometido, el príncipe Arghun, había, muerto en una guerra civil que ensangrentaba el país. La princesa quedó confiada al hijo de Arghun, el príncipe Ghazán, que no subió al trono hasta 1295, cuando el usurpador, hermano de Arghun, fue estrangulado. Se ignora lo que fue de la princesa, pero antes de separarse de Marco, de Nicolás y de Mateo Polo, dióles prueba de gran reconocimiento.

Es probable que mientras Marco Polo permaneció en Persia recogiera curiosos documentos sobre la gran Turquía, pero algunos fragmentos sin ilación terminan su relato, verdadera historia de los kanes mongoles de la Persia. Sus viajes de exploración habían terminado ya. Después de haberse despedido de la princesa tártara, los tres venecianos, bien escoltados y libres de toda clase de gastos, tomaron el camino de tierra para regresar a su patria. Fueron a Trebisonda, de aquí a Constantinopla, y después a Negropono, donde se embarcaron para Venecia.



Marco Polo volvió a entrar en su ciudad natal en el año 1295, veinticuatro años después de su partida. Los tres viajeros, tostados por los ardores del sol, toscamente vestidos con ropas tártaras, conservando en sus maneras los usos y costumbres mongoles y sin el hábito de hablar la lengua veneciana, no fueron conocidos ni aun de sus más próximos parientes. Por otra parte, habíase esparcido hacía largo tiempo el rumor de su muerte, y nadie esperaba volverlos a ver nunca más; fueron a su casa y la encontraron ocupada por diferentes miembros de la familia Polo, quienes acogieron a los viajeros con suma desconfianza, como sin duda merecía su pobre apariencia, y no dieron ningún crédito a los relatos, algún tanto extraordinarios, que hizo Marco Polo. Sin embargo, al ver su insistencia, los admitieron en aquella casa de que eran verdaderamente legítimos poseedores.

Algunos días después, Nicolás, Mateo y Marco, queriendo destruir hasta las menores sospechas acerca de su identidad, dieron un magnífico banquete seguido de una espléndida fiesta, a la que fueron invitados los diversos miembros de su familia y los principales señores de Venecia.

Cuando estuvieron reunidos todos los convidados en el salón aparecieron los tres Polos vestidos con trajes de raso carmesí. Los convidados pasaron a la sala del banquete y comenzó el festín. Después del primer servicio, Marco Polo, su padre y su tío se retiraron un instante y volvieron espléndidamente vestidos con suntuosas telas de damasco que hicieron pedazos y distribuyeron entre los convidados. Después del segundo



servicio, volvieron a vestirse con trajes todavía más ricos que los anteriores, de terciopelo carmesí que conservaban hasta el fin del banquete, y entonces volvieron a aparecer vestidos a la moda veneciana.

Maravillados y absortos estaban los convidados al ver aquel lujo de vestidos, y sin saber adonde irían a parar sus anfitriones, cuando éstos mandaron que les trajeran los vestidos toscos que les habían servido durante su viaje; después, deshaciendo las costuras y arrancando los dobleces, hicieron esparcirse por el suelo rubíes, zafiros, carbunclos, esmeraldas y diamantes, todas piedras preciosas de inestimable valor. Aquellos harapos ocultaban inmensas riquezas.

Este espectáculo tan inesperado disipó toda clase de dudas, y los tres viajeros fueron reconocidos por quienes eran realmente, Marco, Nicolás y Mateo Polo, recibiendo de todos los convidados las más sinceras pruebas de afecto.

Un hombre tan célebre como Marco Polo, no podía librarse de los honores cívicos; así es, que fue llamado a la primera magistratura de Venecia, y como hablara sin cesar de los millones del gran kan que mandaba millones de súbditos, se le llamó a él mismo, *Señor Millón*.

Hacia esta época, en 1296, estalló una guerra entre Venecia y Génova. Una flota genovesa mandada por Lamba Doria, surcaba las aguas del Adriático y amenazaba el litoral. El almirante veneciano, Andrea Dándolo, armó al punto una flota superior en número a la genovesa, y confió el mando de una galera a Marco Polo, que con justicia era tenido por un navegante afamado. Sin



embargo, en la batalla naval que se trabó el 8 de septiembre de 1296, fueron vencidos los venecianos, y Marco Polo quedó gravemente herido y prisionero de los genoveses. Los vencedores, conociendo y apreciando el valor de su prisionero, le trataron con muchas consideraciones y fue conducido a Genova, donde las principales familias, deseosas de oír sus relatos, le hicieron la más favorable acogida; pero si ellos no se cansaron de escucharle, en cambio él se cansó de relatar, y habiendo conocido en 1298, durante su cautiverio, a Rusticiano de Pisa, le dictó la narración de sus viajes.

Habiendo recobrado su libertad en 1299, el ilustre viajero volvió a Venecia, donde contrajo matrimonio. Desde esta época, no cuenta nada la historia acerca de los diversos incidentes de su vida, y únicamente se sabe por su testamento, fechado el 9 de enero de 1323, que dejó tres hijas y se cree que murió por aquella época a la edad de setenta años.

Tal fue la existencia de este célebre viajero, cuyas narraciones tuvieron una influencia considerable en el progreso de las ciencias geográficas. Hasta mediados del siglo XVIII los documentos sacados de la obra de Marco Polo sirvieron para los estudios geográficos, así como para las expediciones comerciales en la China, la India y el centro de Asia; así es que la posteridad no ha podido menos de aprobar el título que los primeros copistas dieron a la obra de Marco Polo: *El libro de las maravillas del mundo*.



Capítulo V: Ibn Batutah (1324-1353).

– Ibn-Batutah. – El Nilo. – Gaza, Tyro, Tiberias, el Líbano, Balbek, Damasco, Meshed, Basora, Bagdad, Tébriz, Medina, La Meca. – El Yemen. – La Abisinia. – El país de los Bereberes. – El Zangue-bar. – Ormuz. – La Siria. – La Anatolia. – El Asia menor – Astrakán. – Constantinopla. – El Turkestán. – Herat. – El Indo. – Delhl. – Malabar. – Las Maldivas. – Ceylán. – Coromandel. – Bengala. – Las islas Nico-bar. – Sumatra. – La China. – El África. – El Níger. – Tombuctu.

Hacia veinte años escasos que Marco Polo había vuelto a ver a su patria, cuando un hermano menor de la orden de San Francisco atravesó toda el Asia, de 1313 a 1330, desde el mar Negro hasta los últimos confines de la China, pasando por Trebisonda, el monte Ararat, Babel y la isla de Java; pero su relación es tan confusa y su credulidad tan evidente, que no se puede dar importancia alguna a su relato. Lo mismo puede decirse de los fabulosos viajes de Juan Mandeville, respecto de los cuales ha dicho Cooley, que aquel viajero ha publicado una obra tan plagada de embustes, que acaso no existe otra semejante en ninguna lengua conocida.

Para encontrar un sucesor digno del viajero veneciano es preciso citar a un árabe que hizo en el Egipto, la Arabia, la Anatolia, la Tartaria, la India, la China, la Bengala y el Sudán, lo que había hecho Marco Polo en una parte relativamente considerable del Asia Central. Este hombre ingenioso y audaz a la vez, debe ponerse en primer término de los más atrevidos exploradores.



Era un teólogo, llamado Abd-Allah-El-Lauati, pero adquirió la celebridad con el nombre de Ibn-Batutah. En el año 1324, o sea 725 de la Egira, resolvió hacer la peregrinación a la Meca, y abandonando Tánger, su ciudad, marchóse a Alejandría y después al Cairo.

Durante su permanencia en Egipto estudió particularmente el Nilo, sobre todo en su desembocadura. Después trató de seguir su curso, pero detenido por los disturbios que ocurrieron en la frontera de la Nubia, tuvo que descender al gran río y se dio a la vela para el Asia menor.

Después de visitar en Gaza las tumbas de Abraham, de Isaac y de Jacob, así como a Tiro, entonces muy fortificada e inexpugnable por tres puntos, y a Tiberias, convertida en un montón de ruinas y cuyos célebres baños están completamente destruidos, se dejó seducir por las maravillas del monte Líbano, que era el punto de reunión de todos los ermitaños de la época, los cuales habían elegido juiciosamente una de las más bellas comarcas de la tierra para acabar en ella sus días. Atravesando por Balbek, llegó a Damasco el año 1345, y encontró esta ciudad diezmada por la peste. El horrible azote devoraba hasta veinticuatro mil personas cada día, si hemos de dar crédito al célebre viajero, y sin diida se hubiera despoblado Damasco en poco tiempo a no ser por la intervención del Cielo que, según él, cedió a las oraciones del pueblo reunido en la venerada mezquita donde se ve la preciosa piedra que conserva la huella del pie de Moisés.



El teólogo árabe, al dejar a Damasco, fue a la ciudad de Meshed, donde visitó el sepulcro de Alí. Esta tumba atrae gran número de peregrinos paralíticos, a quienes basta pasar la noche sobre ella para curarse de su dolencia. Batutah no parece poner en duda la autenticidad de este milagro, que se conoce en todo el Oriente con la denominación de noche del restablecimiento.

Siempre infatigable Ibn-Batutah y arrastrado por el imperioso deseo de ver, marchó a Basora, se internó en el reino de Ispahan y después en la provincia de Shiraz, donde quería tener una entrevista con el célebre taumaturgo Magd-Oddin. De Shiraz pasó a Bagdad; después a Tébriz, luego a Medina, donde, rezó en el sepulcro del profeta, y finalmente a la Meca, donde descansó por espacio de tres años.

Sabido es que de esta ciudad santa salen caravanas que recorren los países circunvecinos. En compañía de algunos de estos audaces comerciantes, pudo visitar Ibn-Batutah todas las ciudades del Yemen, llegando hasta Aden, en la extremidad del mar Rojo, y allí se embarcó para Zaida, uno de los puertos de la Abisinia. Volvió, pues, a poner el pie en tierra africana. Avanzando hacia el país de los bereberes estudió los hábitos y costumbres de aquellas sucias y repugnantes tribus que sólo se alimentan de pescado y de carne de camello. No obstante, Ibn-Batutah encontró en la ciudad de Makdasbu cierto lujo y comodidad de que conservó un grato recuerdo. Sus habitantes eran muy gruesos, y cada uno de ellos comía «tanto como una comunidad», siendo muy aficionados a las golosinas, tales como



llantén hervido con leche, limoncillos confitados, vainilla y jengibre verde.

Después de adquirir algunos datos del país de los bereberes, particularmente del litoral, resolvió Ibn-Batutah ir a Zanguebar y, atravesando el mar Rojo, fue costeano las playas arábicas hasta Zafar, ciudad situada en el mar de las Indias. La vegetación de esta comarca era magnífica; el betel, el cocotero y el árbol de incienso formaban frondosas selvas; pero el viajero árabe, impulsado siempre por su espíritu aventurero, siguió más adelante y llegó a Ormuz, en el golfo Pérsico. Después de haber recorrido algunas provincias persas, se le encuentra por segunda vez en la Meca en el año 1332, en cuya ciudad santa entró tres años después de haberla abandonado.

Empero no era más que un descanso en la agitada existencia de Ibn-Batutah; porque dejando el Asia, por el África, se aventuró de nuevo en medio de las pocas conocidas regiones del alto Egipto, y descendió hasta el Cairo. Desde este punto se lanzó a Siria, corrió a Jerusalén, a Trípoli y penetró hasta el país de los turcomanos y la Anatolia, donde la *hermandad de los jóvenes* le dispensó una acogida hospitalaria.

Después de la Anatolia, habla la relación árabe del Asia menor; Ibn-Batutah avanzó hasta Erzerún, donde le enseñaron un aerolito que pesaba 310 kilogramos. Atravesando el mar Negro, vio Crim y Kafa, Bulgar, ciudad situada en una latitud bastante elevada para que la desigualdad de los días y de las noches fuese bastante notable, y por fin, llegó a Astrakán, en la embocadura del Volga, residencia del Kan tártaro durante la



estación del invierno. La princesa Bailun, esposa de este jefe e hija del emperador de Constantinopla, se disponía a visitar a su padre, presentándosele con este motivo a Ibn-Batutah una ocasión para explorar la Turquía europea. Obtuvo, pues, permiso de acompañar a la princesa, la cual partió escoltada por cinco mil hombres y una mezquita portátil que se levantaba en cada etapa. El recibimiento que se le hizo a la princesa en Constantinopla fue magnífico y tocaron las campanas con tal entusiasmo «que hasta se conmovía el horizonte».

La acogida que dispensaron al teólogo los príncipes del país, fue digna del viajero, y habiendo permanecido en la ciudad durante treinta y seis días, pudo visitarla detenidamente.

Como se deja ver, Ibn Batutah emprendió sus exploraciones en una época en que eran muy difíciles y peligrosas las comunicaciones entre los diversos países; había recorrido el Egipto, la Arabia, la Turquía de Asia, y la provincia del Cáucaso, siendo justo que descansase después de tantas fatigas. Había alcanzado renombre, y esto debía satisfacer a un alma menos ambiciosa que la suya, pues era indudablemente el viajero más celebre del siglo XIV; pero su insaciable pasión le llevó más lejos y ensanchó considerablemente el círculo de sus exploraciones.

Partiendo de Constantinopla, Ibn Batutah volvió de nuevo a Astrakán; desde allí, atravesando los áridos desiertos del Turquestán actual, llegó a la ciudad de Chorasm, que le pareció grande y populosa; después a Bukharah, medio destruida todavía por los ejércitos de Gengis-Kan. Poco tiempo después volvemos a encontrar al viajero, en Samarcanda, ciudad



religiosa que le agradó mucho, y en Ealk, a donde no pudo llegar sino después de atravesar el desierto de Jorasán. En esta ciudad todo era ruina y desolación, pues habían pasado por allí los ejércitos bárbaros y no pudiendo detenerse en ella quiso volver al Oeste, a la frontera del Afganistán; pero se encontró con el montañoso país del Kunistán, a pesar de lo cual no se arredró, y después de grandes fatigas, que supo soportar con tanta fortuna como paciencia, llegó a la importante ciudad de Herad. Este fue el último punto que visitó en el Poniente, resolviendo entonces emprender de nuevo su ruta hacia el Este y llegar a los últimos límites del Asia y las riberas del Océano Pacífico; si lo conseguía, habría rebasado el círculo de exploraciones de Marco Polo.

Púsose, pues, en camino siguiendo el Cabul y la frontera del Afganistán, hasta las riberas del Sindhi, o sea el Indo moderno, por el que descendió hasta su desembocadura. De la ciudad Lahari, se dirigió hacia Delhi, grande y hermosa ciudad que habían abandonado a la sazón sus habitantes huyendo de los furores del emperador Mohammed.

Este tirano, generoso y magnánimo en algunos momentos, acogió muy favorablemente al viajero árabe, no escaseándole sus favores, pues le nombró juez de Delhi con las tierras y ventajas pecuniarias anejas a dicho cargo; pero estos honores no debían durar mucho tiempo, pues apareciendo comprometido Ibn Batutah en una supuesta conspiración, creyóse en el caso de abandonar su cargo y se hizo faquir para librarse de la cólera del emperador. Pero Mohammed tuvo el buen acuerdo de perdonarle y de nombrarle su embajador en China.



La fortuna sonreía al animoso teólogo; iba a conocer aquellos países en excepcionales condiciones de bienestar y de seguridad, puesto que tenía el encargo de llevar los presentes destinados al emperador y debían acompañarle dos mil jinetes. Ibn Batutah no había contado con los insurrectos que ocupaban las comarcas vecinas. Empeñóse un combate entre la gente de su escolta y los hindúes, y separado el embajador de sus acompañantes, cayó prisionero de los sublevados, que le quitaron cuanto tenía, le cargaron de cadenas y se lo llevaron. ¿Dónde? No se sabe, ni él mismo lo supo; pero sin perder la esperanza ni el Valor, consiguió escapar de las manos de estos bandoleros; y después de andar errante por espacio de siete días, fue recogido por un negro, y por fin conducido a Delhi, presentándose en el palacio del emperador.

Mohammed preparó al punto una segunda expedición y confirmó al viajero árabe en su cargo de embajador. Esta vez atravesó la misión sin obstáculos el país insurrecto y pasando por Kanoge, Merwa, Gwalior y Barun, llegó a Malabar. Poco tiempo después, Ibn Batutah entraba en Calicut, que más tarde fue la capital de la provincia de Malabar, puerto importante en el cual esperó, durante tres meses, vientos favorables para hacerse a la mar. Aprovechóse de esta involuntaria detención para estudiar la marina mercante de los chinos que frecuentaban aquella ciudad. Habla con admiración de sus juncos, jardines flotantes, sobre los cuales se cultiva el jengibre y algunas hortalizas, especie de ciudades independientes que algunos ricos particulares poseían en gran número. Llegó, por fin, la estación favorable para navegar. Ibn Batutah eligió para el viaje



un pequeño junco, cómodamente preparado, en el cual embarcó sus riquezas y bagajes, y preparó otros trece juncos para trasladar los presentes enviados por el soberano de Delhi al emperador de la China; pero durante la noche una violenta tempestad echó a pique todas las embarcaciones. Por una feliz casualidad, Ibn Batutah se había quedado en tierra para asistir a las oraciones de la mezquita, y su piedad le salvó; pero lo había perdido todo y no le quedaba más que «el tapiz sobre el cual hacía sus oraciones». Después de esta segunda catástrofe, no se atrevió ya a presentarse ante el soberano de Delhi, pues había motivo para irritar a un emperador menos impaciente. Ibn Batutah tomó su resolución: abandonó el servicio del emperador y las ventajas anejas a su cualidad de embajador, y se embarcó para las islas Maldivas, que estaban gobernadas entonces por una mujer y que hacían un gran comercio de hilo de coco. Allí también el teólogo árabe fue investido con la dignidad de juez, se casó con tres mujeres, incurrió en la cólera del visir, celoso de su reputación, y tuvo que fugarse muy en breve. Cifraba su esperanza en llegar a la costa de Coromandel, pero los vientos empujaron la embarcación en que iba hacia la isla de Ceylán. Ibn Batutah fue recibido con grandes consideraciones, y obtuvo permiso del rey para escalar la montaña sagrada de Serendil, o pico de Adán, con objeto de ver la huella milagrosa situada en la cúspide de la montaña, llamada por los hindus *Pie de Budha*, y por los mahometanos *Pie de Adán*. En su relación consigna que esta huella mide once palmos de longitud, cálculo muy inferior al que hace un historiador del siglo ix que no la supone menos de setenta y nueve codos. Añade también este historiador que



uno de los pies de nuestro primer padre se apoyaba en la montaña y el otro hendía el Océano Indico. Ibn Batutah habla igualmente de grandes monos barbudos que formaban una gran parte de la población de la isla, los cuales estaban sometidos a un gobierno monárquico, representado por un rey cinocéfalo, coronado de hojas de árboles. Sabido es lo que significaban todas estas fábulas propaladas por la credulidad de los hindúes. Desde Ceylán pasó el viajero a la costa de Coromandel, habiendo sufrido durante la travesía violentas tempestades, y desde esta costa ganó la orilla opuesta, atravesando el extremo inferior de la península Indica; donde se embarcó de nuevo. Pero su navío fue apresado por los piratas, y despojado, casi desnudo y extenuado de hambre, Ibn Batutah llegó a Calicut. Sin embargo, no podía intimidarle desgracia alguna, pues pertenecía a esa clase de grandes viajeros que se templan y fortalecen en el infortunio. En cuanto a la generosa hospitalidad de algunos mercaderes de Delhi le permitió volver a empuñar su báculo de viajero, se embarcó de nuevo para las Maldivas, corrió a Bengala, donde admiró sus riquezas naturales y se hizo a la vela para Sumatra; arribó después de cincuenta días de malísima travesía a una de las islas de Nicobar, situadas en el golfo de Bengala, y quince días después llegó por fin a Sumatra, cuyo rey le acogió con gran favor, como acostumbraba a hacer con todos los mahometanos; pero, como Ibn Batutah no era un hombre vulgar, agradó al soberano de la isla, el cual le suministró los medios necesarios para volver a la China. Un junco transportó al viajero árabe por el mar tranquilo, y setenta y un día después de haber salido de Sumatra arribó a Kailuka, capital de un país



bastante problemático, cuyos habitantes, gallardos y valientes, sobresalían en el ejercicio de las armas. Desde Kailuka pasó Ibn Batutah a las provincias chinas y visitó desde luego la magnífica ciudad de Zaitem, que probablemente sería la Tsuen-tcheu de los chinos, situada algo al norte de Nankín. Recorrió así también diversas ciudades de aquel gran imperio, estudiando las costumbres de sus pueblos y admirando sus riquezas, industria y civilización; pero no adelantó hasta la gran muralla, a la que llama el «obstáculo de Gog y Magog.» Explorando estos países inmensos permaneció en la gran ciudad de Chensi, que comprendía seis ciudades fortificadas. Los azares de sus peregrinaciones le permitieron asistir a los funerales de un kan que fue enterrado en compañía de cuatro mujeres esclavas, de seis favoritos y de cuatro caballos.

Entretanto, estallaron turbulencias en Zaitem, que obligaron a Ibn Batutah a abandonar aquella ciudad; embarcóse para Sumatra, y desde allí, tocando en Calicut y en Ormuz, entró en la Meca el año 1348, después de haber dado la vuelta a la Persia y a la Siria. Pero no había llegado la hora de descanso para el infatigable explorador; al año siguiente regresó a Tánger, su ciudad natal, y después de visitar las comarcas meridionales de España, volvió a Marruecos, se internó en el Sudán, recorrió los países regados por el Níger, atravesando el gran desierto, y no paró hasta Tombuctú, haciendo de esta suerte un trayecto que hubiera bastado para satisfacer a un viajero menos ambicioso. Esta debía ser su última expedición. En 1353, veintinueve años después de haber abandonado Tánger por primera vez, volvió a entrar en Marruecos y se estableció en Fez. Ibn Batutah merece



seguramente la reputación de ser el explorador más intrépido del siglo XIV, y la posteridad ha sido justa inscribiendo su nombre inmediatamente después del ilustre veneciano Marco Polo.

Capítulo VI: Juan de Bethencourt (1339-1425)

– El caballero normando. – Sus ideas de conquista. – Lo que se sabía de Canarias. – Cádiz. – El archipiélago de las Canarias. – La Graciosa. – Lanzarote. – Fuerteventura. – Lobos. – Juan de Bethencourt regresa a España. – Rebelión de Berneval. – Entrevista de Juan de Bethencourt con el rey Enrique III. – Gadifer visita el archipiélago canario. – La Gran Canaria. – La isla de Hierro. – La isla de la Palma.

Allá por el año 1339 nació en el condado de Eu (Normandía), Juan de Bethencourt, barón de Saint-Martin-le-Gaillard. Juan de Bethencourt era de muy buena familia, y habiéndose distinguido en la guerra y la navegación fue nombrado chambelán de Carlos VI. Tenía afán por los descubrimientos, y así es que, fatigado del servicio de la corte durante la demencia del rey, poco feliz por otra parte en el hogar doméstico, resolvió abandonar su país e ilustrarse por medio de alguna aventurera conquista. Ofreciósele ocasión, y he aquí cómo. Hay en la costa africana un grupo de islas llamadas Canarias, que llevaron en otro tiempo el nombre de islas Afortunadas. Juba, hijo de un rey de Numidia, las había explorado, según dicen, hacia el año 776 de Roma. En la Edad Media, si se han de creer ciertas relaciones,



los árabes, los genoveses, los portugueses, los españoles y los vizcaínos visitaron en parte este grupo interesante. Finalmente, hacia el año 1393, un caballero español, llamado Al-monaster, que mandaba una expedición, efectuó un desembarco en Lanzarote, y trajo, con cierto número de prisioneros, productos que atestiguaban la gran fertilidad del archipiélago. Este hecho llamó la atención del caballero normando. La conquista de las Canarias le alentó, y como hombre piadoso, resolvió convertir a sus habitantes a la fe católica. Era un caballero valeroso, inteligente, recto y rico en recursos. Dejó su palacio de Grainville-la-Teinturière, en Caux, y se fue a la Rochela. Allí hizo conocimiento con el buen caballero Gadifer de la Salle, que iba en busca de aventuras. Juan de Bethencourt le refirió sus proyectos de expedición a Gadifer, y éste le manifestó deseos de ir en su compañía. Cruzáronse entre los dos muy *bellas palabras*, largas de referir, y el asunto quedó arreglado.

Entretanto Juan de Bethencourt había reunido su ejército. Poseía buenas naves suficientemente provistas de gente y vituallas. Gadifer y él hiciéronse a la vela, y después de haber sido contrariados por los vientos al pasar por la isla de Ré, y todavía más contrariados por las disensiones que frecuentemente estallaban entre los jefes y la tripulación, llegaron al puerto de Vivero, en la costa de Galicia, y después a la Coruña.

Allí Juan de Bethencourt y sus caballeros permanecieron ocho días. Los franceses tuvieron algunas cuestiones con cierto conde de Escocia, pero todo quedó reducido a un cambio de palabras. El barón se hizo nuevamente a la mar, dobló el cabo de Finisterre, siguió la costa portuguesa hasta el cabo San Vicente, y



luego al puerto de Cádiz, donde permaneció largo tiempo. Allí se le presentaron todavía algunas dificultades con los mercaderes genoveses que le acusaban de haberse apoderado de un buque de su propiedad. A causa de esto, tuvo que trasladarse a Sevilla, donde el rey Enrique III le hizo justicia, librándole de toda molestia. Juan de Bethencourt volvió a Cádiz y se encontró con una parte de su tripulación en plena insubordinación. Sus marineros, asustados por los peligros de la expedición, no querían continuar el viaje; pero el caballero francés, alentando a los valientes, y despreciando a los cobardes, hizo aparejar y, abandonando el puerto, ganó la alta mar.

El buque del barón fue detenido durante tres días por la calma, que él llama la bonanza; después, mejorando el tiempo, llegó en cinco días a una de las pequeñas islas del grupo de las Canarias, la Graciosa; y finalmente, a una isla importante, Lanzarote, cuya longitud es de 44 kilómetros por 16 de latitud, teniendo casi la magnitud y la forma de la isla de Rodas. Lanzarote abunda en pastos y en buenas tierras de labor, propias para la producción de cebada. Las fuentes y las cisternas, que son muy numerosas, suministran allí un agua excelente. La planta tintórea llamada orchilla crece allí en abundancia. En cuanto a los habitantes de esta isla, que tienen por costumbre ir a casa desnudos, son altos, bien formados, y sus mujeres, que visten largas sayas de cuero que van arrastrando hasta el suelo son hermosas y honestas.

Juan de Bethencourt, antes de que se descubriesen sus propósitos de conquista, hubiese querido apoderarse de cierto número de las islas Canarias, pero como no conocía el país, la operación era difícil. Fuese, pues, al abrigo de un islote del archipiélago,



situado más al Norte, y reuniendo en consejo a sus caballeros, les preguntó su parecer sobre lo que convenía efectuar. El consejo fue de parecer que, a toda costa, bien por medio de la seducción o del engaño, era preciso tomar a su servicio gentes del país. La fortuna favoreció al bizarro caballero. El rey de la isla, Guadarfia, se puso en relaciones con él y le juró obediencia como amigo, mas no como súbdito. Juan de Bethencourt hizo construir un castillo, o mejor, un fuerte en la parte sudeste de la isla, dejó en él algunos hombres bajo el mando de Berthin de Berneval, hombre diligente, y partió con su tropa a conquistar la isla de Erbania, que no es otra que Fuerte ventura.

Gadifer aconsejó que se efectuase un desembarco durante la noche, y así se hizo; después tomó el mando de una pequeña partida de tropa, y en el espacio de ocho días recorrió toda la isla sin poder hallar uno solo de sus habitantes, los cuales se habían refugiado en las montañas. Gadifer, falto de víveres, tuvo que regresar y marcharse al islote de los Lobos, situado entre Lanzarote y Fuerteventura; pero allí se revolvió contra él su jefe de la marina, y no sin dificultad volvió Gadifer con el barón al fuerte de la isla de Lanzarote.

Juan de Bethencourt resolvió entonces regresar a España para procurarse provisiones y un nuevo contingente de soldados, porque no podía contar con su tripulación. Dejó el mando general de la isla a Gadifer, y después, aconsejándose de todos sus compañeros, se hizo a la vela para España en un navío perteneciente a Gadifer.



Se recordará que Juan de Bethencourt había hecho a Berthin de Berneval comandante del fuerte de la isla de Lanzarote. Este Berneval era enemigo personal de Gadifer. Apenas había partido el caballero normando, cuando Berneval trató de ganarse a sus compañeros y consiguió arrastrar a algunos de ellos, particularmente a los gascones, a rebelarse contra el gobernador. Este, no sospechando en manera alguna de la conducta de Berneval, ocupábase en la caza de los lobos marinos en el islote de Lobos, acompañado de su amigo Remonnet de Leveden y otros muchos. Este Remonnet, habiendo sido enviado a Lanzarote a proveerse de víveres, no encontró a Berneval, porque había abandonado la isla con sus cómplices para ir a un puerto de la isla de Graciosa, donde un patrón de un barco, engañado por sus promesas, había puesto el buque a su disposición.

De la isla Graciosa el traidor Berneval volvió a Lanzarote y puso el colmo a su maldad simulando una alianza con el rey de las islas Canarias. El rey, no pensando que pudiera engañarle un oficial del señor de Bethencourt, en quien tenía entera confianza, fue con ochenta y cuatro súbditos suyos a ponerse en manos de Berneval. Este, cuando estaban durmiendo, hizo que los atasen y los trasladó a un puerto de la isla Graciosa. El rey, viéndose indignamente engañado, rompió sus ligaduras, libertó a tres de los suyos y consiguió fugarse; pero sus desgraciados compañeros quedaron prisioneros y fueron entregados por Berneval a unos ladrones que los llevaron a vender a tierra extranjera.



A esta infamia añadió Berneval otras. Por orden suya apoderándose sus compañeros del navío que Gadifer había enviado al fuerte de Lanzarote para traerle víveres. Remonnet quiso defenderse contra esos traidores, pero él y los sayos eran pocos. Sus súplicas no fueron obstáculos para que Berneval robase y destruyese las provisiones, útiles y armas que Juan de Bethencourt había reunido en el fuerte de Lanzarote. Después no escasearon los insultos al gobernador y el mismo Berneval exclamó: «Quiero que Gadifer de la Salle sepa que, si fuese tan joven como yo, iría a matarle; pero ya que por dicha suya no lo es, no quiero tomarme ese trabajo. Y si aún se me antoja, tal vez vaya a hacerle nadar en la isla de Lobos y a ver cómo pesca los lobos marinos.

Entretanto, Gadifer y diez de sus compañeros estaban en grave peligro de morir en la isla de Lobos. Afortunadamente los dos capellanes del fuerte de Lanzarote, habiendo marchado al puerto de la isla Graciosa, lograron enternecer a un patrón de barco, víctima ya de la traición de Berneval, el cual les dio uno de sus compañeros, llamado Ximénez, quien regresó al fuerte de Lanzarote. Allí había una frágil barquilla que Ximénez cargó de víveres; después embarcándose con cuatro hombres, fieles a Gadifer, se aventuró a ganar el islote de Lobos, que distaba cuatro leguas, en las que era preciso franquear el paso más horrible de todos los que hay en esta parte del mar.

Entretanto, Gadifer y los suyos estaban próximos a los tormentos más horribles de hambre y de sed. Ximénez llegó a tiempo para impedir que sucumbieran. Habiendo sabido Gadifer la traición de Berneval, se embarcó en la canoa para regresar al fuerte de



Lanzarote. Hallábase indignado por la conducta de Berneval con los pobres canarios, a quienes el señor de Bethencourt y él habían jurado protección. ¡Nunca hubiese creído que traición semejante hubiese podido maquinarse por uno de aquellos en quienes se había depositado mayor confianza! ¿Qué hacía Berneval durante ese tiempo? Después de haber hecho traición a su señor, la hizo también a los compañeros que le habían auxiliado en sus maldades; abandonó en tierra a doce de entre ellos, y fuese a España, con la intención de avistarse con Juan de Bethencourt y hacerle aprobar su conducta, contándole los hechos como a él le conviniera. Tenía, pues, interés en deshacerse de testigos embarazosos, y los abandonó. Estos desgraciados tuvieron al principio la idea de implorar la generosidad del gobernador y se confesaron con el capellán, que les animó a llevarla a efecto. Pero ellos, temiendo la venganza de Gadifer, se apoderaron de una embarcación, y en un momento de desesperación huyeron a tierra de moros. El buque se estrelló en la costa de Berbería. Diez de los fugitivos se ahogaron y los otros dos cayeron en manos de los moros y fueron reducidos a la esclavitud.

En la época en que ocurrían estos sucesos en la isla de Lanzarote. Juan de Bethencourt, en la nave de Gadifer llegaba a Cádiz, donde tomó desde luego rigurosas medidas contra los hombres de su tripulación inclinados a la sedición, haciendo encarcelar a los cabezas del motín. Después envió su embarcación a Sevilla, donde se hallaba a la sazón el rey Enrique III; pero aquella naufragó en el Guadalquivir, con gran perjuicio de Gadifer. Al llegar Juan de Bethencourt a Sevilla, recibió a un tal Francisco



Calve, que acababa de llegar de las Canarias y que le ofreció volverse a las islas para llevarle provisiones al gobernador. El barón de Bethencourt no quiso, sin embargo, tomar una decisión sobre el particular antes de haber visto al rey. En esto llegó Berneval con sus principales cómplices y algunos indígenas de las Canarias a quienes trataba de vender como esclavos. Este malvado esperaba que redundase la traición en provecho propio, sorprendiendo la buena fe de Juan de Bethencourt; pero había contado sin un tal Courtille, trompeta de Gadifer, que se encontraba con él. Este valiente soldado denunció las tropelías de Berneval, y con sólo su denuncia, fueron encerrados los autores de ellas en las prisiones de Cádiz. Courtille dio a conocer también la situación de los canarios que iban a bordo. El caballero normando, no pudiendo dejar a Sevilla en el momento en que iba a obtener una audiencia del rey, dio orden para que los insulares fuesen tratados con toda consideración, pero, mientras se recibía la orden el buque que los conducía había marchado al reino de Aragón, donde aquellas pobres gentes fueron vendidas como esclavos.

Entretanto Juan de Bethencourt había sido recibido en audiencia por el rey de Castilla, y después de haberle referido los resultados de su expedición, –le dijo–: –Señor, vengo a pedir os socorros, si es que os place darme permiso para conquistar a la fe cristiana las islas llamadas Canarias. Como sois rey y señor de todos los países inmediatos y el más próximo de los reyes cristianos, vengo a implorar vuestra gracia y a haceros homenaje de mis conquistas. El rey recibió muy satisfecho el homenaje del caballero normando, dióle el señorío de las Canarias y el quinto



de las mercancías que viniesen a España de dichas islas. Además, le entregó veinte mil maravedises, poco más de catorce mil francos, para comprar provisiones destinadas al gobernador Gadifer, y le concedió el derecho de fabricar moneda en las Canarias. Desgraciadamente estos veinte mil maravedises fueron confiados a un hombre de mala fe que huyó a Francia llevándose el donativo del rey de Castilla.

Sin embargo, Juan de Beüiencourt obtuvo aún de Enrique III un buque bien equipado, con ochenta hombres de tripulación y bien provisto de víveres, de armas y de herramientas. Juan de Bethencourt, muy reconocido a la generosidad del rey, escribió a Gadifer dándole cuenta de todo lo que había hecho, su irritación y su disgusto al saber la conducta de aquel Berneval, a quien se había confiado, y anunciándole la próxima partida del buque que le había dado el rey de Castilla.

Durante este tiempo ocurrían graves acontecimientos en la isla de Lanzarote. El rey Guadarfia, lastimado por los procedimientos del traidor Berneval, se había sublevado, y algunos de los compañeros de Gadifer habían muerto a manos de los canarios. Este se hallaba resuelto a exigir el castigo de los culpables, cuando un pariente del rey, el indígena Ache, le propuso apoderarse de Guadarfia y destronarle en beneficio propio. Este Ache era un malvado que, después de haber hecho traición a su rey se proponía hacerla también a los normandos y arrojarles del país. Gadifer, no sospechando sus malas intenciones y queriendo vengar la muerte de los suyos, aceptó las proposiciones de Ache, y algún tiempo después, la víspera de Santa Catalina, fue sorprendido el rey y conducido al fuerte,



donde le encadenaron. Algunos días después Ache, proclamado nuevamente soberano de la isla, atacó a los compañeros de Gadifer e hirió a muchos mortalmente. Pero a la noche siguiente Gadifer, que había podido escaparse, se apoderó de Ache y le hizo lapidar y quemar inmediatamente. El gobernador, irritadísimo con las violentas escenas que cada día se renovaban, tomó la resolución de matar a todos los indígenas y de conservar solamente las mujeres y los niños para hacerlos bautizar. En estos momentos fue cuando afortunadamente llegó el buque enviado por Bethencourt, y otros cuidados reclamaron la atención de Gadifer. Este buque, además de sus ochenta hombres y de las provisiones de que estaba cargado, llevaba una carta en la cual, entre otras cosas, decía Juan de Bethencourt a Gadifer que había hecho homenaje al rey de Castilla de las islas Canarias, lo cual no fue del agrado del gobernador, porque había concebido el proyecto de tener parte en aquellas islas; pero disimuló su descontento y acogió benévolamente a los recién llegados.

El desembarque de los víveres y de las armas hízose en seguida, y Gadifer se embarcó en el buque para ir a explorar, las islas vecinas. Iba acompañado de Remonnet y de otros muchos, como también de dos indígenas para que le sirviesen de guías.

Gadifer llegó sin tropiezo alguno a la isla de Fuerteventura, y algunos días después de su desembarco salió con treinta y cinco hombres, a fin de explorar el país; pero muy en breve la mayor parte de su gente le abandonó, y sólo trece hombres, entre ellos dos arqueros, quedaron a su lado. Gadifer continuó, sin embargo, su exploración, y después de haber pasado a nado un



gran río, penetró en un magnífico valle adornado por ochocientas palmeras. Luego, habiendo descansado y repuesto, volvió a emprender su camino a lo largo de una extensa ribera. Allí aparecieron unos cincuenta indígenas, los cuales, cercando aquella pequeña fuerza, amenazaron exterminarla. Gadifer y sus compañeros opusieron una firme resistencia y lograron poner en fuga a sus enemigos. Por la noche regresaron al buque, llevándose cuatro mujeres prisioneras.

Al día siguiente dejó Gadifer a Fuerteventura y fondeó en la Gran Canaria, en un gran puerto situado entre Teldes y Argonez. Quinientos indígenas salieron a su encuentro, pero sin hacerle ninguna demostración hostil; al contrario cambiaron con ellos por anzuelos y objetos de hierro, productos del país, tales como higos y sandragón, substancia resinosa sacada del dragonero o dracena, cuyo balsámico olor es muy agradable; pero aquellos canarios se tenían en guardia contra los extranjeros, porque estaban agraviados de las gentes del capitán López, las cuales, veinte años antes, habían invadido la isla y no permitieron a Gedifer saltar a tierra.

El gobernador tuvo que hacerse a la vela sin haber podido explorar la Gran Canaria, y se dirigió hacia la isla de Hierro; pero, después de costearla, el buque se dirigió de noche a la isla de la Gomera, donde se veían brillar los fuegos de los indígenas.

No bien se hizo de día, quisieron desembarcar algunos amigos de Gadifer, pero los gomeritas, muy temibles por su destreza y su intrepidez, corrieron al encuentro de los castellanos, que se vieron obligados a embarcarse a toda prisa. Gadifer, en extremo



descontento de la acogida que le dispensaban los indígenas, resolvió tentar fortuna otra vez en la isla de Hierro. Partió, pues, y llegó de día a esta isla, donde pudo desembarcar sin obstáculo y permaneció allí veintidós días.

La isla era magnífica en su parte central. Regábanla en muchos sitios arroyos de agua clara y copiosa; las codornices pululaban, y encontrábanse en abundancia cabras, cerdos y otros animales; pero estaba poco poblada.

Desde esta isla hospitalaria pasaron los conquistadores a la de Palma, donde fondearon en un puerto situado a la derecha de un importante río. Esta isla es la más avanzada hacia la parte del Océano. Cubierta de pinos y de otros árboles, regada por buenos ríos, revestida con exuberante vegetación, podía prestarse a toda clase de cultivo. Sus habitantes, altos y valientes, eran fornidos, de fisonomía agradable y piel muy blanca. Gadifer permaneció poco tiempo en esta isla; sus marineros proveyéronse de agua para su regreso, y al cabo de dos noches y dos días de haber costeadado las islas del archipiélago sin desembarcar en ellas, llegaron al fuerte de Lanzarote, después de una ausencia de tres meses. Durante este tiempo, sus compañeros, siempre en guerra con los indígenas, les habían hecho un gran número de prisioneros, y los canarios, desmoralizados, iban todos los días a rendirse a discreción e implorar el sacramento del bautismo. Gadifer, encantado por estos resultados, envió a España a uno de los caballeros, con el fin de que diese cuenta a Juan de Bethencourt del estado en que se encontraba a la sazón la colonia de las Canarias.



II: – Vuelta de Juan de Bethencourt. – Envidia de Gadifer. – Juan de Bethencourt visita el archipiélago. – Gadifer marcha a conquistar la Gran Canaria. – Contienda de los señores. – Regresan ambos a España. – El rey vitupera a Gadifer. – Regreso del caballero normando. – Los indígenas de Fuerteventura se hacen bautizar. – Juan de Bethencourt regresa al país de Caux. – Vuelta a Lanzarote. – Desembarco en la costa africana. – Conquista de la Gran Canaria, de la isla de Hierro y de la Palma. – Maciot es nombrado gobernador del archipiélago. – Juan de Bethencourt obtiene del Papa la creación de un obispo canario. – Su regreso a su patria y su muerte.

Aún no había llegado a Cádiz el enviado del gobernador cuando el barón de Bethencourt desembarcaba en el fuerte de Lanzarote con una lucida aunque pequeña escolta. Gadifer y sus compañeros hicieronle muy buen recibimiento, así como los canarios bautizados. Pocos días después el rey Guadarfia iba personalmente a entregarse a discreción, y el año 1404, el 20 de febrero, se hizo cristiano con todos sus compañeros. Los capellanes de Juan de Bethencourt redactaron, por indicación del mismo una instrucción muy sencilla comprensiva de los principales hechos del cristianismo, la creación del mundo, la caída de Adán y Eva, la historia de Noé y de la torre de Babel, la vida de los patriarcas, la historia de Jesucristo y de su muerte y pasión por los judíos y por último, la manera cómo deben entenderse los diez mandamientos de la ley de Dios, el Santísimo Sacramento del altar, la Pascua, la confesión y otros puntos.



Juan de Bethencourt era un hombre muy ambicioso: no contento con haber explorado, y por decirlo así, tomado posesión del archipiélago de las Canarias, aun soñaba con la conquista del África bañada por el Océano. Este era su pensamiento secreto al volver a Lanzarote, a pesar de que tenía aún mucho que hacer para dar una denominación efectiva a aquel grupo de islas de las cuales no era más que señor nominal. Resolvió poner manos a la obra y visitar personalmente todas las islas que Gadifer había ya explorado.

Pero antes de partir tuvo lugar una conversación entre Gadifer y él, que es conveniente referir. Gadifer, ponderando sus servicios, le pidió al barón que le recompensase dándole Fuerteventura, Tenerife y Gomera.

–Amigo mío– –le contestó el barón–; las islas y el país que queréis no están aún conquistados, pero mi intención no es que perdáis vuestro trabajo y que no se os recompense, porque tenéis derecho a ello. Terminemos la empresa acometida y os aseguro que quedaremos como hermanos y amigos.

–Muy bien– –replicó Gadifer–, pero hay una cosa de por medio, de que no estoy contento, y es que hayáis hecho ya homenaje al rey de Castilla de las islas Canarias, y que os tituléis señor de ellas,

–Es verdad que he hecho homenaje de las islas al rey de Castilla –respondió Bethencourt–, y que me considero dueño de ellas, pues así lo ha querido el rey; sin embargo, si aguardáis al fin de nuestra empresa, haré tanto por vos, que no quedaréis descontento.



—No pienso permanecer mucho tiempo aquí —repuso Gadifer—, porque necesito regresar a Francia. No quiero continuar en este país. Después de esto, los dos caballeros se separaron; pero Gadifer se calmó poco a poco y no rehusó acompañar a Juan de Bethencourt durante su exploración por el archipiélago de las Canarias.

El barón de Bethencourt, bien abastecido y mejor armado se hizo a la vela para Fuerte ventura, donde permaneció tres meses, y al marcharse se apoderó de gran número de indígenas que hizo trasportar a la isla Lanzarote. No debe causar extrañeza este modo de proceder, que era muy natural en aquella época en que todos los exploradores obraban de esta suerte. Durante su permanencia, el barón recorrió toda la isla, después de haberse fortificado contra los ataques de los indígenas, que eran gentes de gran estatura, fuertes y muy aferradas a su ley. Edificó, pues, en la pendiente de una elevada montaña una ciudadela llamada Richeroque, cuyos restos se ven todavía en medio de una aldea.

En esta época, y a pesar de que aún no se habían olvidado sus quejas y malhumor, que se traducían frecuentemente por algunas bravatas, Gadifer aceptó el mando de una compañía que el barón puso a sus órdenes para conquistar la Gran Canaria.

Partió el 25 de julio de 1404, pero esta expedición no obtuvo resultado alguno útil. Los navegantes fueron muy molestados por las tempestades y los vientos contrarios. Al fin, llegaron cerca del puerto de Teldes, pero como se aproximaba la noche y el viento soplabá de firme, no se atrevieron a desembarcar en este puerto, y fueron más adelante a la ciudadela de ArgyneGuy,



enfrente de la cual permanecieron durante once días. Los naturales, excitados por su rey Artamy, les tendieron muchos lazos que debieron ser fatales a las gentes de Gadifer. Hubo escaramuzas en las que se derramó la sangre, y los castellanos, no siendo suficientes en número, pasaron dos días en Teldés y de allí volvieron a Lanzarote.

Gadifer, sumamente contrariado por su mal éxito, empezó a no encontrar bien nada de cuanto pasaba a su alrededor. Su envidia contra su jefe se acrecentaba cada día más, y se permitía violentas recriminaciones, repitiendo que el barón de Bethencourt lo había hecho todo para sí y que no estarían las cosas tan adelantadas si otros no hubieran puesto la mano en ella. Estas palabras llegaron a oídos del barón, que se irritó en extremo y se las censuró al envidioso Gadifer, lo cual produjo entre ambos una viva reyerta. Gadifer insistió en su propósito de abandonar aquel país, en el cual, decía, que cuanto más permaneciera menos ganaría. Precisamente entonces Juan de Bethencourt lo había dispuesto todo para regresar a España y le propuso a Gadifer que le acompañase a fin de ver el modo de arreglar su desacuerdo. Gadifer aceptó; pero los dos rivales no quisieron ir juntos; mientras que partía el barón en su buque, Gadifer se daba a la vela en el suyo. Ambos llegaron a Sevilla, donde Gadifer presentó sus reclamaciones; pero como el rey de Castilla se negase a tomarlas en cuenta, y antes por el contrario aprobase completamente la conducta del barón de Bethencourt, Gadifer partió de España, volvió a Francia y ya no regresó jamás a las Canarias, que había querido conquistar por cuenta propia.



El barón de Bethencourt se despidió del rey casi al mismo tiempo, porque la administración de la colonia naciente reclamaba imperiosamente su presencia. Antes de marcharse, los habitantes de Sevilla que le estimaban mucho, le hicieron mil regalos, y lo que era aún más útil, le proveyeron de armas, oro y plata.

Juan de Bethencourt llegó a la isla de Fuerteventura, donde fue acogido con suma alegría por sus compañeros. Al partir Gadifer había dejado en su lugar a su bastardo Aníbal, el cual hizo, no obstante, al barón muy buena acogida.

Los primeros días de la instalación del barón de Bethencourt en la isla se señalaron por frecuentes combates con los indígenas que destruyeron la fortaleza de Richeroque, después de haber quemado una capilla y robado las provisiones. El barón los persiguió sin descanso y acabó por obtener la victoria. Envió gran número de sus hombres, que habían quedado en Lanzarote, y dio orden para que se reconstruyese inmediatamente la ciudadela.

Sin embargo, volvieron a comenzar los combates, pereciendo muchos canarios, entre otros, cierto gigante de nueve pies de alto, que Juan de Bethencourt hubiera querido tomar vivo. El barón no podía fiarse del bastardo de Gadifer, ni de las gentes que le acompañaban. Dicho bastardo había heredado la envidia de su padre contra el barón, pero éste, que necesitaba sus servicios, disimulaba su desconfianza. Por fortuna sus gentes eran más numerosas que las que habían permanecido fieles a Gadifer. Empero, las recriminaciones de Aníbal llegaron a ser



tales, que el barón le envió uno de sus ayudantes, Juan Courtois, para recordarle su juramento y la necesidad de cumplirlo.

Juan Courtois fue bastante mal recibido, y estuvo a punto de reñir con el bastardo y los suyos, especialmente por causa de ciertos prisioneros canarios que los partidarios de Gadifer retenían indebidamente y no querían devolverles.

Aníbal obedeció, sin embargo; pero Juan Courtois, al presentarse al barón, le contó las insolencias del bastardo y trató de excitar a su señor contra él. «De ninguna manera, le contestó el recto Bethencourt; no quiero que se le haga daño alguno, ni a él ni a los suyos. No siempre debe hacerse todo aquello que sería justo hacer. En toda ocasión es preciso contenerse y procurar más por el honor que por el provecho.» Magníficas frases que no serán nunca bastante ponderadas.

Sin embargo, a pesar de estas discordias intestinas, continuaba la guerra contra los indígenas y contra los conquistadores; pero éstos, bien armados y *artillados* triunfaban en todos los encuentros. A esto debióse que los reyes de Fuerteventura, deseosos de parlamentar, enviaran un emisario al barón de Bethencourt para pedirle una tregua, añadiendo que deseaban convertirse al cristianismo. El barón, muy contento con esta idea, respondió que los reyes serían muy bien recibidos, si se le presentaban.

Inmediatamente el rey de Maxorata, que reinaba en el Noroeste de la isla, se presentó con un séquito de veintidós personas, todas las cuales fueron bautizadas el 18 de enero de 1405. Tres días después, otros veintidós indígenas recibían el sacramento



del bautismo. El 25 de enero el rey que gobernaba en Handía, al sudeste de Fuerteventura, se presentó con veintiséis súbditos, que fueron igualmente bautizados. En poco tiempo todos los habitantes de Fuerteventura abrazaron la religión católica.

El barón de Bethencourt, satisfecho con tan feliz resultado, pensó entonces en volver a su país. Dejó el mando y gobierno de las islas a su nuevo lugarteniente Juan Courtois y partió el último día de enero, en medio de las lágrimas y bendiciones de sus compañeros, llevándose consigo a tres hombres y una mujer de las islas Canarias, a quienes quería enseñar el reino de Francia. Partió. Dios quiera llevarle y volverle, dice la relación.

En veintiún días el barón de Bethencourt llegó al puerto de Harfleur, y dos días después entraba en su palacio de Grainville. Todos los nobles del país salieron a festejarle, y la baronesa le hizo una cordialísima acogida. La intención de Bethencourt era regresar a las Canarias en breve plazo. Contaba llevar consigo a todos sus compatriotas a quienes conviniera seguirle, engancho gente de todos los oficios, casados o sin casar, a quienes prometió darles tierras. Consiguio, pues, reunir cierto número de emigrantes, entre los cuales había veintiocho soldados, de los cuales veintitrés se llevaban a sus mujeres. Habían fletados dos buques para transportar esta gente, y señalose para el embarque el 6 de mayo. El 9 del mismo mes, el barón se hizo a la vela, y desembarcó en Lanzarote cuatro meses y medio después de haber dejado el archipiélago.

El señor normando fue recibido al son de trompetas, clarines, tamboriles, arpas, bocinas y otros instrumentos. Los canarios



saludaron con sus bailes y sus danzas la vuelta del gobernador, gritando: ¡Ya ha venido nuestro rey!» Juan Courtois fue a presentarse al gobernador, el cual le preguntó cómo estaban las islas: Señor, todo va bien, y cada vez mejor –contestó el lugarteniente–.

Los compañeros del barón de Bethencourt, que fueron alojados con él en el fuerte de Lanzarote, quedaron encantados del país. Comieron dátiles y otras frutas, propias de las islas, que les parecieron excelentes, y nada les hacía daño.

Después de haber permanecido por algún tiempo en Lanzarote, Juan de Bethencourt partió con sus nuevos compañeros a visitar a Fuerteventura. La acogida que se le dispensó aquí no fue menos halagüeña, sobre todo por parte de los canarios y de sus dos reyes. Estos últimos cenaron con el barón en la fortaleza de Richeroque, que había hecho reparar Juan Courtois. Bethencourt anunció entonces sus propósitos de conquistar la Gran Canaria, como había hecho con Lanzarote y Fuerteventura. Acariciaba la idea de que su sobrino Maciot, a quien había traído de Francia, le sucediera en el gobierno de las islas, para que en este país se perpetuase el apellido Bethencourt, y comunicó este proyecto a su lugarteniente Juan Courtois, que lo aprobó, añadiendo: - Señor, si Dios quiere, cuando volváis a Francia volveré yo también. Soy un mal marido, pues hace cinco años que no veo a mi mujer, y debe estar disgustadísima-.

Fijóse la partida a la Gran Canaria para el día 6 de octubre de 1405. Tres buques transportaron el pequeño ejército del barón; pero el viento los impelió a la costa africana, pasando más allá



del cabo Bojador, donde desembarcó Juan de Bethencourt. Hizo un reconocimiento de ocho leguas en el país, y se apoderó de algunos indígenas y algunos camellos que llevó a la playa, embarcando en su buque el mayor número posible de estos animales, pues juzgó oportuno aclimatarlos en las Canarias, y haciéndose de nuevo a la vela, abandonó el cabo de Bojador, que había tenido la gloria de reconocer treinta años antes que los navegantes portugueses.

Durante esta navegación desde la costa africana a la Gran Canaria los tres buques fueron separados por los vientos. El uno llegó a Fuerteventura y el otro a Palma, pero al fin todos se reunieron en el punto de cita. La Gran Canaria mide veinte leguas de longitud y doce de ancho. La parte Norte es un terreno llano, y montañoso hacia el Sur. Los abetos, olivos, higueras, palmas y otros árboles formaban verdaderos bosques. Encontrábanse en gran número los carneros, las cabras y los perros salvajes. La tierra, fácil de labrar, producía anualmente dos cosechas de trigo, y esto sin ningún trabajo. Sus habitantes formaban un gran pueblo y todos se tenían por nobles.

Cuando Bethencourt hubo verificado el desembarco, pensó en conquistar el país. Desgraciadamente, sus caballeros normandos se hallaban muy enorgullecidos, y se lisonjaban de conquistar solamente con veinte hombres toda la gran Canaria y a sus diez mil indígenas. El barón de Bethencourt, viéndoles tan envanecidos, les recomendó mucho la prudencia, pero no le hicieron caso, y hubieron de arrepentirse. Efectivamente, en una escaramuza en que llevaban ventaja sobre los canarios, se desbandaron; y sorprendidos entonces por los indígenas fueron



asesinados en número de veintidós, entre ellos Juan de Courtois, y Aníbal, el bastardo de Gadifer.

Después de este sensible encuentro, el barón de Bethencourt abandonó la Gran Canaria para ir a someter a su dominio la isla de Palma. Sus naturales eran hombres muy hábiles en el manejo de la honda, y raras veces dejaban de hacer blanco; así es que en los combates que tuvo con los indígenas, hubo muchos muertos de ambas partes, siendo, sin embargo, muchos más los canarios, a pesar de que de los normandos murieron un centenar. Después de seis semanas de escaramuzas, el barón abandonó la isla de Palma y fue a pasar tres meses a la de Hierro, de siete leguas de largo por cinco de ancho, y que tiene la forma de media luna. Su suelo es elevado y plano. Grandes bosques de pinos y laureles lo pueblan por todas partes. Humedécenlo los vapores retenidos por las altas montañas, haciéndole propio para el cultivo del trigo y de la vid. Es muy abundante en caza, y recorren la campiña multitud de cerdos, cabras y carneros en compañía de grandes lagartos que tienen el tamaño de las iguanas de América. En cuanto a los habitantes del país, tanto los hombres como las mujeres son hermosos, alegres, sanos, ágiles de cuerpo, bien proporcionados y muy inclinados al matrimonio. En suma, esta isla de Hierro es una de las más agradables del archipiélago.

El barón de Bethencourt, después de haber conquistado la isla de Hierro y la de Palma, volvió con sus buques a Fuerteventura. Esta isla, de diecisiete leguas de largo por ocho de ancho, está



formada por llanuras y montañas; sin embargo, su suelo es menos quebrado que el de las demás islas del archipiélago.

Grandes corrientes de agua dulce atraviesan magníficos bosques, y las euforbias de jugo lechoso y acre, suministran un veneno muy activo. Abundan las palmeras y los olivos, así como unas plantas tintóreas cuyo cultivo no podría menos de ser muy productivo. La costa de Fuerteventura no ofrece fácil refugio a los grandes buques, pero los pequeños pueden cobijarse en ellos con seguridad. En esta isla fue donde el barón de Bethencourt comenzó a efectuar un repartimiento de tierras entre sus colonos; y lo verificó con tanta equidad y justicia, que todos quedaron contentos con su lote. Los individuos que había llevado consigo, sus propios compañeros, quedaban exentos de todo impuesto durante nueve años.

La cuestión religiosa y su administración no podía ser indiferente a un hombre tan piadoso como el barón de Bethencourt. Tomó, pues, la determinación de ir a Roma con el objeto de alcanzar para su territorio un obispo que ordenara y ensalzara la fe católica». Pero antes de partir, nombró a su sobrino, Maciot de Bethencourt, lugarteniente y gobernador de todas las islas del archipiélago.

Bajo sus órdenes debían funcionar dos inspectores encargados de administrar justicia. Ordenó también que dos veces al año se le enviase noticias a Normandía y que las rentas de Lanzarote y Fuerteventura se empleasen para edificar dos iglesias.

Al partir, dijo a su sobrino Maciot: Además, os doy pleno poder y autoridad para que ordenéis y hagáis ejecutar cuanto juzguéis



útil y honroso, salvando primero mi honor y mi provecho. Seguid lo más pronto que sea posible las costumbres de Francia y Normandía, en lo respectivo a la administración de justicia y en lo demás que creáis conveniente practicar. Así, os ruego y encargo que en cuanto fuera posible mantengáis la paz y unión entre todos, que os améis todos como hermanos y especialmente los nobles a fin de que no nazcan envidias ni rencores. Le he señalado a cada uno su parte; el país es bastante grande; disimulaos vuestras faltas y defendeos mutuamente. No sé ya qué otra cosa mandaros, a no ser que mantengáis la paz y de este modo todo irá bien.

El barón de Bethencourt permaneció tres meses en la isla de Fuerteventura y en las demás; cabalgaba en una muía conversando con las gentes del país, que ya empezaban a hablar la lengua normanda. Maciot y otros nobles le acompañaban; y por su parte les indicaba todo aquello que convenía hacer y las medidas prudentes que debían tomar. Después que se hubo explorado bien este archipiélago anunció que partiría para Roma el 15 de diciembre de aquel año.

Volvió a Lanzarote y allí permaneció hasta el día de su marcha. Ordenó entonces a todos los nobles que le habían acompañado, a sus trabajadores y a los tres reyes indígenas que se reuniesen en su presencia dos días antes de su marcha, a fin de decirles su voluntad y encomendarles a Dios. Ninguno faltó a la cita. El barón de Bethencourt les recibió a todos en la fortaleza de Lanzarote y los trató espléndidamente. Terminada la comida, subió a un sillón un poco alto y reiteró sus recomendaciones relativas a la obediencia que todos debían prestar a su sobrino



Maciot, al pago del quinto de todos los productos en beneficio suyo, a la práctica de los deberes de cristiano y el amor de Dios. Después, escogió a los que debían acompañarle a Roma, y se dispuso a partir.

Apenas estuvo aparejado el navío, todos prorrumpieron en llantos, lamentándose de la marcha de aquél equitativo señor, a quien ya no esperaban volver a ver. Gran número de ellos se echaron al agua y trataron de detener el buque que se lo llevaba; pero la vela está izada y el señor de Bethencourt parte. ¡Dios le guarde con su gracia de todo mal y tropiezo!

En siete días llegó a Sevilla el barón normando; y desde allí pasó a Valladolid a ver al rey, el cual le recibió con mucho favor. Refirió la historia de su conquista al rey de España, y le pidió cartas de recomendación para el Papa, a fin de obtener la creación de un obispado en las islas Canarias. El rey, después de haberle tratado muy bien y de haberle colmado de presentes, entrególe las cartas que le pedía, y el barón de Bethencourt, seguido de un séquito brillante, partió para Roma.

En la ciudad eterna permaneció el barón tres semanas. Fue admitido a besar los pies del papa Inocencio VII, quien al felicitarle por haber conquistado a la fe católica todas las islas Canarias, le cumplimentó por el valor de que había dado prueba al alejarse tanto de Francia. Después se le firmaron las bulas tal y como las pedía y se nombró obispo de las Canarias a Alberto de Maisons. Finalmente, el barón se despidió del Papa, que le dio su bendición.



El nuevo prelado despidióse del barón y fuese inmediatamente a su nueva diócesis. A su paso por España, entregó al rey las cartas de Juan de Bethencourt; después, hízose a la vela para Fuerteventura, a donde llegó sin dificultad. Maciot, que había sido nombrado caballero, le recibió con suma satisfacción. Alberto de Maisons organizó inmediatamente su diócesis, gobernando con benevolencia y equidad, predicando con frecuencia, ya en una isla, ya en otra, e instituyendo en su iglesia oraciones especiales por Juan de Bethencourt. Maciot era querido de todos igualmente, y en especial de las gentes del país. Bien es verdad que esta bonanza no duró más que cinco años; pues más tarde Maciot, embriagado por el ejercicio de su soberano poder, entró en la vía de las exacciones y fue arrojado del país.

Entretanto el barón de Bethencourt había abandonado a Roma, y pasando por Florencia y París llegó a Bethencourt, donde gran número de nobles fueron a visitarle como a rey de las Canarias. No hay que preguntar si fue agasajado, pues si acudió mucha gente en el primer viaje del barón, esta vez el recibimiento que se le hizo excedió a toda ponderación.

El barón de Bethencourt, ya anciano, se instaló en Grainville con su mujer, aun joven y hermosa. Recibía con frecuencia noticias de sus queridas islas y de su sobrino Maciot, y tenía esperanzas de regresar a su reino de Canarias; pero Dios no le concedió este gusto.

Cierto día, el barón cayó enfermo en su palacio, y desde el primer momento se comprendió que iba a morir. Hizo, pues, su



testamento, recibió los Santos Sacramentos de la Iglesia, y, según dice la relación, al terminar, se fue de este siglo al otro. ¡Dios le haya perdonado sus faltas!

Está enterrado en Grainville la Teinturière, en la iglesia de dicha población, delante del altar mayor, y murió en el año 1425.

Capítulo VII: Cristóbal Colón (1436-1506).

I: – Descubrimiento de la isla Madera, de las islas de cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y del Congo. – Cabot y el Labrador. – Tendencias geográficas y comerciales de la Edad Media. – Error admitido generalmente sobre la distancia que separaba la Europa del Asia. – Nacimiento de Cristóbal Colón. – Sus primeros viajes. – Son rechazados sus proyectos. – Su permanencia en el convento de Franciscanos. – Es recibido al fin por Fernando e Isabel. – Su tratado de 17 de abril de 1492. – Los hermanos Pinzón. – Armamento de tres carabelas en el Puerto de Palos. – Partida del 3 de agosto de 1492.

El año 1492 es célebre en los anales geográficos. Es la fecha memorable del descubrimiento de América. El genio de un hombre iba, por decirlo así, a completar el globo terrestre, justificando aquel verso de Gagliuffi: *Unus erat mundus; duo sint, ait iste; fuere.*



El antiguo mundo debía, pues, encargarse de la educación moral y política del nuevo. ¿Estaba a la altura de esta misión, con sus ideas estrechas, sus tendencias semibárbaras, sus odios religiosos? Los hechos responderán por sí mismos.

¿Qué había pasado entre el año 1405, a fines del cual Juan de Bethencourt acababa de terminar su colonización de las Canarias, y el año 1492? Puede referirse en pocas líneas.

Gracias a los moros, que pronto habían de ser expulsados de España, se produjo en toda la Península un movimiento científico muy notable. En todos los puertos, especialmente en los de Portugal, se hablaba de África y de los países ricos y maravillosos allende los mares. Millares de narraciones, dice Michelet, inflamaron la curiosidad, el valor y la avaricia; todos querían ver esas misteriosas comarcas donde la naturaleza había prodigado los monstruos, y esparcido el oro en la superficie de la tierra.» Un joven príncipe, el infante don Enrique, duque de Viseo, tercer hijo de Juan I, que se dedicaba al estudio de la astronomía y geografía, ejerció sobre sus contemporáneos una influencia considerable: es a él a quien debe Portugal su poder colonial; y las expediciones de que daban cuenta relatos entusiastas y los resultados grandiosos obtenidos, debían inflamar la imaginación de Cristóbal Colón. Establecido en la parte meridional de la provincia de los Algarbes, en Sagres, desde donde sus miradas abarcaban la inmensidad del Océano y parecían buscar allí alguna tierra nueva, don Enrique hizo construir un observatorio, creó una escuela marítima, donde los sabios trazaban los mapas más correctos y enseñaban el uso de la brújula; se rodeó de sabios y reunió preciosas informaciones



acerca de la posibilidad de llegar a las Indias, dando la vuelta al África. Sin que él formara parte nunca de alguna expedición marítima, alentó y protegió de tal modo a los marinos, que mereció el sobrenombre de *el Navegante*, con que se le conoce en la historia.

El cabo Non, límite fatal de los navegantes antiguos, había sido doblado, cuando en 1418 dos hidalgos de la corte del rey Enrique, Juan González Zarco y Tristán Vaz Texeira, naufragaron en alta mar y lanzados hacia un islote, al que dieron el nombre de Puerto Santo. Algún tiempo después, navegando hacia un punto negro que permanecía fijo en el horizonte, entraban en una isla vasta y cubierta de magnífica floresta. Era la isla de Madera.

En 1433, el cabo Bajador, que durante tan largo tiempo habían determinado los exploradores, fue doblado por los portugueses Gillianes y González Baldaya, que navegaron más de cuarenta leguas más allá.

Enardecidos por este ejemplo, Antonio González y Nuño Tristán se adelantaron, en 1441, hacia el cabo Blanco, sobre el grado veintiuno, hazaña, dice Faria y Souza, que en la opinión común no está por completo por debajo de los grandes trabajos de Hércules», y llevaron a Lisboa cierta cantidad de polvo de oro, producido en Río de Oro. En un segundo viaje descubrió Tristán algunas islas de cabo Verde y reconoció la costa hasta Sierra Leona. Durante el curso de esta expedición, había comprado a los traficantes moros, en la costa de Guinea, una docena de negros, que llevó consigo a Lisboa, en donde los vendió a alto precio, ya que excitaban la curiosidad pública. Tal fue el origen del



comercio de negros esclavos, que, durante cuatro siglos, debía arrebatarse muchos millones de sus habitantes al África y cubrir de oprobio a la humanidad.

En 1441, Cada-Mosto doblaba el Cabo Verde y exploraba una parte de la costa inferior. Hacia el año 1446, avanzando los portugueses hacia el Oeste, más allá que sus antecesores, llegaron al archipiélago de las Azores; desde entonces, todo temor quedó desterrado. Franqueada esta línea tan temible, donde creían que el aire quemaba como el fuego, las expediciones se sucedieron sin descanso, y cada una volvía después de haber aumentado el número de regiones descubiertas. Parecía que la costa de África era interminable. Cuanto más avanzaban hacia el Sur, tanto más parecía alejarse ese cabo tan buscado, esa extremidad del continente.

Después de algún tiempo el rey Juan II había añadido a sus títulos el de señor de Guinea. Ya, con el Congo, había descubierto un nuevo cielo y estrellas ignoradas, cuando Diego Cam, en tres viajes sucesivos, reconoció el África más lejos de lo que lo habían hecho sus predecesores, y faltó arrebatarse a Díaz el honor de haber reconocido el punto austral del continente, el punto extremo situado en $21^{\circ} 50'$ Sud, o sea el cabo Cross, donde elevó, según la costumbre, un *padrao* o *padrón*, es decir, una columna conmemorativa para volverlo a encontrar. A su vuelta visitó al rey de Congo en su capital y trajo consigo a Lisboa un embajador llamado Cacuta, con un séquito numeroso de africanos, para que fueran bautizados e instruidos en los dogmas de la fe que debían propagar cuando volvieran a su país.



Poco tiempo después de la vuelta de Diego Cam, el mes de agosto de 1487, tres carabelas partieron del Tajo, al mando superior de un caballero de la casa real llamado Bartolomé Díaz, veterano de los mares de Guinea. A las órdenes de éste había un marino experimentado, Juan Infante, y su propio hermano Pedro Díaz, que mandaba el más pequeño de los tres barcos, que estaba cargado de víveres. Se carece de datos acerca del primer viaje de esta memorable expedición; sabemos solamente por Juan Barros, al que es preciso recurrir siempre en todo lo referente a las navegaciones de los portugueses, que habían ido mucho más allá del Congo, siguió la costa hasta el 29° paralelo, y tomó tierra en un punto al que denominó *Das Voltas*, a causa de los rodeos que tuvo que dar para llegar al sitio donde había dejado la más pequeña de las carabelas, bajo la custodia de nueve marineros. Después de haber estado cinco días retenido en esta ensenada por el mal tiempo, Díaz se dirigió hacia el Sur; pero se vio molestado durante tres días por la tempestad.

Cuanto más avanzaba hacia el Sur, más bajaba la temperatura, llegando a ser relativamente rigurosa. Por fin la furia de los elementos se calmó y Díaz dobló el cabo al Este, donde pensaba encontrar tierra. Pero como algunos días después estaban por los 42° 54' Sur, cambió la ruta dirigiéndose hacia el Norte y ancló en la bahía *dos Vaqueiros*, llamada así, por las grandes manadas de ganado de cuernos y pastores que huyeron de la playa hacia el interior a la vista de las dos carabelas. Entonces, Díaz se hallaba a cuarenta leguas al este, del cabo de Buena Esperanza, que había doblado sin darse cuenta de ello. La expedición se hizo a la mar y ganó la bahía Sanz-Braz (San Blas, hoy día Mossel-Bay), y



remontó la costa hasta la bahía de *l'Algua* y a una isla *da Cruz*, donde fue elevado un padrón. Pero allí, los navegantes, abatidos por los peligros que habían tenido que afrontar, y extenuados por la mala calidad y la escasez de los víveres, declararon que no querían ir más lejos. Por otra parte, decían ellos, ya que la costa corta al Este, es buena idea la de ir a reconocer el cabo que hemos doblado sin saberlo.

Díaz reunió consejo y se optó por remontar durante dos o tres días más hacia el Nordeste. Gracias a su firmeza pudo alcanzar a veinticinco leguas de *da Cruz*, una ría que bautizó con el nombre de su segundo, *Río Infante*; pero ante las negativas de la tripulación a seguir más adelante, Díaz se vio obligado a volver a Europa. Cuando se separó — dice Barrós — del pilar que había levantado en su lugar, lo hizo con tal sentimiento de amargura y tal dolor, que dijo que dejaba un vastago suyo desterrado por siempre en aquella lejana región, adonde habían ido únicamente para fijar el límite, ya que Dios no les había otorgado lo principal, a pesar de los peligros que habían corrido él y su gente.

Por fin, descubrieron el gran cabo ignorado durante tantos siglos, y que el navegante y sus compañeros llamaron *Cabo de las Tormentas*, en recuerdo de los peligros y tempestades que les habían hecho sufrir antes de ser doblado.

Con esa intuición propia de los hombres de genio, Juan II substituyó el nombre de *Cabo de las Tormentas* por el de *Buena Esperanza*. Para él, el camino de las Indias estaba desde entonces abierto, y sus vastos proyectos para la extensión de su comercio y



la influencia de su patria habíanse podido realizar. El 24 de agosto de 1488, Díaz volvió a Angradas Voltas; de nueve hombres que había dejado murieron seis, y el séptimo pereció de alegría al ver a sus compañeros. La vuelta se efectuó sin incidentes dignos de mención. Después de una estada en la costa de Benin, donde hicieron la venta de esclavos, y en la Mina, donde recibieron del gobernador el dinero que procedía del comercio de la colonia, la expedición llegó a Portugal en diciembre de 1488.

Mas, ¡cosa asombrosa! Díaz no solamente no obtuvo ninguna recompensa por su atrevida expedición, sino que, por lo contrario, parece que no se le volvió a emplear durante diez años. Bien pronto la dirección de la expedición encargada de doblar el cabo que él había descubierto fue confiada a Vasco de Gama, y Díaz no fue más que para acompañarlo bajo sus órdenes hasta La Mina. Pudo escuchar los relatos de su afortunado émulo en la India y juzgar la inmensa influencia que tal acontecimiento ejerció en los destinos de su patria.

Formó parte de la expedición de Cabral, que descubrió el Brasil, pero no experimentaba la misma alegría que había experimentado al contemplar las costas por él mismo descubiertas. Apenas la flota partió del continente americano, se levantó una horrible tempestad. Cuatro embarcaciones naufragaron, entre ellas la que Díaz gobernaba. Para hacer alusión a este trágico fin, Camoens pone en boca de Adamastor, el genio del cabo de las Tormentas, esta triste predicción: Haré un ejemplo terrible de la primera flota que pasará cerca de las



rocas, y señalaré mi venganza en el primero que venga a desafiarme en mi residencia.

Vasco de Gama dobló este cabo en 1497, o sea cinco años después del descubrimiento de América. Puede, pues, afirmarse que, si el extremo del África se hubiera doblado antes de 1492, si Vasco de Gama hubiera precedido a Colón, es verosímil que hubiera retardado algunos siglos el descubrimiento del nuevo continente.

En efecto, los navegantes de esta época se mostraban muy tímidos y no se atrevían a aventurarse en pleno Océano; poco resueltos a arriesgarse en mares desconocidos, seguían prudentemente la costa africana sin atreverse a perderla de vista. Si hubiesen doblado, pues, el cabo de las Tormentas, los marinos hubieran tomado la costumbre de ir a las Indias por esta vía y ninguno de ellos se hubiera acordado de ir al país de las Especies, o sea el Asia, atravesando el Atlántico. ¿A quién se le hubiera ocurrido buscar el Oriente por las rutas del Occidente?

Precisamente por tales motivos hallábase esta idea al orden del día. El principal objeto de las empresas marítimas de los portugueses en el siglo XV, dice Cooley, era buscar un paso a las Indias por el Océano.» Los más sabios no llegaban a suponer la existencia de un nuevo continente por razones de equilibrio y de ponderación del globo terrestre, Diremos más, algunas partes del continente americano habían sido descubiertas. Un navegante italiano, Sebastián Cabot, en 1487, había fondeado en un punto del Labrador. Los normandos escandinavos habían desembarcado sin duda en estas costas desconocidas. Los colonos de Groenlandia habían explorado la tierra de Vinland;



pero era tal la disposición de los espíritus en esta época, tal la improbabilidad de la existencia de un nuevo mundo, que aquella Groenlandia, aquel Vinlad y aquel Labrador no eran considerados sino como una prolongación de las tierras europeas.

Los navegantes del siglo XV, sólo trataban, pues, de establecer comunicaciones más fáciles con las costas del Asia, En efecto, la ruta de las Indias, de la China y del Japón, comarcas ya conocidas por los maravillosos relatos de Marco Polo, esta ruta que atravesaba el Asia Menor, la Persia y la Tartaria, era larga y peligrosa. Por otra parte, estas vías terrestres no podían ser nunca comerciales, porque los transportes eran muy difíciles y caros, Era preciso, pues, encontrar una comunicación más práctica, así es que todos los pueblos del litoral europeo, desde Inglaterra hasta España; todas las poblaciones ribereñas del Mediterráneo, al ver abiertos ante sus bajeles los grandes caminos del Atlántico, debían preguntarse, y se preguntaban en efecto, si conducían a las costas del Asia.

Habiéndose demostrado la forma esférica de la tierra, era exacto este raciocinio. Marchando siempre hacia el Oeste debía llegarse con precisión al Este. En cuanto a la ruta al través del Océano no podía menos de estar libre. En efecto, ¿quién hubiese previsto ni sospechado ese obstáculo de tres mil doscientas leguas de extensión, colocado entre la Europa y el Asia y que se llama América?

Es preciso observar, por otra parte, que los sabios de la Edad Media no creían que las costas de Asia estuvieran situadas a más



de dos mil leguas de las de Europa. Aristóteles suponía el globo terrestre mucho más pequeño de lo que es realmente. ¿Cuál es la distancia desde las últimas costas de España hasta la India?, decía Séneca. La de muy pocos días, si el viento es favorable al buque.» Tal era el parecer de Estrabón. Esta ruta entre Europa y el Asia debía ser corta, y, además, debían asegurar la facilidad de las comunicaciones transoceánicas, los puntos de escala tales como las Azores y las islas Antillas, cuya existencia se admitía en el siglo XV, entre Europa y Asia. Puede, pues, afirmarse, que este error de distancia tan generalmente admitido, fue el que por fortuna tentó a los navegantes de aquella época a aventurarse á atravesar el Atlántico. Si hubieran sabido la verdadera distancia que separa la Europa del Asia, esto es, cinco mil leguas, no se habrían aventurado en los mares del Oeste.

Debemos también advertir que algunos hechos daban o parecían darle fuerza a la opinión de Aristóteles y Estrabón, que consideraban muy próximas las riberas orientales. Así, navegando un piloto del rey de Portugal, a cuatrocientas cincuenta leguas del cabo de San Vicente, situado en la punta de los Algarves, encontró un pedazo de madera adornado con tallas antiguas que sólo podían provenir de un continente poco lejano. Cerca de la isla de Madera, habían encontrado unos pescadores un poste esculpido y largos bambúes, que por su forma parecíanse a los de la península india. Además, los habitantes de las Azores, encontraban frecuentemente en sus playas pinos gigantes de una especie desconocida, y un día recogieron dos cuerpos humanos: cadáveres de ancha faz, dice el cronista Herrera, y que no se parecían a los cristianos.



Estos diversos hechos agitaban, pues, las imaginaciones. Como se ignoraba en el siglo XV la existencia del *Gulf-Stream*, que, al aproximarse a las costas europeas, les trae residuos americanos, había fundamento para atribuir a estos restos un origen puramente asiático. El Asia, pues, no podía estar muy lejos de Europa, y las comunicaciones entre estos dos extremos de continente debían ser fáciles.

Así es que ningún geógrafo de aquella época pensaba que pudiera existir un nuevo mundo, lo cual conviene consignar categóricamente. No se trataba, pues, de buscar esta ruta al Oeste, de extender los conocimientos geográficos. No; por eso fueron los comerciantes los que se pusieron a la cabeza del movimiento y preconizaron la travesía del Atlántico. Sólo pensaban en traficar y en hacer más corto el camino.

Debe también añadirse que la brújula inventada, según la opinión más general, hacia el año 1302, por un tal Flavio Gioja, natural de Amalfi, permitía a las embarcaciones alejarse de las costas y aventurarse fuera de la vista de tierra; además, Martín Behain y dos médicos de Enrique de Portugal, habían encontrado el medio de guiarse por la altura del sol y de aplicar el astrolabio a las necesidades de la navegación.

Admitidas estas ventajas, la cuestión comercial de la ruta del Oeste, era tratada diariamente en España, en Portugal, en Italia, país donde la ciencia es obra de la imaginación, respecto de las tres cuartas partes de sus habitantes. Se discutía, y se escribía. Sobreexcitados los comerciantes, interesaban a los sabios en sus trabajos. Formábase un grupo de hechos, de sistemas, y era



llegada la época de que una inteligencia los resumiese y se lo asimilase. Esto sucedió. Todas estas ideas esparcidas acabaron por acumularse en la cabeza de un hombre que tenía en alto grado el genio de perseverancia de audacia. Este hombre fue un Cristóbal Colón, que nació, según es lo más probable, en Génova, hacia el año 1436. Decimos según lo más probable, porque las poblaciones de Cogoreo y Nervi reclaman con Savona y Genova el honor de haberle visto nacer. En cuanto al año exacto del nacimiento de este ilustre navegante, varía, según los comentadores, de 1430 a 1445; pero el año 1436 parece corresponder más exactamente con los documentos menos discutibles.

La familia de Cristóbal Colón era de condición humilde. Su padre, Domingo Colón, cardador de lanas, gozaba de cierto desahogo que le permitió dar a sus hijos una regular educación. El joven Colón, el mayor de la familia, fue enviado a la universidad de Pavía con el objeto de aprender gramática, latín, geografía, astronomía y navegación.

A los catorce años dejó Colón los bancos de la escuela por la cubierta de un buque, y preciso es confesar que, desde esta época hasta 1487, aparece muy oscuro este período de su vida. Citemos a propósito de esto la opinión del mismo Humboldt, cuyo dolor aumenta al ver esta incertidumbre respecto a Colón y recordar todo cuanto los cronistas han conservado minuciosamente acerca de la vida del perro *Becerillo* o el elefante *Abuiababat*, que Aarun-al-Raschyd envió a Carlo Magno.



Lo que parece más probable, si se recuerdan los documentos de la época y los escritos del mismo Colón, es que el joven viajero visitó el Levante, el Occidente, el Norte, varias veces a Inglaterra, Portugal, la costa de Guinea, las islas africanas y tal vez también la misma Groenlandia, habiendo navegado a la edad de cuarenta años, todo cuanto se había navegado hasta su época.

Cristóbal Colón había llegado a ser un buen marino. Su bien sentada reputación hizo que le eligieran para mandar las galeras genovesas en la época de la guerra de Venecia. El nuevo comandante hizo en seguida una expedición a las costas berberiscas por cuenta del rey Renato de Anjou, y finalmente, en 1477, fue a reconocer estas tierras encerradas más allá en los hielos de Islandia. Terminado felizmente este viaje, volvió Cristóbal Colón a Lisboa, donde había fijado su domicilio. Allí se casó con la hija de un caballero italiano, Bartolomeo Muñiz Perestrello, marino como él y muy entregado a la corriente de las ideas geográficas. Su mujer, doña Felipa, carecía de fortuna, como él; así es que fue necesario trabajar para vivir. El futuro descubridor del Nuevo Mundo se puso a hacer libros de estampas, a fabricar globos terrestres, mapas geográficos y planos náuticos hasta 1484, sin abandonar sus trabajos científicos y literarios. Es muy probable que durante todo este tiempo repasase todos sus estudios y que acabase por adquirir una instrucción muy superior a la de los marinos de su época. ¿Fue tal vez en este tiempo cuando germinó la grande idea por primera vez en su mente? Es de suponer que sí. Cristóbal Colón seguía asiduamente las discusiones relativas a las rutas del



Oeste y a la facilidad de las comunicaciones por el Occidente entre la Europa y el Asia. Su correspondencia prueba que participaba de la opinión de Aristóteles sobre la distancia, relativamente corta, que separaba las riberas extremas del antiguo continente. Escribía con frecuencia a los sabios más distinguidos de su tiempo, a aquel Martín Behaim, de quien ya hemos hablado, y al célebre astrónomo florentino Toscanelli, cuyas opiniones no dejaron de influir en las de Cristóbal Colón. En esta época, según el retrato que hace de él su historiador Washington Irving, Cristóbal Colón era un hombre alto, robusto y de noble presencia. Tenía la cara larga, la nariz aguileña, los pómulos salientes, los ojos claros y llenos de fuego; la tez viva y salpicada de algunas pecas. Era un cristiano de profundas convicciones que llenaba con una fe sincera los deberes de la religión católica.

En el tiempo en que Cristóbal Colón se hallaba en relaciones con el astrónomo Toscanelli, supo que éste, a petición de Alfonso V, rey de Portugal, había entregado al rey una memoria sobre la posibilidad de llegar a las Indias por la vía del Oeste, Consultado Colón, apoyó con todas sus fuerzas las opiniones emitidas por Toscanelli, favorables a esta tentativa; pero este proyecto no tuvo resultado alguno, porque el rey de Portugal, distraído con las guerras que sostenía con España, murió sin haber podido dirigir su atención a los descubrimientos marítimos.

Su sucesor, Juan II, aceptó con entusiasmo los planes combinados de Cristóbal Colón y Toscanelli. Sin embargo, con una mala fe que debe denunciarse, trató de despojar a estos dos sabios del beneficio de su proposición, y sin avisarles, hizo partir una



carabela para tentar esta grande empresa y llegar a la China atravesando el Atlántico. No contó, sin embargo, con la inexperiencia de sus pilotos ni con la tempestad que se declaró contra ellos, y algunos días después, de su partida un huracán devolvía a Lisboa a los marinos del rey de Portugal. Justamente resentido Cristóbal Colón por esta acción tan poco delicada, comprendió que no podía contar ya con un rey que le había engañado tan indignamente. Habiendo enviudado, pasó por España, con su hijo Diego, a fines del año 1484. Créese que se fue a Genova, y después a Venecia, donde fueron bastante mal acogidos sus proyectos de navegación transoceánica.

Como quiera que sea, vuelve a encontrársele en España durante el año 1485. El pobre gran hombre se hallaba sin recursos. Viajaba a pie llevando en brazos a su hijo Diego, niño de diez años de edad. Después de este período de su vida, la historia le sigue paso a paso, no le pierde de vista, y llega a conservar a la posteridad hasta los menores incidentes de esta gran existencia.

Cristóbal Colón se encontraba entonces en Andalucía, a media legua del puerto de Palos. Desprovisto de todo, pereciendo de hambre, llamó a la puerta de un convento de franciscanos dedicado a Santa María de la Rábida, y pidió limosna de un poco de pan y de agua para su hijo y para él.

El guardián del convento, Juan Pérez de Marchena, concedió hospitalidad al infortunado viajero. Hízole algunas preguntas y quedó sorprendido de la nobleza de su lenguaje y maravillado de lo atrevido de sus ideas, pues Cristóbal Colón le dio a conocer sus aspiraciones. Durante muchos meses permaneció el marino



errante en este convento hospitalario. Varios monjes ilustrados se interesaron por él y por sus proyectos. Estudiaron sus planes, se asesoraron de renombrados marinos, y es bueno advertir que fueron los primeros que creyeron en el genio de Cristóbal Colón. Juan Pérez hizo más; ofreció al padre encargarse de la educación de su hijo, y le dio una eficaz carta de recomendación para el confesor de la reina de Castilla.

Este confesor, prior del monasterio del Prado, gozaba de toda la confianza de Fernando e Isabel; pero no supo comprender los proyectos del navegante genovés y no le sirvió de nada cerca de su real penitente.

Cristóbal Colón tuvo que resignarse todavía a esperar. Fijó su residencia en Córdoba, adonde había de trasladarse en breve la corte, y para poder vivir emprendió nuevamente sus trabajos de dibujante. ¿Se podía citar en la historia de los hombres ilustres una existencia más desgraciada y fuera de su centro que la del gran navegante? ¿La fortuna podía combatirle más? Pero este hombre de genio, indomable, infatigable, sobreponiéndose a tantas pruebas, no desesperaba. Poseía el fuego sagrado, trabajaba continuamente, visitaba las personas influyentes propagando y defendiendo sus ideas, y luchando sin cesar con la energía más heroica. Finalmente, concluyó por obtener la protección del gran cardenal, arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, y gracias a él fue admitido a la presencia del rey y la reina de España.

Cristóbal Colón debió creer entonces que llegaba al término de sus tribulaciones. Fernando e Isabel acogieron favorablemente



su proyecto, que fue sometido al examen de un consejo de sabios, de prelados y de religiosos reunidos *ad hoc*, en un convento de dominicos de Salamanca.

El desgraciado solicitante no había llegado aún al término de sus vicisitudes. En esta reunión estuvieron todos los jueces contra él. Efectivamente sus ideas rozaban las cuestiones religiosas, tan apasionadas en el siglo XV. Los Padres de la Iglesia habían negado la figura esférica de la tierra, y en su consecuencia, ya que la tierra no era redonda, un viaje de circunnavegación estaba absolutamente en contradicción con los textos de la Biblia, y no podía emprenderse lógicamente. Por otra parte, decían aquellos teólogos, ¿si se llegase a bajar a otro hemisferio, cómo se podría volver a subir a éste? Este argumento era de mucho peso en aquellos tiempos; así, Cristóbal Colón se vio acusado del crimen de herejía; y si bien pudo librarse de las malas disposiciones del consejo, quedó aplazado todavía el estudio de su proyecto.

Así transcurrieron largos años. El pobre hombre, desesperado de alcanzar algún resultado en España, envió a su hermano al rey Enrique VII de Inglaterra, con el objeto de ofrecerle sus servicios. Probablemente el rey no contestó siquiera.

Cristóbal Colón volvió entonces con una nueva instancia al rey Fernando; pero éste se hallaba a la sazón empeñado en su guerra de exterminio contra los moros, y hasta 1492, en que los hubo arrojado de España, no prestó nuevamente oído al genovés.

El proyecto fue esta vez maduramente examinado. El rey consintió en intentar la empresa; pero, como es propio de almas



bien templadas, Cristóbal Colón quiso imponer condiciones. ¡Se regateó a quien iba a enriquecer a España! Colón, indignado, iba sin duda a abandonar para siempre este ingrato país; pero la reina Isabel, conmovida con la idea de convertir a la fe católica a los infieles de Asia, hizo conducir a su presencia al navegante y accedió a todas sus demandas.

Fue, pues, dieciocho años después de haber concebido su proyecto, y a los siete de haber dejado el monasterio de Palos, cuando Colón, de edad de cincuenta y seis años, firmó en Santa Fe, el 17 de abril de 1492, su tratado con el rey de España.

Nombróse a Cristóbal Colón, por convenio solemne, gran almirante de todas las tierras que descubriese. Esta dignidad debía pasar a sus herederos y sucesores perpetuamente. Cristóbal Colón fue nombrado virrey y gobernador de las nuevas posesiones que esperaba conquistar en la rica comarca del Asia, y debía también pertenecerle como patrimonio propio la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y toda clase de efectos y mercancías de cualquier manera que fueran obtenidas en los límites de su jurisdicción.

Todo estaba convenido, y Cristóbal Colón iba a ejecutar al fin sus proyectos; pero, lo repetimos, no pensaba encontrar aquel nuevo mundo cuya existencia no se sospechaba; no trataba más que de buscar el Oriente por el Occidente, y pasar por la vía del Oeste a la tierra donde se producen las especias». Se puede asimismo certificar que Colón murió en la creencia de que había llegado a las playas del Asia, sin haber sospechado siquiera que había descubierto la América. Pero esto no disminuye en manera



alguna su gloria. El hallazgo del nuevo mundo no fue más que una casualidad; pero lo que asegura a Colón una fama inmortal es el genio audaz que le impulsó a arrostrar los peligros de un nuevo Océano; a huir de las riberas de donde ningún navegante había sabido separarse hasta entonces; a aventurarse sobre las embravecidas olas en los frágiles buques de la época, que la primera tempestad podía destrozar, a lanzarse, en fin, al sombrío espacio desconocido de los mares.

Cristóbal Colón comenzó sus preparativos. Entendióse con los ricos navegantes de Palos, los tres hermanos Pinzón, que hicieron los adelantos necesarios para completar el armamento.

En el puerto de Palos se equiparon tres carabelas: la *Gallega*, la *Niña* y la *Pinta*. La *Gallega* debía mandarla Colón y la bautizó con el nombre de *Santa María*. La *Pinta* era mandada por Martín Alonso Pinzón, y la *Niña* por los hermanos de éste, Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón. Fue difícil encontrar tripulación, porque los marineros se asustaban ante la magnitud de la empresa; sin embargo, consiguió reunir un efectivo de ciento veinte hombres.

El viernes, 3 de agosto de 1492, el almirante franqueaba, a las ocho de la mañana, la barra de Saltes, situada cerca de la ciudad de Huelva, en Andalucía, aventurándose con sus tres carabelas de medio puente en las olas del Atlántico.



II

—*Primer viaje: La Gran Canaria. — Gomera. — Variación magnética. — Síntomas de rebelión. — ¡Tierra, tierra! — San Salvador. — Toma de posesión. — Concepción.. — Fernandina o Grande Exuma. — Isabela o Isla Larga. — Las Mucaras. — Cuba. — Descripción de la isla. — Archipiélago de Nuestra Señora. — Isla Española o Santo Domingo. — Islote de la Tortuga. — El cacique a bordo de la Santa María. — Encalla la carabela de Colón. — Islote de Monte Cristo. — Regreso. — Tempestad. — Llegada a España. — Homenajes tributados a Cristóbal Colón.*

Durante el primer día de su viaje, el almirante, pues con este título le designaban las relaciones, dirigiéndose derechamente hacia el Sur, hizo quince leguas antes de ponerse el sol; virando entonces al Sudeste se dirigió a las Canarias a fin de reparar en ellas *la Pinta*, cuyo timón se había desmontado, tal vez por mala intención del timonel, a quien asustaba el viaje. Diez días después, Cristóbal Colón se hallaba delante de la Gran Canaria, donde reparaba la avería de la carabela. Diecinueve días después fondeaba delante de la Gomera, cuyos habitantes le confirmaron la existencia de una tierra desconocida al Oeste del archipiélago. Cristóbal Colón no abandonó esta isla antes del 6 de septiembre. Había tenido noticia de que tres navíos portugueses le esperaban al largo con el objeto de cortarle el camino. No obstante, sin tomar en cuenta esta advertencia, se hizo a la vela, evitó hábilmente el encuentro de sus enemigos,



tomó exactamente la dirección del Oeste, perdió por fin, de vista la tierra.

Durante el curso de su viaje, el almirante tuvo cuidado de ocultar a sus compañeros la verdadera distancia del camino recorrido cada día; aminorábala en sus cálculos diarios con el objeto de no alarmar demasiado a sus marineros, dándoles a conocer la distancia efectiva en que se hallaban de tierra europea. Observaba todos los días atentamente las brújulas, y a él es a quien se debe el descubrimiento de la variación magnética, de que se hizo cargo en sus cálculos. Pero sus pilotos se apuraban mucho viendo a sus brújulas nornorestar, según su expresión.

El 14 de septiembre, los marineros de *la Niña* apercibieron una golondrina y un rabo de junco. La presencia de estas aves podía indicar la existencia de tierras cercanas, porque ordinariamente no se aventuran a más de veinticinco leguas mar adentro. La temperatura era muy dulce y el tiempo magnífico. Soplaban el viento de Este e impulsaba las carabelas en dirección favorable. Pero precisamente esta persistencia de los vientos del Este asustaba a la mayor parte de los marineros, porque siendo tan propicia para avanzar, debía presentar grandes obstáculos para volver. El 16 de septiembre encontraron hierbas de fucos todavía verdes mecidas sobre las olas. Pero no aparecía la tierra. Estas hierbas provenían sin duda de rocas submarinas y no de las riberas de un continente. El 17, o sea treinta y cinco días después de haber partido la expedición, se encontraron más hierbas que flotaban, y en una de ellas un cangrejo vivo, lo cual era un síntoma de la proximidad de la costa.



Durante los siguientes días, gran número de pájaros bobos, rabos de juncos y golondrinas, volaron alrededor de las carabelas. Colón se fundaba en la presencia de aquellos pájaros para reanimar a sus compañeros, que comenzaban a asustarse demasiado de no encontrar tierra alguna después de seis semanas de travesía. En cuanto a él, demostraba gran confianza poniendo toda su esperanza en Dios. Así era que dirigía con frecuencia a los suyos palabras enérgicas, y todas las noches les invitaba a cantar el *Salve Regina* o algún otro himno a la Virgen. A la palabra de este hombre heroico, tan grande, tan seguro de sí mismo, tan superior a todas las debilidades humanas, los mulantes recobraban ánimo y seguían adelante.

Bien se comprenderá, que los marineros y oficiales de las carabelas devoraban con la mirada aquel horizonte del Oeste hacia el cual se dirigían. Todos tenían un interés pecuniario en señalar el nuevo continente, porque al primero que lo descubriera había prometido el rey Fernando una suma de diez mil maravedís, que equivalen a cerca de ocho mil francos de nuestra moneda. Los últimos días del mes de septiembre se señalaron por la presencia de cierto número de petreles, de fragatas, y de rabihorcados, grandes pájaros que van volando comúnmente por parejas, lo cual demostraba que no se habían extraviado. Así era que sostenía Cristóbal Colón, con una inquebrantable convicción, que la tierra no podía encontrarse lejos.

El 1° de octubre, anunció el Almirante a sus compañeros que, habían hecho quinientas ochenta y cuatro leguas al Oeste desde



la isla de Hierro. En realidad, la distancia recorrida por las carabelas pasaba de setecientas leguas, y Cristóbal Colón estaba seguro de ello, pero persistía en ocultar la verdad sobre este punto. El 7 de octubre, hubo gran emoción entre los tripulantes de la flotilla a causa de las descargas de mosquetería que partían de *la Niña*. Los comandantes, hermanos Pinzón, creían haber visto tierra, pero en breve se supo que se habían engañado. Sin embargo, como afirmaban que se habían visto algunos loros volando hacia el Sudoeste, consintió el almirante en torcer un poco el rumbo hacia el Sur. Esta modificación tuvo consecuencias felices para el porvenir, porque si hubiesen continuado hacia el Oeste, las carabelas se hubiesen estrellado contra el gran banco de Bahama.

Sin embargo, la tierra tan ardientemente deseada no aparecía. Todas las tardes, al ponerse el sol en el horizonte, se ocultaba tras una interminable línea de agua. Las tres tripulaciones, víctimas muchas veces de una ilusión óptica, comenzaban a murmurar contra Colón, contra aquel genovés, aquel extranjero», que les había arrastrado lejos de su patria. Manifestáronse a bordo algunos síntomas de sedición, y el 10 de octubre los marineros declararon que no avanzarían más.

Aquí los historiadores un poco fantásticos, que han contado el viaje de Cristóbal Colón, hablan de escenas graves de que fue teatro su carabela. Según ellos, la vida del ilustre marino estuvo en peligro a bordo de *la Santa María*; añaden también que, a causa de estas recriminaciones y por una especie de transacción, se dieron tres días de plazo al Almirante, después de los cuales,



si no se había descubierto la tierra, viraría la flotilla y tomaría la ruta de regreso. Se puede afirmar que todo esto es fruto de la imaginación de los novelistas de la época. En las relaciones de Cristóbal Colón no hay nada que confirme aquel hecho. Es, sin embargo, conveniente el darlo a conocer, porque no se debe omitir nada de lo que hace referencia al navegante genovés y porque un poco de leyenda no perjudica la gran figura de Cristóbal Colón.

De cualquier modo que se presente, lo cierto es que no se puede dudar de que se murmuraba a bordo de las carabelas, pero los tripulantes, dominados por las palabras del almirante, y por su enérgica actitud frente a lo desconocido, no se negaban a maniobrar.

El 11 de octubre observó el almirante cerca de su carabela una caña todavía verde que flotaba en una mar bastante agitada. Al mismo tiempo la tripulación de *la Pinta* izaba a bordo otra caña y una tablilla que parecía haber sido cortada con un instrumento de hierro. La mano del hombre había indudablemente impreso su huella en estos despojos. Casi en el mismo instante la tripulación de *la Niña* vio una rama de espino en flor, con lo que se regocijaron todos en extremo y alentaron los ánimos, pues no podía dudarse de la proximidad de la costa.

En eso vino la noche, *la Pinta*, que era la más ligera de la flotilla, iba a la cabeza, y un tal Rodríguez Sánchez, interventor de la expedición, creía haber observado una luz que mudaba de sitio en las sombras del horizonte, cuando el, marinero Rodrigo, de *la Pinta*, dio el grito de ¡Tierra! ¡tierra!



¿Qué debió pasar en ese momento por el alma de Colón? Jamás hombre alguno desde la aparición de la raza humana sobre la tierra debió experimentar una emoción comparable a la que sintió entonces el gran navegante. Tal vez puede asegurarse que los primeros ojos que descubrieron este nuevo continente fueron los del almirante. Pero poco importa; la gloria de Colón no consiste en haber llegado sino en haber partido.

A las dos de la noche fue cuando realmente se descubrió la tierra. Las carabelas no estaban ni a dos horas de distancia. Todos los tripulantes entonaron con voz conmovida la *Salve Regina*. A los primeros rayos del sol se vio una pequeña isla a dos leguas de distancia. Formaba parte del grupo de Bahama. Colón la llamó San Salvador, y al punto, poniéndose de rodillas, comenzó a decir con San Ambrosio y San Agustín; *Te Deum laudamus, te Domine confitemur*.

En aquel momento los naturales de la isla, completamente desnudos, aparecieron en la nueva costa. Cristóbal Colón bajó a la chalupa con Alonso Yáñez Pinzón, el interventor Rodrigo, el secretario Escovedo y algunos otros. Acercóse a tierra con la bandera real en la mano, mientras que los dos capitanes llevaban la bandera de la cruz verde en que estaban enlazadas las cifras de Fernando e Isabel. Después el almirante tomó solemnemente posesión de la isla en nombre del rey y de la reina de España, e hizo levantar acta de todo ello.

Durante esta ceremonia los indígenas rodearon a Colón y a sus compañeros. He aquí los términos en que, según Charton, conforme el relato mismo de Colón, tuvo lugar esta escena:



Deseando inspirarles a los indígenas alguna confianza, y persuadido al verles de que confiarían más en nosotros y se hallarían mejor dispuestos a abrazar nuestra santa fe si apelábamos a la dulzura para persuadirles más bien que si recurriamos a la violencia, hice dar a muchos de ellos gorros de color y cuentas de vidrio, las cuales se pusieron al cuello. Repartí algunas otras cosas de poco valor, y experimentaron tal alegría y se mostraron tan reconocidos, que nos dejaron sumamente maravillados. Cuando volvimos a las embarcaciones vinieron a nado hacia nosotros a ofrecernos papagayos, ovillos de algodón, azagayas y otras muchas cosas; en cambio les dimos cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Ellos dieron de todo lo que tenían, pero me parecieron muy pobres. Los hombres y las mujeres iban desnudos como salieron del seno de su madre. Entre los que vimos, sólo una mujer era bastante joven y ninguno de los hombres tenía más de treinta años. Por lo demás, eran gentes bien formadas, de hermosa presencia y de agradable rostro. Sus cabellos, gruesos como las cerdas, les caían por delante hasta las cejas, y por detrás les colgaba un largo mechón que nunca cortaban. Hay algunos que se pintan de un color obscuro, pero generalmente son del mismo color que los habitantes de las islas Canarias, ni negros ni blancos; los hay también que se pintan de blanco o de rojo, o con cualquier otro color, ya sea todo el cuerpo o solamente la cara, los ojos o la nariz. No tienen armas como las nuestras ni saben lo que son. Cuando les enseñé los sables los tomaban por el filo y se cortaban los dedos. No conocen el hierro. Sus azagayas son a manera de bastones, pero no es de hierro la punta, si bien en ella



ponen a veces un diente de pescado o cualquier otra cosa dura; sus movimientos son graciosos. Habiendo observado que muchos tenían cicatrices en el cuerpo, les pregunté por señas cómo habían sido heridos, y me contestaron de la misma manera, que los habitantes de las islas vecinas les atacaban para apresarlos y que se defendían. Yo pensé, y pienso aún, que acuden allí de tierra firme para apresarlos y hacerlos esclavos, pues deben ser servidores leales y obedientes. Tienen facilidad en repetir pronto lo que oyen, y estoy seguro de que se convertirán al cristianismo sin dificultad, porque no pertenecen a secta alguna.

Cuando Cristóbal Colón volvió a bordo, alguno de estos naturales debió seguir a nado su embarcación, pues al día siguiente, que era el 13 de octubre, acudieron muchos en tropel alrededor de las carabelas. Iban en vastas piraguas hechas de troncos de árboles, algunas de las cuales podían sostener cuarenta hombres; la dirigían por medio de un pala, parecida a la de los horneros. Muchos de estos salvajes llevaban pequeñas placas de oro colgadas de la nariz. Parecían muy sorprendidos con la llegada de los extranjeros; indudablemente se figuraban que aquellos hombres blancos habían caído del cielo. Tocaban los vestidos de los españoles con respeto y curiosidad, creyéndose tal vez que era un plumaje natural, y excitó particularmente su admiración el traje de escarlata del almirante. Era evidente que consideraban a Colón como a un papagayo de la especie superior. Por otra parte, reconocieronle inmediatamente por el jefe de los extranjeros.



Cristóbal Colón y sus gentes visitaron esta nueva isla de San Salvador. No podían menos de admirar su excelente situación, sus magníficos bosques, sus arroyos y sus verdes praderas. La fauna era poco variada. Abundaban papagayos de tornasolado plumaje bajo las arboledas, representando ellos solos el orden de los pájaros. San Salvador formaba una planicie poco quebrada; un pequeño lago ocupaba la parte central, ninguna montaña desnivelaba el suelo; sin embargo, San Salvador debía encerrar grandes riquezas minerales, supuesto que sus habitantes llevaban adornos de oro. Este precioso metal, lo sacaban de las entrañas de la tierra?

El almirante interrogó a uno de estos indígenas, y por señas llegó a comprender que, dando la vuelta a la isla y navegando hacia el Sur, descubriría una comarca cuyo rey poseía grandes vasos de oro e inmensas riquezas. A la mañana siguiente, al despuntar el día, dio Cristóbal Colón a sus carabelas orden de aparejar, y se dirigió hacia el continente indicado, que, según él, no podía ser más que Cipango.

Debemos hacer aquí una observación muy importante, porque resulta del estado de conocimientos geográficos de esta época, y es que Colón creía haber llegado a Asia. Cipango es el nombre que Marco Polo da al Japón. Este error del almirante lo era también de todos los compañeros y se necesitaron muchos años para deshacerlo. A ellos se debe, como hemos dicho ya, que el navegante, después de cuatro viajes sucesivos a las islas, muriese sin saber que había descubierto un nuevo mundo. Es indudable que los compañeros de Colón, y el mismo Colón se



imaginaron haber encontrado en la noche del 11 de octubre de 1492 el Japón, la China, o las Indias. Así se explica el que la América haya llevado por mucho tiempo el nombre de Indias occidentales, y que a los naturales de este continente se les designe aún con el nombre de indios, lo mismo en Méjico que en el Brasil y que en los Estados Unidos.

Cristóbal Colón deseaba tan sólo llegar al Japón. Costeó la isla de San Salvador con el objeto de explorar la parte occidental, y los indígenas, acudiendo a la playa, le ofrecían agua, frutos y cazabe, especie de pan fabricado con una raíz llamada yuca. Varias veces desembarcó el almirante en diferentes puntos de la costa, y debemos confesarlo, faltando a la voz de la humanidad se apoderó de algunos indios con el objeto de conducirlos a España. Estos desgraciados a quienes se comenzaba por arrancarlos de su país no debían tardar en ser vendidos. Finalmente, las carabelas, perdiendo de vista a San Salvador, se encontraron en pleno Océano.

El destino había favorecido a Cristóbal Colón, conduciéndole de esta suerte a uno de los más hermosos archipiélagos del mundo entero. Todas las nuevas tierras que iba a descubrir eran como un estuche de preciosas islas, en las cuales no había más que tomar a manos llenas.

El 15 de octubre, al ponerse el sol, la flotilla echó el ancla cerca del extremo Oeste de una isla que se llamó Concepción, y que estaba sólo a unas cinco leguas de San Salvador. Al día siguiente el almirante se acercó a la playa con las embarcaciones armadas y dispuestas contra toda sorpresa. Los naturales pertenecían a la



misma raza que los de San Salvador, e hicieron muy buena acogida a los españoles. Sin embargo, como se levantase un fuerte viento Sudeste, Colón reunió la flota y se adelantó nueve leguas al Oeste, descubriendo una nueva isla, a la que dio el nombre de Fernandina, y que en la actualidad se conoce por Exuma Grande. Toda la noche permaneció al paio, y al día siguiente, el 17 de octubre, rodearon a las carabelas grandes piraguas. Los salvajes cambiaban sus frutos y pequeños ovillos de algodón por abalorios, panderos y agujas que les agradaban mucho, y así como por melaza, a que eran muy aficionados. Estos indígenas algo más vestidos que sus vecinos los de San Salvador, estaban también más civilizados, habitaban en casas construidas en forma de pabellones y provistas de altas chimeneas; estas casas eran muy limpias en su interior y se hallaban muy bien conservadas. La parte occidental de la isla, profundamente sesgada, hubiera ofrecido a cien bajeles un ancho y magnífico puerto.

Pero Fernandina no ofrecía a los españoles esas riquezas que ellos buscaban y que tenían tanto deseo de llevar a Europa; faltaban las minas de oro. Sin embargo, los naturales embarcados a bordo de la flotilla, hablaban siempre de una isla más grande, situada hacia el Sur y llamada Samoeto, en la que se recogía ese precioso metal. En consecuencia, Colón puso la proa hacia la indicada isla. El viernes 19 de octubre, llegó durante la noche, cerca de Samoeto, a la que llamó Isabela, y que es la isla Larga de los mapas modernos.



De creer a los indígenas de San Salvador, debía encontrarse en esta isla un rey de gran poder; pero el almirante le esperó en vano durante algunos días, y tan gran personaje no se presentó. La isla Isabela ofrecía un aspecto delicioso con sus límpidos lagos y sus frondosos bosques. Los españoles no se cansaban de admirar aquellos nuevos árboles cuyo verdor asombraba justamente a los europeos. Los papagayos volaban en innumerables bandadas por los frondosos árboles, y unos grandes reptiles, sin duda las enanas, se deslizaban por entre la crecida hierba. Los habitantes de la isla que habían huido en principio a la vista de los españoles, se familiarizaron en breve con ellos y cambiaron los productos de su suelo.

Entretanto, Cristóbal Colón no abandonaba la idea de llegar al Japón. Habiéndole dicho a los indígenas que, a poca distancia, hacia el Oeste, había una gran isla, que ellos llamaban Cuba, supuso el almirante que debía formar parte del reino de Cipango, y no dudó de que llegaría dentro de poco a la ciudad de Quinsay. llamada antes Hang-tcheu-fu, y que fue en otro tiempo la capital de la China.

Por eso, en cuanto lo permitieron los vientos, levó anclas la flotilla, y el jueves, 25 de octubre, se tuvo conocimiento de siete u ocho islas escalonadas en una sola línea, probablemente las Mucaras. Cristóbal Colón no se detuvo en ellas y llegó el domingo a la vista de Cuba. Las carabelas fondearon en un río al que dieron los españoles el nombre de San Salvador; luego, después de una corta parada, volviendo a emprender su navegación hacia Poniente, entraron en un puerto situado en la



embocadura de un gran río, y que llegó a ser más adelante el puerto de Nuevitas del Príncipe.

En las riberas de la isla crecían numerosas palmeras, de tan largas hojas, que una sola bastaba para cubrir las cabañas de los naturales. Estos habían huido a la aproximación de los españoles, los cuales encontraron en la playa varios ídolos de figura de mujer, aves domesticadas, osamentas de animales, de perros muertos y utensilios de pesca. Los salvajes de Cuba fueron atraídos por los medios ordinarios, e hicieron cambios con los españoles.

Cristóbal Colón se creyó en tierra firme y a pocas leguas de Hang-tcheu-fu. Esta idea se había fijado tanto en su pensamiento y en el de sus compañeros, que trataron de enviarle presentes al gran kan de la China. El 2 de noviembre, encargó a un caballero de a bordo y a un judío que hablaba el hebreo, el caldeo y el árabe que fueran a visitar a este monarca indígena. Los embajadores, provistos de collares de perlas y con un plazo de seis días para cumplir su misión, se dirigieron hacia las comarcas del interior del pretendido continente.

Durante este tiempo, Cristóbal Colón remontó como cosa de dos leguas, un hermoso río que corría por debajo de copudos y odoríferos árboles. Los habitantes efectuaban cambios con los españoles y les indicaban frecuentemente un sitio denominado Bohío, en el que abundaban el oro y las perlas; y añadían también, que allí vivían unos hombres con cabeza de perro, que se alimentaban de carne humana.



Los enviados del almirante volvieron al puerto el 6 de noviembre, después de cuatro días de ausencia. Dos días de marcha les habían bastado para llegar a una aldea compuesta de unas cincuenta chozas, en la que les acogieron con grandes consideraciones de respeto. Besáronle los pies y las manos, y les tomaron por dioses bajados del cielo. Entre otros detalles de sus costumbres, refirieron que tanto los hombres como las mujeres, fumaban tabaco por medio de un tubo bifurcado, aspirando el humo por las narices. Estos indígenas producían el fuego frotando dos pedazos de madera. En sus casas había gran cantidad de algodón dispuestas en forma de tiendas y hasta el punto de haber en una de ellas cerca de once mil libras. En cuanto al gran kan no vieron ni su sombra. Demos cuenta ahora de otro error cometido por Cristóbal Colón, y cuyas consecuencias, según Irving, cambiaron toda la serie de descubrimientos. Colón, al creerse en las costas de Asia, miró lógicamente a Cuba como una parte del Continente, y desde entonces no pensó ya en costearla, sino que se decidió a volver hacia el Este. Si en esta ocasión no se hubiera equivocado, si hubiese continuado siguiendo su dirección primera, los resultados de su empresa se hubieran modificado mucho. En efecto, o hubiera sido arrojado hacia la Florida, o sea la punta de la América del Norte, o hubiese corrido rectamente a Méjico. En este último caso, en vez de naturales, ignorantes y salvajes, ¿qué hubiera encontrado? Aquellos habitantes del gran imperio de los Aztecas, del reino semicivilizado de Moctezuma. Allí hubiera encontrado ciudades, ejércitos, inmensas riquezas, y su empresa se hubiese convertido en la de Hernán Cortés. Pero no debía ser



así, y el almirante, perseverando en su error, volvió hacia el Este con su escuadrilla, que levó ancla el 12 de noviembre de 1492.

Cristóbal Colón costeo la isla de Cuba barloventeando, y reconoció las dos montañas del Cristal y del Moa; exploró un nuevo puerto, que llamó Puerto Príncipe, y un archipiélago, al cual puso el nombre de mar de Nuestra Señora. Cada noche se veían las hogueras de los pescadores en estas numerosas islas, cuyos habitantes se mantenían con arañas y grandes gusanos. Muchas veces los españoles desembarcaron en diferentes puntos de la costa, donde plantaron cruces en señal de toma de posesión.

Los indígenas hablaban frecuentemente con el almirante de una isla llamada Babeca, donde abundaba el oro, Colón resolvió ir a ella, pero Martín Alonso Pinzón, el capitán de *la Pinta*, cuya carabela era la más ligera de la flotilla, tomó la delantera, y el 21 de noviembre, al despuntar el día, había desaparecido completamente.

El almirante se vio muy contrariado por esta separación, como lo prueba su relato cuando dice: Pinzón me ha dicho y hecho otras muchas cosas.» Continuó su ruta explorando la costa de Cuba, y descubrió la isla de Moa, la punta de Mangle, la de Vaez y el puerto de Baracoa; pero en ninguna parte encontró caníbales, no obstante hallarse con frecuencia las chozas de los naturales, adornadas con cráneos humanos, de lo cual se mostraron envanecidos los indígenas que iban a bordo.

Los días siguientes se vio el río Boma, y las carabelas, al doblar la punta de los Azules, se encontraron en la parte oriental de la



isla, la cual reconocieron después de una marcha de ciento veinticinco leguas. Colón, en vez de emprender su ruta hacia el Sur, marchó hacia el Este, y el 5 de diciembre, descubrió una gran isla que los indios llamaban Bohío. Era Haití o Santo Domingo.

Por la noche, *la Niña*, de orden del almirante, entró en un puerto que se llama puerto de San Nicolás, y se halla situado junto al cabo de este nombre, en el extremo noroeste de la isla.

Al día siguiente los españoles descubrieron gran número de cabos, y un islote que fue llamado isla de la Tortuga. En cuanto aparecían las carabelas hacían huir a las piraguas indias. Esta isla les pareció, al costearla, muy extensa y elevada, de donde le provino el nombre de Haití, que significa tierra elevada. El reconocimiento de estas riberas les llevó hasta la bahía de los Mosquitos. Los pájaros que revoloteaban por los hermosos árboles de la isla, sus plantas, sus llanuras, sus colinas recordaban los parajes de Castilla. Así es que Colón bautizó esta nueva tierra con el nombre de isla Española. Los habitantes eran muy miedosos y desconfiados, de suerte que no pudo entablarse relación alguna con ellos, porque huían hacia el interior. Sin embargo, algunos marineros consiguieron apoderarse de una mujer, a la cual condujeron a bordo. Era joven y bastante bonita. El almirante le dio sortijas, perlas y un vestido, de que tenía necesidad absoluta, y en fin, la trató generosamente y la envió a tierra.

Estos buenos procedimientos tuvieron por consecuencia el tranquilizar a los naturales, y al día siguiente nueve marineros bien armados penetraron cuatro leguas en tierra y fueron



recibidos con respeto. Los indígenas corrían en tropel a su encuentro, y les ofrecían los productos de su suelo. Los marineros regresaron encantados de su expedición. El interior de la isla les había parecido rico en algodóneros, en áloes y en lentiscos y surcado por un hermoso río de clarísimas aguas.

El 15 de diciembre se dio Colón a la vela, llevándole, el viento hacia el islote de la Tortuga, donde vio un curso de agua navegable, y un valle tan hermoso, que le dio el nombre de Valle del Paraíso. Al otro día, navegando por un golfo profundo, vio a un indio que manejaba hábilmente una pequeña canoa, a pesar de la violencia del viento; y, habiéndole invitado a subir a bordo, le colmó Colón de regalos, desembarcándole después en un puerto de la isla Española, que se llama el puerto de la Paz.

Este buen trato atrajo hacia el almirante a todos los indígenas, quienes desde aquel día acudían en gran número delante de las carabelas. Acompañábales su rey, que era un joven de veinte años, bien formado y vigoroso. Iba desnudo como sus súbditos, que le demostraban mucho respeto; pero sin el menor asomo de humildad. Hízole tributar Colón los honores debidos a un soberano, y aquel rey, o mejor dicho, cacique, en reconocimiento de su proceder, hizo saber que las provincias del Este rebosaban de oro. Al día siguiente, otro cacique fue a poner también delante de los españoles todos los tesoros de su país. Asistió a la fiesta de la Virgen, que Colón hizo celebrar con toda pompa en su carabela, la cual fue empavesada para ese efecto. El cacique fue admitido a la mesa del almirante e hizo buen honor a la comida. Después de haber probado diferentes manjares y diversas bebidas, envió las botellas y los platos a su comitiva. Este cacique



tenía buen aspecto, hablaba poco y se mostraba muy comedido. Una vez terminada la comida ofrecióle algunas hojas de oro al almirante, el cual le presentó algunas monedas en que estaban grabados los retratos de Fernando e Isabel, y después de haberle expresado por señas que eran los monarcas, más poderosos de la tierra, hizo desplegar delante del rey indígena las banderas reales de astilla. Al llegar la noche, el cacique se retiró muy satisfecho, y salvas de artillería saludaron su marcha. Al día siguiente algunos tripulantes plantaron una gran cruz en medio del pueblo y abandonaron esta costa hospitalaria.

Al salir del golfo que forman la isla Española y la de la Tortuga, descubrieron muchos cabos, bahías, puertos y ríos, y en la punta Limbé un islote al que dieron el nombre de Santo Tomás; finalmente, un vastísimo puerto seguro y resguardado, oculto entre la isla y la bahía de Acul, al que daba entrada un canal rodeado de altas montañas cubiertas de árboles.

El almirante desembarcaba frecuentemente en la costa, y los naturales le acogían como un enviado del cielo, y le invitaban a permanecer entre ellos. Colón les regalaba cascabeles, sortijas de latón, cuentas de vidrio y otras fruslerías que eran muy del agrado de los indígenas. Un cacique llamado Guacanagari, soberano de la provincia de Marién, envió a Colón un cinturón adornado con la figura de un animal de grandes orejas y con la lengua y la nariz de oro. Este metal parecía abundar en la isla, pues sus naturales llevaron en breve una respetable cantidad. Los habitantes de esta parte de la isla Española parecían superiores a los demás por su inteligencia y su belleza. Según el parecer de Colón, la pintura roja, negra o blanca con que se



teñían el cuerpo les servía para preservarles del ardor del sol. Las casas de estos indígenas eran bonitas y bien construidas. Cuando Colón les interrogó acerca del país que producía el oro, los indígenas señalaron hacia el Este una comarca que ellos llamaban Cibao, en la que se obstinaba el almirante en ver el Cipango del Japón.

El día de Navidad ocurrió un grave accidente a la carabela del almirante. Era la primera avería de esta navegación, tan feliz hasta entonces. Un timonero inexperto sostenía la barra de *la Santa María* durante una excursión fuera del golfo de Santo Tomás; al llegar la noche se dejó arrastrar por las corrientes que le empujaban hacia las rocas, y chocó contra ellas la carabela, estropeándose el timón. El almirante despertó al choque, y acudiendo a cubierta, dio orden de echar un ancla por la parte de proa a fin de inclinarse y salvar el buque. El contra maestre y algunos marineros encargados de esta maniobra saltaron a la chalupa; pero sobrecogidos de espanto, huyeron a todo remo a la parte donde estaba *la Niña*.

Entretanto bajaba la marea, *la Santa María* se encallaba más y más; fue, pues, necesario cortar sus mástiles para aligerarla, y en breve hubo que transportar la tripulación a otro buque. El cacique Guacanagari, comprendiendo la triste situación de la carabela, corrió con sus hermanos, sus parientes y gran número de indios y ayudó a descargar el buque. Gracias a sus cuidados no se perdió ni un solo objeto del cargamento, y durante toda la noche los indígenas, armados, hicieron guardia a los depósitos de provisiones.



Al día siguiente, Guacanagari fue a bordo de *la Niña* para consolar al almirante, y puso todas sus riquezas a su disposición; al mismo tiempo le ofreció una comida compuesta de pan, cangrejos, pescados, raíces y frutas. Conmovido Colón por estas demostraciones de amistad, formó el proyecto de fundar un establecimiento en esta isla. Procuró, pues, captarse la buena voluntad de los indios por medio de regalos y agasajos, y después, deseando también darles una idea de su poder, hizo descargar un arcabuz y una espingarda, cuya detonación asustó mucho a aquellas pobres gentes. El 26 de diciembre empezaron los españoles a construir una fortaleza en la parte de la costa. La intención del almirante era dejar allí cierto número de hombres, provistos de pan, vino y grano para un año, y la chalupa de *la Santa María*. Los trabajos se emprendieron con actividad.

El mismo día se recibieron noticias de *la Pinta*, que se había separado de la flotilla desde el 21 de noviembre; los naturales decían que estaba anclada en un río al extremo de la isla; pero una canoa que para ese efecto había enviado Guacanagari, regresó sin haber podido descubrirla. Entonces fue cuando Colón, no queriendo continuar sus exploraciones en las condiciones en que se hallaba, y reducido a una sola carabela, desde la pérdida de *la Santa María*, que no había podido volver a flote, resolvió regresar a España, y comenzó los preparativos necesarios.

El 2 de enero dio Colón al cacique el espectáculo de un simulacro del que este rey y sus súbditos se maravillaron en extremo. Después eligió treinta y nueve hombres encargados de guardar



la fortaleza durante su ausencia, y dio el mando a Rodrigo de Escovedo. Se les entregó la mayor parte del cargamento de *la Santa María*. Entre estos primeros colonos del Nuevo Mundo se contaba un escribiente; un alguacil, un arcabucero, un constructor de buques, un calafate, un tonelero, un médico y un sastre. Estos españoles tenían la misión de descubrir las minas de oro y de señalar un sitio favorable para fundar una ciudad.

El 3 de enero, después de una solemne despedida dirigida al cacique y a los nuevos colonos, *la Niña* levó el ancla y salió del puerto. Bien pronto descubrieron un islote, dominado por un monte muy elevado, al que dieron el nombre de Monte-Cristo. Cristóbal Colón hacía dos días que iba costeano, cuando se marcó la aproximación de *la Pinta*. Su capitán, Martín Alonso Pinzón, fue en seguida a bordo de *la Niña* y trató de excusar su conducta. La verdad es que Pinzón se había adelantado para descubrir la pretendida isla de Baneca, que según las relaciones de los naturales, era muy rica. El almirante se dio por contento con las malas razones de Pinzón, y supo que *la Pinta* no había hecho más que costear la isla Española, sin haber descubierto ninguna otra nueva.

El 7 de enero se detuvo para cegar una vía de agua que se había abierto en los fondos de *la Niña*. Colón se aprovechó de este descanso para explorar un ancho río, situado a una legua de Monte-Cristo, al que dio el nombre de río de Oro, a causa de las pepitas de oro que arrastraban sus aguas. Colón hubiera querido visitar con más detenimiento esta parte de la isla Española, pero sus tripulantes tenían prisa de regresar, e



influidos de los hermanos Pinzón, comenzaban a murmurar contra su autoridad.

El 9 de enero, las dos carabelas volvieron a darse a la vela, dirigiéndose hacia el Sudeste: Las menores sinuosidades de la costa fueron bautizadas con el nombre de Punta Isabélica, cabo de la Roca, cabo Francés, cabo Cabrón, y finalmente bahía de Samaná, situada al extremo occidental de la isla. Allí se abrió un puerto en el cual fondeó la escuadrilla, retenida por la calma. Las primeras relaciones con los naturales fueron excelentes; pero se modificaron de pronto; cesaron los cambios, y ciertas demostraciones hostiles no dejaron lugar a duda respecto a las malas intenciones de los indios. En efecto, el 13 de enero, los salvajes lanzáronse de improviso contra los españoles. Estos, a pesar de su corto número, dieron buena cuenta de ellos, y con el auxilio de sus armas pusieron en fuga a sus enemigos, después de breves minutos de combate. Por vez primera se vertía la sangre india por manos europeas.

Al día siguiente, Cristóbal Colón se llevó a bordo cuatro jóvenes indígenas y, a pesar de sus reclamaciones, se hizo a la vela. Sus tripulantes, agobiados y rendidos, le ocasionaron graves disgustos, según se ve por las amargas quejas que exhala en la relación de su viaje este hombre superior a todas las debilidades humanas, ya quien no pudo abatir el infortunio. El 16 de enero fue cuando principió verdaderamente el viaje de regreso, desapareciendo en el horizonte el cabo de Samaná, punto extremo de la isla Española.



La travesía fue rápida y ningún incidente sobrevino hasta el 12 de febrero. En esta fecha, las dos carabelas fueron asaltadas por una terrible tempestad, que duró tres días, con vientos furiosos, grandes olas y relámpagos de Noroeste. Tres veces los espantados marineros hicieron voto de peregrinación a Santa María de Guadalupe, a Nuestra Señora de Loreto y a Santa Clara de Moguer. Finalmente, toda la tripulación juró ir a orar con los pies desnudos y en camisa a una iglesia dedicada a Nuestra Señora.

Entretanto redoblaba la tempestad. El almirante, temiendo una catástrofe, escribió rápidamente en un pergamino el resumen de sus descubrimientos, suplicando a quien lo encontrara lo hiciera llegar a manos del rey de España. Después, envolviendo este documento en una tela encerada, lo metió en un tonel de madera, que hizo arrojar al mar. Al salir el sol, el 15 de febrero, cesó la tormenta, y las dos carabelas, separadas por la tempestad, volvieron a unirse. Tres días después fondearon en la isla de Santa María, del grupo de las Azores. Acto continuo, el almirante procuró cumplir los votos hechos durante la tempestad; envió a tierra la mitad de su gente, pero fueron detenidos por los portugueses, los cuales no los soltaron hasta cinco días más tarde, gracias a las enérgicas reclamaciones de Colón.

El almirante se hizo de nuevo a la mar el 23 de febrero. Contrariado por los vientos y combatido otra vez por la borrasca, hizo nuevos votos con toda su tripulación, obligándose a ayunar el primer sábado que siguiese a su llegada a España. Finalmente, el 4 de marzo, reconocieron sus pilotos la



desembocadura del Tajo, en la cual pudo refugiarse *la Niña*, mientras que *la Pinta* era rechazada por los vientos hasta la bahía de Vizcaya.

Los portugueses acogieron bien al almirante y hasta el mismo rey le concedió audiencia, pero Colón tenía prisa de entrar en España. En cuanto lo permitió el tiempo, volvió a la mar *la Niña*, y el 15 de marzo a mediodía fondeaba en el puerto de Palos, después de siete meses y medio de navegación, durante los cuales había descubierto las islas de San Salvador, Concepción, Exuma Grande, isla Larga, islas Mucaras, Cuba y Santo Domingo.

La corte de Fernando e Isabel se encontraba entonces en Barcelona, a donde partió el almirante con los diez indios que llevaba del Nuevo Mundo. El entusiasmo que excitó fue extraordinario. De todas partes corrían las poblaciones al encuentro del gran navegante y le tributaban los honores reales. La entrada de Cristóbal Colón en Barcelona fue magnífica. El rey, la reina y los grandes de España le recibieron pomposamente en el palacio de la Diputación. Allí hizo la relación de su maravilloso viaje; después presentó las muestras de oro que había traído, y todos los circunstantes, cayendo de rodillas, entonaron el *Te Deum*.

Cristóbal Colón fue ennoblecido por cartas del rey, quien le concedió un escudo de armas con esta divisa: Por Castilla y por León, nuevos mundos vió Colón. El nombre del navegante genovés fue aclamado en toda Europa; los indios que trajo consigo recibieron el bautismo en presencia de la corte, y aquel



hombre de genio, tan largo tiempo pobre y desconocido, se elevó al mayor grado de celebridad.

II: – Segundo viaje: Flotilla de diecisiete naves. – Isla de Hierro. – La Dominicana. – Marigalante. – La Guadalupe. – Los caníbales. Montserrat. – Santa María de la Rotonda. – San Martín y Santa Cruz. – Archipiélago de las Once mil Vírgenes. – Isla de San Juan Bautista. – Puerto Rico. – Isla Española. – Asesinato de los primeros colonos. Fundación de la ciudad Isabela. – Envío a España de dos buques cargados de riquezas. – Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao. – Don Diego, hermano de Colón, es nombrado gobernador de la isla. – La Jamaica. – La costa de Cuba – La rémora. – Regreso a la Isabela. – Es hecho prisionero el cacique. – Rebelión de los indígenas. – Carestía. – Colón calumniado en España. – Envío de Juan Aguado, comisario de la Isabela. – Las minas de oro. – Partida de Colón. – Su llegada a Cádiz.

La relación de las aventuras del gran navegante genovés había sobreexcitado las imaginaciones, y todo el mundo entreveía ya continentes de oro situados más allá de los mares. Todas las pasiones que engendra la avaricia hervían en los corazones. El almirante, bajo la presión de la opinión pública, no podía excusarse de hacerse nuevamente a la mar en el plazo más breve que fuera posible, y aun él mismo por su parte tenía prisa de volver al teatro de sus conquistas y de enriquecer los mapas de



la época con nuevas tierras. Así, pues, manifestó que se hallaba dispuesto a partir.

El rey y la reina pusieron a su disposición una flotilla compuesta de tres navíos y de catorce carabelas. Mil doscientos hombres debían marchar con él. Cierta número de nobles castellanos no dudaron en confiarse a la buena estrella de Colón y quisieron probar fortuna más allá de los mares. Caballos, ganados, instrumentos de todas clases destinados a sacar y purificar el oro, diversidad de semillas, y en una palabra, todos los objetos necesarios para fundar una gran colonia llenaba la cala de los buques. De los indígenas traídos a Europa cinco volvían a su país, tres quedaron enfermos y dos habían muerto. Cristóbal Colón fue nombrado capitán general de la escuadra con poderes ilimitados.

En 25 de septiembre de 1493 salieron de Cádiz las diecisiete embarcaciones a velas desplegadas en medio de los aplausos de una multitud inmensa. El 1.º de octubre fondearon en la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias. Después de veintitres días de una navegación que favorecían constantemente el viento y la mar, Cristóbal Colón descubrió nuevas tierras.

En efecto, el 3 de noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, al salir el sol, el piloto del navío almirante *María Galante* exclamó: ¡Buena noticia! ¡Tierra! ¡Tierra!»

Esta tierra era una isla cubierta de árboles. El almirante, creyéndola deshabitada, pasó adelante y reconoció algunos islotes esparcidos en su camino hasta encontrar una segunda isla. A la primera la llamaron Dominica, y a la otra *María Galante*,



nombres que aún llevan en el día. A la mañana siguiente, descubrieron otra isla mucho mayor, y según dice la relación de este viaje hecha por Pedro Mártir, contemporáneo de Colón, cuando llegaron cerca de ella reconocieron que era la isla de los infames caníbales o caribes de los que sólo se había oído hablar durante el primer viaje.

Los españoles bajaron bien armados a aquélla, en la que se levantaban unas treinta casas de madera, de forma redonda y cubiertas con hojas de palmera. En el interior de estas chozas había colocadas hamacas de algodón. En la plaza se elevaban dos especies de árboles, alrededor de los cuales estaban enlazadas dos grandes serpientes muertas. Al aproximarse los extranjeros huyeron los naturales a todo correr, abandonando algunos prisioneros que se disponían a devorar. Los marineros registraron sus casas y encontraron huesos de piernas y brazos, cabezas recién cortadas y todavía tintas en sangre, y otros restos humanos que no dejaban lugar a duda acerca del sistema de alimentación de estos caribes.

Esta isla, que el almirante hizo explorar en parte y cuyos principales ríos fueron reconocidos, recibió el nombre de Guadalupe, a causa de su semejanza con una provincia de Extremadura. Algunas mujeres de quienes se habían apoderado los marineros fueron enviadas a tierra, después de haber sido bien tratadas en el navío almirante. Cristóbal Colón esperaba que su conducta para con las indias decidiría a los indios a ir a bordo; pero sus esfuerzos fueron inútiles.



El 8 de noviembre dio la señal de marcha el almirante, y se hizo a la vela con toda su escuadra hacia la isla Española, actualmente Santo Domingo, en la cual había dejado treinta y nueve compañeros de su primer viaje. Subiendo hacia el Norte, descubrió una gran isla a la cual llamaban Madanino los indígenas que habían guardado a bordo, después de haberles librado de los dientes de los caribes. Decían que sólo estaba habitada por mujeres, y como la relación de Marco Polo citaba una comarca asiática en la que sólo había mujeres, Cristóbal Colón tuvo fundados motivos para creer que navegaba a lo largo de la costa de Asia. El almirante deseaba explorar esta isla, pero el viento contrario le impidió acercarse a ella.

A diez leguas más allá, descubrió otra isla rodeada de altas montañas, que fue llamada Montserrat; a la mañana siguiente, divisaron otra isla, a la que se dio el nombre de Santa María Redonda, y al siguiente día otras dos más, Santa María y Santa Cruz.

La escuadra fondeó delante de Santa Cruz para hacer agua. Allí ocurrió una escena grave que Pedro Mártir refiere en estos términos: El almirante, dice, mandó que treinta hombres de su buque bajasen a tierra para explorar la isla; y habiendo llegado estos hombres a la playa, encontraron cuatro perros y muchos hombres y mujeres jóvenes que corrían a su encuentro, tendiendo los brazos como suplicando y pidiendo que les auxiliaran y libertasen de la gente cruel. Viendo esto los caníbales, se retiraron huyendo a las selvas como en la isla de Guadalupe; y nuestras gentes permanecieron dos días en la isla para visitarla.



Durante este tiempo los que habían quedado a bordo, vieron venir una canoa tripulada por ocho hombres y otras tantas mujeres; nuestras gentes hicieron señales, pero ellos, aproximándose, tanto los hombres como las mujeres, empezaron a arrojar flechas tan ligera y ferozmente, que los nuestros no tuvieron tiempo de cubrirse con sus escudos, y uno de ellos murió traspasado por la flecha de una mujer, y otro, después, por otra flecha de la misma. Estos salvajes llevaban saetas de hierro envenenadas, y entre ellos había una mujer a quien obedecían todos los demás inclinándose ante ella. Era ésta, según podía conjeturarse, una reina, a la cual seguía un hijo, de mirada cruel, robusto y con cara de león. Los nuestros, comprendiendo que era mejor batirse cuerpo a cuerpo que esperar mayores males luchando desde lejos, adelantaron la embarcación a fuerza de remos, y con tal violencia la hicieron correr, que pasaron por ojo la canoa y la echaron a pique.

Pero los indios eran muy buenos nadadores, y no por ello cesaron, tanto los hombres como las mujeres, de arrojar flechas contra los nuestros, y se esforzaron tanto, que consiguieron llegar nadando a una roca cubierta de agua en la cual se subieron y siguieron luchando valerosamente. Por fin, fueron apresados, siendo muerto uno de ellos y recibiendo dos heridas el hijo de la reina. Los otros fueron llevados al buque del almirante, donde no mostraron menos ferocidad y terrible encono que los leones de Libia, cazados en una trampa, hasta tal punto de que ninguno podía mirarlos sin que se horrorizase su corazón y sus entrañas; ¡tan espantosa, terrible e infernal era su mirada!»



Cómo se ve, la lucha empezaba a formalizarse entre los indios y los europeos. Cristóbal Colón empezó a navegar hacia el Norte, entre apacibles e innumerables islas cubiertas de bosques dominados por montañas de todos colores. Esta aglomeración de islas se la denominó archipiélago de las Once mil Vírgenes. En breve apareció la isla de San Juan Bautista, hoy día Puerto Rico, tierra a la sazón infestada de caribes, pero cuidadosamente cultivada y llena de grandes árboles. Algunos marineros bajaron a la ribera y no encontraron más que una docena de casas deshabitadas. El almirante se hizo de nuevo a la mar y costeó, durante/más de cincuenta leguas, la parte meridional de Puerto Rico.

El viernes, 12 de noviembre, llegó, en fin, Colón a la isla Española. Fácil es imaginarse la emoción que debió de experimentar al ver nuevamente el teatro de sus primeros descubrimientos y al buscar aquella fortaleza en la cual había dejado a sus compañeros. ¿Qué les había sucedido durante un año a aquellos europeos abandonados en tierra salvaje? En aquel momento una gran canoa tripulada por el hermano del cacique Guacanagari llegó enfrente de la *María Galante*, y subiendo a bordo, ofreció dos imágenes de oro al almirante.

Entretanto, Cristóbal Colón trataba de descubrir su fortaleza, y a pesar de que había anclado enfrente del sitio en que la había construido, no veía el menor vestigio. Muy inquieto por la suerte de sus compañeros, bajó a tierra, y ¡cuál fue su asombro al encontrar sólo cenizas! ¿Qué había sido de sus compañeros? ¿Habían pagado con su vida aquella primera tentativa de colonización? El almirante hizo disparar a un tiempo toda la



artillería de los buques, para anunciar su llegada a la isla Española. Ninguno de sus compañeros se presentó.

Colón, desesperado, envió mensajeros al cacique Guacanagari. Éstos, a su regreso, le trajeron funestas nuevas. Si había que creer lo dicho por Guanacagari, otros caciques, irritados por la presencia de extranjeros en su isla, habían atado a nuestros desgraciados colonos y los habían asesinado. Guacanagari mismo había sido herido al quererlos defender, y en prueba de ello mostraba la pierna vendada con una tela de algodón.

Cristóbal Colón no dio ningún crédito a esta intervención del cacique, pero resolvió disimular, y al siguiente día, cuando Guacanagari fue a bordo le dispensó muy buena acogida. El cacique aceptó una imagen de la Virgen y se la colgó al cuello. Mostróse muy sorprendido al ver los caballos que le enseñaron, pues estos animales eran desconocidos para él, lo mismo que para sus compañeros. Terminada su visita, volvió el cacique a la playa, penetró de nuevo en la región de las montañas y ya no se le volvió a ver más.

El almirante envió entonces a uno de sus capitanes con trescientos hombres a sus órdenes, con la misión de explorar el país y apoderarse del cacique. El capitán penetró en las regiones del interior, pero no encontró huellas ni del cacique ni de los desgraciados colonos. Durante su excursión había descubierto un gran río y un puerto muy seguro, al que se dio el nombre de Puerto Real.

Colón no obstante, el mal éxito de su primera tentativa, resolvió fundar una nueva colonia en esta isla, que parecía rica en



metales de oro y plata. Sus naturales hablaban sin cesar de minas situadas en la provincia de Cibao. Dos hidalgos, Alonso Ojeda y Corvalán, encargados de hacer estas investigaciones, partieron en el mes de enero con una numerosa escolta y descubrieron cuatro ríos con arenas auríferas, trayendo una pepita que pesaba nueve onzas.

El almirante, al ver estas riquezas, se confirmó en su idea de que la isla Española debía ser la célebre Ofir de que habla el libro de los Reyes. Buscó un sitio para fundar una ciudad, y dos leguas al este de Monte-Cristo, en la embocadura de un río que formaba un puerto, echó los cimientos de la Isabela, y el día de la Epifanía, trece sacerdotes oficiaron en la iglesia delante de un inmenso concurso de naturales. Colón pensó entonces en enviarle noticias de la colonia al rey de España.

Doce buques cargados de oro recogido en la isla y de diferentes productos del suelo, se dispusieron a volver a Europa, bajo el mando del capitán Torres. Esta escuadrilla se hizo a la vela el 2 de febrero de 1494, y poco tiempo después Cristóbal Colón envió todavía uno de los cinco buques que le quedaban con el lugarteniente Bernardo de Pisa, de quien tenía motivos de queja.

No bien se restableció el orden en la colonia de la Isabela, dejó en ella el almirante a su hermano don Diego, en calidad de gobernador, y partió con quinientos hombres deseoso de visitar por sí mismo las minas de Cibao. El país que atravesó este pequeño ejército presentaba una admirable fertilidad; en él maduraban las hortalizas en trece días; el trigo, sembrado en febrero, daba magníficas espigas en abril, y cada año producía



dos abundantes cosechas. Traspusieron sucesivamente valles y montañas; muchas veces fue preciso emplear el pico para abrirse camino a través de estas tierras vírgenes, pero al fin los españoles llegaron a la provincia de Cibao. Allí, en una colina situada al lado de un gran río, el almirante hizo construir un fuerte de madera y piedras, abrió un buen foso y le dio el nombre de Santo Tomás, para burlarse de algunos de sus oficiales que no creían en las minas de oro. Hacían mal, sin embargo, en dudar de ellas, porque de todas partes les traían los indígenas pepitas y granos que cambiaban con premura por abalorios y especialmente por cascabeles, cuyo sonido argentino les excitaba a bailar. Además, este país no era solamente el país del oro, sino también el de las especias y de los aromas, formando los árboles que los producían verdaderos bosques, de suerte que los españoles no podían dejar de felicitarse por haber conquistado una isla tan opulenta.

Después de haber dejado encargada la custodia del fuerte de Santo Tomás a cincuenta y seis hombres mandados por don Pedro de Margarita, Cristóbal Colón emprendió nuevamente el camino hacia la Isabela a primeros de abril. Grandes lluvias contrariaron su regreso. Al llegar, encontró la colonia naciente en medio del mayor desorden; les amenazaba el hambre por falta de harina, y la harina por falta de molinos; soldados y trabajadores se hallaban extenuados por las fatigas. Colón quiso obligar a los hidalgos a que le ayudasen; empero éstos, llenos de orgullo, aunque estaban muy deseosos de adquirir fortuna, no querían bajarse a recogerla y se negaron a todo trabajo material y mecánico. Los sacerdotes les apoyaron y Colón se vio obligado a



mostrarse severo y a poner en entredicho las iglesias. Sin embargo, no podía prolongar su permanencia en la Isabela, y tenía prisa de descubrir otras tierras. Habiendo formado un Consejo destinado a gobernar la colonia, compuesto de tres nobles y del jefe de los misioneros, bajo la presidencia de don Diego, se hizo a la mar con tres navíos el 24 de abril, para completar el ciclo de sus descubrimientos. La escuadrilla bajó hacia el Sur y descubrió una nueva isla que los naturales llamaban Jamaica. Esta isla formaba una montaña con unas pendientes muy suaves, Sus habitantes parecían ingeniosos y muy aficionados a las artes mecánicas, pero de temperamento poco pacífico. Muchas veces se opusieron al desembarque de los españoles, pero fueron rechazados y concluyeron por formar un tratado de alianza con el almirante.

De la Jamaica, Cristóbal Colón llevó sus investigaciones más al Occidente y creía haber llegado al punto donde los geógrafos antiguos ponen la Quersoneso, o sea la región de oro del Occidente. Unas fuertes corrientes le rechazaron hacia Cuba, cuya costa recorrió en una extensión de doscientas veintidós leguas. Durante esta peligrosa navegación por entre arrecifes y pasos estrechos, contó más de setecientas islas, reconoció gran número de puertos y estuvo frecuentemente en relaciones con los indígenas.

En el mes de mayo los vigías de los buques señalaron gran número islas herbáceas fértiles y habitadas. Colón, acercándose a tierra, penetró en un río cuyas aguas estaban tan calientes que nadie podía meter la mano en ellas. Hecho indudablemente exagerado y que nunca han justificado los descubrimientos



posteriores. Los pescadores de esta costa empleaban para la pesca cierto pez llamado remora, que desempeña entre ellos el mismo papel que el perro cerca del cazador. Este pez, de forma desconocida, tiene el cuerpo semejante a una gran anguila, y encima de la cabeza una piel en figura de bolsa para coger los pescados. Llevan este pez atado al buque con una cuerda y metido siempre en el agua; porque no puede soportar el contacto del aire. Cuando ven un pez o una tortuga, que allí son más grandes que un broquel, entonces le aflojan la cuerda al animal, el cual, al sentirse libre, más rápido que una flecha asalta al pez o tortuga, y lo sujeta a su piel a manera de bolsa, con tal fuerza que nadie se lo puede quitar si no se le saca fuera del agua, pues tan pronto como ve los esplendores del aire suelta la presa. Los pescadores descienden tanto cuanto lo creen necesario para tomar la presa, la meten en el buque, colocan la remora en su sitio y le dan con otra cuerda por recompensa una poca carne de la presa que ha hecho.

La exploración de las costas continuó hacia el Occidente. El almirante visitó diferentes comarcas, en las cuales abundaban los ánsares, las garzas y esos perros mudos que los naturales se comen como si fuesen cabritos. Los bancos de arena eran cada vez más numerosos, librándose de ellos los navíos con dificultad. A causa de ello, el almirante tenía miedo de alejarse de estas riberas que, por otra parte, deseaba reconocer. Un día creyó ver en una punta de tierra varios hombres vestidos de blanco, a quienes tomó por hermanos de la Orden de Santa María de la Merced, y envió algunos marineros para hablar con ellos; ¡pura ilusión óptica! estos pretendidos monjes no eran otra



cosa que grandes garzas de los trópicos a quienes la distancia daba la apariencia de seres humanos.

Durante los primeros días de junio, Colón se detuvo para limpiar los buques, cuyos cascos se encontraban muy sucios a causa de los bajos fondos de la costa. El 7 del mismo mes hizo celebrar una misa solemne en la playa, y durante el oficio llegó un viejo cacique, el cual, terminada la ceremonia, ofreció algunos frutos al almirante. El soberano indígena pronunció después estas palabras:

Hásenos referido el modo como te has hecho dueño de estas tierras que te eran desconocidas, extendiendo tu poder en ellas y que tu presencia ha causado a los pueblos y a los habitantes un gran temor. Creo un deber mío exhortarte y advertirte que cuando las almas se separan del cuerpo se abren ante ellas dos caminos: uno lleno de tinieblas y de tristezas, destinado a los que molestan y castigan al género humano; otro ameno y lleno de alegrías, reservado a aquellos que durante su vida han amado la paz y el reposo de las gentes. Así, pues, si te acuerdas de que eres mortal y de que las recompensas futuras se miden por las obras de la vida presente, estoy seguro de que no molestarás a nadie.

¿Qué filósofo antiguo o moderno ha pronunciado palabras más bellas? Toda la parte humana del cristianismo se refleja en estas magníficas palabras pronunciadas por boca de un salvaje. Colón y el cacique se separaron muy complacidos el uno del otro, no siendo en verdad el viejo indígena quien quedó más sorprendido.



Por otra parte, toda esta tribu parecía vivir practicando los excelentes preceptos indicados por su jefe. La tierra era común entre los naturales, como el sol, el aire y el agua. Lo mío y lo tuyo, causa de toda discordia, no existía en sus costumbres y vivían contentos con poco. Viven en la edad de oro, dice la relación; no hacen fosos ni cercados para guardar sus posesiones; dejan los jardines abiertos y no tienen ni leyes, ni jueces, ni libros; pero poseen el instinto de lo que es bueno y consideran malo e injusto todo aquello que pueda perjudicar a otro.

Al abandonar la tierra de Cuba, Cristóbal Colón volvió hacia la Jamaica, recorriendo la costa o lado del Sur hasta su extremidad oriental. Su intención era penetrar en las islas de los caribes y destruir aquel foco de malhechores. Pero a consecuencia de sus vigiliyas y fatigas, se vio atacado de una enfermedad que le obligó a suspender sus proyectos. Tuvo que regresar a la Isabela, donde, bajo la influencia de su excelente clima y del descanso, recobró la salud, gracias a los cuidados de su hermano y de sus familiares.

Por lo demás, la colonia reclamaba imperiosamente su presencia. El gobernador del fuerte de Santo Tomás había hecho sublevar a los indígenas con sus crueles acciones. Don Diego, hermano de Colón, le había hecho observaciones que no habían sido escuchadas. Este gobernador, durante la ausencia de Colón, había regresado a la Isabela, donde se había embarcado para España, en uno de los navíos que acababa de conducir a la isla Española a don Bartolomé, segundo hermano del almirante.



Entretanto, Colón recobraba su salud, no podía dejar que se desconociese la autoridad que había delegado en sus representantes, y resolvió castigar al cacique que se había insurreccionado contra el gobernador de Santo Tomás. Ante todo, envió nueve hombres bien armados para que se apoderasen de un temible cacique llamado Caonabo. Su jefe, Ojeda, con una intrepidez de que debía más tarde dar nuevas pruebas, arrebató al cacique en medio de los suyos, y lo llevó preso a la Isabela. Colón hizo embarcar a este indígena para Europa, pero naufragó la nave que lo conducía y no se oyó hablar más de él.

Entretanto, Antonio de Torres, enviado por el rey y la reina para cumplimentar a Colón, llegó a Santo Domingo con cuatro buques. Fernando se declaraba muy satisfecho del éxito del almirante y acababa de establecer un servicio mensual de transportes entre España y la isla Española.

La captura de Caonabo había producido una sublevación general entre los indígenas, quienes querían vengar a su jefe ultrajado e injustamente deportado. Sólo el cacique Guacanagari, a pesar de la parte que había tomado en la muerte de los primeros colonos, permaneció fiel a los españoles. Cristóbal Colón, acompañado de don Bartolomé y del cacique, marchó contra los rebeldes. En breve encontró un ejército de naturales, cuyo número, evidentemente exagerado, se hace llegar por aquél a cien mil hombres. Como quiera que sea, este formidable ejército fue derrotado por un simple destacamento compuesto de doscientos infantes, veinticinco perros y veinticinco caballos. Esta victoria



restableció aparentemente la autoridad del almirante. Impúsose un tributo a los vencidos.

Los indios próximos a las minas, tuvieron que pagar cada tres meses una pequeña medida de oro, y los que estaban más distantes veinticinco libras de algodón. Pero la sublevación sólo estaba reprimida y no extinguida. A la voz de una mujer, Anacaona, viuda de Caonabo, los indígenas se sublevaron por segunda vez, consiguiendo arrastrar en su revolución al mismo Guacanagari, que había permanecido fiel hasta entonces a Colón; después, destruyendo los campos de maíz y todas las plantaciones, huyeron a las montañas. Los españoles se vieron entonces reducidos a todos los horrores del hambre, y ejercieron con los naturales terribles represalias. Hay quien afirma que una tercera parte de la población indígena pereció de hambre, de enfermedades o a manos de los compañeros de Cristóbal Colón. Estos desgraciados indios pagaban caras sus relaciones con los conquistadores europeos. Cristóbal Colón había entrado en el camino de los reveses. Mientras que su autoridad se veía más y más comprometida en la isla Española, su reputación y su carácter sufrían violentos ataques en España. No estaba allí para defenderse, y los oficiales que había mandado a la madre patria, le acusaban en alta voz de mostrarse injusto, cruel y aun llegar a insinuar que el almirante trataba de declararse independiente del rey. Fernando, imbuido por estas indignas acusaciones, nombró un comisario a quien encargó, que apreciara los hechos referidos y que fuera a las Indias occidentales. Era este comisario un noble llamado Juan de Aguado. La elección de este caballero, destinado a cumplir una misión de confianza, no fue acertada.



Juan de Aguado era un espíritu parcial y prevenido. Llegó, pues, en el mes de octubre al puerto de la Isabela, y en el momento en que el almirante, ocupado en sus exploraciones, se hallaba ausente, comenzó tratándolo con suma altivez al hermano de Cristóbal Colón. Don Diego, apoyándose en su título de gobernador general, se negó a someterse al comisario del rey.

Juan de Aguado se disponía a volver a España no llevando más que muy incompletas informaciones, cuando un terrible huracán echó a pique dentro del mismo puerto los barcos que había llevado. No había más que dos carabelas en la isla Española. Cristóbal Colón, que había vuelto a la colonia, obrando con una grandeza de alma que nunca se admirará demasiado, puso una de estas embarcaciones a disposición del comisario regio, con la condición de que él se embarcaría en la otra para justificarse en presencia del rey.

A tal estado habían llegado las cosas cuando fueron descubiertas nuevas minas de oro en la isla Española. El almirante suspendió la marcha. La codicia tuvo el poder suficiente para cortar todas las discusiones. Nadie se acordaba ni del rey ni de España, ni de la información que había mandado abrir. Acudieron muchos oficiales a los nuevos terrenos auríferos, donde encontraron pepitas, algunas de las cuales pesaban hasta veinte onzas, y así mismo un bloque de ámbar, de peso de trescientas libras. Colón hizo levantar, dos fuertes para proteger a los marineros, el uno en el límite de la provincia de Cibao, y el otro en las orillas del río Hayna. Tomada esta precaución y urgiéndole justificarse, partió para España.



Las dos carabelas abandonaron el puerto de Santa Isabel el 10 de marzo de 1496. Cristóbal Colón llevaba a bordo doscientos veinticinco pasajeros y treinta indios. El 9 de abril, tocó en Marigalante, y el 10 hizo agua en la Guadalupe, donde sostuvo una refriega bastante viva con los naturales. El 20 dejó esta isla poco hospitalaria, y por espacio de un mes tuvo que luchar contra los vientos alisios. El 11 de junio se divisó la tierra de Europa, y al día siguiente entraban las carabelas en el puerto de Cádiz.

Este segundo regreso del almirante no fue saludado como el primero con el entusiasmo de las poblaciones, al cual había sucedido la frialdad y la envidia. Los mismos compañeros del almirante se volvían contra él, pues, descorazonados y sin ilusiones, sin la fortuna en cuya busca habían corrido tantos peligros y sufrido tantas fatigas, se mostraban injustos.

Sin embargo, no era culpa de Colón el que las minas explotadas hasta entonces costaran más de lo que producían.

Sin embargo, el almirante fue recibido en la corte con cierto favor. El relato de su segundo viaje le volvió a conquistar las simpatías perdidas. ¿Acaso no había descubierto durante esta segunda expedición las islas Dominica, Marigalante, Guadalupe, Montserrat, Santa María, San Martín, Santa Cruz, Puerto Rico y Jamaica? ¿No había efectuado un nuevo reconocimiento de Cuba y de Santo Domingo? Colón combatió nuevamente a sus adversarios, no empleando contra ellos más armas que la ironía. A los que negaban el mérito de sus descubrimientos, les propuso que hicieran sostener un huevo en equilibrio sobre una de sus



extremidades, y cuando se convencieron de que no podían conseguirlo, el almirante, cascando un poco la cascara, conseguía lo propuesto diciendo: ¿No habíais pensado en ello, no es verdad? Pues bien, todo es lo mismo.

III. – Tercer viaje: Madera. – Santiago del archipiélago del Cabo Verde. – La Trinidad. – Se ve por vez primera la costa americana de Venezuela, más allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumaná. – Golfo de Pavía. – Los jardines. – Tobago. – Granada – Margarita. – Cubaga. – La isla Española durante la ausencia de Colón. – Fundación de la ciudad de Santo Domingo. – Llegada de Colón. – Insubordinación de la colonia. – Quejas en España. – Envía el rey a Bobadilla para averiguar la conducta de Colón. – Prenden a Colón y le envían encadenado, con sus dos hermanos. – Su llegada a presencia de Fernando e Isabel. – Recobra el favor real.

Cristóbal Colón no había renunciado todavía a continuar sus conquistas más allá del Océano Atlántico. Ni las fatigas, ni la injusticia de los hombres podían detenerle. Después de haber triunfado, no sin dificultad, de la malevolencia de sus enemigos, consiguió organizar una tercera expedición bajo los auspicios del gobierno español. El rey le concedió ocho buques, cuarenta jinetes, cien infantes, sesenta marineros, veinte mineros, cincuenta labradores, veinte obreros de diferentes oficios, treinta mujeres, médicos y músicos. Prometiése además al almirante que todas las penas de presidio que se impusieran en el reino



serían conmutadas por deportación a las islas; de esta suerte se anticipaba a los ingleses en la idea tan acertada de poblar las nuevas colonias con reos arrepentidos a quienes debía rehabilitar el trabajo.

Cristóbal Colón se dio a la vela el 30 de mayo de 1498, aunque padecía de la gota y se encontraba todavía enfermo a causa de los disgustos que había experimentado desde su regreso. Antes de partir supo que le espiaba una flota francesa a la altura del cabo de San Vicente, con objeto de poner obstáculos a su expedición. Para evitarlo, se dirigió a la isla Madera, y desde allí envió a la Española todos sus buques, menos tres, mandados por los capitanes Pedro de Arana, Alonso Sánchez de Carbajal y Juan Antonio Colón, pariente suyo. Él mismo, con un navío y dos carabelas, puso la proa al mediodía con la intención de cortar el Ecuador y buscar tierras más meridionales, que, según la opinión generalmente admitida, debían ser más ricas en producciones de todas clases.

El 27 de junio tocó la flotilla en las islas de la Sal y de Santiago, que forman parte del archipiélago del cabo Verde. Desde aquí volvió a partir el 5 de julio; hizo veinte leguas al Sudoeste, experimentó las grandes calmas y los calores tórridos, y al llegar a Sierra Leona se dirigió directamente hacia el Oeste.

El 31 de julio a mediodía, uno de los marineros anunció tierra. Era una isla situada en el extremo Nordeste de la América Meridional, muy próximo a la costa. El almirante le dio el nombre de la Trinidad, y toda la tripulación entonó el *Salve Regina*, con acentos de gratitud. Al día siguiente, 1º de agosto, a



cinco leguas del punto señalado, el buque y las dos carabelas anclaron cerca de la punta de Alcatraz. El almirante hizo bajar a tierra a algunos de sus marineros para renovar sus provisiones de agua y leña. La costa parecía deshabitada, pero notábanse en ella numerosas huellas de animales que debían ser cabras.

El 2 de agosto, una larga canoa, tripulada por veinticuatro indígenas, se adelantó hacia los buques. Aquellos indios, que eran de elevada estatura, y más blancos de piel que los indígenas de la isla Española, llevaban en la cabeza un turbante de lienzo de algodón de vivos colores, y alrededor del cuerpo un tonelete de la misma tela. Se trató de hacerlos subir a bordo, dándoles espejos y dijes, y los marineros, para inspirarles confianza, empezaron a bailar alegremente; pero los indígenas, asustados del ruido del tamboril, que les pareció una demostración hostil, contestaron con una nube de flechas y se dirigieron hacia una de las carabelas; allí un piloto trató aún de apaciguarles, dirigiéndose hacia ellos, pero bien pronto la canoa se alejó y no volvió a aparecer.

Cristóbal Colón se hizo entonces nuevamente a la mar, y descubrió una nueva isla a la que dio el nombre de Gracia; pero lo que creyó una isla era realmente la costa americana; eran las riberas de Venezuela, que forman el delta del Orinoco, entrecortado por los múltiples ramales de este río. Aquel día fue cuando descubrió Colón el continente americano en la parte de Venezuela que se llama provincia de Cumaná.

Entre esta costa y la isla de Trinidad, forma la mar un golfo peligroso, el golfo de Paria, en el cual difícilmente puede resistir



un buque las corrientes que impulsan al Oeste con suma rapidez. El almirante se creía en alta mar y corrió grandes peligros en este golfo, porque los ríos del continente, hinchados por una crecida accidental, arrojaban sobre los buques masas considerables de agua. He aquí en qué términos refiere Cristóbal Colón este incidente en la carta que escribió al rey y a la reina:

Hallándome en el puente a una hora avanzada de la noche, oí un rugido terrible; traté de penetrar la obscuridad, y de pronto vi el mar en forma de una colina tan alta como mis buques que se levantaba lentamente sobre ellos. Por encima de esta colina venía una corriente con gran estrépito. No vacilé un momento en creer que íbamos a ser absorbidos, y aún hoy experimento a este solo recuerdo una sensación dolorosa; mas, por fortuna, pasaron la corriente y el oleaje; se dirigieron hacia la embocadura del canal, donde lucharon por largo tiempo y desaparecieron.

Sin embargo, a pesar de las dificultades de la navegación, el almirante, recorriendo este mar, cuyas aguas se hacían más apacibles a medida que iba hacia el Norte, reconoció diferentes cabos, uno al Este, en la isla Trinidad, el cabo de Peña Blanca, otro al Oeste en el promontorio de Paria, que es el cabo de Lapa, y vio muchos puertos, entre ellos el de los Monos, en la embocadura del Orinoco. Colón tomó tierra hacia el Oeste de la punta de Cumaná, y obtuvo muy buena acogida por parte de los habitantes, que eran numerosos. Hacia el Occidente, más allá de la punta de Alcaraz, era magnífico el terreno, y los indígenas afirmaban que en él se recogía mucho oro y perlas.



Colón hubiera querido permanecer algún tiempo en esta parte de la costa; pero no se veía en ella ningún abrigo para sus buques; y, por otra parte, su salud, seriamente alterada, y su vista, muy debilitada, exigían cierto reposo, de manera que tanto por él como por sus compañeros necesitaba llegar cuanto antes al puerto Isabela. Avanzó, pues, por la costa venezolana cuanto pudo, manteniendo relaciones con los indígenas. Estos indios estaban muy bien formados y eran de agradable fisonomía; sus viviendas demostraban cierto gusto; tenían casas con sus fachadas, y en ellas se veían algunos muebles bien hechos. Llevaban el cuello adornado con placas de oro. En cuanto al terreno, era magnífico; sus ríos, sus montañas, sus bosques numerosos hacían de aquello un país delicioso; así es que el almirante dio a tan excelente comarca el nombre de Gracia, y en el curso de una discusión trató de probar que allí estuvo situada la cuna del género humano: el Paraíso terrenal que habitaron Adán y Eva por tanto tiempo. Para comprender hasta cierto punto esta opinión del gran navegante, es preciso no olvidar que creía hallarse en las riberas del Asia. Aquel sitio encantador fue llamado por él los Jardines.

El 23 de agosto, después de haber salvado, no sin peligro ni fatigas, las corrientes de este punto, Cristóbal Colón salió del golfo de Paria por el estrecho llamado Boca del Dragón, cuyo nombre se ha conservado hasta nosotros. No bien llegaron a alta mar los españoles, descubrieron la isla de Tabago, situada al nordeste de la Trinidad; más al Norte, la Concepción, hoy Granada. Entonces, el almirante puso la proa al Sudoeste y volvió hacia la costa americana, la cual prolongó en una



extensión de cuarenta leguas. El 25 de agosto recorrió la poblada isla de Margarita, y finalmente la isla de Cubaga, situada cerca de tierra firme. En este punto, los indígenas habían fundado una pesquería de perlas y se ocupaban en la recolección de este precioso producto. Colón envió una canoa a tierra, y realizó cambios muy ventajosos, pues por pedazos de loza o cascabeles, obtuvo muchas libras de perlas, algunas de las cuales eran muy gruesas y de un magnífico oriente. Al llegar a este punto de sus descubrimientos, el almirante se detuvo, pues aunque tenía vivos deseos de explorar este país la tripulación y su mismo jefe se hallaban extenuados. Se emprendió, pues, la ruta hacia Santo Domingo, donde llamaban a Cristóbal Colón intereses más graves.

El almirante, antes de su partida, había autorizado a su hermano para echar los cimientos de una nueva ciudad. Con este objeto, don Bartolomé había recorrido toda la isla, y habiendo encontrado a unas cincuenta leguas de la Isabela un excelente puefto, en la desembocadura de un gran río, trazó allí las primeras calles de la ciudad de Santo Domingo. De esta manera los dos hermanos de Colón reunieron toda la administración de la colonia; pero agitábanse ya muchos descontentos y se disponían a rebelarse contra la autoridad de aquéllos. En estas circunstancias fue cuando llegó a Santo Domingo. Dio la razón a sus hermanos, quienes, por otra parte, habían administrado bien los negocios, y publicó una proclama para reducir a la obediencia a los españoles rebeldes. Después, el 18 de octubre, hizo partir cinco buques con un oficial encargado de comunicar



al rey los nuevos descubrimientos y el estado de la colonia, puesta en peligro por los autores del desorden.

En aquel momento, los asuntos de Cristóbal Colón tomaban mal giro en España. Desde que había marchado, las calumnias no habían cesado de acumularse contra él y contra sus hermanos. Algunos revoltosos, expulsados de la colonia, denunciaban una nueva dinastía, la de los Colones, y excitaban los celos de un monarca vanidoso e ingrato. La misma reina Isabel, hasta entonces fiel protectora del marino genovés, se sintió indignada al ver que desembarcaban de los buques trescientos indios a quienes se había arrancado a su país y se trataba como a esclavos. Pero doña Isabel ignoraba que el abuso de la fuerza se había llevado a cabo contra la voluntad de Colón y durante su ausencia. No por ello dejó de ser juzgado, menos responsable el almirante, y para poner en claro su proceder, envió a la corte, a la isla Española a un comendador de Calatrava, llamado Francisco Bobadilla, a! cual se dieron los títulos de intendente de justicia y de gobernador general, lo que era realmente destituir a Colón. Bobadilla, investido de este poder discrecional, partió con dos carabelas a fines de junio de 1500, y el 23 de agosto los colonos vieron los dos buques que trataban de entrar en el puerto de Santo Domingo.

Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé se hallaban ausentes, ocupados en la construcción de un fuerte en el cantón de Jaragua. Don Diego mandaba en su nombre. Bobadilla saltó a tierra y fue a oír misa, desplegando durante esta ceremonia una ostentación muy significativa; después mandó a don Diego que



compareciese a su presencia y le ordenó que resignara sus poderes en sus manos.

Cristóbal Colón, avisado por un mensajero, llegó a toda prisa, leyó las cartas patentes de Bobadilla, y no bien las hubo leído, le reconoció como intendente de justicia, pero no como gobernador general de la colonia. Entonces Bobadilla le entregó una carta de los Reyes Católicos, concebida en estos términos: Don Cristóbal, nuestro almirante en el Océano.

Hemos ordenado al comendador don Francisco Bobadilla que os explique nuestras intenciones. Os ordenamos que le deis fe y ejecutéis lo que os diga de nuestra parte, YO, EL REY; YO, LA REINA.

El título de virrey que pertenecía a Colón, según el convenio solemnemente firmado por Fernando e Isabel, no se mencionaba en esta carta. Colón ahogó su justa cólera y se sometió; pero contra el almirante desgraciado se levantó todo el campo de los falsos amigos. Todos los que debían su fortuna a Colón se volvieron contra él y le acusaron de haber querido hacerse independiente. ¡Necias acusaciones! ¿Cómo hubiera podido ocurrírsele semejante idea a un genovés, a un extranjero, solo, en medio de una colonia española?

Bobadilla encontró la ocasión favorable. Don Diego estaba ya preso y el gobernador hizo aherrojar a don Bartolomé y al mismo Cristóbal Colón. Acusado el almirante de alta traición, fue embarcado con sus dos hermanos en un buque que los condujo a España, mandado por Alfonso de Vallejo. Este oficial, hombre de ánimo resuelto, avergonzado del trato que sufría



Colón, quiso quitarle las ligaduras que le sujetaban, pero el descubridor se negó a ello. El que había conquistado el Nuevo Mundi quiso llegar cargado de cadenas al reino de España que había enriquecido.

El almirante tenía razón para obrar así, porque al verle en este estado de humillación, atado como un malhechor, tratado como un criminal, se sublevó el sentimiento público. El reconocimiento ante el hombre de genio, abrióse paso al través de las malas pasiones sobreexcitadas tan injustamente. Fue aquello un desbordamiento de cólera contra Bobadilla. Los reyes, arrastrados por la opinión, condenaron altamente la conducta de comendador y dirigieron a Cristóbal Colón una carta muy afectuosa invitándole a ir a la corte.

Tuvo, pues, aún un gran día Colón. Presentóse delante de Fernando y de Isabel, no como acusado, sino como acusador; el recuerdo de sus indignos tratamientos le destrozaba el alma; prorrumpió en llanto el grande hombre, e hizo llorar a los que le rodeaban. Explicó su conducta con altivez. Acusábanle de ambición, de haberse enriquecido con la administración de la colonia, y se presentaba tal como se encontraba; casi sin recursos. ¡El que acababa de descubrir un mundo no poseía ni un techo que le cobijara!

Doña Isabel, buena y compasiva, lloró con el viejo marino y estuvo largo rato sin poderle contestar a causa de los sollozos. Finalmente, salieron de sus labios palabras afectuosas; aseguró a Colón que podía contar con su protección; le prometió vengarle de sus enemigos; se excusó de la mala elección que había hecho



enviando a Bobadilla a las islas, y juró que daría un castigo ejemplar. En seguida rogó a Cristóbal Colón que dejase pasar algún tiempo, antes de tomar nueva posesión de su gobierno, a fin de que los ánimos prevenidos contra él volviesen al sentimiento del honor y de la justicia.

Las afectuosas frases de la reina tranquilizaron a Cristóbal Colón, mostróse satisfecho de la manera como le había recibido, y comprendió la necesidad de que transcurriese el plazo que le pedía doña Isabel. Sus más ardientes deseos eran continuar sirviendo a su país de adopción y a su soberano, y hacía entrever algunas otras cosas que podían intentarse aún en el camino de los descubrimientos. En efecto, su tercer viaje, no obstante, su corta duración, no había sido infructuoso, y el mapa se enriqueció con los nombres nuevos de la Trinidad, el golfo de Paria, costa de Cumaná, y las islas de Tabago, Granada, Margarita y Cubaga.



IV: – Cuarto viaje: una flotilla de cuatro buques. – La Gran Canaria. – La Martinica. – La Dominica. – Santa Cruz. – Puerto Rico. – La isla Española. – La Jamaica. – La isla de los Caimanes. – Isla de los Pinos. – Isla de Guanaja. – Cabo Honduras. – La costa americana de Trujillo en el golfo de Darién. – Islas Limoares. – Isla Huerta. – Costa de Veragua. – Terrenos auríferos. – Rebelión de los indígenas. – El sueño de Colón. – Porto Bello. – Las Mulatas. – Detención en la Jamaica. – Miseria. – Sublevación de los españoles contra Colón. – El eclipse de luna. – Llegada de Colón a la isla Española. – Regreso de Colón a España. – Su muerte el 20 de marzo de 1506.

Cristóbal Colón había reconquistado en la corte de Fernando e Isabel, todo el favor que se le debía. Tal vez el rey manifestase hacia él cierta frialdad, pero la reina le protegía calurosamente y ostensiblemente. Sin embargo, no se le había devuelto todavía el título de virrey; pero el almirante, como hombre superior, no lo reclamó. Tuvo, por otra parte, la satisfacción de ver a Bo-badilla destituido, tanto por los abusos del poder como por su conducta para con los indios, que había sido atroz. La inhumanidad de este hombre llegó hasta tal extremo, que durante su administración disminuyó sensiblemente la población indígena.

Entretanto, la isla Española, comenzaba a ver realizadas las promesas de Colón, que no pedía más de tres años para aumentar en sesenta millones las rentas de la Corona. El oro se recogía en abundancia en aquellas minas mejor explotadas; ya un



esclavo había desenterrado en las orillas del río Hayna un pedazo que, pesaba tres mil seiscientos escudos de oro y se preveía que las nuevas colonias encerraban riquezas incalculables.

El almirante, no pudiendo permanecer inactivo, quiso prender en seguida otro viaje, a pesar de tener sesenta y seis años de edad. Las razones, que él daba en favor de esta nueva expedición, eran muy plausibles. Efectivamente, un año antes del regreso de Colón, el portugués Vasco de Gama había vuelto de las Indias, después de haber doblado el cabo de Buena Esperanza. Pues bien, Colón quería, yendo a él por las rutas del Oeste, mucho más seguras y mucho más cortas, hacer una seria competencia al gobierno portugués. Continuaba, pues, sosteniendo, en su creencia de haber llegado al Asia, que las islas y continentes que él había descubierto sólo estaban separadas de las Molucas por un estrecho. Quería, pues, sin tocar en la isla Española y en las colonias ya instaladas, ir directamente a las Indias. Así, pues, el virrey destituido volvía a ser el audaz navegante de sus primeros años.

El rey accedió a la demanda del almirante, y le confió el mando de una flotilla compuesta de cuatro buques, el Santiago, el Gallego, el Vizcaíno y la carabela capitana. El mayor de estos buques no medía más de setenta toneladas; el más pequeño tan sólo cincuenta. En realidad, no eran más que barcos de cabotaje.

Cristóbal Colón salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502, con ciento cincuenta hombres de tripulación. Llevaba consigo a su



hermano Bartolomé y a su segundo hijo Fernando, de trece años de edad, que era fruto de un segundo matrimonio.

El 20 de mayo, los buques llegaron a la Gran Canaria, y el 15 de junio a una de las islas del Viento y la Martinica; después tocaron en la Dominica, y Santa Cruz y en Puerto Rico, y finalmente, después de una feliz travesía, llegaron el 29 de junio delante de la isla Española.

La intención de Colón, aconsejado por la reina, era no poner el pie en esta isla, de donde había sido tan indignamente arrojado; pero no soportando la mar su carabela, por ser de mala construcción y reclamar con urgencia la carena, el almirante pidió al gobernador permiso para entrar en el puerto. El nuevo gobernador que había sucedido a Bobadilla era un caballero de la orden de Alcántara, llamado Nicolás Ovando, hombre justo y moderado. Sin embargo, por un exceso de prudencia, pretextando que la presencia de Colón podría ocasionar desórdenes en la colonia, le negó la entrada en el puerto. Colón ocultó en su corazón el mal efecto que le produjo semejante conducta, y correspondió con un buen consejo a tan mal proceder.

La flota que debía conducir a Bobadilla a España, juntamente con un gran pedazo de oro e inmensas riquezas, estaba pronta a darse a la vela. El tiempo había adquirido, sin embargo, un aspecto amenazador, y habiendo observado Colón, con su perspicacia de marino, señales de una próxima tempestad, lo puso en conocimiento del gobernador para que no expusiese los buques y los que los tripulaban. Pero Ovando no hizo caso



alguno del consejo del almirante. Los barcos se hicieron a la mar, y aún no habían llegado a la punta occidental de la isla, cuando un terrible huracán hizo perecer veintiuno de ellos, con toda su tripulación y cargamentos. Bobadilla y la mayor parte de los enemigos de Colón se ahogaron, mientras que, por una excepción providencial, el buque que llevaba los restos de la pequeña fortuna de los Colón, escapó del desastre. Él Océano acababa de engullir oro y piedras preciosas por valor de diez millones.

Entretanto, las cuatro carabelas del almirante, rechazadas del puerto, habían huido ante la tempestad, y aunque fueron desamparadas y apartadas unas de otras, volvieron a reunirse. La borrasca las llevó el 14 de julio a la vista de Jamaica, desde donde las arrastraron grandes corrientes al Jardín de la Reina, y después en dirección del Este, cuarto Sudoeste. La escuadrilla luchó entonces durante sesenta días, sin hacer más de sesenta leguas, y fue, por fin, arrojada a la costa de Cuba, lo cual produjo el descubrimiento de las islas Caimanes y la de los Pinos.

Cristóbal Colón hizo entonces rumbo hacia el Sudoeste por medio de mares que ningún buque europeo había recorrido todavía. Lanzábase de nuevo en la vía de los descubrimientos con todas las apasionadas emociones del navegante. La fortuna le condujo hacia la costa septentrional de América, reconoció la isla de Guanaja el 30 de julio, y el 14 de agosto tocó en el cabo de Honduras, esa lengua de tierra que, prolongada por el istmo de Panamá, reúne los dos continentes.



Así, pues, costeaba Colón, sin saberlo, la verdadera tierra americana. Siguió los contornos de aquellas playas durante más de nueve meses, en medio de peligros y luchas de todo género, y señaló la forma de estas costas desde el punto donde estuvo después Trujillo hasta el golfo de Darién. Todas las noches echaba en áncla para no alejarse de tierra, y así llegó hasta el límite oriental que termina bruscamente en el cabo de Gracias a Dios.

El 14 de septiembre dobló este cabo, pero el almirante se vio asaltado por golpes de viento que el más viejo de los marineros de su tripulación no había experimentado jamás. He aquí en qué términos refiere este terrible episodio en su carta al rey de España: Por espacio de ochenta días las olas continuaron sus asaltos, y mis ojos no vieron ni el sol, ni las estrellas, ni planeta alguno; mis buques estaban deshechos, mis velas rotas, perdidas las cuerdas y las lanchas; mis marineros, enfermos y consternados, se entregaban a los piadosos deberes de la religión; ninguno dejaba de ofrecer en voto peregrinaciones, y todos se confesaban mutuamente, temiendo a cada momento ver el término de su existencia. He presenciado muchas tempestades, pero ninguna tan larga y violenta. Muchos de mis hombres, que pasaban por marinos intrépidos, perdieron el valor; pero lo que me llegaba profundamente al alma era la aflicción de mi hijo, cuya juventud acrecentaba mi desesperación, y a quien consideraba víctima de mayores penas y tormentos que ninguno de nosotros. Sin duda Dios le prestó tanto valor; pues sólo él reanimaba a los marineros y les devolvía la paciencia en su tribulación; finalmente, parecía ser



navegante envejecido en las tempestades, siendo el caso tan notable y tan difícil de creer que venía a mezclar un poco de alegría a las penas que me agobiaban. Estaba enfermo y muchas veces vi acercarse mi último momento... Finalmente, para colmo de desgracia, veinte años de servicios, de fatigas y de peligros no me han procurado utilidad alguna, puesto que actualmente no poseo un techo en España, y cuando quiero tomar algún descanso y los alimentos más comunes, tengo que acudir a una posada; y aun llega a acontecerme con frecuencia que no me es posible pagar mi escote.

¿No indican estas líneas los supremos dolores que laceraban el alma de Colón? En medio de tantos peligros e inquietudes, ¿cómo podía conservar la energía necesaria de un jefe de expedición?

Todo el tiempo que duró la tempestad, los buques recorrieron la costa que lleva sucesivamente los nombres de Honduras, isla de los Mosquitos, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y Panamá. Las doce islas Limonares fueron descubiertas durante este período. Finalmente, el 25 de septiembre se detuvo Colón entre la isla de la Huerta y el continente; luego, el 5 de octubre, partió de nuevo y después de recorrer la bahía del Almirante, echó el áncora delante de la aldea de Cariay. Allí fueron reparados los buques y quedaron detenidos hasta el 15 de octubre.

Cristóbal Colón creyó entonces haber llegado no muy lejos de la embocadura del Ganges, y al hablarle los naturales de cierta provincia de Ciguara, cercada por el mar, parecían confirmar esta opinión. Suponían también que la comarca encerraba minas



de oro, de las cuales la más importante estaba situada veinticinco leguas hacia el Sur. El almirante volvió a hacerse a la mar y comenzó a seguir la escarpada costa de Veragua. En esta parte del continente los indios parecían muy salvajes. El 26 de noviembre, la flotilla entró en el puerto del Retrete, que forma el actual puerto de Escribanos. Los buques, carcomidos, se hallaban en el más lamentable estado; por lo que fue preciso reparar sus averías y prolongar la permanencia en Retrete. Colón no salió de este puerto sino para sufrir una tempestad más horrible aún que las anteriores. Durante nueve días, dice, permanecí sin ninguna esperanza de salvación. Jamás hombre alguno vio una mar más violenta y terrible; hallábase cubierta de espuma; el viento no permitía seguir hacia adelante ni dirigirse hacia algún cabo; y me retenía en aquella mar, cuyas olas parecían de sangre y estaban hirviendo como si estuvieran al fuego. Jamás vi un cielo de más espantoso aspecto, ardiendo todo un día y una noche como un horno; despedía sin cesar rayos y centellas, de suerte que temía a cada momento ver desaparecer las velas y los mástiles.

Retumbaba el trueno con tan horrible estrépito, que parecía que iba a destruir nuestros buques; y entretanto caía la lluvia con tal violencia, que parecía un nuevo diluvio. Extenuados los marineros por tantas fatigas y tormentos, invocaban como término a tantos males la muerte; mis buques estaban abiertos por doquiera y las lanchas, las áncoras, las cuerdas, las velas, todo estaba perdido.»

Durante esta larga y penosa navegación, el almirante ha recorrido cerca de trescientas cincuenta leguas. La tripulación



había agotado sus fuerzas. Vióse, pues, obligado a retroceder y a ganar la costa de Veragua; pero no habiendo encontrado un abrigo seguro para sus buques, se fue a la embocadura del río Belén, hoy el Yebra, en donde echó el ancla el día 6 de la Epifanía del año 1503.

A la mañana siguiente volvió a comenzar la tempestad, y en el día 24 de enero experimentó tan rápida crecida el río, que se rompieron las amarras de los buques y no pudo salvárseles sino con gran trabajo.

Entretanto, el almirante, no olvidando el principal objeto de su misión en estas nuevas tierras, había comenzado a establecer relaciones con los indígenas. El cacique de Belén se mostraba muy complaciente y señaló a cinco leguas al interior una comarca en la que las minas de oro debían ser muy ricas. El 6 de febrero Cristóbal Colón envió hacia el sitio indicado un destacamento de setenta hombres, bajo la dirección de su hermano Bartolomé. Después de haber atravesado un terreno muy quebrado y surcado por ríos tan sinuosos, que uno de ellos tuvo que ser cruzado treinta y nueve veces durante el trayecto, los españoles llegaron a los terrenos auríferos. Eran inmensos y se extendían hasta perderse de vista. El oro era tan abundante, que un hombre solo podía recoger una medida en diez días. En cuatro horas recogieron Bartolomé y sus compañeros una cantidad enorme, y volvieron a donde estaba el almirante, el cual, no bien supo el resultado, dispuso que se estableciesen en la costa e hizo construir en ella barracas de madera.



Las minas de esta región eran verdaderamente de una incomparable riqueza; parecían inagotables, y por ellas olvidó Colón Cuba y Santo Domingo. Su carta al rey Fernando demuestra el entusiasmo; es cosa extraña que este hombre escribiera las siguientes palabras, que ni son propias de un filósofo, ni de un cristiano: ¡Oro! ¡Oro! ¡Excelente cosa! ¡El oro engendra las riquezas! ¡Por él todo se hace en el mundo y muchas veces es bastante para hacer entrar las almas en el Paraíso!

Los españoles trabajaban con ardor para llevar el oro a sus buques. Hasta entonces las relaciones con los indígenas habían sido pacíficas, a pesar de ser estas gentes de un carácter feroz. Pero en breve, irritado el cacique con la usurpación que habían efectuado los extranjeros, resolvió degollarlos y quemar sus viviendas. Un día se arrojó sobre los españoles con fuerzas considerables. Los indios fueron rechazados y el cacique cayó prisionero con toda su familia. Sus hijos y él consiguieron escapar y ganaron la región de las montañas con gran número de sus compañeros. Más tarde, en el mes de abril, los indígenas, formando un grupo considerable, atacaron por segunda vez a los españoles y casi los exterminaron.

Entretanto, la salud de Colón empeoraba cada día; le faltaba aliento para abandonar aquel lugar, lo cual le desesperaba. Un día, rendido de fatiga, durmióse profundamente, y en su sueño oyó una voz compasiva que le dictó las palabras que vamos a repetir textualmente, porque están impregnadas de cierta religiosidad extática que completa la personalidad del viejo navegante. He aquí lo que dijo aquella voz:



¡Oh insensatos! ¿por qué tanta lentitud en creer y servir a tu Dios, el Dios del universo? ¿Qué más hizo por Moisés y por David su siervo? Desde tu nacimiento, ¿no has sido objeto por su parte de la más tierna solicitud? Y cuando llegaste a la edad de realizar sus designios, ¿no hizo resonar gloriosamente tu nombre por la tierra? ¿No te ha dado las Indias, esta parte del mundo tan rica? ¿No te ha dejado en libertad de ofrecerlas en homenaje a quien te plazca? ¿Quién, si no Él, te ha procurado los medios de realizar tus proyectos? La entrada del Océano estaba cerrada por cadenas y verjas que no podías romper, y Él te dio la llave para abrirlas. Tu poder fue reconocido en tierras lejanas y tu gloria proclamada por todos los cristianos. ¿Mostróse acaso Dios más favorable al pueblo de Israel cuando se retiró de Egipto? ¿Protegió más eficazmente a David cuando, de simple pastor, lo hizo rey de Judea? Vuélvete hacia Él y reconoce tu error, porque, su misericordia es infinita. Tu vejez no será ya un obstáculo para los grandes hechos que te esperan; porque en sus manos tiene los destinos más brillantes. ¿No tenía Abrahán más de cien años y Sara había pasado ya de la primera juventud cuando nació Isaac? Pides un auxilio inseguro. Responde: ¿quién te ha puesto, en tan graves peligros? ¿Ha sido Dios o el mundo? Dios no deja de cumplir jamás las promesas que hace a sus servidores. No es, pues, Él quien, luego de haber recibido un servicio, dice que no se han seguido sus intenciones y quien da a sus órdenes una nueva interpretación; no es Él quien da un color favorable a los actos arbitrarios. Sus palabras no pueden ser nunca mal interpretadas; todo lo que promete lo cumple con usura. Siempre procede así. Ya te he dicho lo que, el Creador ha hecho



por ti; en este momento demuestra el premio y la recompensa de los peligros y penalidades que has debido arrostrar por el servicio de los otros. Y yo, aunque extenuado por los padecimientos, escuché este discurso; pero no tuve fuerzas para contestar a promesas tan seguras y me limité a llorar mis errores. Aquella voz acabó de hablar en estos términos: Espera, ten confianza; tus trabajos serán grabados en mármol, y lo serán con justicia.

No bien se sintió restablecido, Cristóbal Colón se dispuso a abandonar aquella costa. Hubiera querido fundar allí un establecimiento, pero sus tripulantes eran demasiado pocos para que se atreviera a dejar allí una parte de ellos.

Las carabelas estaban carcomidas y tuvo que abandonar una en Belén y hacerse a la vela con las otras el día de Pascua. Mas apenas hubo navegado treinta leguas, se abrió una vía de agua en una de las naves. El almirante tuvo que ganar la costa a toda prisa y llegó afortunadamente a Porto-Bello, donde dejó aquel barco cuyas averías eran irreparables. La escuadrilla, que sólo se componía entonces de dos carabelas, sin chalupas, casi sin provisiones y teniendo que recorrer siete mil millas, remontó la costa, pasó por delante del puerto del Retrete, reconoció el grupo de las Mulatas y penetró en el golfo de Darién, que fue el punto extremo que Colón tocó en el Este.

El 1º de mayo, el almirante se dirigió hacia la isla Española y el 10 llegó a la vista de la de los Caimanes; pero no pudo vencer los vientos, que le dirigieron al Noroeste, hasta cerca de Cuba. Allí una tempestad en medio de los arrecifes, le hizo perder las velas y las



áncoras, y los dos buques chocaron durante la noche. Después, arrojándole el huracán hacia el Sur, volvió con sus deshechas embarcaciones a la Jamaica, fondeando el 23 de junio en el puerto de San Gloria, que después fue la bahía de Don Cristóbal. El almirante quería ganar la isla Española, porque allí se encontraban los recursos necesarios para reparar los buques, recursos que faltaban absolutamente en Jamaica; pero estas dos carabelas, enteramente carcomidas, parecidas a dos panales de abejas», no podían intentar sin gran riesgo aquella navegación de treinta leguas. ¿Cómo enviar un mensaje a Ovando, gobernador de la isla Española?

Entretanto, las carabelas hacían agua por todas partes y el almirante tuvo que abandonarlas; después tuvo que organizar la vida común en estas riberas. Los indios fueron en seguida en su auxilio, de que estaban tan necesitados. Pero estos desgraciados marineros, que habían pasado tantos trabajos, manifestaban su descontento contra el almirante y se hallaban dispuestos a rebelarse, y el infortunado Colón, combatido por la enfermedad, no podía abandonar su lecho de dolores.

Entonces fue cuando los valientes oficiales Méndez y Fieschi propusieron al almirante que intentara hacer en piraguas indias la travesía de Jamaica a la isla Española. En realidad, era un viaje de doscientas leguas, porque era preciso volver a subir la costa hasta el puerto de la colonia; pero los valerosos oficiales estaban prontos a afrontar todos los peligros, porque se trataba de la salvación de sus compañeros. Cristóbal Colón, comprendiendo esta audaz proposición que él mismo hubiera hecho en cualquier otra circunstancia, autorizó a Méndez y Fieschi para que



partiesen. El almirante, sin buques y casi sin víveres, se quedó con su tripulación en aquella isla salvaje.

En breve la miseria de estos náufragos, pues tal nombre pudiera dárseles, fue tanta, que estalló una sublevación. Los compañeros del almirante, cegados por los sufrimientos, se indignaron porque su jefe no se atrevía a volver al puerto de la isla Española, cuya entrada le había negado ya el gobernador Ovando, y creyeron que esta proscripción les alcanzaba a ellos lo mismo que al almirante. Dijeron también que el gobernador, al expulsar la escuadrilla de los puertos de la colonia, había obrado en vista de las órdenes del rey. Estos absurdos razonamientos sublevaron aquellos ánimos mal dispuestos, y finalmente, el 2 de enero de 1504, el capitán de una de las carabelas, el tesorero militar y dos hermanos llamados Porras, se pusieron a la cabeza de los descontentos. Pretendían regresar a Europa y se precipitaron en la tienda del almirante gritando: ¡A Castilla! ¡A Castilla!

Colón se hallaba enfermo y en cama. Su hermano y su hijo acudieron a escudarle con sus cuerpos. Los revoltosos, en presencia del viejo almirante, se detuvieron y desapareció su enojo. No quisieron, sin embargo, escuchar sus advertencias y consejos, sin comprender que no podían salvarse más que por un esfuerzo general y porque cada uno se olvidase de sí mismo para trabajar por los demás. Habían resuelto ya abandonar la isla con cualquier pretexto. Porras y los revoltosos corrieron a la playa, se apoderaron de las canoas de los indios, y se dirigieron al extremo oriental de la isla. Sin respetar nada, embriagados por



el furor, saquearon las cabañas de los indios, haciendo de esta suerte al almirante responsable de sus violencias, y arrastraron a algunos desgraciados naturales del país a bordo de las canoas que habían robado. Porras y los suyos continuaron su navegación; pero algunas leguas al largo, sorprendidos por una ráfaga de viento que les puso en grave peligro, y para aligerar las embarcaciones, arrojaron los indios al mar. Después de esta bárbara ejecución, las canoas trataron de ganar la isla Española, como lo habían hecho Méndez y Fieschi, pero fueron arrojadas de nuevo a la costa de Jamaica.

El almirante, que había quedado solo con sus amigos y los enfermos, consiguió restablecer el orden en la gente que estaba a sus órdenes. Pero la miseria iba en aumento y el hambre era amenazadora. Los indígenas se cansaban de alimentar a estos extranjeros, cuya permanencia se prolongaba en la isla. Por otra parte, habían visto a los españoles reñir entre sí, lo cual había concluido por dar en tierra con su prestigio. Los naturales habían llegado a comprender que aquellos europeos no eran más que simples mortales, y aprendieron a no respetarles ni temerles. La autoridad de Colón sobre los indios disminuía diariamente y fue necesaria una circunstancia fortuita que el almirante aprovechó hábilmente, para devolverle un prestigio tan necesario a la salvación de sus compañeros.

Un eclipse de luna, previsto y calculado por Colón, debía verificarse en un día determinado. En la mañana misma de este día pidióles una entrevista a los caciques. Estos accedieron a la invitación, y cuando estuvieron reunidos en la tienda de Colón,



éste les anunció que Dios, queriendo castigar su falta de hospitalidad y por sus malas disposiciones para con los españoles, les privaría por la noche de la luz de la luna. En efecto, todo ocurrió como lo había previsto el almirante. La sombra de la tierra fue a ocultar la luna, cuyo disco parecía habérselo tragado un monstruo formidable. Los salvajes, espantados, arrojáronse a los pies de Colón, suplicándole que intercediese en su favor, y prometiéndole poner sus riquezas a su disposición. Colón, después de algunas negativas, fingió ceder a las súplicas de Jos indígenas, y so pretexto de ir a implorar a la Divinidad encerróse en su tienda por todo el tiempo del eclipse, y no salió de ella hasta que iba terminando el fenómeno. Entonces anunció a los caciques que el Cielo se había conmovido a sus ruegos, y extendiendo el brazo, mandó a la luna que volviera a aparecer. En breve el disco salió del cono de la sombra, y el astro de la noche brilló en todo su esplendor. Desde aquel día los indios, reconocidos y humildes, aceptaron la autoridad del almirante, que los poderes celestes les imponían de un modo tan manifiesto.

Mientras tenían lugar estos sucesos en Jamaica, Méndez y Fieschi habían logrado su objeto hacía largo tiempo. Estos valerosos oficiales, después de una milagrosa travesía de cuatro días, verificada en una débil canoa, habían llegado a la isla Española. Al punto hicieron saber al gobernador la desesperada situación de Cristóbal Colón y de sus compañeros. Ovando, rencoroso e injusto, detuvo a los oficiales, y con pretexto de que le dieran cuenta del verdadero estado de las cosas, despachó a Jamaica, al cabo de ocho meses, a un tal Diego Escobar que era enemigo



particular del almirante. Escobar al llegar a Jamaica, no quiso comunicarse con Colón, ni desembarcar, contentándose con echar a tierra a disposición de aquellos desgraciados un cerdo y un barril de vino... Después se marchó sin admitir a bordo a persona alguna. La conciencia se niega a creer tales infamias, y sin embargo nada más cierto que ésto.

El almirante se indignó ante ésta crueldad, pero no se dejó arrebatar ni expresó queja alguna. Además, la llegada de Escobar debía consolar a los náufragos porque probaba que era conocida su situación. Su salvación no era, pues, más que cuestión de tiempo, con lo que se fueron reanimando poco a poco los españoles.

El almirante intentó entonces atraer nuevamente a Porras y a los que le seguían, los cuales, desde su separación, no hacían más que recorrer la isla ejerciendo con los indios odiosas crueldades. Propúsoles una reconciliación; pero aquellos insensatos contestaron a los ofrecimientos de Colón yendo á atacarle hasta su retiro. Los españoles que habían permanecido fieles a la causa del oiden tuvieron que empuñar las armas. Los amigos del almirante defendieron con valor a su jefe; no perdieron más que un hombre en tan triste lucha, y quedaron dueños del campo, después de haberse apoderado de los hermanos Porras. Los sublevados se arrojaron entonces a los pies de Colón, quien, teniendo en cuenta susj padecimientos, los perdonó.

Finalmente, un año después de la partida de Méndez y Fieschi,; apareció el navío, equipado por ellos a costa de Colón, para volver a su patria a los náufragos. El 24 de junio de 1504 se



embarcaron todos los españoles, y abandonando Jamaica, teatro de tantas miserias morales y físicas, hicieron rumbo hacia la isla Española.

Al llegar Cristóbal Colón al puerto, después de una buena travesía, fue muy bien recibido, con grande admiración suya. El gobernador Ovando, no atreviéndose a resistir a la opinión pública, tributó todos los honores al almirante. Pero estas favorables disposiciones no debían durar mucho tiempo, pues muy pronto empezaron de nuevo las murmuraciones. Entonces, Colón, no pudiendo ni queriendo soportarlo por más tiempo, humillado y hasta maltratado, fletó dos buques, partió al mando de ellos con su hermano Bartolomé, y el 12 de septiembre de 1504 tomó por última vez el camino de Europa.

En este cuarto viaje había enriquecido la ciencia geográfica con las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, costas de Honduras, Mosquitos, Nicaragua, Veragua, Costa Rica, Porto-Bello, Panamá, islas Mulatas y golfo de Darién.

Todavía tuvo que sufrir otra tempestad Colón durante su última travesía del Océano. Su buque fue abandonado, y él y su tripulación pasaron al de su hermano. El 19 de octubre, un formidable huracán rompió el palo mayor de este buque, el cual hizo en tal disposición setecientas leguas con su velamen imperfecto. Finalmente, el 7 de noviembre, el almirante entró en el puerto de Sanlúcar.

Una triste noticia esperaba a Colón a su regreso. Su protectora, la reina Isabel, acababa de morir. ¿Quién se interesaría en adelante por el anciano genovés?



El rey Fernando, ingrato y envidioso, recibió fríamente al almirante, y no le escatimó ni los falsos pretextos, ni las dilaciones, con el objeto de librarse de los tratados que solemnemente había firmado, y acabó por proponerle a Colón la cesión de una pequeña población de Castilla, Carrión de los Condes, a cambio de sus títulos y dignidades.

Tanta ingratitud y deslealtad abrumaron al ilustre anciano. Su salud, tan profundamente alterada, no volvió a restablecerse, y la tristeza le condujo rápidamente al sepulcro. El 20 de mayo de 1506 entregó su alma a Dios en Valladolid, a la edad de setenta años, pronunciando estas palabras: Señor, en vuestras manos dejo mi espíritu y mi cuerpo.

Los restos de Colón fueron depositados en el convento de San Francisco; después, en 1513, fueron trasladados al convento de cartujos de Sevilla. Más parece que no había sonado la hora del reposo para el gran navegante ni aún después de su muerte. En 1536, su cuerpo fue trasladado a la catedral de Santo Domingo. La tradición parcial afirma que después del tratado de Basilea en 1795, en el que el gobernador español, antes de ceder a Francia la parte oriental de la isla de Santo Domingo, ordenó la traslación de las cenizas del gran viajero a La Habana, un canónigo substituyó por otros los restos de Colón, y que los de éste fueron depositados en el coro de la catedral, a la izquierda del altar.

Gracias a los manejos de este canónigo, inspirados bien por un sentimiento de patriotismo local, o por el respeto de la última voluntad de Colón fijando Santo Domingo como lugar escogido para su sepultura, aquellas cenizas no eran las del ilustre



navegante que España poseía en La Habana, sino probablemente eran las de su hermano Diego.

El descubrimiento, que fue hecho el 10 de septiembre de 1877, en la catedral de Santo Domingo, en una caja de plomo que contenía restos humanos y la inscripción, prueba que ella encierra los restos del descubridor de América, y parece confirmar de todo punto la tradición que acabamos de contar.

Por otra parte, que el cuerpo de Cristóbal Colón se halle en Santo Domingo o en La Habana, poco importa; su nombre y su gloria resuenan en todas partes.

Capítulo VIII: La conquista de la India y del país de las especias

I: – Covlham y Paiva. – Vasco de Gama dobla el cabo de Buena Esperanza. – Escalas en San Braz, Mozambique, Mombaz y Meliñda. – Llegada a Calicut. – Traiciones del zamorín. – Batallas. – Regreso a Europa. – El escorbuto. – Muerte de Pablo de Gama. – Llegada a Lisboa.

Al mismo tiempo que enviaba a Díaz para hallar el camino de las Indias por el sur de África, el rey de Portugal, Juan II, encargó a dos nobles de su corte de informarse si era posible penetrar en las Indias por otro camino más fácil, más rápido y más seguro: el istmo de Suez, el mar Rojo y el Océano Indico.



Esta misión exigía un hombre hábil, emprendedor, que estuviese, al corriente de las dificultades de un viaje a aquellas regiones, que conociera las lenguas orientales o por lo menos el árabe. Hacía falta un hombre de carácter flexible y disimulado, inteligente, en una palabra, que no dejase adivinar unos proyectos que no tenían otro objeto que el de arrebatarse a los musulmanes, a los árabes, y por tanto a los venecianos, todo el comercio de Asia para enriquecer a Portugal.

Un navegante experimentado, Pedro de Covilham, que había servido brillantemente a las órdenes de Alfonso V en la guerra de Castilla, había fijado desde largo tiempo su residencia en África, y fue en éste en quien Juan II puso sus ojos. Le hizo acompañar de Alonso de Paiva, y los dos, provistos de instrucciones detalladas y de una carta de mar trazada de conformidad con el mapamundi del obispo de Calzadilla, siguiendo la cual podían dar la vuelta al África, partieron de Lisboa el mes de mayo de 1487.

Los dos viajeros llegaron a Alejandría y al Cairo, donde tuvieron la suerte de encontrar mercaderes moros de Fez y de Tremecén que los condujeron a Thor, el antiguo Asiongaber, al pie del Sinaí, donde pudieron procurarse preciosos informes acerca del comercio de Calicut.

Covilham, decidió aprovechar esta favorable circunstancia para visitar un país en el cual, desde hacía un siglo, tenía puestas Portugal sus miradas de codicia, mientras que Paiva se internaba en las regiones entonces tan vagamente designadas con el nombre de Etiopía, a la busca del famoso preste Juan, que



reinaba, según contaban los antiguos viajeros, en una comarca del África maravillosamente rica y fértil.

Paiva, perdido sin duda en su tentativa aventurera, no encontró sus huellas. En cuanto a Covilham, llegó a Aden, donde embarcó para la costa de Malabar, y visitó sucesivamente Cananor, Calicut y Goa, recogiendo los necesarios informes acerca del comercio y las producciones de los países vecinos del mar de las Indias, sin despertar las sospechas de los indios, que estaban muy lejos de pensar que la amistosa y cordial acogida que dispensaban al viajero, había de causar la ruina y la esclavitud de su patria. No creyendo Covilham haber hecho bastante por su país, partió para la India, ganó la costa oriental de África visitando Mozambique, Sofala, durante largo tiempo famosa por sus minas de oro, cuya reputación llegó a Europa con los árabes, y Ceilán, la *Avalites portus* de los antiguos, la ciudad principal de la costa de Aden, a la entrada del golfo Arábigo, en el mar de Omán.

Después de una larga estancia en esta comarca, volvió por Adén, que era a la sazón el emporio comercial de Oriente, avanzó hasta la entrada del golfo Pérsico, a Ormuz, y después, remontando el mar Rojo volvió al Cairo.

Juan II había enviado dos judíos instruidos que debían esperar allí a Covilham. Éste entregó a uno de ellos, el rabino Abraham Beja, sus notas, el itinerario de sus viajes y un mapa de África que le había dado un musulmán, encargándole que lo llevara todo a Lisboa lo más pronto posible.



Por su parte, no contento de lo que había llevado a cabo hasta entonces y queriendo llenar la misión que la muerte había impedido realizar a Paiva, penetró en Abisinia, donde el negus, conocido con el nombre de preste Juan, halagado al ver que uno de los monarcas más poderosos de Europa buscaba su alianza, lo acogió con extremada benevolencia, le confió un alto cargo en su corte, y para no verse privado de sus servicios, se opuso constantemente a dejarlo salir del país. Aunque Covilham habíase casado y tenía dos hijos, sentía la nostalgia de su patria, y cuando, en 1525, una embajada portuguesa, de la cual formaba parte Alvarez, llegó a Abisinia, vio con pesar partir a sus compatriotas, y el capellán de la expedición fue el sencillo intérprete de sus quejas y dolores.

Suministrando, dice Fernando Denis, datos precisos sobre la posibilidad de la circunnavegación del África, indica el camino de las Indias, dando acerca del comercio de aquellas comarcas, las nociones más positivas y claras, y haciendo sobre todo la descripción de las minas de oro de Sofala, que debió excitar la codicia portuguesa, Covilham contribuyó poderosamente a acelerar expedición de Vasco de Gama.

Si se ha de dar crédito a las antiguas tradiciones, que ningún documento auténtico ha confirmado, Vasco de Gama descendía de una rama ilegítima de Alfonso III, rey de Portugal. Su padre, Esteban Eanez de Gama, gran alcalde de Sines y de Silves en el reino de los Algarbes, y comendador de Seixal, ocupaba una alta posición en la corte de Juan II. Su reputación de marino era tal, que este rey, en el momento en que le sorprendió la muerte,



pensaba en darle el mando de la escuadra que quería enviar a las Indias.

De su casamiento con doña Inés Sodré, hija de Juan Resende, celador de las fortificaciones de Santarem, nacieron muchos hijos, entre ellos Vasco, que había de ser el primero en llegar a las Indias doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pablo, que había de acompañarle en esta memorable expedición. Se sabe que Vasco de Gama vino al mundo en Sines, pero se ignora la fecha de su nacimiento. La época que ordinariamente se admite es el año 1469, pero aparte de que Gama habría sido demasiado joven (hubiera contando solamente veintiocho años cuando le fue confiado el importante mando de la expedición de las Indias, hace unos veinte años se encontró en los archivos españoles un salvoconducto concedido en 1478, a dos personajes llamados Vasco de Gama y Lemos, para pasar a Tánger; y como no es verosímil que ese pasaporte fuera dado a un niño de nueve años, sería forzoso fijar una fecha muy anterior a la del nacimiento del célebre viajero.

Parece que Vasco de Gama fue destinado desde muy temprano a seguir la carrera de marino, en la cual estaba tan ilustrado su padre.

El primer historiador de las Indias, López de Castañeda, dice que comenzó su carrera en los mares de África.

Se sabe, además, que fue encargado de apresar en los puertos de Portugal todos los navíos franceses anclados, en represalia de la captura de un rico galeón portugués que venía de Mina, realizada en plena paz por los corsarios franceses. Semejante



misión no podía ser confiada sino a un capitán activo, enérgico y conocido por sus hazañas, y esto prueba hasta qué punto apreciaba el rey el valor y la pericia de Gama.

Por ese tiempo, se casó con doña Catalina de Ataíde, una de las más altas damas de la corte, de la que tuvo muchos hijos, entre otros Esteban de Gama, que fue gobernador de la India, y don Cristóbal, que por sus luchas en Abisinia contra Ahmed Guerad, llamado *el Zurdo*, y por su fin novelesco, merece ser contado entre los aventureros famosos del siglo XVI.

Gracias a un documento encontrado en la biblioteca pública de Porto, documento que Castañeda debe conocer y que Fernando Denis ha publicado en la traducción de los *Viajeros antiguos y modernos*, de Edmundo Charton, la duda no es posible sobre la fecha del primer viaje de Gama; se puede fijar con toda certidumbre en el sábado, 8 de julio de 1497. Todos los detalles de esta expedición audaz, desde hacía tiempo proyectada, fueron minuciosamente registrados.

Componíase la escuadrilla de cuatro naves de mediano porte, a fin – dice Pacheco – de que pudiesen entrar y salir prontamente de todas partes. Sólidamente construidas, estaban provistas de triple repuesto de velas y amarras, y todos los toneles destinados a contener las provisiones de agua, aceite o vino, habían sido reforzados con aros de hierro; provisiones de todas clases, harina, vino, legumbres, artículos de farmacia, artillería, de todo había en abundancia; los mejores marineros, los más hábiles pilotos, los capitanes más experimentados, formaban el personal.



Gama, que había recibido el título de *capitán mayor*, enarboló su pabellón en *San Gabriel*, de 120 toneladas; su hermano Pablo, montó el *San Rafael*, de 100; y el experto marino Nicolás Coelho mandaba una carabela de cincuenta toneladas, el *Berrio*, así llamado en memoria del piloto Berrio, que la había vendido al rey Manuel I. Finalmente, otra gran nave, cargada de provisiones y mercancías destinadas para el comercio con los naturales de los países que visitarían, estaba al mando de Pedro Núñez.

Pedro Alemquer, que había sido el piloto de Bartolomé Díaz, debía dirigir la marcha de la expedición.

La tripulación de la escuadra, contando los diez galeotes que habían embarcado para cumplir misiones peligrosas, se componía de 160 personas. Comparados con la magnitud de la empresa que esos hombres iban a realizar, ¡qué débiles medios, qué recursos casi irrisorios!

A los primeros rayos del sol, el 8 de julio, Vasco de Gama, seguido de sus oficiales, dirigióse hacia las naves en medio de un inmenso gentío. A su alrededor se desplegaba un cortejo compuesto de monjes y religiosos, los cuales cantaban himnos sagrados, y pedían al Cielo que dispensaran su protección a los viajeros.

Debía ser una escena singularmente conmovedora aquella partida de Rastello, en la que todos, actores y espectadores, mezclaban sus cantos, sus gritos, sus saludos y sus lágrimas, mientras que las velas, hinchadas por un viento favorable, impelían hacia alta mar a Gama, y la fortuna de Portugal.



Una gran carabela y una nave más pequeña que volvían a Mina, al mando de Bartolomé Díaz, debían viajar en conserva con la flota de Gama. El sábado siguiente, los buques se hallaban a la vista de Canarias, y pasaron la noche a barlovento de Lanzarote.

Cuando llegaron a la altura del río de Oro, una espesa niebla separaba a Pablo de Gama, Coelho y Díaz del resto de la escuadra; pero se reunieron cerca de las islas de Cabo Verde, que alcanzaron pronto. En Santiago renovaron las provisiones de carne, agua y maderas, y los barcos, puestos en buen estado de navegabilidad, abandonaron la playa de Santa María el 3 de agosto. El viaje se efectuó sin incidentes notables, y el 4 de noviembre anclaron en una bahía de la costa de África, a la que dieron el nombre de *Santa Elena*. Pasaron allí ocho días proveyéndose de madera y poniendo orden a bordo de las naves, y entonces vieron por primera vez a los boschis, raza miserable y débil que sólo se alimentaba con carne de lobo marino, de ballenas y de raíces.

Los portugueses se apoderaron de algunos de ellos tratándolos amistosamente. Los salvajes no conocían el valor de ninguna de aquellas mercancías que se les presentó; las veían por primera vez, e ignoraban su uso.

Lo único que, al parecer, apreciaban era el cobre, y llevaban en las orejas cadenas de este metal. Sabían también servirse admirablemente de las azagayas, especie de jabalinas con la punta endurecida al fuego, como pudieron comprobar tres o cuatro marineros y el propio Gama, al tratar de rescatar de su poder a un tal Velloso, que imprudentemente habíase adentrado



en el país. Este hecho inspiró a Camoens uno de los más bellos episodios de *Os Lusíadas*.

Al abandonar Santa Elena, Pedro de Alemquer, el antiguo piloto de Díaz, creyó, que se encontraba a treinta leguas del Cabo pero, en la duda, tomó el largo, y, el 18 de noviembre, la escuadrilla se hallaba a la vista del Cabo de Buena Esperanza, que dobló al día siguiente con viento en popa.

El 25 las naves fondearon en la bahía de Sam Braz, donde permanecieron trece días, durante los cuales destruyeron el buque en que transportaban los víveres, que fueron distribuidos entre las otras naves. Los portugueses regalaron a los boschis cascabeles y otros objetos que aquéllos aceptaron con gran sorpresa de los exploradores, porque cuando el viaje de Díaz, los negros habíanse mostrado recelosos y hostiles, y defendieron a pedradas sus costas. En seguida les proveyeron de bueyes y carneros, y para demostrar su satisfacción por la permanencia de los navegantes, comenzaron, dice Nicolás Velho, a tocar cuatro o cinco flautas, haciendo unos los altos y otros los bajos, formando un concierto maravilloso, tratándose de negros que entienden muy poco de música. Danzaron también como suelen bailar los negros; el capitán mayor mandó tocar las trompetas, nosotros bailamos en las chalupas, y el capitán, bailando también como ellos, volvió a reunirse con nosotros».

¿Qué les parece esta fiesta y la serenata que se daban recíprocamente los portugueses y los negros? Hubiera sido curioso ver al grave Vasco de Gama que nos representan sus retratos, imitando a los negros en los encantos de la pavana.



Desgraciadamente, estas buenas disposiciones no fueron duraderas; fue preciso hacer algunas demostraciones hostiles con descargas de artillería.

Gama plantó un *padrao* en la bahía de Sam Braz, que fue derribado apenas hubo zarpado la escuadrilla. Pasado el río Infante, último punto tocado por Díaz, una violenta corriente, neutralizada por el viento favorable, puso en peligro las naves, y el 25 de diciembre, día de Navidad, fue descubierta la tierra de Natal.

Los barcos habían sufrido averías y faltaba el agua potable, por lo que era preciso ganar un puerto, y al fin lo consiguió la expedición el 10 de enero de 1498.

Los negros que hallaron los portugueses al desembarcar eran mucho más corpulentos que los que habían encontrado hasta entonces, y estaban armados de un gran arco, de largas flechas y de azagayas guarnecidas de hierro; eran cafres, raza muy superior a los boschis. A causa de las buenas relaciones que se establecieron entre ellos y los portugueses, Gama dio a aquel país el nombre de *Terra da boa Gente*.

Un poco más lejos, remontando la costa, visitaron a los portugueses dos mercaderes musulmanes, uno de los cuales llevaba un turbante y el otro un capuchón de seda verde, acompañando a un joven que, según lo que pudieron comprender por sus señas, pertenecía a un pueblo muy distante de allí y decía que había visto barcos tan grandes como los nuestros.» Esto fue para Vasco de Gama una prueba de que se acercaba a las tierras de la India, tanto tiempo y con tanta ansiedad buscadas; así que



denominó al río que en aquel lugar desembocaba en el mar, *Rio dos Boms Signaes*. Por desgracia aparecieron entonces en la tripulación los primeros síntomas del escorbuto, que no había de tardar en causar grandes bajas entre los marineros.

El 10 de marzo, la expedición ancló en la isla de Mozambique, donde supo Gama, por medio de sus intérpretes árabes, que entre los habitantes de origen mahometano había varios mercaderes que traficaban con la India, y que el oro, la plata, los tapices y las especias, las perlas y los rubíes eran el objeto principal de su comercio. Aseguraron también a Gama que remontando el litoral, encontrarían numerosas ciudades. Nos pusimos tan contentos—dice Velho en su sencilla y preciosa narración—, que lloramos de alegría, rogando a Dios que nos diera salud para que pudiéramos ver lo que tanto habíamos deseado.

El virrey Colyytam, creyendo que eran musulmanes, visitó varias veces sus naves, en las que fue muy bien tratado, y correspondiendo a los regalos que le hicieran, dio a Gama dos pilotos muy hábiles; pero cuando supo por los mercaderes moros, que habían traficado en Europa que aquellos extranjeros, lejos de ser turcos, eran irreconciliables enemigos de los mahometanos, el virrey, avergonzado de haberse dejado engañar, hizo todo lo posible para apoderarse de ellos y matarlos a traición. Fue preciso apuntar la artillería a la ciudad y amenazarla con reducirla a cenizas para obtener el agua potable necesaria para continuar el viaje; corrió la sangre, y Pablo de



Gama se apoderó de dos barcas cuyo rico cargamento fue repartido entre los marineros.

Gama abandonó el 29 de marzo aquella ciudad inhospitalaria y se hizo a la mar, vigilando de cerca a los pilotos árabes, a quienes se vio obligado a azotar.

El 4 de abril se descubrió la costa, y el 8 llegó la expedición a Mombaca o Mombaz, ciudad que, según afirmaron los pilotos, estaba habitada por cristianos y musulmanes.

La escuadrilla echó anclas delante del puerto, sin entrar en él, a pesar del recibimiento entusiasta que se le hizo. Los portugueses proponíanse reunirse al día siguiente con los cristianos de la isla durante la misa, cuando, por la noche, aproximóse a la nave almirante una *zavra* ocupada por cien hombres armados, que pretendían pasar a bordo, a lo que Gama se opuso resueltamente. Enterado de lo que había ocurrido en Mozambique, el rey de Mombaca fingiendo ignorarlo, envió presentes a Gama, proponiéndole el establecimiento de una factoría en su capital, y asegurándole que podía entrar en el puerto para hacer un cargamento de especias y de materias aromáticas. Vasco de Gama, sin sospechar nada, envió en seguida dos hombres con objeto de anunciar su entrada para el día siguiente. Levadas, empero, las anclas, no hubo medio de hacer virar la nave almirante, y las áncoras volvieron a caer. En una bella ficción poética dice Camoens que las nereidas, guiadas por Venus, protectora de los portugueses, detuvieron las naves en el preciso momento en que iban a entrar en el puerto. Los moros que se hallaban a bordo las abandonaron



precipitadamente, y los pilotos embarcados en Mozambique se arrojaron al mar.

Dos moros, sometidos al tormento de la gota de aceite hirviendo confesaron que se proponían hacer prisioneros a los portugueses cuando hubieran entrado en el puerto.

Durante la noche, los moros trataron varias veces de rodear las naves y romper los cables para que aquéllas chocaran, pero no lograron su objeto, porque siempre fueron descubiertos. En semejantes condiciones la estada en Mombaz no podía ser larga; la escuadrilla sólo permaneció allí el tiempo necesario para que se repusieran los enfermos de escorbuto.

A ocho leguas de tierra, la expedición apresó una barca cargada de oro, plata y provisiones, y al día siguiente llegó a Melinda, ciudad rica y floreciente, donde los dorados alminares brillaban heridos por los rayos del sol y las blancas mezquitas destacaban bajo un cielo azul purísimo.

El recibimiento, muy frío al principio, porque en Melinda se tenían ya noticias del apresamiento de la barca, fue luego muy cordial cuando mediaron recíprocas explicaciones, y los hijos del rey visitaron al almirante, acompañados de un séquito de cortesanos magníficamente vestidos y de gran número de músicos que tocaban diversos instrumentos.

Lo que más le admiró fue el ejercicio de cañón, porque el invento de la pólvora no era conocido aún en la costa oriental de África.



Cambiaron magníficos presentes y celebraron un tratado que ambas partes juraron cumplir por el Evangelio y el Corán, respectivamente.

Todas las insidias, asechanzas, emboscadas y dificultades que hasta entonces había sido objeto la expedición, cesaron como por encanto, gracias a la franqueza y generosidad del rey Melinda y a la ayuda que prestó a los portugueses.

Fiel a la promesa que hiciera a Vasco de Gama, el rey le envió un piloto guzarate, llamado Malemo Cana, hombre muy instruido en navegación, que sabía servirse de las cartas de marear, de la brújula y del cuarto de círculo y que fue de gran utilidad en la expedición.

Después de una estada de nueve días, la escuadrilla zarpó para Calicut. Fue preciso renunciar a la navegación de cabotaje, siempre a la vista de las costas; había llegado la hora de aventurarse en el inmenso mar, confiando solamente en Dios, y sin más guía que un piloto desconocido, facilitado por un rey que, a pesar de sus atenciones, no había logrado disipar los celos de los portugueses. Y, sin embargo, gracias a la habilidad y la lealtad de este piloto y a la clemencia del mar y del viento, que le fue siempre favorable, después de una navegación de veintitrés días, la escuadrilla divisó tierra el 17 de mayo, y al día siguiente echaba anclas a dos leguas más abajo de Calicut.

El entusiasmo que reinó a bordo fue indescriptible: ¡finalmente habían llegado al país tan rico y maravilloso! Se olvidaron de los peligros, las privaciones, las enfermedades, de todo, para sólo



pensar en que el objeto tan ardientemente deseado y que tantos esfuerzos y trabajos les costara, había sido conseguido.

Pero aún no lo habían alcanzado todo; era preciso que fueran dueños de los tesoros y las ricas producciones de la India.

Apenas hubieron fondeado, cuatro embarcaciones destacáronse de la orilla y evolucionaron en derredor de la escuadrilla, invitando a los marineros a desembarcar; pero Gama, a quien los sucesos de Mozambique y Mombaza, habían hecho muy cauto, envió uno de los galeones a modo de explorador para que recorriese la ciudad y tratase de descubrir las disposiciones de los habitantes.

Rodeado de una multitud de curiosos que le hacían preguntas a las que el galeote no podía contestar, fue conducido a casa de un moro llamado Muzaida, que hablaba el español, al que refirió sucintamente las peripecias de la expedición. Muzaida le acompañó a las naves, y al poner el pie en la cubierta, sus primeras palabras fueron:

—¡Buena suerte! ¡buena suerte! ¡muchos rubíes! ¡muchas esmeraldas!

Desde aquel momento Muzaida quedó agregado a la expedición como intérprete. Como el rey de Calicut se encontraba a unas quince leguas de su capital, Gama le envió dos hombres para notificarle que había llegado un embajador del rey de Portugal, que era portador de cartas de su soberano.



El rey despachó en seguida un piloto encargado de conducir las naves portuguesas a la rada de Pandarany, que era más segura, y anunciar que al día siguiente estaría en Calicut.

En efecto, encargó a su intendente que invitase a Gama a bajar a tierra para tratar de su embajada; y a pesar de las súplicas de su hermano Pablo, que le exponía los peligros que iba a arrostrar y los que su muerte haría correr a la expedición, Vasco de Gama saltó a la playa donde le esperaba una multitud inmensa.

La idea de que se hallaban en un país cristiano estaba tan arraigada en las mentes de todos los individuos de la expedición, que, habiendo encontrado una pagoda a su paso, entró el capitán mayor para hacer sus devociones. Sin embargo, uno de sus compañeros, Juan de Saa, entrando en sospecha al ver las horribles imágenes pintadas en las paredes, dijo en alta voz, al mismo tiempo que se arrodillaba: Si ése es el diablo, conste que yo pienso adorar al Dios verdadero.» Restricción que hizo reír al almirante.

Cerca de las puertas de la ciudad, la multitud era todavía más numerosa. Gama y los portugueses, guiados por el enviado del monarca, llegaron, no sin dificultad, al palacio del rey, a quien daban el título de *zamorín*, y que les aguardaba con viva impaciencia.

Introducidos en unas salas espléndidamente adornadas con tapices y cortinajes de seda, en las que se quemaban perfumes exquisitos, se encontraron en presencia del *zamorín*, que vestía un traje magnífico y lucía joyas de valor inestimable, con perlas y diamantes de extraordinario grosor.



El soberano, mandó que les sirvieran refrescos y les permitió que se sentaran, favor grandísimo en un país donde sólo se puede hablar al rey profundamente prosternado, y les hizo pasar a otra sala para enterarse él solo, según le pidiera Gama, de los motivos de su embajada y de los deseos del rey de Portugal de celebrar con él un tratado de comercio y de alianza.

El zamorín respondió al discurso de Gama diciendo que se tendría por muy dichoso de considerar al rey Manuel como un hermano y amigo, y que enviaría embajadores a Portugal con el objeto indicado.

Hay ciertos proverbios que, aun cambiando de latitud, son siempre verdaderos, y uno de ellos es el que dice: Los días se suceden y ninguno es igual al otro.» El entusiasmo que despertaron en el ánimo del zamorín el discurso de Gama y la esperanza que había concebido de establecer un comercio ventajoso con el rey de Portugal se desvanecieron al ver los presentes que le destinaban.

Doce piezas de tela rayada, doce mantos de escarlata con capuchas, seis sombreros y cuatro ramas de coral acompañadas de una vajilla de doce piezas, una caja de azúcar y cuatro barriles llenos unos de miel y otros de aceite, no eran, eri efecto, un obsequio digno de un monarca.

Al ver aquello, el primer ministro dijo en tono desdeñoso que el más pobre mercader de la Meca llevaba más ricos presentes, y que el rey no aceptaría de ningún modo semejantes bagatelas. Después de semejante afrenta, Gama visitó al zamorín, pero tuvo



que estar un buen rato confundido por la multitud que se burlaba de él antes de ser introducido a presencia del soberano.

El zamorín le reprochó en tono despectivo que no llevara ningún presente a pesar de llamarse embajador de un monarca rico y poderoso. Gama respondió con firmeza y exhibió las cartas del rey Manuel que, concebidas en términos afectuosos, contenían la formal promesa de enviar mercaderías a Calicut. El zamorín sonrió y se informó con interés de la importancia de los productos y de los recursos de Portugal, y dio permiso a Vasco para que pudiese desembarcar y vender sus mercancías.

Pero este brusco cambio de las disposiciones del zamorín debía contrariar a los comerciantes moros y árabes de la ciudad; no podían ver tranquilamente que unos extranjeros desviarán en su favor el curso del comercio, que hasta entonces había estado en sus manos, y resolvieron apelar a todos los medios para alejar, por siempre jamás de las costas de la India a aquellos temibles competidores. Su primer cuidado fue ganar a su causa al intendente, y después pintaron con los más negros colores a aquellos aventureros insaciables, a aquellos bribones matriculados, que habían ido únicamente con el objeto de hacerse cargo de las fuerzas y recursos con que contaba la ciudad para volver después en mayor número y robar y matar a todos los que se opusieran a sus designios.

Cuando llegó a la rada de Pandarany, Gama no encontró ninguna embarcación que le condujera a sus naves y vióse obligado a pernoctar en tierra. El intendente, que no se separaba de él un momento, esforzábese por convencerlo de la necesidad



de que mandara a la escuadrilla que se acercase a la costa; y como el almirante se negara resueltamente, lo declaró prisionero. ¡Qué poco conocía la entereza de Gama!

Fueron enviadas dos chalupas armadas para sorprender a las naves, pero los portugueses, que secretamente habían sido advertidos por Gama de lo que ocurría, estaban alerta, y aquéllos hubieron de renunciar a su tentativa.

Entretanto Gama, que continuaba prisionero, amenazaba al intendente con la cólera del zamorín, suponiendo que éste no faltaría a los deberes de la hospitalidad; pero viendo que, sus amenazas no surtían efecto, regaló al ministro algunas piezas de tela, con lo cual se ganó su favor. Si los portugueses —dijo— cumplen la promesa hecha al rey de desembarcar sus mercancías, el almirante podrá volver a sus naves. Vasco de Gama dio inmediatamente orden de desembarcarlas, estableció una factoría que confió a Diego Díaz, hermano del descubridor del cabo de Buena Esperanza, y así pudo regresar a bordo.

Pero como los musulmanes pusieran toda clase de obstáculos a la venta de los géneros, Gama vióse obligado a enviar al zamorín su factor Díaz, para que le expusiera sus quejas por la perfidia de los moros y por los malos tratamientos de que él había sido objeto, y solicitar al mismo tiempo que se le permitiera trasladar su comercio a Calicut, donde creía que podría vender más fácilmente sus mercancías.

La reclamación fue atendida, y, a despecho de los manejos de los moros, se mantuvieron las buenas relaciones hasta el 10 de agosto de 1498. Este día, Diego notificó al zamorín la próxima



partida de Gama, recordóle su promesa de enviar una embajada a Portugal y le pidió muestras de cada uno de los productos del país, que le serían pagadas con el importe de los primeros géneros que vinieran después de la marcha de la escuadrilla, pues los empleados de la factoría pensaban permanecer en Calicut durante la ausencia de Gama.

El zamorín, influido aún por los traficantes árabes, no sólo se negó a cumplir su promesa, sino que exigió el pago de 600 serafines por derechos de aduanas, embargó las mercancías y encarceló a los empleados de la factoría.

Semejante ultraje, tal menosprecio del derecho de gentes, exigían una pronta reparación; sin embargo, Gama disimuló y esperó la ocasión de recibir a bordo la visita de algunos ricos mercaderes para retenerlos en su poder y proponer al zamorín un canje de prisioneros.

El rey no contestó en el término señalado por el almirante, y la escuadrilla se hizo a la vela, echando el ancla a cuatro leguas de Calicut.

Después de un nuevo e infructuoso ataque de los hindús, los dos factores volvieron a bordo, y Gama devolvió una parte de sus rehenes.

Díaz era portador de una carta para el rey de Portugal, escrita por el zamorín en una hoja de palmera. La reproducimos en su extraño laconismo, tan diferente del pomposo estilo oriental:

Vasco de Gama, naire de tu corte, ha venido a mi país, lo cual ha sido grato para mí. En mi reino hay mucha canela, clavo y



pimienta, y gran cantidad de piedras preciosas, y lo que yo deseo de tu país es oro, plata, coral y escarlata. Adiós.

Al día siguiente, Muzaida, el moro de Túnez que había servido de intérprete a los portugueses, y que éstos habían tenido a sueldo durante sus negociaciones con el zamorín, pidió asilo a bordo. Las mercancías no habían sido devueltas el día señalado, y el capitán mayor resolvió llevarse consigo a los hombres que tenía en rehenes.

Entretanto, como la escuadrilla veíase detenida por la calma a pocas leguas de Calicut, fue atacada por una flotilla de veinte barcas, ocupadas por hombres armados, a los que la artillería apenas podía mantener a raya, y un violento huracán obligó a los portugueses a buscar un abrigo en las costas.

El almirante seguía a lo largo del Dekkan y había dado permiso a algunos marinos para que saltasen a tierra a recoger frutos y canela, cuando divisó ocho barcos, que, al parecer, se dirigían hacia él. Gama llamó a su gente a bordo y corrió al encuentro de los hindús, que apenas tuvieron tiempo de escapar, dejando, empero, en poder de los portugueses una embarcación cargada de cocos y víveres.

Llegados al archipiélago de las Laquedivas, Gama mandó despallar el *Berrio* y carenar su propia nave.

Mientras los marineros estaban ocupados en estos trabajos, fueron atacados una vez más por los naturales, pero sin resultado.



Al día siguiente se les presentó un hombre como de cuarenta años, vestido según la costumbre de los hindús, y en el más puro italiano les refirió que era originario de Venecia, que siendo aún niño fue llamado a aquel país y que era cristiano, pero que no podía practicar su religión. Añadió que ocupaba un alto cargo en la corte del rey, y que éste le enviaba para que se pusiera a disposición de ellos todo lo que encerraba el país y podía convenirles. Semejantes ofrecimientos, tan contrarios a la acogida que hasta entonces habían tenido en todas partes, despertaron las sospechas de los portugueses, los cuales no tardaron en saber que aquel aventurero era el jefe de la flotilla que les atacó la víspera. En consecuencia, le azotaron hasta que confesó que había ido allí con el único objeto de observar si podrían atacar a la escuadrilla con seguridades de éxito, y acabó declarando que todos los pueblos del litoral habíanse aliado para exterminar a los portugueses. Se le retuvo, pues, a bordo, y cuando los trabajos estuvieron terminados y completo el abastecimiento de agua y víveres, la expedición se hizo a la vela con rumbo a Europa.

Para llegar a la costa de África, empleó la escuadra tres meses menos tres días, a causa de la calma chicha y de los vientos contrarios. Durante esa larga travesía, el escorbuto atacó violentamente a la tripulación y perecieron treinta marineros. En cada barco no quedaban más que siete u ocho hombres en condiciones de maniobrar, y a menudo los oficiales tenían que ayudarles. Se puede asegurar — dice Velho —, que si el temporal con que bogamos se hubiera prolongado quince días más, nadie hubiera podido navegar... Los capitanes celebraron



consejo y acordaron que si volvían a sorprendernos vientos como aquéllos, regresaríamos a tierras de la India y nos refugiaríamos allí.

El 2 de febrero de 1499, los portugueses se encontraron, al fin, frente a una gran ciudad de la costa de Ajan, llamada Magadoxo, situada a cien leguas de Melinda. Pero Gama, acordándose de lo que les había sucedido en Mozambique, no quiso detenerse allí, y al pasar por delante de la ciudad mandó hacer una descarga cerrada de artillería.

Pocos días después divisaban las ricas y saludables costas de Melinda, donde fondeó la escuadrilla.

El rey se apresuró a enviarles víveres frescos y naranjas para los enfermos; la acogida fue en extremo cordial y afianzándose los lazos de amistad contraídos en la primera visita de Gama.

El jeque de Melinda le entregó para el rey de Portugal una trompa de marfil y otros presentes, y rogó a Gama que recibiese a bordo a un joven moro, como prenda para el rey de que deseaba ardientemente su amistad.

Los cinco días de estada en Melinda fueron para los portugueses un gran alivio, descansados y repuestos se hicieron de nuevo a la mar.

Poco después de haber pasado Mombaza, viéronse obligados a quemar el *San Rafael*, porque no disponían de hombres para tripular tres barcos. Descubrieron la isla de Zanzíbar, fondearon en la bahía de Sam Braz, y el 20 de febrero, gracias a un viento



favorable, doblaron el cabo de Buena Esperanza y se encontraron de nuevo en el Océano Atlántico.

La continuidad de la brisa aceleraba la marcha de los viajeros: en veintisiete días llegaron a los parajes de la isla de Santiago.

El 25 de abril, Nicolás Coelho, que mandaba el Berrio, ansioso de ser el primero que noticiara al rey Manuel el descubrimiento de las Indias, se separó de su jefe, y sin tocar en las islas del cabo Verde, según lo convenido, navegó directamente hacia Portugal, donde llegó el 10 de julio.

Entretanto, el infortunado Gama pasaba por un trance dolorosísimo: su hermano Pablo, que había participado de sus fatigas y angustias, y que, por lo tanto, debía participar también de su gloria, agonizaba lentamente.

Como al llegar a Santiago, la expedición se encontraba en mares conocidos y frecuentados, confió a Juan de Saa el mando de su nave y fletó una rápida carabela para apresurar el momento de que viera su hermano las costas de la patria. Pero esta esperanza no se realizó; la carabela tuvo que anclar en Terceira para dar cristiana sepultura al valiente y simpático Pablo de Gama.

A su regreso, que debió tener lugar en los primeros días de septiembre, se hizo al almirante un gran recibimiento, celebrándose fiestas en su honor.

De los ciento sesenta portugueses que habían embarcado con él, sólo volvían cincuenta y cinco. Las pérdidas eran muy grandes y sensibles, seguramente, pero, ¿qué importancia podían tener comparadas con los inmensos beneficios que reportarían?



El público no se engañó y dispensó a Vasco de Gama la acogida más entusiasta.

En cuanto al rey Manuel I, añadió a sus propios títulos el de señor de la conquista y navegación de la Etiopía, la Arabia, Persia y las Indias; pero aún tardó dos años en recompensar a Vasco de Gama con el título de almirante de las Indias, título que le autorizaba a hacer preceder su nombre de la partícula don, tratamiento que no se concedía entonces fácilmente.

Y luego, quizá para hacer olvidar a Gama la tardanza con que había recompensado sus servicios, le dio mil escudos, suma muy considerable en aquella época, y le concedió sobre el comercio de las Indias ciertos privilegios que pronto habían de enriquecerle.



»II: – Álvarez Cabral. – Descubrimiento del Brasil. – La costa de África. – Llegada a Calieut, Cochín, Cananor. – Juan de la Nova. – Segunda expedición de Gama. – El rey de Cochín. – Los comienzos de Albuquerque. – Da Cunha. – Primer sitio de Ormuz. – Almeida, sus victorias, sus altercados con Albuquerque. – Toma de Goa. – Sitio y toma de Malaca. – Segunda expedición contra Ormuz. – Ceilán. – Las Molucas. – Muerte de Albuquerque. – Destinos del imperio portugués en las Indias.

El 9 de marzo de 1500, una flota de trece naves partió de Rastrello a las órdenes de Pedro Alvarez Cabral; en ella se encontraba como voluntario Luis de Camóens, que debía ilustrar en su poema *Os Lusíadas* la intrepidez y el espíritu aventurero de sus compatriotas. Se sabe muy poco acerca de Cabral, y se ignora completamente por qué le concedieron el mando de esta importante expedición.

Cabral pertenecía a una de las más ilustres familias de Portugal, y su padre, Fernando Cabral, señor de Zurada da Beira, era alcaide mayor de Belmonte. En cuanto a Pedro Alvarez, se había casado con Isabel de Castro, primera dama de la infanta doña María, hija de Juan III. ¿Cabral se había hecho célebre por algún importante descubrimiento marítimo? No hay lugar a creerlo, pues ningún historiador lo menciona. Es, sin embargo, también difícil admitir que solamente el favor le valió el ser jefe de una expedición en que había hombres como Bartolomé Díaz, Nicolás Coelho, el compañero de Gama y Sancho de Thovar que estaban



a sus órdenes. ¿Por qué esta misión no había sido confiada a Gama, que había regresado seis meses antes, y que, por sus conocimientos de los países recorridos, como también de las costumbres de sus habitantes, parecía el más indicado para ello? ¿No estaba aún repuesto de sus fatigas? ¿El dolor de la pérdida de su hermano, que murió casi a la vista de las costas de Portugal, le había afligido profundamente hasta el punto de no poder aceptar el cargo? ¿No sería que el rey Manuel, celoso de la gloria de Gama, no quiso ofrecerle la ocasión de acrecentar su Hombradía? Estos son otros tantos problemas que la historia no podrá resolver.

Se cree fácilmente en la realización de lo que desea con ardor. Manuel se figuraba que el zamorín de Caliclit no se opondría al establecimiento en sus Estados de agencias y factorías portuguesas, y Cabral, que llevaba los presentes cuya magnificencia debían hacer olvidar la mezquindad de los que Gama le había presentado, obtuvo lo que el soberano había prohibido a los moros: todo el comercio en su capital.

Además, el nuevo capitán mayor debía anclar en Melinda, ofrecer al rey presentes suntuosos y devolver después de esto el moro que había tomado pasaje a bordo de la escuadra de Gama. Finalmente, dieciséis religiosos, embarcados en la flota, debían ir a propagar el Evangelio por las lejanas comarcas del Asia.

Después de trece días de navegación, la escuadra había pasado las islas del cabo Verde, cuando advirtió que la nave mandada por Vasco de Attaide no navegaba ya en conserva. Se pusieron por algún tiempo al paio para esperarla, pero fue en vano, y los



doce buques restantes continuaron su camino en plena mar, y no de cabo a cabo, por las costas de África, como hasta entonces habían hecho.

Cabral esperaba evitar las calmas que habían retardado las expediciones anteriores al golfo de Guinea. ¿El capitán mayor, estaba al corriente, como todos sus compatriotas, de los descubrimientos de Cristóbal Colón? ¿Tenía la secreta esperanza de descubrir, dirigiéndose hacia el Oeste, alguna región no visitada por el gran navegante?

Atribuyase este hecho a la tempestad o a algún designio secreto, lo cierto es que la flota estaba fuera del rumbo que debiera seguir para doblar el cabo de Buena Esperanza, cuando, el 22 de abril, descubrieron una alta montaña, y pronto, una larga serie de costas a las que dieron el nombre de Vera-Cruz, nombre cambiado más tarde por el de Santa Cruz.

Era el Brasil, y el mismo sitio donde se eleva hoy Porto-Seguro.

A partir del 28, después de un hábil reconocimiento del litoral por Coelho, los marinos portugueses tomaron tierra americana y comprobaron una dulzura de temperatura y una exuberante vegetación que dejaban muy atrás todo lo que habían visto en las costas de África o de Malabar.

Los indígenas, casi completamente desnudos, llevaban en la muñeca un loro amaestrado, de la misma manera que los señores de Europa tienen su halcón o su gerifalte, agrupándose curiosamente alrededor de los extranjeros, sin el menor signo de pavor. El domingo de Pascua, 26 de abril, se celebró la misa en



tierra delante de los indios, cuyo silencio y actitud respetuosa fueron la admiración de los portugueses.

El 1º de mayo levantaron una grande cruz y un padrao en la playa, y Cabral tomó solemnemente posesión del país en nombre del rey de Portugal. Su primer cuidado, una vez cumplida esta formalidad, fue el de mandar a Lisboa a Gaspar de Lemos para anunciar el descubrimiento de aquella rica y fértil colonia. Lemos llevaba al mismo tiempo el relato de la expedición, escrito por Pedro Vaz de Caminha, y un importante documento astronómico, debido al maestro Juan, que determinaba sin duda la posición de la nueva conquista.

Antes de partir para el Asia, Cabral desembarcó dos galeotes, a los cuales encargó de enterarse de los recursos y de las riquezas del país, así como de las costumbres y usos de los habitantes.

Estas medidas tan sabias, y llenas de previsión, hablan muy alto de la prudencia y sagacidad de Cabral.

El 2 de mayo la escuadra perdió de vista el Brasil. Entusiasmados todos por el buen principio del viaje, creían fácil y rápido el éxito, cuando la aparición, durante ocho días consecutivos, de un brillante cometa llenó de terror los espíritus ignorantes y sencillos que vieron en él un funesto presagio. Los acontecimientos debían, por esta vez, dar razón a la superstición. Desencadenóse una furiosa tempestad, y las olas, tan altas como montañas, se elevaban sobre los navíos, mientras que el viento rugía y la lluvia caía sin cesar. Cuando el sol apareció en el espacio rodeado de nubes que interceptaban casi completamente la luz, apareció un horrible cuadro.



El mar parecía negro y cegamoso, grandes manchas de un blanco lívido marmolizaban las olas de crestas espumosas; y durante la noche, luces fosforescentes rasgaban la inmensa llanura, húmeda, marcando un rastro de fuego en la estela de las naves.

Durante veintidós días, sin tregua ni descanso, los elementos se batieron con los navíos portugueses. Los marineros, espantados, llegaron al colmo de la postración, después de haber, aunque en vano, agotado sus plegarias y sus votos, y sólo obedecían por costumbre la voz de mando de sus oficiales. Desde el primer día habían hecho el sacrificio de su vida y esperaban ser sumergidos de un momento a otro.

Cuando, al fin, volvió la luz y se calmaron las olas, los que creían que sólo ellos habían sobrevivido, registraron con mirada ansiosa el mar buscando a sus compañeros. La alegría que experimentaron al ver tres naves, trocóse muy pronto en profunda tristeza: faltaban ocho buques, cuatro de los cuales habían sido engullidos por una tromba gigantesca en los últimos días de tempestad, uno de ellos el que mandaba Bartolomé Díaz, descubridor del cabo de Buena Esperanza. Había sido sumergido por aquellas olas mortíferas, defensoras, como dice Camoens, del imperio de Oriente contra los pueblos del Oeste, que después de tantos siglos les arrebataban sus maravillosas riquezas.

Durante esta serie de tempestades el cabo había sido doblado y la escuadra se acercaba a las costas de África.

El 20 de julio llegó a la vista de Mozambique. Los musulmanes se mostraron más afables que con la expedición de Gama, y



proporcionaron a los portugueses hábiles pilotos que los condujeron a Quiloa, isla famosa por el comercio de polvo de oro que mantenía con Sofala.

Allí encontró Cabral dos de sus naves, empujadas a aquel paraje por el viento, y después de haber escapado con una rápida marcha al complot que se había tramado para matar a todos los europeos, llegó a Melinda sin ningún grave contratiempo.

La estada de la escuadra en aquel puerto dio ocasión a grandes fiestas y regocijos, y una vez abastecidas y reparadas sus averías y provistas de excelentes pilotos, las naves portuguesas zarparon para Calicut, adonde llegaron el 13 de diciembre de 1509.

En esta ocasión, gracias a su poderoso armamento y a los ricos presentes ofrecidos al zamorin, la acogida que les dispensaron fue muy diferente; y el voluble príncipe accedió a todo lo que pidió Cabral: privilegio exclusivo de subsistencias aromáticas y de especias y derecho de embargar los buques que violaran esa concesión.

Durante cierto tiempo, los moros disimularon su descontento, pero cuando tuvieron exasperada a la población contra los extranjeros, a una señal previamente convenida, se precipitaron tumultuosamente sobre la factoría dirigida por Ayres Correa y asesinaron a unos cincuenta portugueses que sorprendieron allí.

La venganza no se hizo esperar: diez barcos que se hallaban anclados en el puerto fueron apresados, saqueados e incendiados ante los ojos de los hindúes, que no tenían fuerzas para



oponerse, y la ciudad quedó casi reducida a escombros por la artillería de la escuadra.

Continuando la exploración de la costa de Malabar, Cabral llegó a Cochín, donde el raja, vasallo del zamorin, se apresuró a hacer un tratado de alianza con los portugueses y aprovechó de la ocasión para declararse independiente.

Aunque la escuadra llevaba ya un rico cargamento, Cabral visitó Cananor, donde celebró también un tratado de alianza con el rajá del país, e impaciente por volver a Europa, se hizo a la vela.

Costeando el litoral del África bañado por el mar de la India, descubrió la isla de Sofala, que había escapado a las investigaciones de Gama, y el 13 de junio de 1501 entraba en Lisboa, donde tuvo la alegría de encontrar las otras dos naves que creía perdidas.

Es de suponer que tuvo la acogida que merecía por los importantes resultados obtenidos de esta memorable expedición. Los historiadores contemporáneos nada dicen de él desde la fecha de su regreso, pero las investigaciones modernas descubrieron su sepulcro en Santarem, y, gracias a los notables estudios de Fernando Denis, se sabe que, lo mismo que a Vasco de Gama, se le concedió el tratamiento de *don*, en recompensa de sus gloriosos servicios.

Mientras regresaba a Europa, Alvarez Cabral pudo tropezar en su ruta con una escuadrilla de cuatro carabelas, al mando de Juan da Nova, que el rey Manuel enviaba para dar mayor



incremento a las relaciones comerciales que Cabral había debido establecer en la India.

La nueva expedición dobló sin dificultad el cabo de Buena Esperanza, descubrió entre Mozambique y Quiloa una isla desconocida, que recibió el nombre del comandante, y llegó a Melinda, donde tuvo conocimiento de los hechos acaecidos en Calicut.

Da Nova no disponía de fuerzas suficientes para infligir un severo castigo al Zamorín, y no queriendo comprometer por un jeque el prestigio de las armas portuguesas, se dirigió a Cochín y Cananor, cuyos reyes, tributarios del zamorin, habían celebrado tratados de alianza con Alvarez Cabral.

Había cargado ya en sus naves mil quintales de pimienta, cincuenta de jengibre y cuatrocientos cincuenta de canela, cuando le advirtieron que una escuadra numerosa procedente, sin duda de Calicut, avanzaba con disposiciones hostiles.

Si hasta entonces Da Nova habíase mostrado más amante de los negocios que de la guerra, no por eso dejó de portarse con igual valor y arrojo que sus predecesores. Aceptó el combate, a pesar de la aparente superioridad de los hindús, y, gracias a sus hábiles maniobras y al poder de su artillería, capturó o echó a pique las naves enemigas.

¿Hubiera debido aprovecharse del espanto que su victoria había sembrado en toda la costa y del agotamiento momentáneo de recursos de los moros para dar un golpe y apoderarse de Calicut?



Estamos muy lejos de aquellos acontecimientos, y conocemos demasiado superficialmente los pormenores para juzgar con imparcialidad los motivos que indujeron a Da Nova a regresar a Europa inmediatamente.

En esta última parte de su viaje fue cuando descubrió en medio del Atlántico la pequeña isla de Santa Elena.

Acerca de este descubrimiento existe una curiosa leyenda. Un tal Fernando López, que acompañó a Gama a la India, abjuró el cristianismo y se hizo musulmán, para poder casarse con una hindú. Al pasar Da Nova, López, bien porque estuviera ya cansado de su mujer o de su nueva religión, pidióle que le repatriara y volvió a su antiguo culto. Mas, cuando visitaron Santa Elena, López, asaltado por una idea repentina que tomó por inspiración dei Cielo, suplicó que le dejaran allí para expiar su detestable apostasía y repararla haciendo bien a la humanidad. Tanto insistió y tan atendibles parecieron a Da Nova sus razones, que accedió a sus ruegos, dejándole, conforme había pedido, semillas de fruta y de legumbres. El extraño eremita trabajó con tanto afán y tan prodigioso resultado en el cultivo de aquellas tierras, que al cabo de cuatro años pudieron abastecerse siempre las naves que hacían la larga travesía de Europa al cabo de Buena Esperanza.

Las expediciones sucesivas de Gama, Cabral y Da Nova habían demostrado hasta la evidencia que no se podía contar con un comercio seguido y un cambio continuo de géneros con los pueblos de las costas de Malabar, que se habían aliado con los portugueses, si éstos no respetaban su independencia y libertad.



Este comerci3, que tan en3rgicamente rehusaban mantener con los europeos, era preciso imponerlo, y, para ello, hab3a que fundar establecimientos militares permanentes, capaces de mantener a raya a los descontentos y, en caso de necesidad, de apoderarse del pa3s.

Pero, ¿a qui3n se confiar3a una misi3n tan importante? La elecci3n no pod3a ser dudosa, y Vasco de Gama fue designado para el mando del ej3rcito expedicionario.

Vasco de Gama ten3a a sus inmediatas3rdenes diez nav3os; su segundo hermano, Esteban, y su primo Vicente Sodres mandaban cada uno cinco barcos, pero deb3an reconocer a Vasco por jefe.

Las ceremonias que precedieron a la partida de la expedici3n de Lisboa revistieron un car3cter grave y solemne. El rey Manuel, seguido de su corte y rodeado de inmensa muchedumbre, se dirigi3 a la catedral para impetrar del Cielo que derramara sus bendiciones sobre los expedicionarios, infundi3ndoles la fe religiosa y militar, y el arzobispo bendijo el estandarte que fue entregado a Gama.

El principal cuidado del almirante fue dirigirse a Sofala y Mozambique, ciudades de las que no conservaba muy grato recuerdo; y deseoso de contar con puertos de estada y aprovisionamiento, estableci3 all3 factor3as y ech3 los cimientos de fortalezas; impuso al jefe de Quiloa un importante tributo y se hizo luego a la vela para el Indost3n.



Hallábase a la altura de Cananor, cuando, el 3 de octubre de 1502, divisó un buque de gran porte, que le pareció debía llevar un rico cargamento. Era el *Merii*, que traía de la Meca una infinidad de peregrinos, venidos de todas las comarcas del Asia. Gama atacó al buque, sin que mediara provocación por parte de éste, se apoderó de él y pasó a cuchillo a los trescientos hombres que llevaba; sólo se salvaron veinte niños que, enviados a Lisboa, fueron bautizados y entraron al servicio de Portugal. Esta horrible matanza debía, según Gama, llevar el pánico al ánimo de los hindús, pero a nada condujo. Semejante crueldad, completamente inútil y odiosa, echó una mancha indeleble en la reputación, hasta entonces intachable del gran almirante. Llegando a Cananor, Vasco de Gama obtuvo sin dificultad una entrevista con el raja, el cual le autorizó para establecer» una factoría y levantar un fuerte, y celebraron un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Cuando vio comenzados los trabajos y establecida la factoría, el almirante hizo rumbo a Calicut, a fin de exigir cuentas al zamorín de su deslealtad y de la matanza de los portugueses de la factoría.

Aunque el rey de Calicut tenía ya noticias de la llegada de sus implacables enemigos, no tomó ninguna precaución militar, y Gama pudo apoderarse, sin encontrar resistencia, de los barcos fondeados en el puerto y de un centenar de prisioneros; después concedió al zamorín un plazo de cuatro días para que le diera completa satisfacción por la muerte de Correa y pagarle el importe de las mercancías que habían sido robadas a los portugueses en aquella circunstancia.



Apenas había expirado el plazo concedido, cuando cincuenta cadáveres de prisioneros se balanceaban colgados de las vergas de los buques, donde permanecieron expuestos todo el día a la vista de la ciudad. Al anochecer, cortaron los pies y las manos a aquellas víctimas expiatorias, y enviaron a tierra estos miembros mutilados con una carta del almirante en la que decía que su venganza no se limitaría a esas ejecuciones.

En efecto, a favor de la obscuridad, las naves se situaron a corta distancia de la ciudad y la bombardearon durante tres días consecutivos. No se ha sabido nunca el número de víctimas, pero debió ser considerable, pues sin contar los que habían caído bajo las descargas de la artillería y los mosquetes, muchos hindús quedaron sepultados bajo las ruinas de los edificios demolidos e incendiados.

La ciudad quedó casi destruida. Uno de los primeros que huyeron de Calicut fue el zamorín, y de ello pudo felicitarse, porque su palacio fue uno de los edificios demolidos.

Finalmente, satisfecho por haber infligido tan duro castigo a una ciudad tan rica y populosa, y creyendo que la lección sería provechosa, Vasco de Gama zarpó para Cochín, dejando en el puerto de Vicente Sodres con algunas naves para que mantuviese el bloqueo.

Triunfara, el soberano de esta ciudad, había sido solicitado vivamente por el zamorín para que, aprovechándose de la confianza que los portugueses tenían en él, se apoderara de ellos por sorpresa, y el almirante, para recompensar la lealtad del raja que le exponía a la enemistad del monarca de Calicut, al



regresar a Lisboa con un rico cargamento le dejó unas naves que le permitirían defenderse en el caso de ser atacado, hasta que llegase una nueva escuadra. El único hecho digno de mención que se registró en el regreso de Gama a Europa, a donde llegó el 20 de diciembre de 1503, es la destrucción de otra flota malabar.

En esta ocasión los eminentes servicios que el gran almirante prestó a su patria no fueron reconocidos, o mejor dicho, no fueron apreciados como merecían.

El que acababa de echar los fundamentos del imperio colonial portugués en la India, tuvo necesidad de la intercesión del duque de Braganza para que se le concediera el título de conde de Videgueyra, y estuvo veintiún años sin empleo. Ejemplo de ingratitud demasiado frecuente y digno siempre de la más acerba censura.

En cuanto Vasco de Gama hizo rumbo hacia Europa, el zamorín, acuciado por los musulmanes, que veían su poder comercial cada día más comprometido, reunió a sus aliados en Pani con objeto de atacar al rey de Cochín y castigarlo por los socorros y avisos que había dado a los portugueses.

La fidelidad del pobre rajá, fue puesta a dura prueba: sitiado en su capital por fuerzas imponentes, veíase de pronto privado del auxilio de aquellos por quienes habíase lanzado a tan peligrosa aventura.

Sodres y algunos de sus capitanes, desertando del puesto en que el honor y la gratitud les mandaba morir si fuese preciso, abandonaron a Triumpara para realizar cruceros por Ormuz y la



entrada del mar Rojo, donde esperaban que la peregrinación anual de la Meca haría caer en sus manos un rico botín. En vano el factor portugués les reprochó su indigna conducta; partieron apresuradamente para librarse de censuras enojosas.

El rey de Cochín, traicionado también por algunos naires de su corte, que se habían vendido al zamorín, vio su capital tomada por asalto y tuvo que refugiarse con los portugueses en una roca inaccesible de la pequeña isla de Niopia.

Cuando lo creyó reducido al último extremo, el zamorín le envió un emisario, prometiéndole olvido y perdón si le entregaba los portugueses; pero Triumpara, que era la fidelidad personificada, le respondió que el zamorín podía hacer uso de los derechos del vencedor, que no ignoraba los peligros que le amenazaban, pero que no existía poder humano capaz de hacerle faltar a los tratados y a obligarle a ser perjuro». No era posible contestar más noblemente al abandono y villanía de Sodres. Este último había llegado al estrecho de Bab-el-Mandeb, cuando le sorprendió una horrorosa tempestad, y su nave fue a estrellarse contra los escollos, pereciendo él y su hermano; y los sobrevivientes, viendo en esto un castigo providencial de su abominable conducta, lucieronse a la vela con rumbo a Cochín. Retenidos por los vientos en las islas Laquedivas, reunieronse allí con una nueva escuadra portuguesa, mandada por Francisco de Albuquerque, el cual había salido de Lisboa casi al mismo tiempo que su primo Alfonso, el más grande capitán, de la época que, con el título de capitán mayor, había partido de Belem a principios de abril de 1503.



La llegada de Francisco de Albuquerque restableció la situación de los portugueses, tan comprometida por la falta criminal de Sodres, y salvó al mismo tiempo a su fiel aliado Triumpara.

Los sitiadores huyeron, sin intentar siquiera la resistencia, a la vista de la escuadra, y los portugueses que estaban allí, apoyados por las tropas del rey de Cochín, ganaron la costa de Malabar.

Triumpara, agradecido, permitió a sus aliados que construyeran otra fortaleza en sus Estados, y les autorizó para aumentar en número e importancia de sus establecimientos.

Entonces llegó Alfonso de Albuquerque, que había de ser el verdadero fundador del dominio portugués en las Indias.

Díaz, Cabral y Gama habían abierto el camino, pero Albuquerque fue el gran capitán de vastas concepciones que supo determinar las grandes ciudades de que era preciso apoderarse para establecer sobre sólidas bases la dominación portuguesa; así es que todo lo referente a la historia de este inminente colonizador tiene un interés capital, y conviene decir algo acerca de su familia, de su educación y de sus primeras empresas.

Alfonso de Albuquerque o Albuquerque, nació en 1453, a seis leguas de Lisboa, en Alhandra. Por su padre, Gonzalo de Albuquerque, señor de Villaverde, descendía de una rama ilegítima del rey Diniz, y por su madre de los Menezes, los grandes exploradores. Educado en la corte de Alfonso V, recibió una instrucción tan variada y extensa como lo permitían los



tiempos; estudió sobre todo la literatura clásica, de la que tomó la elevación y precisión de estilo, y las matemáticas, de las que aprendió todo lo que entonces se sabía. Después de varios años de permanencia en Arcila, África, que había sido conquistada por Alfonso V, volvió a Portugal y fue nombrado escudero de Juan II, cuya única preocupación era extender allende en los mares el nombre y poder de Portugal.

Evidentemente el frecuente trato con el rey, impuesto por los deberes de su cargo, impulsaron a Albuquerque a dedicarse a los estudios geográficos y hallar los medios de dar a su patria el imperio de las Indias. Había tomado parte en una expedición enviada en socorro del rey de Nápoles contra una incursión de los turcos, y en 1489 había sido encargado de avituallar y defender la fortaleza de Graciosa en las costas de Larache.

No tardó mucho Alfonso de Albuquerque en hacerse cargo de la situación; comprendió que para desarrollar el comercio portugués había que apoyarlo con las conquistas; pero su primera empresa fue proporcionada a la escasez de sus medios; puso sitio a Raphelim, de la que quería hacer una plaza de guerra para sus compatriotas, y con dos naves reconoció personalmente las costas del Indostán. Mas, atacado de improviso por mar y por tierra, hubiera sucumbido irremisiblemente sin el auxilio de su primo Francisco, que acudió a tiempo para equilibrar las fuerzas y puso en fuga a las tropas del zamorín.

La importancia de esta victoria fue considerable, puesto que proporcionó a los vencedores un inmenso botín y una gran



cantidad de piedras preciosas, que excitaron sobremanera la codicia de los portugueses y afianzó a Albuquerque a sus proyectos de conquista, para los que necesitaba el consentimiento del rey y recursos más considerables. En su consecuencia, regresó a Lisboa, a donde llegó en julio de 1504.

Este mismo año, queriendo el rey Manuel constituir en las Indias un gobierno regular, expidió el nombramiento de virrey a favor de Tristán de Acuña, pero habiéndose quedado éste repentinamente ciego, no pudo tomar posesión de su cargo y fue designado para sustituirle Francisco de Almeida, que partió con su hijo en 1505. Más adelante veremos qué medios juzgó necesarios para llevar al triunfo a sus compatriotas.

El 6 de marzo de 1506, dieciséis navíos zarparon de Lisboa al mando de Tristán de Acuña, que había recobrado la vista. Con él partió Alfonso de Albuquerque, que llevaba, sin saberlo, su nombramiento de virrey. No podía abrir el pliego cerrado hasta al cabo de tres años, cuando terminara el período de mando de Francisco de Almeida.

Esta numerosa flota, después de haber recalado en las islas de cabo Verde y reconocido el cabo de San Agustín en el Brasil, se internó tan profundamente en las regiones inexploradas del Sur del Atlántico, que, según refieren los cronistas de aquel tiempo, muchos marineros, que iban muy ligeros de ropa, murieron de frío, mientras que los otros a duras penas podían ejecutar las maniobras. En el 37° 8' de latitud Sur y 14° 21' de longitud Oeste, Acuña descubrió tres pequeñas islas deshabitadas, la mayor de las cuales lleva su nombre.



Una tempestad le obligó a desembarcar allí, y dispersó de tal modo su flota, que no pudo reunirla hasta que llegó a Mozambique.

Remontando este litoral del África reconoció la isla de Madagascar o de San Lorenzo, recientemente descubierta por Soares, comandante de una escuadra de ocho buques que Alemania mandaba a Europa, sin que se le ocurriera fundar allí un establecimiento.

Acuña inverna en Mozambique, desembarcó en Melinda tres embajadores para el interior del continente que debían llegar hasta Abisinia, y ancló en Brava, que Coutinho, su lugarteniente, no pudo someter. Los portugueses pusieron entonces sitio a esta ciudad, que resistió heroicamente, pero acabó por sucumbir, gracias al armamento perfeccionado de sus enemigos. La población fue exterminada sin piedad y la ciudad reducida a cenizas.

En Magadoxo, situada en la misma costa de África, Acuña intentó en vano imponer su autoridad; las fuerzas de la ciudad, que era muy populosa, opuso tan enérgica resistencia, que al principio del invierno los portugueses tuvieron que levantar el sitio.

Tristán volvió entonces sus armas contra la isla de Socotora, en la entrada del golfo de Adén, y se apoderó de la fortaleza, pasando a cuchillo a toda la guarnición; sólo fue respetado un viejo soldado ciego que había sido encontrado escondido en un pozo. Cuando le preguntaron cómo había podido bajar hasta allí



respondió: Los ciegos sólo ven el camino que conduce a la libertad»

En Socotora, los dos jefes portugueses construyeron el fuerte de Coco, con el objeto, según dijo Albuquerque, de defender el golfo de Aden y el mar Rojo del estrecho de Bab-el-Mandeb, y cortar, en consecuencia, una de las líneas de navegación que seguían los venecianos en su comercio con la India.

Allí se separaron Acuña y Albuquerque; el primero se dirigió a las Indias para hacer un cargamento de especias; y el segundo, oficialmente revestido del cargo de capitán mayor y firme en llevar a cabo los proyectos que había concebido, partió el 10 de agosto de 1507 para Ormuz, dejando en la nueva fortaleza a su sobrino Alfonso de Noronha.

Sucesivamente, y como para abrir boca, tomó a Calayate, donde encontró grandes provisiones, Curiate y Mascate, que entregó al pillaje, al incendio y a la destrucción para vengar una serie de traiciones muy comprensibles para quienes conozcan la doblez de aquellos pueblos.

El éxito obtenido en Máscate, aunque importante, no fue suficiente para Albuquerque, que soñaba con otros proyectos más grandiosos, cuya ejecución comprometió gravemente la envidia de los capitanes que estaban a sus órdenes, especialmente de Juan de la Nova, que quiso abandonar a su jefe y a quien Albuquerque se vio obligado a arrestar a bordo de su propia nave.



Después de restablecer el orden y de haber hecho fracasar estas tentativas de desobediencia y rebelión, el capitán mayor se dirigió a Orfacate, que tomó tras de una resistencia bastante vigorosa.

Es raro que después, de haber oído hablar tanto de Ormuz, Albuquerque ignorase aún su situación. Sabía que esta ciudad era como el entrepuente de todas las mercancías que pasaban de Asia a Europa. Su riqueza y poder, el número de sus habitantes y la belleza de sus monumentos eran entonces célebres en todo el Oriente, y solía decirse que, si el mundo es un anillo, Ormuz es su piedra preciosa de más valor.

Albuquerque resolvió apoderarse de ella, no sólo porque constituía una presa codiciada, sino también porque dominaba todo el golfo Pérsico, la segunda de las grandes rutas comerciales entre Oriente y el Occidente.

Sin consultar a los capitanes de su flota, que seguramente se hubieran opuesto a atacar una ciudad tan fuerte, capital de un poderoso imperio, Albuquerque hizo doblar el cabo Mocendon, y la escuadra se halló en el estrecho de Ormuz, puerta del golfo Pérsico, desde donde veíase desplegar en toda su magnificencia una ciudad animada, construida sobre una isla rocosa, cuyo puerto encerraba una flota más numerosa de lo que a primera vista se podía suponer, provista de formidable artillería y defendida por un ejército de quince a veinte mil hombres.

Los capitanes de la flota hicieron las más vivas demostraciones de desagrado por el peligro a que se les exponía atacando a una ciudad tan fortificada, e hicieron hincapié sobre las



consecuencias desastrosas que podría tener para Portugal una derrota; pero Albuquerque les replicó impertérrito que, en efecto, habíanse metido en la boca del lobo, pero que ya no había tiempo para retroceder y que se necesitaba más decisión y menos consejos.

No bien el ancla hubo tocado fondo, Albuquerque envió su ultimátum.

Aunque las fuerzas que tenía a sus órdenes eran muy desproporcionadas en relación con las del adversario, el capitán mayor exigía imperiosamente que se reconociera la soberanía de Portugal y se sometiera a la ciudad sino quería correr igual suerte que Mascate.

El rey Seif-Ed-din, soberano a la sazón de Ormuz, era todavía niño, y su primer ministro, Kodja-Atar, diplomático sagaz y muy diestro, gobernaba en su nombre.

Sin rechazar en principio las pretensiones de Albuquerque, el astuto ministro quiso ganar tiempo para que lo tuvieran sus contingentes de llegar en auxilio de la capital; pero el almirante adivinó sus proyectos, y, sin esperar más, al cabo de tres días rompió las hostilidades con sus cinco navíos, y la *Flor de la Mar*, la más hermosa y grande nave de aquella época, atacó a la formidable flota reunida bajo la protección de los cañones de Ormuz.

El combate fue muy sangriento e indeciso durante largo rato; pero, cuando vieron los moros que la fortuna les volvía las espaldas, abandonaron sus naves y trataron de ganar la costa a



nado. Entonces los portugueses saltaron a sus chalupas y les persiguieron ahincadamente, haciendo en ellos una verdadera carnicería.

Albuquerque volvió luego sus armas contra un reducto de madera defendido por gruesa artillería y por arqueros que, con sus flechas hábilmente dirigidas, hirieron a muchos portugueses y al propio general, lo cual no impidió que éstos desembarcaran y prendieran fuego a los arrabales de la ciudad.

Convencidos de que toda resistencia sería inútil y que su capital corría el riesgo de ser destruida, los moros izaron la bandera de parlamento y firmaron un tratado por el que el rey Seid-Ed-din se declaraba vasallo del rey Manuel, se comprometía a pagar un tributo anual de 15.000 serafines o *xerafines*, y se autorizaba a los vencedores para levantar una fortaleza, que, pese a la repugnada y recriminaciones de los capitanes portugueses, estuvo pronto en condiciones de resistir.

Desgraciadamente los desertores pusieron en conocimiento de Kodaj-Atar estas funestas disensiones, y el ministro se aprovechó de ellas para eludir el cumplimiento de los artículos del nuevo tratado.

Algunos días después, Juan da Nova y otros dos capitanes, envidiosos del triunfo de Albuquerque y pisoteando el honor, la disciplina y el patriotismo, le abandonaron para ganar las Indias, y él mismo vióse obligado, a causa de esta felonía, a retirarse sin poder dejar guarnecida la fortaleza que con tanto cuidado y empeño había construido.



Dirigióse entonces a Socotora, cuya guarnición estaba necesitada de auxilio, y aunque cruzó varias veces por delante de Ormuz, como carecía de fuerzas para intentar un golpe de mano, se retiró a Goa, adonde llegó a fines de 1508. ¿Qué había sucedido en Malabar durante esta larga y azarosa campaña? Lo diremos en pocas palabras.

Sabemos que Almeida había salido de Belem en 1505, con una flota de veintidós velas, llevando mil quinientos hombres de tropa. Primero se apoderó de Quiloa y después de Mombaza, donde los caballeros, como los habitantes, decían que no se rendirían tan fácilmente como los gallinas de Quiloa». Del inmenso botín que cayó en esta ciudad en poder de los portugueses, Almeida no tomó para sí más que una flecha, dando así un raro ejemplo de desinterés.

Después de recalar en Melinda llegó a Cochín, donde entregó al rajá la corona de oro que el rey Manuel le enviaba, dándose así mismo, con la presuntuosa vanidad que le era propia, el título de virrey.

Construyó luego en Sofala una fortaleza destinada mantener a raya a los musulmanes de aquella costa, y recorrió con su hijo los mares de la India, destruyendo las flotas malabares, apoderándose de los buques mercantes y haciendo un daño incalculable al enemigo, puesto que les interceptaba las antiguas rutas.

Más, para mantener esta guerra de crucero, necesitaba una flota muy considerable y ligera, puesto que en todo el litoral asiático no tenía más puerto de refugio que el de Cochín. Cuán mejor era



el sistema de Albuquerque, que se establecía en el país de una manera permanente, levantando en todas partes fortalezas, apoderándose de las ciudades principales, desde la que era más fácil llegar al interior y dominarlo, y haciéndose dueño de las llaves de los estrechos, y aseguraba con menos riesgo y más solidez el monopolio del comercio de la India.

Entretanto, las victorias de Almeida y las conquistas de Albuquerque, habían alarmado al sultán de Egipto. Abandonada la ruta de Alejandría, habíase producido una baja muy considerable en la recaudación de impuestos y en las rentas de aduanas que se mantenían con los derechos que pagaban las mercancías asiáticas que pasaban por sus Estados. En consecuencia, con ayuda de los venecianos, que les proporcionaron las maderas de construcción necesarias y hábiles marinos, armó una escuadra de doce navíos de gran porte, que buscó y encontró en las cercanías de Cochín la flota de Lorenzo Almeida, hijo del virrey, y la derrotó después de un sangriento combate en el que pereció aquél.

Almeida debió experimentar un dolor inmenso por tan irreparables pérdidas, pero no lo dejó traslucir, e hizo cuanto estuvo en su mano para tomar pronta y ejemplar venganza. Con diez y ocho buques dirigióse Almeida al puerto donde había sido muerto su hijo y alcanzó una señaladísima victoria, seguida de tan espantosas crueldades, que pronto estuvo de moda decir: que la cólera de los Franguis caiga sobre ti como cayó sobre Daboul.



No contento con este triunfo, Almeida aniquiló, algunas semanas después, delante de Diu, las fuerzas combinadas del sultán de Egipto y del rajá de Calicut.

Esta victoria tuvo una gran resonancia en la India y puso fin al poder de los mahometanos en Egipto.

Juan da Nova y los capitanes que habían abandonado a Albuquerque delante de Ormuz, estaban entonces decididos a reunirse con Almeida; habían explicado su desobediencia con calumnias, a consecuencia de las cuales habían comenzado unas informaciones judiciales contra Albuquerque, cuando el virrey recibió la noticia de su reemplazo por este último. Desde el primer momento Almeida había declarado que se debía obedecer aquella soberana decisión; pero, influido por los traidores que temían un castigo severísimo cuando la autoridad pasara a manos de Albuquerque, volvió a Cochín, en el mes de marzo del 1509, con la firme resolución de no resignar el mando en su sucesor.

Entre estos dos grandes hombres hubo violentos y penosos altercados, en los que la sinrazón estaba de parte de Almeida, y Albuquerque iba a ser enviado a Lisboa cargado de cadenas, cuando entró en el puerto una flota de quince naves, al mando del gran mariscal de Portugal, Fernando Coutinho. Este se puso a disposición del prisionero, que fue libertado al punto, y reconociendo por válidos los poderes que Albuquerque tenía del rey, amenazó a Almeida con toda la cólera de don Manuel, si no le obedecía. Almeida no tenía otro remedio que ceder y lo hizo noblemente.



En cuanto a Juan da Nova, causante de estos desgraciados incidentes, murió algún tiempo después abandonado de todos, y no hubo nadie que le acompañara a su última morada, excepto el nuevo virrey, que olvidó generosamente de esta manera las injurias hechas a Alfonso de Albuquerque.

Después de la partida de Almeida, el gran mariscal, Coutinho, declaró que había ido a la India con la misión de destruir a Calicut, aprovechando la ocasión de la ausencia del zamorín de su capital. En vano el nuevo virrey quiso moderar su ardor y hacerle tomar algunas sabias medidas aconsejadas por la experiencia; Coutinho no quiso prestar oídos a nada y Albuquerque tuvo que seguirle.

Al principio Calicut, sorprendida, fue fácilmente incendiada; pero los portugueses que se habían quedado rezagados saqueando el palacio del zamorín, fueron atacados por los naires que habían logrado reunir sus tropas.

Coutinho, llevado de su temerario arrojo, fue muerto, y el virrey necesitó de toda su habilidad y sangre fría para dirigir el reembarque de las tropas bajo el fuego del enemigo, e impedir la destrucción completa de las fuerzas enviadas por el rey Manuel. De vuelta en Cintagara, puerto de mar dependiente del rey Narsingue, de quien los portugueses habían sabido hacer un aliado suyo, Albuquerque se enteró de que Goa, capital de un poderoso reino, era víctima de una anarquía política a la vez que religiosa. Muchos jefes se disputaban el poder. Uno de ellos, Melek Cufergugi, estaba a punto de apoderarse del trono, y era preciso aprovecharse de las circunstancias y atacar la ciudad



antes que hubiera podido reunir fuerzas capaces de resistir a los portugueses. El virrey comprendió toda la importancia del caso. La posesión de Goa, que le aseguraba la del reino de Narsingue y del Dekkan, había impresionado vivamente. No vaciló, pues, y pronto los portugueses contaron con una conquista más. Goa la Dorada, ciudad cosmopolita donde coexistían todas las sectas del islam, de los parsis, adoradores del fuego, y de los cristianos, sufrió el yugo de Albuquerque, y pronto vino a ser, bajo su sabia y severa administración, que supo conciliar las simpatías de las sectas enemigas, la capital, la fortaleza y el emporio principal del imperio portugués en las Indias.

Insensiblemente, y con el correr de los años, la luz se hizo en aquellas ricas comarcas. Reuniéronse informes preciosos facilitados por todos los que habían surcado atrevidamente aquellos mares llenos de sol, y que sabían entonces que aquél era el centro de la producción de las especias, que tenían que ir a buscar tan lejos y a través de tantos peligros. Desde hacía muchos años Almeida había fundado las primeras factorías portuguesas en Ceylán, la antigua Taprobane; las islas de la Sonda y la cercana isla de Malaca excitaron entonces la codicia del rey Manuel, que había sido apellidado *el Afortunado*, y resolvió enviar una flota para explorarlas, porque Albuquerque tenía sobrado quehacer en la India conteniendo a los rajas agitados y a los musulmanes, los moros, como los llamaban entonces, siempre prontos a sacudir el yugo.

Los moros de Malaca, siguiendo su política tradicional, recibieron amistosamente a esta expedición que iba a las



órdenes de Diego López Sequeira; pero cuando éste estaba más confiado, en vista de sus reiteradas protestas de alianza, sublevóse contra él el populacho y se vio forzado a reembarcar, dejando en poder de los malayos treinta de sus compañeros. Había transcurrido ya bastante tiempo desde estos acontecimientos, cuando llegó a Malaca la noticia de la toma de Goa, y el *bendarra* o ministro de justicia, que ejercía la regencia en nombre de su sobrino, niño aún, temiendo a la venganza que los portugueses tomarían seguramente de su traición, resolvieron apaciguarlos.

Fue, pues, a ver a sus prisioneros, se excusó, ante ellos jurando que todo se había hecho sin saberlo él y contra su voluntad, puesto que su más vivo deseo era que los portugueses fueran a comerciar con Malaca, y que había dado orden de buscar y de castigar a los autores de la traición.

Los prisioneros, naturalmente, no creyeron estas declaraciones falaces, pero, aprovechándose de la libertad relativa que se les concedió desde entonces, pudieron hábilmente enviar a Albuquerque datos precisos acerca de la situación y la fuerza de la ciudad.

Albuquerque reunió a duras penas una flota de diecinueve buques de guerra que conducían mil cuatrocientos hombres entre los cuales había ochocientos portugueses. ¿Debió entonces, como le había mandado el rey Manuel, dirigirse a Aden, la llave del mar Rojo, de la que convenía hacerse dueño si quería cerrar el paso de la nueva escuadra que el sultán de Egipto se proponía enviar a la India? Titubeaban cuando los elementos vinieron a



acabar con su irresolución. En efecto, le era imposible llegar a Aden, con los vientos reinantes, que en cambio le eran favorables para descender hasta Malaca.

Esta ciudad, que se hallaba entonces en todo su esplendor, no contaba menos de cien mil habitantes. Aunque las casas estaban construidas de madera y cubiertas con hojas de palmeras, no escaseaban los edificios importantes, mezquitas y torres de piedra, y el panorama se desarrollaba en una legua de extensión.

La India, la China, los reinos malayos y los habitantes de las islas de Sonda se daban cita en su puerto, donde numerosos buques venidos de la costa de Malabar, del golfo Pérsico, del mar Rojo, de la costa del África cargaban mercancías de todo origen y de toda especie.

Cuando vio llegar la flota de Albuquerque a sus aguas el raja de Malaca comprendió que era preciso dar una aparente satisfacción a los portugueses, sacrificando el ministro que había excitado su cólera y determinado su venida. En consecuencia, envió un emisario al virrey para anunciarle la muerte del *bendarra* e informarse de las intenciones de los extranjeros.

Albuquerque respondió reclamando la devolución de los prisioneros que habían quedado en manos del raja; pero éste, deseoso de ganar tiempo para que sobreviniera el cambio del monzón que iba a producirse, cambio que forzaría a los portugueses a abandonar la costa de Malabar sin haber logrado nada, o les obligaría a quedarse en Malaca, donde contaba poder exterminarlos, inventó mil pretextos dilatorios, y, durante este tiempo, puso en batería ocho mil cañones, según las antiguas



narraciones, y reunió un contingente de veinte mil hombres de tropa.

Albuquerque, perdiendo la paciencia, hizo incendiar algunas casas y muchos navíos guzáratas, principio de represalias que ocasionó al punto la devolución de los prisioneros; después, pidió treinta mil cruzados de indemnización por los daños causados a la flota de López Sequeira; y, por último, exigió que le dejaran edificar en la ciudad una fortaleza que debía servir al mismo tiempo de factoría. Esta exigencia no podía ser aceptada. Albuquerque lo sabía muy bien, y decidió entonces apoderarse de la ciudad. El día de Santiago era designado para el ataque. A pesar de una defensa muy enérgica, que duró nueve días enteros, a pesar del empleo de los medios extraordinarios, tales como los elefantes de guerra, azagayas y flechas envenenadas, trampas hábilmente disimuladas, y barricadas, la ciudad fue tomada barrio por barrio, casa por casa, después de una lucha verdaderamente heroica. Los soldados pudieron repartirse un botín inmenso.

Albuquerque no se reservó más que seis leones de bronce, dicen unos, y de hierro, según otros, que destinaba para ornar su tumba y perpetuar el recuerdo de su victoria.

La puerta que daba al Océano y la alta Asia quedaba abierta. Muchos pueblos, hasta entonces desconocidos, entraron en relaciones con los europeos; las costumbres extranjeras y la historia fabulosa de tantas naciones iban a ser» conocidas por el Occidente maravillado; una era nueva se abría, ¡y estos



resultados inmensos deberíanse a la audacia asombrosa, al valor indomable de una nación apenas visible en el mapa del mundo!

Gracias a la tolerancia religiosa de que Albuquerque dio pruebas, tolerancia que contrastaba con el cruel fanatismo de los españoles, y gracias también a las hábiles medidas que supo tomar, la prosperidad de Malaca resistió a esta ruda sacudida. Algunos meses más tarde no quedaba más huella del duro trance por que había atravesado, que el pabellón portugués, que ondeaba orgullosamente en aquella inmensa ciudad, que había llegado a ser la cabeza y vanguardia del imperio colonial de este pequeño pueblo, tan grande por su valor y espíritu emprendedor.

Esta nueva conquista, a pesar de ser maravillosa, no había hecho olvidar a Albuquerque sus antiguos proyectos. Si parecía que había renunciado a ellos, era porque no le habían favorecido hasta entonces las circunstancias. Con la decisión y tenacidad que formaban el fondo de su carácter, desde el extremo meridional que acababa de fundar puso sus miradas en el Norte. Ormuz, que al principio de su carrera tuvo que abandonar por la envidia y traición de sus subordinados en el preciso momento en que el éxito iba a coronar sus esfuerzos y su constancia, Ormuz le tentaba cada día más.

La fama de sus hazañas y el terror que inspiraba su nombre indujeron a Kodja Atar a tantear el terreno, y proponiéndole la celebración de un convenio, le envió el resto del tributo que aún no había abonado. A pesar de no dar ningún crédito a estas declaraciones de amistad respetuosa, a esta fe mora que debía



hacerse tan célebre como la fe púnica, el virrey acogió afablemente al emisario, esperando que podría establecer su dominación de una manera permanente en aquellas comarcas.

En 1513 o 1514, no se sabe con exactitud la fecha, cuando la conquista de Malaca y la tranquilidad que reinaba en sus otras posesiones, dejaban libres a su flota y a sus soldados. Albuquerque se dirigió hacia el golfo Pérsico.

Aunque una serie de revoluciones había cambiado el gobierno de Ormuz, y el poder estaba en manos de un usurpador llamado Rais-Nordim o Nureddin, Albuquerque exigió la entrega inmediata de la fortaleza que los portugueses habían empezado a construir, y cuando las obras estuvieron terminadas, tomó partido contra el pretendiente Rais Nordim en las luchas que dividían la ciudad de Ormuz, le arrebató el poder de Persia, se apoderó de ella y la entregó a quien había aceptado de antemano sus condiciones y que le parecía ofrecía mayores garantías de sumisión y fidelidad. Por lo demás, en lo sucesivo no le sería difícil obligarle a estar de su parte, pues Albuquerque había dejado en la nueva fortaleza una guarnición en perfectas condiciones para hacer arrepentirse a Rais-Nordim de la menor tentativa de sublevación o veleidad de independencia. Acerca de esta expedición de Ormuz se refiere una anécdota que, a pesar de ser muy conocida vamos a reproducir.

Como el rey de Persia reclamara a Nureddin el tributo que los soberanos de Ormuz acostumbraban pagarle, Albuquerque hizo llevar a sus naves una cantidad de balas y bombas, mostrándolas a los enviados, les dijo que aquella era la moneda



con que solía pagar los tributos el rey de Portugal. Parece que los embajadores de Persia no reiteraron su demanda.

Con su sagacidad peculiar, Albuquerque esforzóse por contentar a los habitantes, que volvieron bien pronto a la ciudad. Lejos de exprimirlos, como hicieron pronto sus sucesores, estableció una administración íntegra, que supo hacer amar y respetar el nombre portugués.

Al mismo tiempo que dirigía personalmente estos maravillosos trabajos, Albuquerque confió a algunos lugartenientes suyos la misión de explorar las regiones misteriosas cuyo acceso había abierto apoderándose de Malaca. Antonio y Francisco de Abreu, mandando una pequeña escuadra que conducía ciento veinte hombres, exploraron todo el archipiélago de Sonda, Sumatra, Java, Anjoam, Simbala, Jolor, Galam, etc.; y apenas llegados a la costa de Australia, remontaron al Norte después de haber hecho un viaje de más de quinientas leguas a través de los archipiélagos peligrosos, sembrados de escollos y de arrecifes de coral, en medio de pueblos hostiles, hasta las islas Buró y Amboine, que forman parte de las Molucas. Después de haber hecho un cargamento de clavo, moscada, madera de sándalo, de macis y perlas, se dieron a la vela en 1512 con rumbo a Malaca. Esta vez, el verdadero país de las especias había sido encontrado; no quedaba más que fundar establecimientos, y tomar definitivamente posesión de él, cosa que no debía hacerse esperar mucho. La roca Tarpeya está cerca del Capitolio, suele decirse. Alfonso de Albuquerque habría de saberlo por experiencia; sus últimos días habían de ser muy tristes por una desgracia inmerecida, resultado de las calumnias y mentiras,



trama artísticamente urdida que, si momentáneamente empañó su reputación a los ojos del rey de Portugal, no obscureció a los ojos de la posteridad la gloria de este gran conquistador. En repetidas ocasiones se había querido hacer creer al rey Manuel que la toma de Goa había sido un enorme desacierto, porque, decían, su clima debía diezmar en poco tiempo a los europeos; pero el rey, confiado en la experiencia y rectitud de su capitán mayor, no escuchó a sus enemigos, y Albuquerque le dio públicamente las gracias, diciendo: Mayor gloria cabe al rey Emmanuel por haber defendido a Goa contra los portugueses, que a mí por haberla conquistado dos veces.» Pero en 1514, Albuquerque pidió al rey que le concediera en recompensa de sus servicios el título de duque de Goa, y sus adversarios supieron sacar partido de esta demanda imprudente.

Suárez de Albergavia y Diego Méndez, a quienes Albuquerque había enviado prisioneros a Portugal, después de declararse públicamente enemigos suyos, lograron no solamente justificarse de la acusación que Albuquerque había formulado contra ellos, sino que hasta persuadieron a don Manuel de que el virrey quería constituir un ducado independiente, cuya capital sería Goa, y acabaron por obtener su desgracia.

La noticia del nombramiento de Albergavia para el cargo de capitán general de Cochín llegó a oídos de Albuquerque cuando salía del estrecho de Ormuz para ir a la costa de Malabar; y atacado ya profundamente por la enfermedad elevó las manos al cielo—dice Denis en su excelente historia de Portugal—, y pronunció estas sencillas palabras: Estoy mal con el rey por el amor de los hombres, mal con los hombres por amor del rey.



Viejo, vuelve tus ojos a la Iglesia, acaba de morir, ya que importa a tu honor que mueras, y que no has dejado de hacer nada que importara a tu honor.

No bien llegó a la rada de Goa, Alfonso de Albuquerque cumplió con sus deberes religiosos, se hizo vestir con el hábito de Santiago, de cuya orden era comendador, y, el domingo, 16 de diciembre de 1515, una hora antes de la aurora, entregó su alma a Dios. Allí terminaron todos sus trabajos, sin que le hubiesen reportado ninguna satisfacción.

Albuquerque fue enterrado con gran pompa. Los soldados que habían sido compañeros fieles de sus maravillosas aventuras y testigos de sus dolorosas tribulaciones se disputaron, llorando, el honor de llevar sus restos hasta la última morada. En su dolor, los hindús no podían creer que había muerto; decían que había sido llamado a mandar las tropas del cielo.

El descubrimiento relativamente reciente de una carta de don Manuel prueba que, aunque este rey fue momentáneamente engañado por los falsos informes de los enemigos de Albuquerque, no tardó sin embargo en hacerle plena y entera justicia. Desgraciadamente esta carta reparadora no llegó nunca al poder del segundo virrey de las Indias; ella hubiera endulzado la amargura de sus últimos momentos, mientras que murió con el dolor de encontrar ingrato a un soberano, a cuya gloria y poder había consagrado su existencia.

Con él —dice Michelet— desapareció entre los vencedores toda justicia, toda humanidad. Algún tiempo después, los indios



fueron a la tumba del grande Albuquerque pidiéndole justicia de las vejaciones de sus sucesores.

Entre las numerosas causas que condujeron prontamente a la decadencia y pérdida del inmenso imperio colonial que Albuquerque dio a su patria, y que, aun después de su ruina, dejó en la India recuerdos indelebles, debe citarse, con Michelet, el alejamiento y diseminación de las factorías, la escasez de población de Portugal, poco proporcionada a la extensión de sus establecimientos; el excesivo amor al lucro, y las exacciones de una administración en desorden, y, por encima de todo, el indomable orgullo nacional que impidió la mezcla de razas entre vencedores y vencidos.

Esta decadencia fue, sin embargo, detenida por dos héroes, Juan de Castro, tan pobre después de haber manejado tantas riquezas, que no pudo comprarse una gallina durante su dirima enfermedad, y Ataide, que dieron una vez más a estos pueblos corrompidos el ejemplo de las más preclaras virtudes y de la administración más íntegras. Pero, después de ellos, el hundimiento se produjo: aquel inmenso imperio cayó en manos de los españoles y de los holandeses, que no supieron guardarlo intacto. Todo pasó, todo se transformó. ¿No es éste el caso de repetir, con el refrán español, pero aplicándolo a los imperios: *La vida es un sueño?*